
CAPITULO CINCO

LA ACTIVACIÓN DE LOS LÍMITES ABSOLUTOS DEL CAPITAL

Todo sistema de reproducción metabólica social tiene sus límites intrínsecos o absolutos que no se pueden traspasar sin cambiar el modo de control prevaleciente en uno cualitativamente diferente. Cuando en el curso del desarrollo histórico se llega hasta esos límites se hace imperativo transformar los parámetros estructurales del orden establecido –o, en otras palabras, sus “premisas prácticas” objetivas– que normalmente circunscriben el marco general de ajuste de las prácticas reproductivas factibles bajo esas circunstancias. Hacerlo así significa someter a un examen crítico fundamental nada menos que a los principios orientadores prácticos más básicos de la sociedad históricamente dada, al igual que a sus corolarios instrumentales/institucionales. Porque bajo las circunstancias del cambio radical inevitable ellas se convierten –de ser las presuposiciones válidas y el marco estructural aparentemente infranqueable– en restricciones absolutamente paralizantes.

En principio la crítica práctica transformadora no debería constituir un problema prohibitivo ni siquiera en nuestro propio período histórico, independientemente de la longitud de alcance y la complejidad de los ajustes requeridos. Después de todo es una cuestión de vital preocupación para los seres humanos asegurar “el dominio de la propiedad sobre la riqueza”, en el sentido universalizable y potencialmente omniabarcante de su economía, que atañe a la economía de la vida y la apropiada relación entre el esfuerzo empleado y los logros. El problema está, no obstante, en que tal propósito no podría estar en más abierta contradicción con “el dominio de la riqueza sobre la sociedad” que prevalece por necesidad bajo el sistema del capital. Porque este último les es impuesto a los individuos sociales en nombre del sentido altamente selectivo/exclusivo –y de manera tendenciosamente distorsionada– de una “economía” extremadamente problemática, que debe ser conducida en beneficio de

la minoría dominante a pesar de su escandaloso despilfarro. Así el argumento frecuentemente utilizado de la “complejidad insuperable” –desde Max Weber a Hayek y a sus seguidores actuales– es utilizado sólo para darle la apariencia de justificación racional a la permanencia absoluta de un orden socioeconómico en definitiva insostenible. De acuerdo con esto, el significado que le dan a “complejidad” todos los que esconden sus verdaderas preocupaciones e intereses creados detrás de tal noción, no es el de que instituir los cambios cualitativos necesarios podría ser en verdad muy difícil, y exigiría los esfuerzos concertados y dedicados de todos, sino el de que aventurarse en una empresa como esa no debería ni siquiera ser considerado, y menos aún intentado en la práctica.

Con todo, la verdad de la cuestión es que las pretendidas “complejidades insuperables” que deben ser confrontadas hoy no surgen de los requerimientos a priori de un “orden económico ampliado”, sino de los problemáticos supuestos estructurales del sistema del capital mismo. Porque precisamente a causa de que este sistema de control metabólico social está *estructurado antagonísticamente* –desde sus células constitutivas o “microcosmos” más pequeñas a sus unidades globales de intercambio económico y político más abarcentes– las premisas prácticas de su modo de operación continuado deben ser ajustadas de modo tal de asegurar la permanente subordinación del trabajo al capital. Cualquier intento de modificar esa subordinación estructural debe considerarse como un absoluto tabú, y de aquí la prueba patente de la “complejidad insuperable”. En verdad, mientras más apuntan las circunstancias históricas cambiantes mismas en dirección a un necesario cambio en las premisas estructurales antagonísticas y cada vez más desperdiciadoras e irracionales del sistema del capital, más categóricamente habría que hacer cambiar los imperativos operativos preexistentes y más estrechamente habría que fijar el margen de ajustes aceptable. Por eso en las últimas décadas la sentencia de que “no hay alternativa” para los dictados materiales prevalecientes se ha convertido en el axioma indesafiante del sistema del capital en todo el mundo.

Mantener la estabilidad de un sistema construido sobre un amplio abanico de antagonismos estructuralmente explosivos es casi imposible sin la superposición de artificiales estratos de complejidad cuya función primaria sea la perpetuación del orden dominante y la posposición del “momento de la verdad”. Sin embargo, puesto que la activación de los límites absolutos del capital como sistema reproductivo viable apareció en nuestro horizonte histórico, ya no es posible seguir eludiendo el plantearse la interrogante de cómo superar las destructivas presuposiciones estructurales del modo de control metabólico social establecido.

Sin duda, los intereses profundamente arraigados del capital y de sus “personificaciones” militan en contra de toda consideración seria de esta cuestión. Porque el capital no puede funcionar sin hacer valer tan firmemente como siempre (aún en el estilo más autoritario, si fuese necesario) sus presupuestos prácticos y sus antagonismos estructurales. Si no fuera por ello, la valoración racional de los peligros para las condiciones mismas de la supervivencia humana que se despliegan históricamente sería por sí misma de gran ayuda para inclinar la balanza a favor de los cambios necesarios. Sin embargo, los argumentos racionales por sí mismos se encuentran totalmente sin poder para superar la aversión hacia el cambio cuando las premisas prácticas fundamentales de la parte materialmente dominante están en juego. Las racionalizaciones de la “complejidad insuperable” y sus reveladores corolarios, respaldadas por el poderío material del orden establecido, no pueden ser contrarrestadas persuasivamente ni siquiera por los mejores argumentos racionales a menos que estos sean también apoyados plenamente por una fuerza material alternativa viable en la práctica. Una fuerza capaz de sustituir con sus nuevos principios orientadores, junto a sus encarnaciones organizativas y productivas, a las presuposiciones prácticas dominantes del orden social establecido, que demuestra su anacronismo histórico cada día con la apelación cada vez más intolerante de las personificaciones del capital a la conseja de que “no hay ninguna alternativa”. Porque, reveladoramente, en nuestros propios días (en el espíritu de esa conseja) hasta los limitados órganos defensivos del movimiento laboral –sus partidos parlamentarios tradicionales y los sindicatos– deben ser convertidos en totalmente inefectivos, o bien mediante la integración de los dirigentes de mayor rango dentro del marco de un consenso desvirtuado, o por una abierta movilización de los instrumentos opresivos legales y de la fuerza represiva material directa del “estado democrático” contra las actividades del trabajo organizado anteriormente toleradas.

Por lo tanto, dadas las premisas estructurales opresivas del sistema del capital, el proyecto socialista marxiano no podía confinarse a una demostración teórica de la necesidad de seguir un curso racionalmente sostenible de reproducción metabólica social. No podía hacerlo así a pesar del hecho de que en términos históricos el aspecto aislado más importante de la empresa socialista resulta ser el hacer posible –eliminando los antagonismos de clase y el fatal impacto de los intereses creados inseparables de la estructura antagonística del sistema del capital– que los cambios estructurales periódicamente inevitables del desarrollo social sean introducidos racionalmente como algo corriente por los individuos plenamente facultados para ejercer el control sobre su actividad de vida.

La demostración teórica del curso racional de la acción totalmente cooperativa –es decir, socialista/comunitaria– requerida para la realización de este fin tenía que ser complementada por la articulación *material* de su verdad. Por eso Marx tenía que insistir en que “El arma de la crítica no puede reemplazar la crítica de las armas, la fuerza material debe ser derribada por la fuerza material; ...*No basta que el pensamiento se esfuerce en realizarse, la realidad misma debe esforzarse por el pensamiento*”.¹⁹⁴ Al mismo tiempo, indicó también la forma de salirse del dilema implícito en esta línea de enfoque, enfatizando que “la teoría también se convierte en una fuerza material tan pronto como ella ha sido absorbida por las masas. ... La teoría puede ser realizada en un pueblo tan sólo *en la medida en que ella constituya la realización de las necesidades de ese pueblo*”.¹⁹⁵

Sentar estos criterios, si bien era ser realista en la valoración general de lo que se tendría que haber hecho, volvió doblemente difícil al discurso socialista. Porque, por un lado, tenía que demostrar con rigor científico la validez de su “arma de la crítica” racional considerando a plenitud la fortaleza de su adversario tanto en términos teóricos generales como en términos histórico/prácticos. Y por otro lado, a diferencia de las concepciones incluso de los socialistas utópicos más nobles –para quienes “la historia futura se resuelve en la propaganda y en la puesta en práctica de sus planes sociales. ... Porque ¿cómo puede el pueblo, una vez que ha entendido su sistema, a su propio juicio, dejar de ver en éste el mejor plan posible del mejor estado posible de la sociedad?”¹⁹⁶– tenía que apoyar su caso en la capacidad o incapacidad de la teoría socialista para “captar a las masas”, y hacerlo olvidando de un todo su invención de “el mejor plan posible del mejor estado posible de la sociedad”. Marx sabía muy bien que no podía ser tal cosa porque todos los logros reales llevaban consigo las semillas de su necesaria superación en el futuro. Y también sabía que el éxito duradero del proyecto socialista sólo podía ser concebido sobre la base de que las aspiraciones expresadas en él se correspondieran con las necesidades del pueblo.

A pesar de las derrotas de la izquierda histórica, o, mejor, más que todo en vista de ellas, los criterios del éxito sostenible establecidos históricamente por Marx –según los cuales “*No basta que el pensamiento se esfuerce por realizarse, la realidad misma debe esforzarse por el pensamiento*” porque “*la teoría puede ser realizada en un pueblo tan sólo en la medida en que ella constituya la realización de las necesidades de ese pueblo*”– continúan sien-

194 Marx, “Contribution to the Critique of Hegel’s Philosophy of Law, Introduction”, MECW, vol.3, pp.182-3.

195 *Ibid.*

196 Marx y Engels, *Manifesto of the Communist Party*, Marx y Engels, *Selected Works*, vol. 1 p.62.

do válidos en lo que respecta a la estrategia que se debe seguir y para una valoración apropiada de los fracasos del pasado.

En relación con esto último, es dolorosamente obvio que los cambios sociales impuestos en nombre del proyecto socialista –especialmente bajo el eslogan del “socialismo en un solo país”– distaban trágicamente de la “realización de las necesidades del pueblo”. Pero hasta el proyecto socialista marxiano original tuvo que sufrir las restricciones de su tiempo. Porque la crisis del capital percibida por Marx a mediados del siglo XIX en “el pequeño rincón europeo del mundo” por largo tiempo no llegó a ser una crisis general. En cambio, la continuada ascensión histórica del orden burgués en el “territorio mucho mayor” del resto del mundo disipó durante todo un período histórico incluso a la relativamente limitada crisis europea. Como resultado, el movimiento socialista mismo como lo articularon en principio Marx y sus camaradas intelectuales y políticos en armas no podía evitar ser irrevocablemente prematuro. *La teoría marxiana hizo el mayor esfuerzo posible por realizarse para el momento de su creación, pero la realidad misma se rehusó a esforzarse por ella todo lo que esperaba y estipulaba su creador.*

Hoy la situación es radicalmente diferente. En un sentido significativo es incluso diametralmente opuesta a la que solía presentarse en vida de Marx. Porque aunque la crisis estructural del capital, en constante profundización, significa que “la realidad está comenzando a moverse hacia el pensamiento”, al parecer como resultado de las derrotas y fracasos del movimiento socialista (especialmente en el pasado reciente), el pensamiento mismo –junto con las fuerzas materiales y organizacionales sin las cuales hasta el más válido de los pensamientos no puede “captar a las masas” y convertirse en una fuerza material efectiva– se rehusa a moverse hacia la realidad y a “esforzarse en realizarse”. Entretanto las necesidades del pueblo permanecen frustradas y negadas como nunca antes.

Sin embargo, a pesar de las grandes derrotas del pasado la cuestión decisiva es que el final del predominio histórico del capital en nuestra época –a través de la extensión de su dominación a las áreas más distantes y anteriormente aisladas del planeta– ha traído consigo la activación de los límites absolutos de este sistema de control metabólico social. Dada la relación del modo social de reproducción del capital con la *causalidad* y el *tiempo* discutida al principio del Capítulo 4, el margen para el desplazamiento de las contradicciones del sistema se torna aún más estrecho y sus pretensiones de un status indesafiable de la *causa sui* se hacen palpablemente absurdas, a pesar del poder destructivo antes inimaginable a la disposición de sus personificaciones. Porque a través del ejercicio de tal poder el capital puede destruir a la humanidad en general –que es precisamente a lo que parece estar en verdad encaminado

(y con ello, de seguro, también a su propio sistema de control)– pero no selectivamente a su antagonista histórico.

Si bien debemos estar conscientes de la activación de los límites absolutos del capital a fin de permanecer constantemente alertas a sus implicaciones destructivas, es necesario también hacer algunas salvedades, y evitar así posibles malentendidos e ilusiones de falso optimismo en relación con la manera de salir de la crisis.

Primero, en el lado esperanzador debe enfatizarse que el término “límites absolutos” no implica nada en ni por sí mismo absolutamente intraspasable, como los apologistas del “orden económico ampliado” dominante tratan de hacernos creer a fin de someternos a la conseja de que “no hay alternativa”. Los límites en cuestión son absolutos solamente para el sistema del capital, debido a las determinaciones más íntimas de su modo de control metabólico social.

La segunda salvedad necesaria –mucho menos tranquilizadora– es que no deberíamos imaginarnos que la inexorable inclinación del capital a ir más allá de sus límites llegará de repente a un alto, sobre la base de una percepción racional de que el sistema en sí ha llegado ahora a sus límites absolutos. Por el contrario, lo más probable es que haya que hacer que cada intento se las arregle con las contradicciones que se intensifican tratando de ensanchar el margen de maniobra del sistema del capital dentro de sus propios confines estructurales. Dado, sin embargo, que las fundamentaciones causales responsables por la activación de los límites absolutos de este modo de control no pueden ser abordadas dentro de esos confines, y menos aún remediadas adecuadamente, la acción correctiva en relación con algunos de los problemas más explosivos del dificultoso proceso metabólico social obligatoriamente ha de ser procurada por otras vías. Lo será manejando los obstáculos encontrados y estirando al extremo las formas y los mecanismos del intercambio reproductivo establecidos en el plano de sus efectos limitantes, ahora deplorados hasta por los “capitanes de industria”.

En vista del hecho de que la más inmanejable de las contradicciones del sistema global del capital es la que se da entre la irrestrictibilidad interna de sus constituyentes económicos y la necesidad ahora inescapable de introducir restricciones mayores, cualquier esperanza de encontrar una salida de ese círculo vicioso bajo las circunstancias marcadas por la activación de los límites absolutos debe ser puesta en la dimensión política del sistema. Así, a la luz de las recientes medidas legislativas que ya apuntan en esa dirección, no puede haber duda de que el poder total del estado será activado al servicio de la finalidad de cuadrar el círculo vicioso del capital, aun si esto significa someter

a toda disensión potencial a extremas restricciones autoritarias. Igualmente no puede haber duda de que si tal acción remedial (en conformidad con los límites estructurales del sistema del capital global) será exitosamente proseguida o no, a pesar de su obvio carácter autoritario y su destructividad, dependerá de la capacidad o incapacidad de la clase trabajadora para rearticular al movimiento socialista como una verdadera empresa internacional.

En cualquier caso, lo que hace que las cosas sean particularmente serias es el hecho de que los problemas de largo alcance que confronta la humanidad en la presente etapa del desarrollo histórico no pueden ser evitados ni por el sistema del capital dominante ni por cualquier alternativa a él. Aunque, como asunto de contingencia histórica, ellos han surgido con la activación de los límites absolutos del capital, no se les puede pasar convenientemente por un lado, ni su gravedad puede ser borrada con meros buenos deseos. Por el contrario, ellos seguirán siendo el requerimiento dominante de la acción remedial omniabarcante en las prácticas reproductivas de la humanidad hasta tanto el círculo vicioso de la contingencia histórica actual del capital no sea remitido irrecuperablemente al pasado. En verdad, paradójicamente, la capacidad para afrontar de manera sostenible el reto histórico absoluto que había surgido de las dañinas contingencias y contradicciones históricas del sistema del capital constituye la medida de la viabilidad de *cualquier* alternativa metabólica social al orden dominante. Consecuentemente, la lucha por superar los límites absolutos amenazadores del sistema del capital está destinada a determinar la agenda histórica del futuro previsible.

La inmanejable contradicción entre la irrefrenabilidad del capital y la necesidad de restricciones fundamentales, ahora históricamente inevitable, recalca un gran problema para el futuro. Porque en el pasado el capital podía asegurar un gran avance productivo a través del dinamismo de la irrefrenabilidad, y gracias a él moverse en dirección a la potencial satisfacción de las necesidades y aspiraciones humanas. El hecho de que en el curso del desarrollo histórico el irrefrenable dinamismo original se haya vuelto en contra de las condiciones elementales de la supervivencia humana, a través de la activación de los límites absolutos del capital, no significa que la causa positiva del avance continuado mismo –la precondición necesaria para satisfacer las legítimas aspiraciones humanas– pueda ser abandonada voluntariamente.

Comprensiblemente, sin embargo, bajo las presentes condiciones de crisis, los defensores del sistema del capital proponen toda clase de falsas alternativas. Así, para tomar un ejemplo prominente, los defensores de las medidas correctivas congregados bajo las banderas de los

“Límites del Crecimiento”¹⁹⁷ argumentan que la procura del crecimiento en sí debería ser abandonada a favor de un ficticio “equilibrio global [en el cual] la población y el capital sean esencialmente estables”.¹⁹⁸ Naturalmente, ellos recomiendan esta solución sin someter a una crítica seria al sistema socioeconómico mismo, que es culpable de producir los síntomas que ellos reprochaban quijotesicamente.¹⁹⁹ Pero, al contrario de la falsa dicotomía de “crecimiento o no crecimiento”, el reto histórico de tener que luchar contra las catastróficas implicaciones de los límites absolutos del capital consiste precisamente en la necesidad de encontrarles soluciones viables a cada una de las contradicciones manifiestas en ellos mediante una redefinición práctica exitosa del significado del avance productivo, en lugar de la manera fetichista orientada hacia la cantidad que tiene el capital de tratar los problemas del crecimiento. Una *redefinición cualitativa* que abarcaría a la humanidad entera sobre la base de una *igualdad sustantiva*, en lugar de continuar excluyendo a la inmensa mayoría de los seres humanos de los frutos del avance productivo, como antes, durante el largo trayecto de la ascensión histórica del capital. Aunque, característicamente, toda preocupación por la igualdad resulta puesta a un lado por el inspirador de la fabricación de modelos pseudocientíficos computarizados que impregna el tipo de literatura que *Los límites del crecimiento* condensa como “la consigna de la igualdad”.²⁰⁰ Sin embargo, independientemente de la diligencia con la que se aplica este espíritu

197 Ver las actividades del “Club de Roma” y en particular su famosa publicación, *The Limits to Growth: A Report for the Club of Rome Project on the Predicament of Mankind*, escrito por Donella H. Meadows, Dennis L. Meadows, Jorgen Randers y William W. Behrens III, con un Prefacio por William Batts, presidente de Potomac Associates, A Potomac Associates Book, Earth Island Limited, Londres 1972.

198 *Ibid.*, p.171.

199 Como era de esperar, también en este libro la dimensión social de los aspectos identificados es evitada en nombre de la “complejidad”, al insistirse en que “los problemas principales que encara la humanidad son de tal complejidad y están tan interrelacionados que las instituciones y las políticas tradicionales ya no están en capacidad de vérselas con ellos” (pp.9-10). Irónicamente, sin embargo, el resultado de adoptar ese enfoque en el interés de eternizar el dominio del sistema del capital (como hemos visto, el objetivo globalmente equilibrador estipulado en el dictamen para la humanidad es hacer “la población y el capital esencialmente estables”) es que el método de modelización computarizada ofrecido para domeñar intelectualmente la pretendida “complejidad e interrelación” no puede producir otra cosa que vaciedad contraproducente. Así, nos enteramos en la sección conclusiva de este “Informe Acerca de la Situación de la Humanidad” que

El informe presenta en forma directa las alternativas que confrontan no una nación o un pueblo sino todas las naciones y todos los pueblos, y obliga así al lector a alzar su mirada a las dimensiones de la *problemática mundial*. Un defecto de este enfoque es, por supuesto, que —dada la heterogeneidad de la sociedad mundial, las estructuras políticas nacionales y los niveles de desarrollo— las conclusiones del estudio, aunque válidas para nuestro planeta como totalidad, no se corresponden en detalle con ningún país o región en particular (p.188).

Una conclusión por demás útil y tranquilizadora.

200 Ver la entrevista con el profesor Jay Forrester del MIT en *Le Monde*, 1 de agosto de 1972. Ver también su libro, *World Dynamics*, Wright-Allen Press, Cambridge, Massachussets, 1971.

y de la fanfarria con la que son saludadas sus conclusiones circulares a partir de supuestos arbitrarios, bajo las pretensiones de cuantificación académica solvente, ninguna cantidad de semejante insulto y demagogia elitescos puede hacer desviar la atención de los graves asuntos pasados a primer plano por la crisis estructural del sistema del capital.

Los cuatro aspectos escogidos para discutirlos más adelante no representan características aisladas. Lejos de ello. Porque cada uno resulta ser el punto focal de un conjunto importante de contradicciones. En sí, ellas demuestran ser insuperables precisamente porque en mutua conjunción intensifican en alto grado el poder disociador de cada una, así como el impacto general de los conjuntos particulares en cuestión tomados en conjunto.

Así, el antagonismo estructural irreconciliable entre el capital global –que resulta ser irrefrenablemente transnacional en su tendencia objetiva– y los estados nacionales necesariamente constreñidores es inseparable de al menos tres contradicciones fundamentales: las que se dan entre (1) el *monopolio* y la *competencia*; (2) la *socialización* cada vez mayor del proceso del trabajo y la *apropiación discriminatoria/preferencial* de sus productos (por una variedad de personificaciones del capital, desde los capitalistas privados a las burocracias colectivas que se perpetúan a sí mismas, y (3) la *división internacional del trabajo* en indetenible crecimiento y la incontrolable tendencia de los poderes preponderantes, con desarrollo desigual y por ende necesariamente cambiantes, del sistema del capital global a la *dominación hegemónica* (en el período que siguió a la Segunda Guerra Mundial, primordialmente los Estados Unidos).

De manera similar, los problemas discutidos en la Sección 5.2 no están confinados a asuntos ambientales proclamados a son de trompeta pero convenientemente limitados, como la hipócrita preocupación en los círculos oficiales por el “agujero de la capa de ozono” (que les reportarían rápido negocio y máximas ganancias a algunas compañías químicas transnacionales, como la inglesa ICI, por su publicitada “alternativa buena para el ozono a los culpables gases CFC”). Como veremos más adelante, ellos abarcan todos los aspectos vitales de las condiciones metabólicas sociales de la reproducción, desde la asignación de recursos (renovables o no renovables) desperdiciadora hasta la acumulación de veneno en todas las áreas, en detrimento de muchas generaciones por venir; y que se hace no sólo en forma de la más irresponsable donación del legado atómico para el futuro (en el campo del armamento y las plantas de energía) sino también en cuanto atañe a la contaminación química de todo tipo, incluida la que se da en el campo de la agricultura. Más aún, en lo que concierne a la producción agrícola, condenar literalmente a la hambruna a inconta-

bles millones de personas en el mundo entero va de la mano con las más absurdas “políticas agrícolas comunes” proteccionistas, diseñadas para asegurar el desperdicio provechosamente institucionalizado, sin que importen sus consecuencias inmediatas o a largo plazo. Cualquier intento de ocuparse de los problemas reconocidos a regañadientes debe ser conducido bajo el peso prohibitivo de las leyes fundamentales y los antagonismos estructurales del sistema. Así, las “medidas correctivas” concebidas dentro del marco de los grandes *jamborees* internacionales –como el encuentro de Rio de Janeiro en 1992– terminan absolutamente en nada,²⁰¹ puesto que deben estar subordinadas a la perpetuación de las relaciones globales de poder establecidas y sus intereses creados. La causalidad y el tiempo deben ser tratados como juguetes de los intereses capitalistas dominantes, sin importar lo agudos que puedan resultar los peligros. Así, el tiempo futuro queda insensible e irresponsablemente confinado al más estrecho horizonte de las expectativas de ganancia inmediata. Al mismo tiempo, la dimensión causal de incluso las condiciones más vitales de la supervivencia humana se ve peligrosamente puesta a un lado. Porque lo único compatible con el dominio continuado de la *causa sui* del capital es la manipulación reactiva y retroactiva de los síntomas y los efectos.

De la misma manera, en lo que se refiere a la muy elemental y políticamente irrefrenable demanda de liberación de la mujer, en ella se aglutinan una cantidad de temas de importancia y –como un recordatorio permanente de las promesas incumplidas e incumplibles del sistema del capital en sí– convierte a la gran causa histórica de la emancipación de la mujer en un reto *no integrable* al dominio del capital. Porque no puede haber una manera de satisfacer la demanda de la emancipación de la mujer –que afloró hace ya mucho tiempo, pero adquirió su urgencia en un período histórico que coincide con la crisis estructural del capital– sin un cambio *sustantivo* en las relaciones sociales de desigualdad establecidas. En este sentido, el movimiento de la mujer que en sus inicios

201 Característicamente, incluso las débiles resoluciones de la Conferencia de Rio de Janeiro en 1992 –suavizadas casi al punto de la insignificancia bajo la presión de las potencias capitalistas dominantes, principalmente los Estados Unidos cuya delegación encabezaba el presidente Bush– son utilizadas tan sólo como una *coartada* para seguir igual que antes, sin hacer nada por responder al reto mientras se simula “cumplir con las obligaciones asumidas”. Podemos notar así la vergonzosa hipocresía con la que el gobierno inglés trató de justificar en 1994 el 17 % de Impuesto al Valor Agregado con que se pechó el consumo interno de gasolina –golpeando sobre todo a los pobres y a los pensionados de bajos ingresos– bajo la apariencia de preocupación ambiental, con referencia a la “cumbre” de Rio. En realidad esa medida altamente impopular –que convirtió cínicamente la solemne promesa electoral del Partido Conservador en el gobierno de rebajar los impuestos en todo lo contrario– fue impuesta en un esfuerzo por reducir el déficit presupuestario anual de 50 millardos, sin ninguna otra expectativa que la de que la carga impositiva incrementada reduciría el consumo de energía y las consecuencias negativas de continuar la producción de energía con los mímos métodos altamente contaminantes.

parecía ser limitado en sus propósitos, como reto histórico llega de hecho mucho más allá de los límites de sus demandas inmediatas. En verdad, no puede evitar cuestionar el núcleo del sistema de reproducción metabólica social dominante, sin importar mediante cuáles artimañas podría el orden establecido tratar de hacer descarrilar sus multifacéticas manifestaciones. Porque gracias a la naturaleza misma de sus objetivos no puede ser aplacado por “concesiones” formales/legales, sea en el nivel de los derechos al voto parlamentario o en el de la grotescamente publicitada apertura del privilegio de ser miembros de la Bolsa de Valores para la mujer burguesa simbólica. Más aún, al centrar la atención en la *naturaleza sustantiva no-integrable* de lo que se persigue, la demanda de emancipación de la mujer también obsesiona al orden burgués con el recuerdo de su pasado, trayendo al primer plano la traición total del *ethos* original sobre cuya base ese orden conquistó su supremacía. Así, la demanda de emancipación de la mujer ofrece un poderoso recordatorio de que hubo una vez en que “Libertad, Igualdad y Fraternidad” no eran sólo palabras vacías o cínicas mistificaciones para desviar la atención de sus opuestos realmente existentes. Más bien, fueron los objetivos apasionadamente perseguidos por una clase –la burguesía progresista, que todavía compartía una causa en común con los trabajadores dentro del marco del “Tercer Estado”– que más tarde tuvo que vaciar, y más tarde aún que abandonar con desdén, como “consignas” sus propias creencias y aspiraciones anteriores a fin de justificar hasta las desigualdades e inclemencias más escandalosas del dominio del capital en el orden social. El gran problema con la causa de la emancipación de la mujer para el orden dominante no es sólo que ella no puede ser en modo alguno satisfecha mediante recursos formales/legales en última instancia vacíos. Lo que la hace igual o peor de indigesta es que no puede ser caracterizada y puesta a un lado como la “envidia” gratuita que le tienen “los trabajadores que no la merecen a la posición ganada con su esfuerzo por los creadores de la riqueza”. De esta manera la mistificadora condena de la preocupación por la igualdad sustantiva –su equiparación con las “injustas aspiraciones de clase”– por parte de la ideología dominante se cae por su propio peso. Así, el reto de la emancipación de la mujer reabre inevitablemente las dolorosas interrogantes acerca de qué fue lo que salió mal en las aspiraciones de emancipación humana una vez sinceramente sostenidas, y –a la luz del hecho de que con las demandas de igualdad sustantivas no se llegó a ninguna parte– por qué todo tenía que terminar mal sobre la base del sistema del capital en desarrollo. Más aún, para empeorar las cosas, ahora resulta imposible escapar de las incómodas preguntas “qué” y “por qué” desechando tajantemente

este nuevo reto histórico –que ni se podía ni se puede abordar sustancialmente dentro del marco estructural de ninguna sociedad de clases conocida o imaginable– como nada más que “otra consigna de igualdad”. Consecuentemente, justo cuando las personificaciones del capital confiaban en que habían logrado enterrar para siempre al fantasma del socialismo, y con él al espectro de la emancipación de clase –proclamando al mismo tiempo con típica autocontradicción que vivimos en una “sociedad sin clases” (y cosas por el estilo), y que la “consigna de igualdad” es la manifestación de “la envidia de clase y la codicia de clase”– tenían que quedar muy decepcionados. Porque ahora se ven confrontados no sólo por la demanda de emancipación de la mujer, sino también por sus inherentes vinculaciones con la necesaria emancipación de los seres humanos en general –tanto en términos estrictamente clasistas dentro de los países capitalistamente avanzados como en las inicuas relaciones de estos últimos con las masas superexplotadas del llamado “Tercer Mundo”– del dominio del capital que siempre se hace valer como un sistema de dominación y subordinación incurablemente jerárquico. Así, de la manera más paradójica e inesperada –dado que la clase de la mujer traspasa todas las fronteras de las clases sociales– la demanda de la emancipación de la mujer comprueba ser el “talón de Aquiles” del capital: demostrando la total incompatibilidad de la igualdad sustantiva con el sistema del capital bajo condiciones históricas en las que la cuestión en sí no desaparecerá, ni podrá ser reprimida violentamente (a diferencia de cómo lo fue frecuentemente la militancia de clase en el pasado), ni, en verdad, tampoco vaciada de su contenido y “realizada” en forma de vacíos criterios formales.

Finalmente, la cuestión del desempleo crónico pone en juego las contradicciones y antagonismos del sistema del capital global en la forma potencialmente más explosiva. Porque todas las medidas concebidas para curar el profundo defecto estructural del desempleo creciente tienden a agravar la situación, en lugar de aliviar el problema. De seguro, sería un milagro si pudiese ser de otra manera, ya que todas las premisas prácticas y las determinantes causales del sistema deben ser dadas por sentadas e inalterables. Imponer implacablemente la subordinación estructural del trabajo al capital aun en los países de “democracia liberal” (recientemente con leyes más abiertamente antilaborales) y pretender al mismo tiempo que tal cosa no se da en éste, que es el mejor de todos los mundos posibles, es la manera típica de ocuparse de las dificultades. Así, la intervención a gran escala del estado en todos los niveles y en todas las materias apoyándose directa o indirectamente en el continuado dominio del capital sobre el trabajo –que la profundización de la crisis

estructural del sistema hace más necesaria que nunca— va de la mano con la más cínica mistificación ideológica concerniente a la sola y única forma de reproducción socioeconómica viable, la “sociedad de mercado” idealizada y la “igualdad de oportunidades” que se supone que ese tipo de sociedad les ofrece a todos los individuos. La realidad, no obstante, es que incluso en la parte más privilegiada del sistema del capital la enfermedad social sumamente grave del desempleo masivo ha asumido proporciones crónicas, sin que esté a la vista algún final para esa tendencia que va empeorando. Así que nada más en la Europa capitalístamente avanzada hay bastante más de 20 millones de desempleados, y al menos 16 millones más en los demás “países capitalistas avanzados”. Todas estas cantidades amenazadoras son registradas en forma de cifras oficiales muy disminuidas, si no cínicamente falsificadas, en términos de las cuales en Inglaterra, por ejemplo, *16 horas* de trabajo por semana (a menudo asociadas con la más miserable remuneración, que les brinda a millones de trabajadores dos libras la hora, esto es, la regia suma de tres dólares al cambio de 1994) cuentan como “pleno empleo”, y muchas categorías de personas realmente desempleadas quedan arbitrariamente excluidas, bajo uno u otro pretexto, de las estadísticas de desempleo. El remedio para las consiguientes deficiencias y “disfunciones” debidas al desempleo crónico en todos los países bajo el dominio del capital es concebido, en estricta conformidad con los parámetros causales definitivamente contradictorios del sistema del capital, en términos de “disciplina del trabajo incrementada” y “mayor eficiencia”, que de hecho resultan en la depresión de los niveles salariales, en la creciente ocasionalidad de la fuerza laboral aun en los países capitalístamente más avanzados, y en un aumento general del desempleo. La muy idealizada estrategia de la “globalización” —en verdad otro nombre más para la continuada imposición de las relaciones de poder más inicuas entre los países capitalístamente avanzados y los “subdesarrollados” o “tercer mundistas” del sistema del capital global— agrava los problemas del desempleo crónico también en los países “metropolitanos” o “centrales”, acelerando la tendencia a la igualación de la tasa diferencial de la explotación antes mencionada. Domesticar o reprimir a la fuerza laboral —con la activa cooperación de sus liderazgos políticos y sindicales— en nombre de la disciplina del trabajo, el aumento de la productividad, la eficiencia del mercado, y la competitividad internacional, no es la solución real en este respecto, a pesar de las ventajas *parciales* que se pueden derivar *temporalmente* de ellas en uno u otro sector del capital en competencia. Porque en su efecto general tales medidas no son capaces de contrarrestar la tendencia hacia la recesión —y en su debida oportunidad a la depresión— global, por la simple razón de

que es imposible exprimirles un “creciente poder adquisitivo” (requerido para la “expansión saludable”) a unos salarios que cada vez se encogen más y al nivel de vida en deterioro de la mano de obra. A pesar de la intervención del estado, nadie logra resolver esta contradicción particular –ni siquiera los pertinaces e implacables representantes de la “Derecha Radical” en el comercio y en el gobierno– ni, en verdad, van a ser ellos capaces de lograrlo jamás. Gracias a su total monopolio de los materiales y los medios de producción el capital puede someter a la fuerza laboral a sus imperativos –pero sólo dentro de los límites a los que, como tendencia histórica, se está aproximando. Por eso la absurdidad del precio que debe ser pagado por la permanencia de las condiciones prevalecientes no puede ser escondida para siempre bajo las mistificaciones de la “sociedad de mercado” idealizada. El punto es que para zafarse de las dificultades de la expansión y acumulación rentables, el capital en competencia global tiende a reducir el “tiempo de trabajo necesario” (o el “costo laboral de la producción”) a un mínimo rentable, con lo que a su vez tiende inevitablemente a transformar a los trabajadores en una *fuerza de trabajo cada vez más superflua*. Pero al hacerlo así el capital socava simultáneamente también las condiciones vitales de su propia reproducción ampliada. Como veremos en la Sección 5.4, ni la intensificación de la tasa de explotación, ni los esfuerzos por resolver el problema mediante la “globalización” y mediante la creación de monopolios cada vez mayores pueden mostrar una salida de ese círculo vicioso. Así, las condiciones necesarias para asegurar y salvaguardar el funcionamiento apropiado del sistema –un sistema de control *por excelencia*, o nada– tienden a escapar del control del capital, e invocan el espectro de la incontrolabilidad destructiva en la ausencia de una alternativa socialista. La contradicción que opera aquí es, por lo tanto, verdaderamente explosiva. Esto es lo que le confiere un significado real a la preocupación interesada de las personificaciones del capital por el problema de la “explosión demográfica”. En sí, ella tiene un doble significado. Por un lado indica la multiplicación inmanejable de la “fuerza laboral superflua” de la sociedad, y por el otro señala la acumulación de la carga explosiva inestable que inevitablemente acompaña a esos desarrollos.

En relación con los cuatro conjuntos de cuestiones que estamos considerando, señalaremos brevemente dos puntos adicionales. Primero, que desde el comienzo mismo esos límites absolutos del sistema del capital activados bajo las presentes circunstancias no están separados de, sino son tendencialmente inherentes a, la ley del valor. En ese sentido, se corresponden de hecho con la “maduración” o completa afirmación de la ley de valor bajo condiciones marcadas por la conclusión de la fase

progresista de la ascensión histórica del capital. Y *viceversa*, se puede decir que la fase progresista de la ascensión histórica del capital llega a su conclusión precisamente porque el sistema del capital global en sí alcanza los límites absolutos más allá de los cuales la ley del valor ya no puede ser alojada dentro de sus confines estructurales.

El segundo punto se encuentra íntimamente relacionado con esta circunstancia. Porque hubo una vez –de hecho, no hace mucho tiempo– en que los cuatro conjuntos de determinaciones eran constituyentes positivos de la expansión y el avance histórico dinámicos del capital; desde la relación simbiótica del capital con sus estados nacionales al uso forzosamente autosuficiente que el sistema le daba a su manera característica de tratar las cuestiones de la igualdad y la emancipación (si bien siempre problemáticas), y de dominar las fuerzas de la naturaleza en el interés de su propio desarrollo productivo a fondo, sin ningún estorbo por parte de límites externos o internos represadores (que cuestionarían su dominación de la naturaleza) a la reproducción ampliada anteriormente casi inimaginable, no sólo de sus propios haberes y condiciones de intercambio y control metabólico materiales, sino también del prodigioso crecimiento de la fuerza laboral verdaderamente productiva y, dentro de los parámetros del capital, rentablemente sostenible.

Como contraste, el problema amenazador, para el futuro no muy distante, no es simplemente que el tipo de relaciones expansionistas dinámicas manifestadas en el pasado bajo los cuatro conjuntos de determinaciones que estamos considerando no pueden ser sostenidas positivamente por más tiempo. Porque bajo las nuevas condiciones del desarrollo histórico que se despliegan, los cuatro conjuntos de fuerzas interactuantes representan no sólo una *ausencia* (lo cual sería suficientemente malo por sí solo) sino un *obstáculo activo* para la acumulación sin problemas del capital y para el funcionamiento futuro del sistema del capital global. De acuerdo con esto, la amenaza de la incontrolabilidad arroja una sombra muy grande sobre todos los aspectos objetivos y subjetivos del modo históricamente único de controlar la continuada reproducción metabólica social de la humanidad.

5.1 Capital transnacional y estados nacionales

5.1.1

La contradicción entre la tendencia fundamental del desarrollo económico transnacional expansionista y las restricciones impuestas en él por los estados nacionales creados históricamente representó un problema muy difícil para los pensadores que trataron de avenirse con ella desde el

punto de vista del capital. A menudo le atribuían –en la vieja y noble tradición de achacarle los problemas, con evasión convenientemente prefabricada, a la “esencia incontrolada de la naturaleza humana”, como ya hemos visto– las explosiones que se manifiestan en forma de conflictos nacionales a la “irracionalidad” del pueblo “revoltoso” (a menudo también etiquetado y despachado sumariamente como “inferior”), buscando así remedios donde no los hay. En verdad, las soluciones en este sentido fueron visualizadas por lo general o bien en forma de los más puros buenos deseos –en el pasado remoto capaces de asumir formas nobles, como la “paz perpetua” que propugnaba Kant– o bien a través de meros llamados a la necesidad de la fuerza represiva, incluyendo la procura de grandes guerras. Estas abarcaban desde la teorización de la nación estado de Hegel y la definición de Clausewitz de la guerra como “la continuación de la política por otros medios” hasta la formulación de los mitos de dominación racistas y la apologética más abierta del imperialismo. Lo que tenían en común el tipo de buenos deseos kantiano y la propugnación más realista de la fuerza era la incapacidad de afrontar la naturaleza antagonística no de esa mítica “esencia incontrolada de la naturaleza humana” sino de la propia tendencia transnacionalmente expansionista del capital que estaba destinada (y todavía lo está) a reproducir los conflictos a una escala aún mayor, con severidad creciente. Quienes sean hoy lo suficientemente ingenuos como para creer, bajo la guiatura de los formadores de opinión, como el *Economist* de Londres, que nuestros tiempos muestran el triunfo de la “libre escogencia económica” universalmente beneficiosa, aunada a la generosa asistencia de la “libre escogencia política”, y la concomitante difusión universal de la “democracia”, consignando por tanto al pasado no sólo al imperialismo sino a todos los intentos por resolver los antagonismos económicos y políticos fundamentales por la fuerza, están condenados a sufrir un duro despertar.

La razón principal detrás de la manera poco realista de tratar con estos problemas aun en los enfoques más realistas es que no se puede reconocer la existencia de las determinantes causales profundamente arraigadas de los conflictivos intereses inseparables del modo de control del capital sin poner en peligro la legitimación tradicional del sistema mismo. En consecuencia, tan pronto como los antagonismos resultan demasiado agudos como para poder ser manejados por vías “consensuales”, las pretensiones democráticas normales deben ser puestas de lado en el interés de preservar la relación de fuerza establecida en el sistema del capital global, para así asegurar el continuado sometimiento y dominación de los pueblos “revoltosos” por los medios menos democráticos. Significativamente, este tipo de solución es procurado o defendido no

sólo por figuras abiertamente autoritarias, sino también por políticos con explícitas pretensiones de “credenciales democráticas”. Porque estos últimos no dudan en argumentar –bastante absurdamente– que su recomendado rumbo de negarles la “opción democrática” de la autonomía y la autodeterminación a los pueblos “revoltosos” debe ser seguido para el noble propósito de preservar los valores y logros democráticos de los Estados Unidos y los países de Europa Occidental. Así, en un libro reciente el “Decano de los Senadores Demócratas” de los Estados Unidos, Daniel Patrick Moynihan, insiste en que “será necesario para los Estados Unidos y las democracias de Europa Occidental reconsiderar... la idea de que la democracia es una opción universal para todas las naciones”²⁰² De acuerdo con este enfoque “realista”, la “opción democrática”, con todos los privilegios económicos y políticos que se dice les fueron asignados legítimamente, debe ser preservada para los Estados Unidos y sus socios más allegados, las llamadas “democracias capitalistas avanzadas”. Por el contrario, los pueblos que constituyen un obstáculo para la perpetuación de la relación de fuerzas establecida en el orden internacional deben ser descalificados –y mantenidos bajo estricto control por quienes detentan el poder para imponer ese control privándolos sin miramientos del derecho a la autodeterminación– por motivo de su pretendida predilección irracional por crear un “pandemonium étnico”.

En el mismo espíritu, el autoproclamado paladín de los valores liberales, el archiconservador Friedrich von Hayek, fulmina no sólo a los solícitos liberales y conservadores que en su opinión se unen a los socialistas en los países capitalistas en “El camino a la servidumbre”.²⁰³ Censura por igual a todos los que tienen la temeridad de levantar su voz a favor de los oprimidos del “Tercer Mundo”, pintando el cuadro espectral de que

la “teología de la liberación” se podría fusionar con el *nacionalismo* para producir una *poderosa religión nueva* con desastrosas consecuencias para la gente que ya está en terribles aprietos económicos.²⁰⁴

Que “una poderosa religión nueva” deba acarrear al nacer “desastrosas consecuencias” constituye de seguro un total *non-sequitur*. Después de todo, de la que hubo una vez fuera la “poderosa religión nueva” del protestantismo se dijo que había dado origen y posición de triunfo absoluto al maravilloso mundo del capitalismo, según una fi-

202 Daniel P. Moynihan, *Pandaemonium: Ethnicity in International Relations*, Oxford University Press, 1993, pp.168-9.

203 En el Prefacio a la edición de 1976 de *The Road to Serfdom* Hayek dice que él está “bastante orgulloso de la percepción que me hizo dedicarlo ‘A los socialistas de todos los partidos’” F.A.Hayek, *The Road to Serfdom*, Routledge/ARK edition, Londres 1986, p.viii.

204 Hayek, *The Fatal Conceit*, p.138.

gura tan importante como Max Weber. Aparentemente, entonces, sólo las religiones que presionan por la liberación y la emancipación de los oprimidos deben ser descalificadas a priori. Igualmente, resulta difícil ver qué es lo que iría a perder la gente a la que alude Hayek con la lucha por la autodeterminación y la liberación con la ayuda de una religión socialmente consciente, si ya está en “terribles aprietos económicos”. Lo que está, sin embargo, bastante claro, tanto en las diatribas de Hayek contra la teología de la liberación y el nacionalismo como en la negación de Moynihan de la “opción democrática de la autodeterminación” a los países considerados indignos de ella por el senador demócrata norteamericano, es que nuestros críticos del “nacionalismo del Tercer Mundo” deben recurrir a la acusación automáticamente condenatoria de irracionalidad incurable –la “religión” en un caso y el “pandemónium ético” en el otro– a fin de poder exonerar de un plumazo a los fundamentos causales de su sistema idealizado, por definición racional y superior pero en realidad incontrolablemente productor de antagonismo, del tan necesitado examen crítico.

En cualquier caso, esta manera de idealizar el capitalismo y simultáneamente condenar al nacionalismo es del todo contradictoria en sí misma, no nada más hipócrita. Porque los países capitalistas dominantes hicieron valer siempre (y continúan haciéndolo) sus intereses económicos vitales como entidades nacionales combativas, a pesar de toda la retórica y mistificación en el sentido contrario. Sus compañías más poderosas que se establecieron y continúan operando en todo el mundo son “multinacionales” sólo de nombre. En realidad, son corporaciones *transnacionales* que no se podrían sostener por sí mismas. Como Harry Magdoff destacó enérgicamente, “es importante tener en mente que casi todas las multinacionales son de hecho organizaciones nacionales que operan a escala global. No estamos negando de ningún modo que el capitalismo es, y lo ha sido desde su comienzo mismo, un sistema mundial, o que este sistema ha sido además integrado por las multinacionales. Pero así como es esencial entender, y analizar, al capitalismo como un sistema mundial, es igualmente necesario reconocer que cada empresa capitalista se relaciona con el sistema mundial a través de la nación estado y eventualmente debe depender de ésta”.²⁰⁵ El término “multinacional” es usado frecuentemente como un término engañoso, que esconde el aspecto real de la dominación de las economías locales –en sintonía con las determinaciones y antagonismos más profundos del sistema del capital global– por las empresas capitalistas de una nación más poderosa.

205 Harry Magdoff, *Imperialism: From the Colonial Age to the Present*, Monthly Review Press, Nueva York, 1978, p.183.

Como regla las naciones capitalistas dominantes hacen valer sus intereses con todos los medios a su disposición, pacíficamente hasta cuando sea posible, pero apelando a la guerra si no hay más recurso. Esta relación entre el capitalismo del siglo XX y sus unidades económicas dominantes es frecuentemente malentendida incluso por las figuras más notables de la izquierda parlamentaria, que critica en términos vagos la forma externa y no la sustancia. Así, en su crítica de las “multinacionales” a menudo piensan ingenuamente que las propugnadas restricciones legislativas de sus limitados parlamentos nacionales podrían y deberían poner las cosas en su lugar. En verdad, sin embargo, el dedo acusador debería señalar firmemente en dirección a las crecientes contradicciones del sistema del capital contemporáneo en sí, con sus inicuas relaciones de poder y jerarquías internacionales, y no hacia algunas “compañías multinacionales que interfieren políticamente”, por grandes que ellas sean. Esto hace que la posibilidad de una solución durable resulte incomparablemente más difícil que la promulgación de medidas legislativas restrictivas contra compañías transnacionales específicas. Porque el remedio debe serle aplicado a algún mecanismo crucial del sistema como un todo, con su relación de fuerzas general, si es que no se quiere que las indeterminaciones estructurales de esta última anulen la intervención legislativa prevista. Para citar a Magdoff de nuevo:

... el crecimiento de las corporaciones multinacionales es justamente la más reciente emanación de la incansable acumulación del capital y la innata tendencia a una mayor concentración y centralización del capital... cualquier éxito que puedan tener las políticas gubernamentales proviene de mantener o restaurar la salud de la economía a través del incremento del poder de las firmas gigantes, porque sin la prosperidad de esas firmas la economía no puede más que ir cuesta abajo. Las razones básicas de la impotencia de los gobiernos para mantener sus economías en orden hay que buscarlas en los límites y contradicciones del capitalismo monopolista. En otras palabras, los problemas surgen no de las maldades de las multinacionales o de la supuesta disminución de la soberanía de las naciones estado industriales; los problemas son inherentes a la naturaleza de una sociedad capitalista.²⁰⁶

Los representantes de los sectores más poderosos del capital entienden que no están en la posición de hacer caso omiso de la protección que las naciones estado les brindan a sus intereses vitales. A veces están hasta deseosos de hacer explícito ese hecho en sus recomendaciones de políticas para el futuro. Como un ejemplo característico podemos pensar en un libro reciente escrito por Robert B. Reich, Secretario del Trabajo del presidente Clinton y antiguo profesor de Harvard.²⁰⁷ Como corres-

206 *Ibid.*, pp.187-8.

207 Ver Robert B. Reich, *The Work of Nations: A Blueprint for the Future*, Simon & Schuster, Hemel Hempstead, 1994.

ponde a un político destacado del país imperialista dominante, el autor de este libro no se hace ilusiones acerca de abandonar el centro nacional y la defensa del poder capitalista “multinacional” en aras de las nociones fantasiosas de una globalización neutral y universalmente beneficiosa. Dado el carácter de las relaciones socioeconómicas globales bajo el dominio del capital y los antagonismos generados dentro de su marco, no sorprendentemente el “Anteproyecto del futuro” de Reich –haciendo eco del título de *La riqueza de las naciones* de Adam Smith, pero cambiando el acento a la necesidad de integrar “*El trabajo de las naciones*” a escala planetaria– *refleja* los constituyentes conflictivos del sistema sin reconocer sus contradicciones. Porque no puede admitir que las tendencias descritas pueden ser problemáticas y en última instancia hasta explosivas. Prefiere presentarlas marchando codo con codo, como si constituyeran un todo armonioso. Por un lado él insiste en que en el próximo siglo no habrá productos o corporaciones nacionales, ni siquiera industrias y economías nacionales, y por consiguiente argumenta a favor de la inescapabilidad de la globalización. Por el otro lado, sin embargo, él también recomienda la adopción de un “*nacionalismo económico positivo*”²⁰⁸ por su país, y anticipa que se le practique en una forma que concilie las demandas y los intereses del centro nacional defendidos por el demócrata Secretario del Trabajo de los Estados Unidos, con los del resto del mundo. Cómo podría esta conciliación ilusoria en primer lugar ser llevada a cabo, y luego manejada sobre una base continuada, permanece como un completo misterio. Sobre todo si tenemos en mente las desigualdades existentes –y todavía en *crecimiento* más que en disminución– y la dominación estructural de las economías más débiles por los países “capitalistas avanzados” dentro del marco de las relaciones de poder prevalecientes. La posibilidad de una solución es postulada por Reich sobre la premisa de la ficticia eliminación (de nuevo por una suerte de milagro) de la relación entre la llamada gran empresa y el trabajo que gratuitamente se supone que sea la causa de las dificultades existentes.²⁰⁹

Suponer, como lo hacen Robert Reich y otros, que las relaciones de dominación y dependencia existentes pudiesen ser convertidas en permanentes, y mucho menos incrementadas más aún hasta el grado proyectado a favor del país imperialista líder, los Estados Unidos, es

208 *Ibid.*, p311.

209 Robert Reich introduce la categoría de “analistas simbólicos” como una parte fundamental de la solución esperada. En su esquema de las cosas se supone que los “analistas simbólicos” son la nueva fuerza dominante en la economía. Todo esto suena conocido. Porque la función de los “analistas simbólicos” de Reich es muy similar a la de la “tecnestructura” de Galbraith. La diferencia está en que Galbraith solía fantasear acerca de la “convergencia” universal, en tanto que Reich entona las alabanzas del “nacionalismo económico positivo” libre de problemas, con igual probabilidad de un desenlace positivo.

totalmente irrealista, independientemente de cuánta fuerza bruta desplieguen sus beneficiarios del presente. Porque los antagonismos hondamente arraigados generados por la dominación estructural no pueden ser disipados tratando de exorcizar al “irracional nacionalismo del Tercer Mundo” como cosa del diablo. Como lo destacó en *Le Monde* un distinguido historiador y figura política filipino, Renato Constantino:

El nacionalismo sigue siendo hoy un imperativo para los pueblos del Sur. Es una *protección*, ya que permite hacer valer nuestros derechos soberanos, y es un marco para *defenderse* contra las prácticas de dominación del Norte. El nacionalismo no significa encerrarse en sí mismo: tiene que ser abierto; pero para eso debe presuponer un nuevo orden mundial que –en contraste con lo que vemos hoy– no consista en la hegemonía de una superpotencia y sus aliados, sin respeto por las naciones jóvenes.²¹⁰

Más aún, el sistema del capital global de jerarquías estructurales establecido revela su definitiva insostenibilidad no sólo a través de su dominación necesariamente combatida del “Tercer Mundo”. Existen también serios antagonismos entre los poderes capitalistas dominantes, que se intensificarán ineludiblemente en el futuro previsible. Esto no es solamente porque el imaginado “nacionalismo económico positivo” de los Estados Unidos esté ya generando respuestas que nada tienen de sumisas en Europa Occidental, Japón y Canadá, sino también porque las grandes diferencias de intereses originan conflictos cada vez menos manejables entre los miembros de la hace tiempo establecida Comunidad Europea (ahora optimistamente rebautizada como “Unión Europea”). Así que se requeriría de mucho más que de la ilusoria proyección de la “conciliación amistosa de los intereses económicos en choque, o incluso

210 “Un entretien avec Renato Constantino”, *Le Monde*, 8 de febrero de 1994.

La manera cínica en que la soberanía de las naciones más pequeñas es tratada por las potencias dominantes mientras se habla de dientes para afuera de los “principios de democracia y libertad” se ve ilustrada con claridad por la reciente controversia sobre la imposición de los intereses militares estadounidenses –en forma de los “derechos de ingreso automático para las fuerzas militares norteamericanas” luego de la abolición de las bases– en las Filipinas. El asunto es manejado bajo el manto del secreto, diciendo en Washington que “Los acuerdos de ingreso militar son por lo general secretos basándonos en que podrían resultar políticamente delicados para el país huésped”. En el caso de las Filipinas ese acuerdo secreto entre el Pentágono y el presidente Ramos está claramente en contra de la constitución del “país huésped”, como lo ha reafirmado repetidas veces su Senado. Como lo comenta el artículo de un especialista en asuntos filipinos:

Cuando la avanzada [militar] norteamericana asumía la forma de bases, sirvió durante años como una fuente de intervención en extenso de los Estados Unidos en la política filipina, que culminó con el abrazo entre Washington y el dictador Marcos. ¿No podría el respaldo de los Estados Unidos a la avanzada en forma de ingreso llevar a una actividad similar? En verdad, cuando el ingreso sirve actualmente para socavar la constitución filipina, la intervención política de tipo subversivo ya se ha vuelto evidente.

Daniel B. Schirmer, “Military Access: The Pentagon versus the Philippine Constitution”, *Monthly Review*, vol. 46, n° 2, junio de 1994, pp. 32 y 35.

de la extensión de la categoría de “pandemónium étnico” del senador Moynihan a la Europa en su conjunto, para conjurar una solución viable a este respecto.

5.1.2

El postulado de la “conciliación” no es de ningún modo nuevo dentro de la teoría burguesa. En sus raíces encontramos las inconciliables contradicciones de la “soberanía” tal y como se la concibe desde el punto de vista del capital, que reflejan el desacoplamiento entre las estructuras reproductivas materiales del sistema y su formación de estado discutida en el Capítulo 2. Esto es así independientemente de la estatura intelectual de quien produzca la prometida “conciliación”. Ni siquiera la más grande teorización positiva del estado burgués –la *Filosofía del Derecho* de Hegel– puede mostrar una vía de salida al laberinto de contradicciones subyacentes. Porque, por un lado, Hegel pone en realce la *individualidad* del estado, insistiendo en que su individualidad intranscendible “se manifiesta como una relación con los otros estados, *cada uno* de los cuales es autónomo ante los demás. Esta autonomía... es la libertad fundamental que posee un pueblo, así como también su más elevada dignidad”.²¹¹ Consecuentemente, en opinión de Hegel “La *nación estado* está consciente de su racionalidad sustantiva y su realidad inmediata, y constituye por lo tanto el *poder absoluto* en el mundo. De allí se desprende que cada estado es soberano y autónomo ante sus vecinos. Tiene derecho, ante todo y *sin condicionamientos* a ser soberano desde su punto de vista, esto es, a ser reconocido por ellos como soberano”.²¹² Pero debe añadir inmediatamente –a fin de crear la necesaria cláusula de escapatoria para la perpetuación de las relaciones de poder más inicuas entre los estados nacionales– que “este derecho es puramente formal... y *el reconocimiento está condicionado por el juicio y la voluntad de su estado vecino*”.²¹³ Así, lo que

211 Hegel, *The Philosophy of Right*, p.208.

212 *Ibid.*, p.212.

213 *Ibid.* Hegel debe reconocer también que los fundamentos (o pretextos) sobre los cuales se puede retirar el “reconocimiento” son del todo *arbitrarias*, aunque él prefiere emplear la expresión mucho más digerible de “inherentemente indeterminadas”. Como él lo expresa: “A través de sus sujetos un estado tiene amplias conexiones y multifacéticos intereses, y éstos pueden verse pronta y considerablemente agravados; pero sigue siendo inherentemente indeterminable cuál de esos agravios ha de ser considerado como una ruptura de tratado específica o como un agravio a la honra y la autonomía del estado”. Y la racionalización y “justificación” para la aceptación de la arbitrariedad como la base de la ruptura de los tratados internacionales es presentada –con un razonamiento que bordea el completo cinismo característico de las grandes potencias imperialistas– en la frase siguiente: “La razón para esto es que un estado puede considerar que su inmensidad y su honor están en juego en cada uno de sus intereses, por pequeños que sean, y estará más proclive a la susceptibilidad ante el agravio mientras más se vea impulsada su poderosa individualidad, como resultado de una *larga paz doméstica*, a buscar y crear una

se supone era “absoluto y sin condicionamientos” se vuelve condicional y condicionado como totalmente dependiente del “juicio” y la “voluntad” arbitrarios del “estado vecino” más poderoso. Este último, como regla, se niega a otorgarle a su vecino más débil el “reconocimiento de la absoluta soberanía y autonomía” originalmente postulada, y toma por la fuerza de las armas o por la amenaza de la fuerza todo lo que su poder le permite tomar.

Naturalmente, el sistema de relaciones interestatales que se erige sobre semejantes fundamentos es extremadamente inestable, aun a los ojos de Hegel, si bien no lo perturban en lo más mínimo los peligros implícitos en ello. Es así como él caracteriza la situación:

La proposición fundamental de la ley internacional... es que los tratados, como la base de la obligación entre los estados, deberían ser mantenidos. Pero, puesto que la soberanía de un estado es el principio de sus relaciones con los demás, los estados están en esa medida *en un estado de naturaleza en relación con cada uno de los otros*. Sus derechos son realizados solamente en sus voluntades particulares y no en una voluntad universal con poderes constitucionales sobre ellos. Esta salvedad universal de la ley internacional, por lo tanto, no va más allá de un debería ser, y lo que realmente sucede es que las relaciones internacionales de acuerdo con tratados se alternan con la *ruptura* de esas relaciones.²¹⁴

Lo que resulta extremadamente problemático aquí no es la descripción del estado de cosas existente –y la concomitante inevitabilidad de las guerras– sino el postulado de la sostenibilidad, y en verdad de la permanencia absoluta de tal estado de cosas precario. El interés de clase tras este tipo de concepción de la etapa final del desarrollo histórico, con su “conciliación” de las contradicciones bajo la dominación del “estado germánico” imperialista –la encarnación del “principio del norte”– es bastante obvio. Porque Hegel habla bajo la orientación del “*Reino Germánico*” –esto es, para él la culminación de la historia del mundo– de “la conciliación de la verdad objetiva y la libertad como verdad y libertad apareciendo dentro de la conciencia de sí mismo y la subjetividad, una conciliación de cuyo cumplimiento el principio del norte, el principio de los pueblos germánicos, ha sido encomendado”.²¹⁵ El hecho de que el “principio del norte” resulta ser la dominación de los pueblos del Sur por los “países capitalistas avanzados” del Norte preponderantes, no puede constituir la menor preocupación en las teorizaciones del estado desde la posición privilegiada del capital, con su necesaria visión de la “conciliación” como la absoluta permanencia de las jerarquías estructurales

esfera de actividad en el exterior”. *Ibid.*, p.214.

214 *Ibid.*, p.213.

215 *Ibid.*, p.222.

establecidas. Las contradicciones y antagonismos del sistema del capital quedan preservadas en todas esas concepciones, que solamente ofrecen la vacuidad de la “conciliación” verbal.

Sin embargo, no importa cuán ingeniosos sean los esquemas de “conciliación” concebidos, ellos resultan tarde o temprano inevitablemente hechos pedazos aun en sus propios términos de referencia. En ese sentido el postulado de Hegel de la permanencia absoluta de las relaciones entre los estados del sistema del capital, que él admite que “permanecen infectadas por la contingencia”,²¹⁶ está fundamentado sobre dos premisas falsas. La *primera*, brevemente considerada en la Sección 4.2.3, es su glorificación de la guerra moderna como correspondiendo directamente a la última etapa del desarrollo de la Idea. En ese respecto simplemente no se le podía ocurrir a Hegel, dada su categórica defensa de la “racionalidad de lo real”, que el glorificado principio moderno de “el pensamiento y lo universal” podría (ni mucho menos que lo haría con toda seguridad) producir tipos de armamento capaces de destruir a la humanidad, terminando así con la “Historia del Mundo” en lugar de “realizar la Idea” en forma de la perfecta conciliación de las contradicciones. Teorizar el mundo desde la posición privilegiada del capital hace imposible –no sólo para Hegel sino también para todos aquellos que adoptan esa perspectiva– ver el inseparable lado *destrutivo* del avance del sistema en su desarrollo dinámico. Esta falla vicia sin esperanza hasta la descripción más correcta de los estados de cosas históricamente específicos pero de ningún modo absolutizables, como el contradictorio funcionamiento de la soberanía y la autonomía burguesas reconocido en *Filosofía del Derecho*.

La *segunda* premisa falsa es igualmente grave en sus implicaciones para la permanencia de la postulada “conciliación”. Ella afirma que

en la sociedad civil los individuos son *recíprocamente interdependientes* en muy numerosos respectos, en tanto que los estados autónomos son principalmente totalidades cuyas necesidades se satisfacen *dentro de sus propias fronteras*.²¹⁷

Esto constituye, sin duda, una completa ilusión, en vista de que la irrefrenable tendencia expansionista del sistema del capital bajo todos sus principales aspectos desde su nacimiento. Sin embargo, no se trata de una ilusión personal y en principio corregible, sino *necesaria* y dependiente del sistema. Surge de la necesidad de justificar el sistema de reproducción metabólica social establecido, en el cual las reciprocidades y las interdependencias contradictorias de los “microcosmos” repercuten con creciente intensidad a lo largo de todo el “macrocosmo” del capital.

216 *Ibid.*, p.214.

217 *Ibid.*, p.213.

Así, la formación de estado del sistema del capital no se ve de ninguna manera menos afectada por las reciprocidades e interdependencias potencialmente explosivas que su “sociedad civil”. Si acaso, resulta aún más afectada. En Hegel, y en el pensamiento burgués en general, la falsa oposición entre la “sociedad civil” y el estado sirve al propósito de idealizar la “conciliación” y la imaginaria –en realidad en el mejor de los casos nada más temporal– “resolución” de las contradicciones y antagonismos reconocidos. En tal esquema de cosas el estado está, por definición, destinado a superar a través de sus instituciones y su sistema de leyes las contradicciones de la sociedad civil, no importa cuán intensas sean, dejándolas al mismo tiempo totalmente intactas en su “propia esfera” de operación, esto es, en la “sociedad civil” misma.

Dado el desacoplamiento estructural entre las estructuras materiales reproductivas del capital y su formación de estado, se requeriría de un milagro que conmueva al mundo para lograr la salida prevista. Es por esto que la teoría burguesa en todas sus formas debe simplemente suponer la existencia de los poderes idealmente correctivos del estado aun cuando algunos de los ideólogos del capital argumenten explícitamente a favor del “retiro” del estado de las cuestiones económicas. Porque sea que recurran a líneas keynesianas de financiamiento del déficit expansionista, o estén a favor de la “creación de condiciones favorables para los negocios” a través de la restricción monetaria y la reducción del gasto público, encuentran su común denominador en la aceptación explícita o implícita de que sin la “apropiada” intervención del estado las estructuras reproductivas materiales del sistema establecido no pueden producir los resultados propugnados. Incluso la noción de “reducir los límites de la actividad del estado” supone –como sucede bastante ilusoria y arbitrariamente– al menos la *capacidad* del estado para hacerlo.

Pero la incómoda verdad de la cuestión es que aun mediante la intervención masiva del estado la proyectada “conciliación” y “resolución” de las contradicciones no puede ser lograda debido a las deficiencias estructurales del sistema y la consiguiente activación de los límites absolutos del capital en la etapa presente de su desarrollo histórico. Las falsas premisas de Hegel, sobre las cuales fue construida su legitimación racionalizadora de los destructivos antagonismos del sistema del capital ya no son creíbles hoy para nadie. Incluso en vida de Hegel la “conciliación” sólo podía ser concebida bajo la suposición, (1) de que a diferencia de la “sociedad civil”, el estado en sí no sufre de antagonismos y escisiones estructurales, y por lo tanto es eminentemente adecuado para resolver las contradicciones de la “sociedad civil”; y (2) que la sanción definitiva y perfectamente practicable/aceptable del sistema cuyas partes son combinadas en un todo

coherente por el estado, con su insuperable individualidad, es resolver los conflictos por la fuerza y derrotar al adversario en una guerra, aunque sea a gran escala. Estas ilusiones del gran filósofo alemán, de apologética clasista pero necesarias en su debido momento y lugar, ya han perdido toda apariencia de racionalidad. La consumación de la ascensión histórica del capital a través de su penetración aun en los rincones más remotos del planeta ha traído consigo la redefinición cualitativa de las relaciones fundamentales de intercambio metabólico social, activando los límites absolutos del sistema de una manera que se ve agravada por la *urgencia del tiempo*. Esto hace imposible esconder por más tiempo los límites y contradicciones del capitalismo bajo el manto de la “conciliación” eterna que iba a ser llevada a cabo por el estado nacional más o menos idealizado.

5.1.3

Lejos de “satisfacer sus necesidades dentro de sus fronteras”, como imaginó Hegel, aun los mayores “estados autónomos” –incluido el chino, con una población bien por sobre los 1200 millones– ven su economía significativamente restringida por la condición objetiva de que ella no puede satisfacer sus necesidades sin entrar más allá de sus fronteras en una multiplicidad de relaciones reproductivas materiales importantes, con sus inescapables corolarios políticos sobre los cuales ellos no pueden tener más que un control estrictamente limitado, sin importar lo poderosos que puedan ser en términos militares. Como resultado, es seguro que aparezcan problemas de variada severidad e intensidad que deben ser acomodados –ya que debido a sus exigencias mutuamente excluyentes no pueden ser “resueltos”– dentro de las determinaciones y confines estructurales del sistema del capital global. Así, resultaría una total ingenuidad (para decirlo en términos suaves) creer que la proclamación de principios altisonantes pudiera superar felizmente, en el sentido de la “conciliación” frecuentemente postulada pero nunca realizada, las tensiones y conflictos siempre regenerados de este sistema. Y más aún dado que el siglo XX ha sido testigo no sólo del tipo nazi de erupción de los antagonismos del sistema del capital, sino también de los intentos más recientes –bajo el pretexto de “proteger la democracia” de los peligros del “*pandemonium étnico*”– de descalificar a los poderes económicos más débiles hasta del derecho formal de defender sus intereses elementales.

Con el fin de diseñar una justificación “principista” para las formas de discriminación existentes, son inventadas toda clase de teorías por los propagandistas políticos del capital a los que no los detiene el tener que emplear aseveraciones y autocontradicciones flagrantemente falsas

como los ladrillos para la construcción de tales “teorías”. Así, los editores del *Economist* –en un editorial titulado “Sentimiento tribal”– pontifican en un tono de indignación plástica de 9 quilates:

Mire el mundo a su alrededor y, desde Serbia al Canadá, desde Turquía a Sri Lanka, las tribus están haciendo valer sus derechos. Es más, a menudo lo hacen así con la bendición, si no con el estímulo, de quienes solían pregonar los valores universales. ...a menudo parece mala idea sugerirle al nativo de Quebec, pongamos, que él es también canadiense, al tamil que es de Sri Lanka o al kurdo que es turco.²¹⁸

La curiosa afirmación de que las tribulaciones de los *canadiens* franceses pueden ser resueltas subsumiéndolos bajo el nombre de “canadienses quebequenses” y que los kurdos son en realidad turcos, constituye uno de los peores chistes inventados en las últimas décadas por la pauta del *Economist*. Pero es que hay más sobre el asunto. Porque el problema de las minorías disidentes le es atribuido falsamente, apenas un par de líneas más adelante en el mismo artículo, a los pasados males del comunismo, diciendo que “A menudo estas minorías han sufrido años de discriminación y viene a ser recién ahora, con la propugnación de la democracia, que tienen la oportunidad de expresar sus tribulaciones”. Cómo diablos podría aplicarse esta afirmación a la lista de los “tribulistas” dada pocas líneas antes, con la aparente excepción de “Serbia”, queda como un completo misterio. Pero incluso la afirmación referente a “Serbia” se ve totalmente contradicha media página más adelante en el mismo editorial, cuando *The Economist* cambia de caballo y admite que “Yugoslavia explotó a pesar de los derechos de las minorías que fueron proclamados, y en verdad *respetados, en los tiempos del comunismo*”.

La construcción de tales “teorías” a partir de afirmaciones falsas y flagrantes autocontradicciones surge del patético marco explicativo adoptado por necesidad por los apologistas del sistema del capital. Porque ellos ni siquiera pueden aludir a las causas reales de los problemas identificados, y por lo tanto se ven forzados a soñar toda clase de seudocausas a fin de avenirse con el hecho desconcertante de que los antagonismos continúan irrumpiendo por todo el mundo a pesar del “Nuevo Orden Mundial” libre de problemas y el final feliz de la historia anteriormente proclamados con el triunfo absoluto de la democracia “liberal”. Raymond Aron, un ideólogo destacado del capitalismo occidental, acostumbraba predecir que la creciente prosperidad, que trae consigo “un modo de vida más de clase media”,²¹⁹ terminaría inevitablemente con el regreso de la Unión Soviética

218 “Tribal Feeling”, *The Economist*, 25 de diciembre de 1993-7 de enero de 1994, p.13.

219 Raymond Aron, *The Industrial Society: Three Essays on Ideology and Development*, Weidenfeld and Nicolson, Londres 1967, p.121.

al redil. Como todos sabemos, nada por el estilo ha ocurrido. Sin embargo, el primitivo esquematismo suficientemente refutado de su “democracia y creciente prosperidad” –que pretende hacer inteligible no sólo los desarrollos pasados sino, más importante para la tranquilidad del sistema, también la posible (y admisible) causalidad de los cambios futuros– persiste sin alteraciones. Cada vez que hasta la más superficial de las ojeadas a los hechos contradiga abiertamente la “explicación” seudocausal favorita, el término “excepción” viene al rescate para proporcionar la requerida cláusula de escapatoria. Así, se nos dice en otro artículo del *Economist* dedicado al inquietante problema de los conflictos étnicos que

Con pocas excepciones, tales como Irlanda del Norte y el País Vasco, las viejas tensiones religiosas y étnicas de las regiones occidentales de Europa sucumbieron hace tiempo a los *tranquilizadores efectos de la democracia y la prosperidad creciente*. Lo mismo podría eventualmente suceder en Europa central y la del Este.²²⁰

Pero entonces, de nuevo, ello podría también no suceder, lo que tendría que convertir a las “pocas excepciones” –de las cuales algunas más podrían encontrarse incluso en la Europa Occidental, desde la Bélgica étnicamente polarizada hasta ciertas partes de Italia– en la categoría metafísica de las “líneas de falla” permanentes recientemente aportada por el profesor Huntington, ansioso de repetir la sapiencia y el éxito de su idea de las “aldeas estratégicas” en Vietnam. En cualquier caso, no se hace ni debe hacerse ningún intento por tratar de explicar las causas detrás de las aparentemente autoiluminadoras “excepciones”, sean ellas muchas o pocas. Cuánta más “democracia y creciente prosperidad” se necesita para hacer que los empecinados “tribalistas” francocanadienses vean la luz de la razón y reconozcan que hasta en Ontario son realmente canadienses quebequenses, como lo kurdos son turcos, nunca lo sabremos, ni deberíamos tratar de saberlo. Porque el punto clave de todo el ejercicio que requiere de cambiar de caballo a mitad de camino del artículo es desacreditar a quienes presionan por los *derechos de las minorías*, incluidos los defensores de la igualdad de derechos para los *discapacitados* tajantemente puestos a un lado en el Editorial de Año Nuevo del *Economist* antes citado. De acuerdo con los editores de *The Economist*, “los derechos son para los *individuos*, no para los *grupos*”. Si hay que hacerles concesiones “a las minorías agraviadas”, ellas deben ser hechas “en el entendido, tal vez en alguna cláusula ilusoria” de que a ellas no debería permitírseles perdurar.

“Abolir los derechos de las minorías y los grupos” –incluyendo la protección de los sindicatos y la vieja ley que una vez asegurara el *salario mínimo*²²¹ para el sector más desprotegido de la clase trabajadora– es el

220 “That other Europe”, *The Economist*, 25 de diciembre de 1993-7 de enero de 1994, p.17.

221 En este respecto el consenso antinatura entre el capital y la directiva de los sindicatos inte-

apropiado enfoque racional de estas cuestiones, según los editores de *The Economist*, quienes entusiastamente mueven de lugar la portería cada vez que hace falta igualar y posteriormente mejorar las cambiadas condiciones de la dominación continuada del capital. En este espíritu, puesto que para las operaciones transnacionales del capital los días de fiesta nacionales establecidos tradicionalmente son considerados “económicamente lesivos”, los editorialistas de *The Economist* plantean lo que ellos llaman, no en broma sino con toda la seriedad del caso, la “solución liberal”, esto es, que “*los días de fiesta deberían ser abolidos*”.²²² Hasta se muestran tal y como son por un momento cuando dicen que como resultado de esa medida liberal “el antipático día feriado bancario de Mayo en Inglaterra desaparecerá”,²²³ sepultando así el día de la solidaridad de los trabajadores por tanto tiempo respetado no sólo en Inglaterra sino también en el movimiento internacional de los trabajadores en todas partes.

La defensa de la supresión de los derechos de las minorías y los grupos sobre la base de la racionalización con conciencia de clase de que “los derechos son para los individuos y no para los grupos” –como si los individuos que sufren el sistema de discriminación más inicuo no fueran miembros de grupos jerárquicamente subordinados y explotados– aunada al más hipócrita llamado a la “humanidad en común” de los individuos,

grados resulta altamente revelador. Queda bien ilustrado en una característica entrevista concedida por Paul Gallagher, el nuevo Secretario General de la Amalgamated Engineering and Electrical Union (AAEEU) –no hace muchos años uno de los sindicatos más radicales en Inglaterra. En esa entrevista Gallagher rechazaba la idea de que el movimiento laboral debía propugnar la demanda de un salario mínimo, poniéndose de parte de la revocación por parte del gobierno Conservador de la vieja legislación del salario mínimo. Insistía en que

“La política del sindicato es oponerse al salario mínimo”, que él dijo que tenía “el potencial para destruir el diferencial de los trabajadores mejor pagados”. Y continuó:

“Es un error tratar de presionar a John Smith [para el momento de la entrevista el líder del Partido Laborista] sobre este punto. Resulta *políticamente peligroso* y espero que no nos veamos *arrinconados y tengamos que hacer resistencia*”.

(“Unions told not to give Labour lists of demands”, *The Independent*, 6 de mayo de 1994).

La ironía particular de todo esto es que el político responsable de introducir en la constitución la ley sobre el salario mínimo en Inglaterra, en 1909, no fue otro que Sir Winston Churchill. Adoptó esa medida, por supuesto, en el interés de los capitales en competencia, ejerciendo presión por la “equidad” en contra de los “empleadores inescrupulosos”. Hoy día todos los sectores del capital son “inescrupulosos” y la “equidad” es definida como la aceptación por parte del trabajo de los dictados de la “economía de mercado” y de sus “demandas racionales”. Lo que resulta sumamente revelador es que ahora hasta los tradicionales objetivos de las políticas sindicales están engavetados o de un todo abandonados en interés del oportunismo político parlamentario, sobre la base de la risible creencia de que la capitulación ante los dictados del capital contrarrestará la tendencia en marcha de la descalificación y la casualización de la fuerza laboral. Así, Gallagher concluyó su entrevista declarando que

“Existe el peligro de que los empleadores traten de y logren descalificar los trabajos y echar a rodar las calificaciones, lo que haría menos flexibles a los trabajadores”.

Como si los imperativos objetivos del desarrollo capitalista global se pudiesen borrar quijotesamente de la existencia gracias a las garantías de “razonabilidad” de los sindicatos.

222 “Don’t bank on it”, *The Economist*, 25 de diciembre de 1993–7 de enero de 1994, p.16.

223 *Ibid.*

ambas reflejan la etapa presente del desarrollo del sistema del capital global, interconectado transnacionalmente, y tratan de facilitar su curso de desarrollo aun mayor mediante la eliminación de las “innecesarias restricciones legales” promulgadas en una etapa anterior del desarrollo por las mismas “democracias liberales” de las cuales se espera ahora que corrijan su actitud. Al mismo tiempo, hablar acerca de “los derechos para los individuos, y no para los grupos” tiene la conveniencia –cuidadosamente camuflada bajo la hipócrita preocupación pseudohumanitaria de *The Economist*– de que las *relaciones de poder* establecidas de la subordinación estructural del trabajo al capital se dejan completamente intactas. Porque cualquiera que sea la cantidad de derechos que se les confieran a los individuos, no podría cambiar ni un ápice en este respecto. Se nos dice que

A la larga, los derechos deben estar basados en lo que los pueblos tienen en común –su pertenencia a la raza humana– no en los genes o en los accidentes de nacimiento que los tribalistas usarán siempre para dividirlos.²²⁴

Naturalmente, la objeción a los “accidentes de nacimiento” no debería de ninguna manera ser aplicable al privilegiado “Norte”, o, del otro lado del globo, a los verdaderamente “tribalistas” poseedores y controladores de los medios de producción, las “personificaciones del capital”. Además, hablar de “a la larga” es una apuesta sobre seguro. No tanto porque en las celebradas palabras de un antiguo ídolo, John Maynard Keynes, “a la larga todos estaremos muertos”, sino porque el “a la larga” se ve bloqueado con brutal efectividad por la actualidad del dominio del capital. Porque la división del pueblo en grupos y clases no es la vil hazaña de los “tribalistas” de las minorías nacionales sino la condición necesaria para mantener el control de la reproducción metabólica social bajo el sistema del capital. Y cuando los imperativos de las operaciones transnacionales exigen menor división, poniendo de relieve la activación de los límites absolutos del capital en forma de contradicciones grandemente intensificadas entre la creciente división y la unidad estipulada pero irrealizable, se necesitaría mucho más que el abstracto llamado del *Economist* a la “pertenencia en común a la raza humana” de los individuos para encontrar una solución apropiada.

5.1.4

Como se hace mención al comienzo del capítulo, los antagonismos estructurales entre el capital transnacional en expansión y los estados nacionales son inseparables de la profunda contradicción entre (1) el monopolio y la competencia; (2) la creciente socialización de la producción y

224 “Tribal feeling”, *The Economist*, 25 de diciembre de 1993-7 de enero de 1994, p.14.

la apropiación discriminatoria de sus productos y (3) la creciente división internacional del trabajo y la tendencia de las potencias nacionales más fuertes a la dominación hegemónica del sistema global. Inevitablemente, por lo tanto, los intentos por superar los antagonismos estructurales del capital deben abarcar todas estas dimensiones sin excepción.

En relación con el *monopolio* y la *competencia*, la tendencia hacia el establecimiento y la consolidación de corporaciones monopólicas ha sido más o menos pronunciada en el siglo XX. Como Baran y Sweezy han enfatizado en su obra fundamental:

El capitalismo monopolista es un sistema constituido por corporaciones gigantes. Esto no quiere decir que no existan otros elementos en el sistema o que resulte útil estudiar el capitalismo monopolista abstrayéndose de todo excepto las corporaciones gigantes. ... Se debe, sin embargo, ser cuidadoso para no caer en la trampa de que el Gran Negocio y el pequeño negocio son cualitativamente iguales o de similar importancia para el *modus operandi* del sistema. El elemento dominante, la fuerza motriz, es el Gran Negocio organizado en grandes corporaciones. Estas corporaciones son *maximizadoras de la ganancia y acumuladoras de capital*. ... Sobre todo, el capital monopólico es tan *no planificado como su competitivo predecesor*. Las grandes corporaciones se relacionan entre sí, con los consumidores, con el trabajo, con el negocio pequeño, primordialmente a través del mercado. La manera como trabaja el sistema es todavía el resultado involuntario de las acciones en interés propio de las numerosas unidades que lo componen.²²⁵

En este sentido, aunque los desarrollos monopolistas en los países capitalistas dominantes ayudasen a contrarrestar, por ahora y dentro de límites bien marcados, algunos aspectos de la ley del valor, de ninguna manera podrían ellos pasar por sobre la ley misma. A lo máximo que pudieran esperar era y sigue siendo a la “posposición del momento de la verdad”, a pesar del papel facilitador del estado ejercido masivamente en el siglo XX a través del apoyo material y la ayuda legal/práctica de sus instituciones “de fachada” y sus cuerpos de “perros guardianes”, incluyendo la llamada “Comisión de Monopolios y Fusiones” en Inglaterra (cuya función primordial es la hipócrita racionalización y legitimación de los monopolios recién creados bajo el pretexto de una legislación antimonopolio) y sus equivalentes en otras partes. Como el joven Engels señaló en 1843 en su brillante “Esbozo de una crítica de la economía política”, que ejerció un gran impacto en Marx en su primer contacto con la materia:

Lo opuesto a la competencia es el monopolio. El monopolio fue el grito de guerra de los mercantilistas; la competencia es el grito de batalla de los economistas liberales. Es fácil ver que esta antítesis resulta ser bastante hueca. ... La competencia está basada en el interés propio, y el interés propio a su vez engendra el monopolio; En resumen, la competencia se convierte en

225 Baran y Sweezy, *Monopoly Capital*, pp.52-53.

monopolio. Por otro lado, el monopolio no puede detener el torrente de la competencia –en verdad, él mismo genera la competencia; ... la contradicción de la competencia es que cada participante en ella no puede sino desear el monopolio, mientras que el todo en sí está destinado a salir perdiendo con el monopolio y por lo tanto debe eliminarlo. Más aún, la competencia siempre presupone el monopolio –es decir, el monopolio de la propiedad (y aquí la hipocresía de los liberales su vuelve a poner en evidencia); ... Qué lamentable medida a medias, por consiguiente, la de atacar a los monopolios pequeños, y dejar intocado al monopolio fundamental. ... La ley de la competencia es que la demanda y la oferta pugnan por complementarse, y por lo mismo nunca lo logran. Las dos partes vuelven a verse separadas y transformadas en opuestos decididos. La oferta siempre sigue de cerca de la demanda, sin nunca emparejarla. Resulta ser demasiado grande o demasiado pequeña, nunca se corresponde con la demanda; porque en esta condición de inconsciencia de la humanidad nadie sabe de qué tamaño son la oferta y la demanda. ... ¿Qué vamos a pensar de una ley que sólo puede hacerse valer a sí misma a través de las crisis periódicas? No es más que una ley natural basada en la inconsciencia de los participantes.²²⁶

Las teorías apoloéticas que postulan en el siglo XX la realización de la “planificación” en el sistema del capital pretendían todas, de una manera u otra, haber resuelto las contradicciones que surgen de la “condición de inconsciencia de la humanidad” puesta de relieve por Engels. En realidad las contradicciones en cuestión se han agravado grandemente en el curso de los desarrollos del siglo XX, con la expansión global y la transformación monopolística del capital. En verdad, al extender hasta los límites últimos la escala de operaciones del capital a todo lo ancho del planeta, se hizo posible desplazar algunas contradicciones específicas que amenazaban con provocar explosiones dentro de las paredes de su confinamiento previo, tales como el “pequeño rincón del mundo, Europa” –como lo describió Marx antes de la gran expansión imperialista a partir del último tercio del siglo XIX. En paralelo con la gran expansión imperialista que desplazaba temporalmente las contradicciones, sin embargo, la competencia en procura de la dominación y el choque de los intereses antagónicos también asumieron una escala y una intensidad cada vez mayores. Ello resultó, luego de algunas décadas, no sólo en las devastadoras inclemencias de dos Guerras Mundiales –así como de incontables de menores dimensiones– sino también en el clímax totalmente “implanificado” (o más bien planificado en la única forma en que las grandes corporaciones monopolísticas eran capaces de “planificar”, con intencionada parcialización) y decididamente imprevisto pero potencial-

226 Engels, “Outline of a Critique of Political Economy”, en el Apéndice de Marx, *Economic and Philosophic Manuscripts of 1844*, Lawrence and Wishart, Londres, 1959, pp.194-5.

Es pertinente también destacar aquí que la admiración de Marx por esa obra del joven Engels no se limita a sus propias obras iniciales. De hecho cita el pasaje en el que Engels habla de “una ley natural basada en la inconsciencia de los individuos” en una de las secciones más importantes de *El capital* (volumen 1), que se ocupa de “El fetichismo de las mercancías y su secreto”.

mente catastrófico de todos esos desarrollos, poniendo a la humanidad en la antesala del autoaniquilamiento.

La idea de que la difusión armoniosamente coordinada de los monopolios y cuasimonopolios “científicamente planificados y manejados” a lo largo del mundo, en forma de una “globalización” universalmente beneficiosa pudiera mostrar una vía de salida para este conjunto de antagonismos, remediando así la “condición de inconsciencia de la humanidad” deplorada por los socialistas, es tan absurda como la proyección de que unos pocos monopolios de un estado dominante hegemónicamente pudieran controlar de manera permanente el sistema del capital en su conjunto. La lucha por la dominación hegemónica mencionada al comienzo del capítulo convierte a la primera en un cínico camuflaje de su real designio por las potencias dominantes, y la objetiva constitución del sistema del capital global en forma de estados nacionales necesariamente orientados hacia sí mismos convierte a la segunda en una completa irrealdad. Hegel estaba en lo cierto cuando enfatizaba la intranscendible “*individualidad*” de los estados nacionales. Su única ingenuidad fue imaginar que la solución violenta de los antagonismos inseparable de esta condición –la solución de los conflictos inconciliables en una guerra “a vida o muerte”– se podía procurar indefinidamente.

La imposibilidad de hacer que o bien prevaleciese felizmente la *competencia*, a través de la instrumentalidad del mítico “libre mercado”, o lograr el dominio indesafiado del *monopolio*, gracias al permanente arrinconamiento de todas las áreas importantes tanto de la producción como de la distribución, pone de relieve las insolubles contradicciones del sistema del capital, tanto en el plano de las estructuras reproductivas materiales como en el campo de la política. La “individualidad” enfatizada con su acostumbrado “positivismo acrítico” por Hegel les impone sus límites en definitiva insuperablemente negativos aun a las más grandes corporaciones monopolísticas (o cuasimonopolísticas) gigantes, al igual que a los estados nacionales más poderosos. No puede haber vía de salida de estas restricciones estructuralmente limitantes sobre la base material del capital, “infectada por la contingencia” y enferma de una incurable inestabilidad. Porque las estructuras productivas materiales del capital no pueden ser reproducidas, en la requerida escala ampliada, sin la perpetuación del antagonismo –por naturaleza propia inestable– capital/trabajo.

La tendencia inexorable hacia una socialización cada vez mayor de la producción, inseparable de la creciente división y combinación internacional del trabajo bajo la dominación de las empresas transnacionales gigantes, son partes integrales de los intentos por superar estas restricciones estructurales y desplazar al mismo tiempo las contradic-

ciones del sistema. Es por eso que la recalcitrancia real y potencial de las “minorías nacionales” debe ser condenada y sometida con todos los medios a la disposición de las potencias dominantes. La prédica pseudo-humanitaria de *The Economist*, que pretende negarles los “derechos de grupo” a las llamadas “minorías nacionales” pertenece al extremo más quijotesco del espectro, ya que trata de plantear “argumentos racionales” –si bien transparentes y hasta autocontradictorios en cuanto a la ideología clasista– a favor de tal negación. Los “realistas”, por otro lado, hablan acerca de su absolutamente necesario “nacionalismo económico positivo”, o en verdad de la necesidad de tratar con métodos implacablemente autoritarios a los países sumariamente despachados con la etiqueta de “pandemónium étnico”. Al mismo tiempo, ellos aportan los generosos presupuestos para la “investigación de armas no letales” del Pentágono, desvergonzadamente dirigidas contra las “perturbaciones internacionales” que se juzgan causadas por las minorías nacionales y étnicas.²²⁷

El problema está, sin embargo, en que desde el punto de vista del capital transnacional globalmente expansionista *hasta el mayor de los países*, con sus poderes potencialmente restringidores, constituye una “*minoría nacional*” *intolerable*. Los monopolios del pasado pudieron ser establecidos con una racionalidad argumentable dentro de las fronteras de territorios nacionales efectivamente controlables, al igual que en sus colonias una vez firmemente mantenidas bajo su dominio por parte de un puñado de potencias imperiales. Hoy, en contraste, la idea de monopolios universalmente prevalecientes que pudieran hacer valer sus intereses dentro del marco de una economía global completamente integrada carece de toda racionalidad. Lo absurdo de esta idea en nuestros días surge de que en una economía integrada globalmente, los desarrollos monopolísticos duraderos tendrían que asegurarse sobre una base casi imposible hasta de imaginar, y mucho más de realizar. Porque, por la naturaleza misma de las empresas –que entran en competencia y resultan mutuamente excluyentes– que tienden al establecimiento del monopolio abarcante, mientras mayor sea la escala de operaciones mayor es la intensidad de las confrontaciones. La diferencia históricamente experimentada entre las guerras locales y las Guerras Mundiales ilustra bien la naturaleza de estas determinaciones en escalada. Así, la lógica última de los desarrollos monopolísticos globales exigiría la posibilidad de que ni siquiera fuese un mero puñado de monopolios, sino de que *un solo* monopolio lo controlara todo, en todas partes, en la ausencia de un factible

227 Para demostrar que habla en serio cuando se dirige con firmeza a las pequeñas naciones problemáticas, el Senador demócrata estadounidense Daniel Patrick Moynihan –“el hombre más poderoso del Senado” como se le suele llamar– en junio de 1994 amenazó con bombardear a Corea del Norte.

marco institucional armonioso “de monopolismo dividido por consenso” (una absurdidad en sí misma), o, vista la imposibilidad de hacer realidad esto último, un poder controlador compensatorio ejercido por la fuerza abierta –y al final mutuamente destructiva– sobre la requerida escala global. Sin ignorar el hecho de que un monopolismo global que funcione exitosamente tendría también que inventar una fuerza laboral totalmente sumisa, en el sentido de que acepte con felicidad ser dominada en todas partes por el poder hegemónico global dominante. La irrealidad de tal invención pone también bajo una interrogante sumamente incómoda la factibilidad del previsto “nacionalismo económico positivo” –destinado a ser impuesto con o sin el consentimiento del resto del mundo por la “superpotencia” internacional.

Así, bajo las condiciones ahora en desarrollo, la práctica, que antes funcionaba exitosamente, de desplazar las contradicciones del sistema del capital mediante un desarrollo expansionista global se torna extremadamente problemática. Como se mencionó antes, en el pasado muchos de los problemas graves pudieron ser pospuestos ampliando la escala de la invasión del sistema a todos los territorios que no controlaba previamente, y al mismo tiempo elevando la puja entre las principales potencias involucradas. Pero ahora ya no queda ningún otro lugar a dónde ir para asegurar el requerido desplazamiento expansionista en una escala adecuada. Más aún, la “soberanía decapitada” de Hegel –que en nuestros tiempos priva al sistema de su definitiva encomienda de imponer los intereses dominantes mediante la guerra– frustra no sólo las soluciones hegemónicas estrictamente transitorias, tarde o temprano inevitablemente derrocadas. Para empeorar las cosas, al mismo tiempo reactiva los antagonismos internos de los países particulares que alguna vez pudieron ser aplacados, como lo admitía Hegel con una candidez cínica, mediante el involucramiento nacional en la guerra.

Entretanto, la concentración y centralización del capital continúa “con la inexorabilidad de una ley natural basada en la inconsciencia de los participantes”. Sin embargo, los problemas parecen multiplicarse también en este respecto, contradiciendo las esperanzas puestas en el largo período de expansión transnacional y “globalización” sin perturbaciones. Así, hace poco tiempo los propagandistas del capital, en el extremo quijotesco del espectro, comenzaron a elevar su voz de advertencia contra la “*deseconomía de escala*” –después de décadas de predicar las virtudes de la “*economía de escala*”– dado que los había asustado el funcionamiento desastroso de algunas de las corporaciones transnacionales de mayor envergadura. Es así como ellos pronuncian su nuevo sermón, dándole una significación diametralmente opuesta a sus sermones celebratorios de ayer:

La degradación de las grandes firmas apenas ha comenzado. ...A medida que estas tendencias se aceleran, la cuestión crucial que confronten los directivos de las grandes compañías no será cómo sus firmas pueden crecer todavía más, sino si ellas pueden sobrevivir sin encogerse. En 1933 “grande” no significa ya, como antes, “éxito”; dentro de poco probablemente signifique “fracaso”.²²⁸

Naturalmente, las personificaciones del capital a cargo de las grandes firmas no le prestan atención a los sermones que los invitan a corregir el rumbo. No ven ninguna necesidad de cambiar simplemente porque sus corporaciones gigantes hayan estado perdiendo magnitudes monumentales de dinero. Por ahora pueden hacer más dinero negociando incluso con asfalto, o desfalcándolo legalmente de los fondos de pensiones de sus trabajadores, como lo hizo la General Motors. Prefieren salirse del problema de las pérdidas masivas siguiendo la “línea de menor resistencia”, de acuerdo con la tendencia de desarrollo del capital actualmente en vía hacia una concentración y centralización cada vez mayores. Sin sorprendernos, por lo tanto, leemos un año más tarde en otro periódico influyente que

Las transnacionales están intentando la globalización completa en otras industrias, tales como la Unilever y la Nestlé en productos de consumo, pero nadie la ha logrado aún. “Definitivamente este es el niño mimado de Trotman”²²⁹ dijo una fuente norteamericana. “Él tiene una visión del futuro que le dice que si quiere ser una vencedora global la Ford tiene que ser una corporación verdaderamente global”. Según Trotman, quien le dijo al *The Sunday Times* en octubre de 1993: “Mientras la competencia automotriz se va volviendo más global a medida que nos acercamos al próximo siglo, la presión para encontrar economías de escala se irá haciendo cada vez mayor. Si en lugar de construir dos motores a 500 mil unidades cada uno podemos construir un motor a un millón de unidades, entonces los costos son mucho más bajos. Definitivamente quedará un puñado de jugadores globales y el resto o bien ya no estará allí o estará pasando dificultades”. Trotman y sus colegas han concluido que la globalización completa es la única vía para vencer a competidores como los japoneses y, en Europa, la archirrival de la Ford, la General Motors, que mantiene una ventaja en los costos sobre la Ford. La Ford, también, cree que necesita la globalización para capitalizar los mercados de rápido surgimiento en el Lejano Oriente y en América Latina.²³⁰

Así, la tendencia real del desarrollo es hacia una mayor –y no menor– concentración y centralización, con perspectivas cada vez más nítidas de una confrontación casi monopolística, totalmente inconsciente de las peligrosas consecuencias para el futuro. No obstante, dada la “ley natural basada en la inconsciencia de los participantes” bajo la cual “los planifi-

228 “The fall of big business”, Editorial central de *The Economist*, 10-17 de abril de 1993, p.13.

229 Alex Trotman es el presidente de origen inglés de la transnacional norteamericana Ford Corporation.

230 “Ford prepares for global revolution”, por Andrew Lorenz y Jeff Randall, *The Sunday Times*, 27 de marzo de 1994, Sección 3, p.1.

cadores” y “los capitanes de la industria” corporativos actúan, anticipando confiadamente con Trotman que “definitivamente quedará un puñado de jugadores globales y el resto o bien ya no estará allí o estará pasando dificultades” –las expectativas poco tienen de halagüeñas incluso para el “puñado de jugadores globales” de Trotman. Es mucho más realista visualizarlos como dinosaurios del tamaño de una montaña atrapados en luchas “de vida o muerte” siempre renovadas hasta que todos perezcan, que imaginarlos sentados armoniosamente alrededor de una mesa de la sala de reuniones compartiendo con espíritu de camaradería el botín que pueden, a perpetuidad, arrancarle a una fuerza laboral enteramente sumisa en todo el mundo. Además, concebir que todos los estados nacionales se convertirán en felices facilitadores para el “puñado de jugadores globales”, de la misma manera como sus estados nacionales particulares les prestan sus servicios a las corporaciones transnacionales gigantes hoy día, aceptando sin mucho esfuerzo, si es que lo hacen, los estragos a sus propias economías e intereses comerciales dominantes, y en verdad obligando exitosamente al mismo tiempo a su fuerza laboral nacional a aceptar las consecuencias de tales desarrollos para sus perspectivas de empleo cada vez peores, en el interés del floreciente “puñado de jugadores globales”– concebir todo esto tan sólo se puede hacer suponiendo que hasta el estrecho margen de racionalidad compatible con la “ley natural basada en la inconsciencia de los participantes”, la parcial racionalidad del egoísmo, había desaparecido por completo (o desaparecería en el tiempo requerido para las ilusorias anticipaciones del presidente de la Ford) de los países ubicados en el lado más débil de la propugnada globalización transnacional.

5.1.5

El desacoplamiento estructural entre las estructuras reproductivas materiales del capital global y su estructura de mando política totalizante –los varios estados nacionales, con su “individualidad” insuperable– no puede más que presagiar la agudización de los antagonismos y la necesidad de confrontaciones mayores, en completo contraste con las anticipaciones ilusorias de incluso los sectores del capital más favorecidos. Como hemos visto antes, “el estado del capital en sí” permanece hasta el día de hoy solamente como una “idea normativa kantiana”, a pesar de todos los esfuerzos hechos en el período que siguió a la Segunda Guerra Mundial para realizarlo en forma de una red internacional de instituciones económicas y políticas –desde el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional a la OCDE, el GATT y las Naciones Unidas– bajo el dominio más o menos velado de los Estados Unidos. El capital global está hoy como antes desprovisto de

su apropiada formación de estado porque las unidades reproductivas materiales dominantes del sistema no pueden deshacerse de su “individualidad”. Ciertamente, no pueden deshacerse de una “individualidad” necesariamente “combativa” (combativa en el mismo sentido en que el estado debe ser capaz de, y estar listo para, entrar en combate; en otras palabras, el concepto “individualidad” glorificado por Hegel se encuentra en realidad agotado en la capacidad de enfrentarse, con la finalidad de derrotarlo, al adversario) porque tienen que operar en una situación inherentemente conflictual en todos los lugares, dados los antagonismos estructurales insuperables del sistema del capital, desde sus “microcosmos” reproductivos más pequeños hasta sus empresas productivas y distributivas más gigantescas.

Así, la “individualidad” en cuestión es una determinación *negativa* inalterable que no puede ser llenada de contenido positivo. En este sentido, en el plano de la reproducción material encontramos una multiplicidad de capitales opuestos unos a otros y, más importante, a grupos de trabajo bajo su control, y todos ellos orientados –inexorablemente, y por su propia naturaleza, irrefrenablemente– a la dominación general tanto en lo interno como más allá de sus fronteras nacionales. Al mismo tiempo, en el plano político totalizante, el estado del sistema del capital está articulado como una multiplicidad de estados nacionales opuestos entre sí (y, claro está, a la fuerza laboral nacional bajo su control “constitucional”) como “estados soberanos” particulares. La determinación negativa del capital –o los capitales– no puede ser convertida en positiva, porque el capital es *parásito* del trabajo al cual debe dominar y explotar estructuralmente. Esto significa que el capital no es *nada* sin el trabajo, dado que no puede sostenerse ni por un momento por su propia cuenta sin el trabajo, lo que hace, por lo tanto, que la determinación negativa del capital sea –en términos de su dependencia del trabajo– *absoluta y permanente*. Igualmente, es imposible pensar en la formación de estado del sistema del capital si ella no reproduce, a su propia manera, la misma multiplicidad de determinaciones negativas insuperables, articulando mediante su estructura de mando política totalizante –en una forma jerárquica invertida, que encaja con el proceso reproductivo material de la jerarquía estructural– la dependencia absoluta del trabajo que tiene el capital.

En este sentido, hablar de la “soberanía del estado” como la frontera negativa que divide a todos los estados de, y los opone a, los otros estados, resulta intelectualmente coherente, por muy problemático que deba ser en otros aspectos, en el plano de las relaciones de poder interestatales reales. Pero esperar que el estado del sistema del capital se convierta a sí mismo en una formación positiva, que sea capaz de

subsumir y “conciliar” bajo sí misma las contradicciones de los estados nacionales en forma de un “Gobierno Mundial” o una “Liga de las Naciones” kantiana, es pedir lo imposible. Porque el “estado” del sistema del capital –que existe en forma de estados nacionales particulares– es *nada* sin su oposición real o potencial a otros estados, al igual que el capital es nada sin su oposición a, y la autodeterminación negativa por, el trabajo. Pensar en el estado como la instrumentalidad política de las determinaciones positivas (que se autosostienen), significa visualizar la restitución de sus funciones controladoras alienadas al cuerpo social, y con ello el obligado “debilitamiento gradual” del estado. Tal como están las cosas bajo el dominio del capital, la negatividad prevalece y se hace valer con implacable eficacia en el plano material reproductivo y político, tanto internamente como a través de las relaciones interestatales conflictivas. Sin embargo, los límites absolutos del sistema del capital son activados cuando los antagonismos crecientes de los intercambios materiales y políticos reclaman soluciones positivas genuinas, pero el modo de control metabólico social hondamente arraigado del capital es estructuralmente incapaz de aportarlas. Porque debe echar adelante a ciegas, sobre su propia “línea de menor resistencia” –bajo la ley de la concentración y centralización en constante crecimiento– hacia la dominación de un “puñado de jugadores globales” tanto interna como internacionalmente, poniendo a un lado todas las preocupaciones por los explosivos peligros de tales desarrollos.

Aparte de “revolución”, “soberanía” es el concepto del cual se abusa más en el discurso político burgués. En el mundo de las relaciones de poder realmente existentes, significa la impecable justificación para que las grandes potencias (en términos de Hegel “las naciones históricas mundiales”) pisoteen la soberanía –el derecho teóricamente inviolable a la autonomía y la autodeterminación– de las naciones más pequeñas, empleando cualquier pretexto que pueda ajustarse a la conveniencia de los poderosos, desde el totalmente inventado “incidente del golfo de Tonkín” contra Vietnam del Norte, al previsto sometimiento del “pandemónium étnico”. Así, la principal defensa de la soberanía de las naciones pequeñas debe ser una parte integral de la intentada emancipación del dominio del capital en el campo de las relaciones interestatales. Dado el sistema de combinación y subordinación existente, intensificado por la presión del capital transnacional para hacer valer sus intereses por sobre todas las aspiraciones a la autonomía nacional y la autodeterminación, la lucha de los oprimidos por su largamente negada soberanía es un paso inevitable en el proceso de la transición hacia un orden metabólico social cualitativamente diferente. No puede evitar

ser negativo –el rechazo y negación de la interferencia de un estado más poderoso– y *defensivo*, en su oposición a que le sea asignada una posición inferior en el orden jerárquico internacional del sistema del capital, como Constantino enfatizó acertadamente.

La alternativa positiva al dominio del capital no puede ser defensiva. Porque todas las posiciones defensivas adolecen de ser definitivamente inestables, ya que hasta las mejores defensas pueden ser abatidas bajo fuego concentrado, dada la relación de fuerzas cambiada convenientemente a favor del adversario. Así, la defensa de la soberanía nacional y el derecho a la autodeterminación no puede ser la última palabra en estas cuestiones, aun cuando con toda certeza resulta ser el obligado primer paso. Porque defenderse de los abusos del gran capital deja todavía totalmente intacta a la incorregible abusividad del sistema del capital en sí –manifiesta en su inalterable dominación y explotación estructural del trabajo– haciendo así que todo éxito defensivo resulte temporal y en estado de peligro. El destino de la gran mayoría de las luchas de liberación contra el dominio colonial posteriores a la Segunda Guerra Mundial bajo el liderazgo de la burguesía nacional ilustra estas dificultades. Porque solamente lograron reemplazar el dominio del capital anteriormente ejercido bajo la administración colonial/imperial directa por una u otra de sus versiones “neocoloniales” y “neocapitalistas” de dependencia estructural, a pesar de los inmensos sacrificios de los pueblos involucrados en las guerras anticoloniales.

5.1.6

El antagonismo entre el capital transnacional globalmente expansionista y los estados nacionales –que indica en una forma muy aguda la activación de un límite absoluto del sistema del capital– no puede ser superado por la postura defensiva y las formas organizacionales de la izquierda histórica. Para tener éxito en ese respecto se necesitan las fuerzas de un genuino *internacionalismo*, sin el cual la dinámica global profundamente inicua de los desarrollos transnacionales no puede ser contrarrestada ni siquiera temporalmente, menos aún reemplazada de manera positiva por un nuevo modo de intercambio metabólico social que se sostenga a sí mismo en la requerida escala global. El movimiento socialista, desde sus inicios marxianos, tenía aspiraciones internacionales conscientes. Sin embargo, sus personificaciones prácticas en forma de los partidos y sindicatos tradicionales del movimiento laboral –insertadas dentro de las estructuras materiales y políticas establecidas del sistema del capital, a la espera de que la realización de sus objetivos irremisiblemente defensivos proviniese de una creciente participación en la expansión del capital– demostraron ser inadecuadas para la tarea.

El internacionalismo en cuestión no puede ser simplemente una aspiración y una determinación *organizacionales*. Porque pensarlo en tales términos –lo que probó ser la causa principal de muchos fracasos en el pasado– todavía lo dejaría definido negativa y defensivamente, y en consecuencia limitado a contrarrestar el globalismo adverso del capital, en dependencia de este último. Tiene que ser articulado como una *estrategia* para el establecimiento de un orden reproductivo social internacional alternativo, instituido y dirigido sobre la base de una genuina igualdad de sus múltiples constituyentes. Una igualdad definida en términos *sustantivos positivos*, en contraste con la inevitable negatividad y defensividad de incluso la lucha por la soberanía nacional más obviamente justificada, que sólo puede conquistarse fuera de los márgenes disponibles de las determinaciones históricamente prevalecientes.

El internacionalismo positivo no se puede amoldar ni siquiera dentro de los márgenes de la expansión del capital global más favorables, y menos aún en un tiempo en el que el creciente antagonismo entre el capital transnacional y los estados nacionales es debido en gran medida a la reducción de esos márgenes. Todas las teorías de la “conciliación” de los conflictos interestatales dentro del marco del sistema del capital –aun las más nobles, como la visión de Kant de la “paz perpetua” sobre la base del idealizado “espíritu comercial” de Adam Smith– no llegaron a nada en el pasado; y así tenía que ser. Porque ellas nunca cuestionaban (muy por el contrario, por lo general explícitamente lo glorificaban) el principio estructuralmente inicuo de las estructuras reproductivas materiales mismas que fueron en definitiva responsables de los antagonismos constantemente reproducidos. Este fue siempre, y lo sigue siendo hoy, el quid del asunto. En consecuencia, la estrategia del internacionalismo positivo se propone reemplazar al inicuo –e insuperablemente conflictivo– principio estructurante de los “microcosmos” reproductivos del capital por una alternativa totalmente cooperativa. La tendencia destructiva del capital transnacional no puede ni siquiera ser aminorada, y menos aún superada de manera positiva, al nivel internacional únicamente. Porque la continuada existencia de los “microcosmos” antagonísticos, y su subsumisión bajo estructuras cada vez mayores del mismo tipo conflictivo, necesariamente reproduce, tarde o temprano, los conflictos temporalmente aplacados. Así, el internacionalismo positivo se define como la estrategia de ir más allá del capital como modo de control metabólico social ayudando a articular y coordinar comprehensivamente una forma de toma de decisiones no jerárquica tanto en el plano reproductivo como en el cultural/político. Una forma en la que las vitales funciones controladoras de la reproducción metabólica social –que les fueron expropiadas

a ellos mismos en el orden existente por quienes ocupan los escalones superiores en la estructura de mando del capital, tanto en los negocios como en el terreno de las relaciones políticas— les puedan ser positivamente “devueltas” a los miembros de los “microcosmos”, y las actividades de los últimos se puedan coordinar de manera apropiada hasta llegar a abarcar los niveles más comprensivos, porque no están separados a la fuerza por antagonismos inconciliables.

Consideraremos estos problemas con algún detalle en la Parte Tres, especialmente en los Capítulos 14, 19 y 20. El punto que cabe destacar aquí es que en la medida en que “la actividad no está dividida voluntariamente”²³¹ sino regulada, en cambio, por algún tipo de proceso “natural”, en el marco general de la competencia y la confrontación internacionales, deben existir estructuras sociales capaces de imponerles a los individuos una división del trabajo estructural/jerárquica (y no meramente funcional). (Las estructuras fundamentales de tal división del trabajo estructural/jerárquica impuesta son, de seguro, las clases sociales que compiten antagonísticamente). Y a la inversa, los antagonismos potencialmente destructivos son siempre reproducidos en el plano internacional más amplio porque el capital no puede operar los “microcosmos” reproductivos vitales del metabolismo social sin someterlos a su estricto principio de control estructurante vertical/jerárquico.

Naturalmente, la misma correlación sigue siendo válida también para la alternativa positiva. En este sentido, la condición necesaria para la genuina solución (y no la posposición y manipulación temporales) de los conflictos, mediante el internacionalismo socialista, es la adopción de un principio estructurante verdaderamente democrático/cooperativo en los propios microcosmos reproductivos sociales, sobre cuya base la autogestión positiva y la “coordinación lateral” de los productores asociados en una escala global (al contrario de su subordinación vertical a una fuerza de control ajena hoy prevaleciente) se tornen primero en posibles. Es eso lo que debe haber tenido Marx en mente cuando anticipó la autorrealización consciente del agente social como un ser “para-sí”.²³²

231 *The German Ideology*, p.45.

232 El lector interesado puede hallar un análisis detallado de estos problemas en mi ensayo sobre “Contingent and Necessary Class Consciousness”, en *Philosophy, Ideology and Social Science*, pp.57-104. Aquí apenas puedo tocar brevemente unos pocos puntos.

En su estudio del tema Marx hace la distinción entre el trabajo como una “clase-en-sí” (o sea la “clase en tanto que opuesta al capital”) y como una “clase-para-sí”, que es definida como una “universalidad que se autoconstituye”, opuesta no sólo al particularismo burgués sino a todo particularismo. Porque es inconcebible que el trabajo se emancipe simplemente invirtiendo los términos de la dominación anteriores y se instale como el nuevo particularismo que mantiene su dominio a través de la explotación de sus antiguos dominadores. No es concebible que la reproducción social pueda funcionar sobre una base tan estrecha.

Esta distinción categorial tiene su origen en Hegel, que hablaba acerca del ser “en-y-para-

5.2 Destrucción de las condiciones de la reproducción metabólica social

5.2.1

Hemos visto en la Sección 5.1 que en el curso de su desarrollo histórico el sistema del capital se ha *extralimitado* en mucho con respecto a una de sus más importantes dimensiones que afectan directamente la relación entre su estructura de mando material reproductiva y su equivalente política en el nivel más abarcante. La contradicción inconciliable entre los estados nacionales rivales del sistema del capital y la problemática

sí” que se autoconstituye a través de la “automediación” y así “se plantea por sí mismo como lo universal”. (Hegel, *The Science of Logic*, Allen & Unwin, Londres 1929, Vol.2, p.480). Bajo esos criterios la burguesía no se puede convertir en una “clase-para-sí”. Es así, por una parte, porque está en una relación insuperablemente antagonística con el proletariado, y por consiguiente está ausente la condición de “automediación” estipulada por Hegel. Y por otra parte, no puede “plantearse por sí mismo como lo universal”, porque está constituida como una fuerza social necesariamente exclusivista, en la forma contradictoria en sí misma de “universalizada parcialidad”, es decir, interés propio parcial convertido en el principio organizador general de la sociedad. En consecuencia, la burguesía es *particularismo par excellence*: es decir, el sector dominante del antiguo “Tercer Estado” convirtiéndose en el “estado-en-y-para-sí” –el principio de los Estados, “privilegio definido y limitado”, universalizado como el principio rector de la sociedad y como la expropiación para sí de todo privilegio (por ejemplo, la conversión de la propiedad feudal de la tierra en agricultura capitalista)– pero tan sólo una clase-en-sí, no una clase-para-sí. La burguesía es una clase que adquiere su carácter de clase subsumiendo las varias formas de privilegio bajo su propio modo de existencia, convirtiéndose así en una clase tipo estado, o una clase de todos los estados, que se origina de todos ellos y lleva su principio hasta su lógica conclusión.

Esto significa que el capital nunca puede superar su *negatividad* y su permanente dependencia del trabajo al que debe oponérsele (negar) antagonísticamente y al mismo tiempo dominar. Tanto en las estructuras materiales del capital como sistema de control metabólico social, como en la formación de estado históricamente específica de este orden reproductivo, la categoría de “en-sí” (su definición de “en tanto que opuesto al otro”, es decir, contra el antagonista) prevalece absolutamente. El basamento “positivo/autosuficiente” de su constitución es una *seudopositividad*: una estructura que asegura la dominación y la explotación del antagonista reproduciendo siempre el antagonismo. Así, tanto en las estructuras reproductivas materiales del capital como en su formación de estado las categorías de “en-sí” y “para-sí” coinciden mistificadoramente, de manera tal que la realidad del “en-sí” particularista queda disfrazada de “para-sí” universalmente beneficioso y universalmente realizable (cf. “igualdad de oportunidades”, etc.) pero en verdad absolutamente irrealizable en términos sustantivos. Esa malsana coincidencia y camuflaje crea la engañosa apariencia de positividad a pesar de la inalterable esencia negativa. Al mismo tiempo oculta, mediante la falsa apariencia de estructuras e instituciones reproductivas materiales “libres” y políticas “soberanas”, su verdadera naturaleza. Como resultado, el opresor parásito y el explotador del trabajo productivo puede reclamar para sí los privilegios por ser “el creador de riqueza”, y para su “estado democrático”, que este último defiende e impone, el “interés universal” o “general”.

Sin embargo, todo esto deja de constituir una solución sostenible cuando se llega a los límites absolutos. Porque la negatividad inherente de hasta los monopolios más gigantescos –“en tanto que opuestos a los otros monopolios” y “en tanto que opuestos al trabajo” tanto en el país como en el extranjero– no se puede convertir en una positividad felizmente conciliadora y universalmente omniabarcadora. Ni tampoco puede el impositor y defensor político de los intereses del capital transnacionalmente expansionistas –el estado nacional– convertirse en una fuerza universal positiva. Por eso la creación de un “Gobierno Mundial” tiene que seguir siendo un sueño irrealizable hoy y en el futuro, al igual que lo era hace doscientos años.

tendencia de sus unidades económicas más poderosas –las corporaciones gigantes– al monopolismo transnacional constituye la clara manifestación de esa extralimitación.

La procura de aspiraciones monopolísticas era “natural” para el capital mercantil. Comprensiblemente, por lo tanto, desde su punto de vista se esperaba que el estado asegurase el triunfo de tales aspiraciones con todos los medios a su disposición. Sin embargo, hacerlo más allá de una fase histórica muy limitada hubiera significado no simplemente estorbar sino contradecir directamente la dinámica interna de la articulación del sistema como un modo globalmente interconectado de reproducción metabólica social, bajo la dominación del capital *industrial*. Así, las primeras restricciones monopolísticas del capital mercantil tuvieron que ser puestas a un lado a través de una fase más evolucionada del desarrollo socioeconómico. El muy diferente monopolismo que sobrevino con el desenvolvimiento del imperialismo en los siglos XIX y XX no pudo volver atrás el reloj y recrear el monopolismo relativamente libre de problemas del capital mercantil, no obstante el hecho de que bajo las nuevas circunstancias el capital *financiero* hacía valer sus derechos por la fuerza. Porque ni la dominación del sistema global por unos pocos monopolios, ni la restricción de la dinámica interna del desenvolvimiento posterior podían ser consideradas como opciones realistas. En cambio, la humanidad tuvo que experimentar la intensificación de los antagonismos del sistema y su explosión en dos guerras mundiales –para no mencionar el anticipo en Hiroshima y Nagasaki de una catástrofe total en la eventualidad de una tercera– sin lograr estar un centímetro más cerca de una solución sostenible.

La irrefrenable tendencia del capital a articular y consolidar sus estructuras reproductivas materiales en la forma de un sistema global completamente integrado, por un lado, y su incapacidad para ajustarse a la tendencia hacia la integración económica por un estado global correspondientemente integrado (o el “Gobierno Mundial), por el otro, ilustra gráficamente tanto el hecho de que el sistema se extralimitó como lo insostenible de tal estado de cosas. No hay “ningún otro lugar donde ir” en este planeta, aun en el limitado sentido de tomar las posesiones de las potencias imperialistas rivales (de la manera como la última vez en la historia de las rivalidades imperialistas los Estados Unidos lograron un efectivo control sobre los antiguos imperios inglés y francés después de la Segunda Guerra Mundial), y las fronteras de contención de los estados nacionales existentes ya no pueden seguir siendo toleradas. Tienen que ser declaradas intolerables no por ningún estado en particular, sino por los imperativos del modo de reproducción metabólica social estable-

cido, lo cual agrava considerablemente el problema. Porque no puede haber defensa contra los explosivos antagonismos del “macrocosmo” reproductivo social del capital mientras permanezcan dentro de su marco productivo y distributivo irremisiblemente divisor.

La completa articulación del sistema del capital ha traído consigo retos que no pueden ser encarados sin reemplazar las apelaciones abstractas frecuentemente escuchadas a la idea de la “humanidad en común” de los individuos por su efectiva realización en una práctica reproductiva social viable. Dado que, sin embargo, hay que dar por sentado que tanto los “microcosmos” como el “macrocosmo” del sistema –inseparable de sus explosivos antagonismos– constituyen el mejor modo concebible de intercambio metabólico social, los apologistas del capital no pueden más que ofrecer el tipo más vacío de prédica de la “humanidad en común” de los individuos aislados en contra de las fechorías de los “tribalistas”, como hemos visto más arriba en los absurdos sermones de *The Economist*. Al mismo tiempo, no obstante, el completo desarrollo y la intrusión transnacional del “macrocosmo” reproductivo establecido ha activado uno de los límites absolutos del capital en forma de la *autoextralimitación* del sistema. Porque éste está ahora obligado a asumir, a fin de asegurar su dominación global permanente, el control indesafiante de lo que no puede subsumir, ni con las formas más autoritarias de dominación inventadas en el siglo XX. Inevitablemente, entonces, la extralimitación en cuestión asume la forma de una contradicción insoluble, lo que trae consigo un verdadero estancamiento. En consecuencia, bajo las condiciones históricas en desenvolvimiento el capital no logra articular y regular de la manera requerida su estructura de mando política totalizante: la definitiva garantía para la viabilidad de sus –por sí mismas peligrosamente centrífugas– estructuras reproductivas materiales.

Potencialmente la fatal extralimitación es el sello distintivo de la relación del capital también con las condiciones elementales de la reproducción metabólica social, en el intercambio absolutamente inescapable de la humanidad con la naturaleza. Ni las fantasías acerca de la “sociedad postindustrial” –en la cual la “informática” se supone que va a reemplazar a las “industrias de chimenea”, mientras que de los “analistas simbólicos” se espera se conviertan, con pulcritud igualmente mágica, en la nueva fuerza dominante– ni las varias estrategias concebidas y recomendadas desde la posición privilegiada del capital como la manera adecuada de “limitar el crecimiento” pueden aliviar esta grave condición. Porque, por lo común, la autocomplacencia caracteriza las varias fantasías “postindustriales”, y en el caso de los pretendidos “limitadores del crecimiento” la cuestión de los límites es tergiversada tendenciosamente.

Es tergiversada con la finalidad de poder achacarle la responsabilidad de los problemas percibidos y los crecientes peligros a los impotentes individuos –de quienes se dice son reacios a aceptar los límites constreñidores– mientras se deja intacto, claro está, el fundamento causal y el marco general del sistema del capital. Así, como era de esperar, los autores auspiciados por la prominente empresa formadora de la opinión capitalista, “El Club de Roma”, definen el “infortunio humano” y la tarea de enfrentarlo como la necesidad de estabilizar y preservar a “los sectores de entrelazamiento del sistema del capital”,²³³ equiparando la necesidad de asegurar las condiciones elementales del metabolismo social con la perpetuación del dominio del capital. Esta clase de enfoque concibe que los límites del sistema del capital continúan siendo para siempre los límites inescapables de nuestro horizonte reproductivo social. En consecuencia, insiste en que el remedio está en la aceptación consciente de los límites encontrados y en “aprender a vivir dentro de ellos”,²³⁴ en lugar de “luchar contra los límites”,²³⁵ como nuestra “cultura” nos condicionaba a hacer en el pasado. Lo que es convenientemente olvidado en todos esos diagnósticos de la “condición humana”²³⁶ es que “luchar contra los límites” pertenece a la naturaleza más esencial del capital: precisamente lo que ellos quieren perpetuar.

De esta manera no sólo se le atribuye falsamente la responsabilidad de la crisis en profundización a los “individuos interesados en sí mismos” –que son representados como incurablemente egoístas por naturaleza, en el acostumbrado modo autocontradictorio, y de los cuales se espera que sean capaces de amoldarse al concientizador discurso de los voceros del capital– pero la cuestión vital de los límites objetivos de los que tanto depende se tergiversa por completo. Las dictatoriales determinaciones e imperativos materiales que impelen al propio capital son *minimizadas* y reemplazadas por las tendencias psicológicas superficiales de los individuos, transformando de esa manera un tema multifacético de extrema gravedad en un discurso altamente retórico acerca de la necesidad del “control demográfico”. Esta estrategia monótonamente unidireccional es propugnada de manera de preservar como establecidos –si bien en el futuro en una forma irrealistamente estacionaria– a los “sectores intervencionales del sistema capital-población”. Los defensores de las soluciones neomalthusianas no pueden entender, o se niegan a admitir, que los desastres diagnosticados

233 *The Limits to Growth*, p.130. Ver también *Thinking about the Future: A Critique to the Limits to Growth*, editado por H.S.D. Cole, Christopher Freeman, Marie Jahoda y K.L.R. Pavitt, Chatto & Windus para Sussex University Press, Londres, 1973.

234 *The Limits to Growth*, p.150.

235 *Ibid.*

236 *Ibid.*, p.295.

asomaban en el horizonte no porque los individuos estén acostumbrados a “pelear contra los límites”, en lugar de “aprender a vivir dentro de ellos”, sino por el contrario porque *el capital en sí es absolutamente incapaz de limitarse a sí mismo*, independientemente de las consecuencias incluso para la destrucción total de la humanidad. Porque

el capital es la tendencia sin fin y sin límites a ir más allá de su barrera limitante. Toda frontera [*Grenze*] es y tiene que ser barrera [*Schranke*] para él. De otro modo el capital dejaría de ser: el dinero que se reproduce a sí mismo. Si llegase a percibir alguna clase de frontera no como barrera sino frontera dentro de la cual cabría cómodamente, él mismo habría *cambiado del valor de cambio al valor de uso*, de la forma de riqueza *general* a una forma de riqueza *específica, sustancial*. El capital en sí crea un plusvalor específico porque no puede crear uno infinito de una sola vez, pero se da la *constante tendencia a irlo creando gradualmente*. La *frontera cuantitativa* del plusvalor se le aparece como una barrera natural, como una necesidad que él trata constantemente de violar y más allá de la cual trata constantemente de ir. *La barrera se presenta como un accidente que hay que vencer*.²³⁷

Así, el discurso que defiende la necesidad de “vivir dentro de los límites establecidos” yerra completamente su objetivo. Porque, por un lado, los individuos que aceptan (como se espera que lo hagan) el marco del sistema del capital como su horizonte reproductivo definitivo se están condenando por esa misma razón a una carencia total de poder para remediar la situación. Al mismo tiempo, por otra parte, el capital –como el modo de control metabólico social establecido– debería ser no sólo *diferente de*, sino *diametralmente opuesto a*, lo que él puede y debe ser, de manera de poder apartarse del desastroso curso de desarrollo que necesariamente sigue, y “restringirse a sí mismo” a fin de funcionar “dentro de límites racionales”. Porque él tendría que “cambiar del valor de cambio al valor de uso, de la forma de riqueza general a una forma de riqueza específica, sustancial”, lo que no puede concebiblemente hacer sin dejar de ser el capital: esto es, el modo de control alienado y cosificado del proceso de control metabólico social capaz de proseguir su inexorable curso de autoexpansión (prácticamente sin inhibirse por las consecuencias) precisamente porque escapa a las restricciones del valor de uso y las necesidades humanas.

No por sorpresa, entonces, la cuestión de los límites sólo puede ser planteada al nivel de la retórica mistificadora por los defensores del “crecimiento cero y el equilibrio global”. No le prestan ninguna atención a la “explosión demográfica” real bajo el sistema del capital, que debemos considerar en la última sección de este capítulo. Elocuentemente, sin embargo, tratan de asustar a los individuos con la aseveración de que

237 Marx, *Grundrisse*, pp.334-5.

a menos que se restrinjan en sus hábitos de procreación la población del mundo está condenada, porque “quizás se podría llegar hasta a los *siete mil millones* antes del año 2000, dentro de menos de treinta años”.²³⁸ Resulta una muy buena medición de la exactitud de las proyecciones autoproclamadas científicas de que a menos de 5 años de la fecha fatídica estemos bien lejos de las cantidades con las cuales nos estaban amenazando. La verdad de la cuestión es, naturalmente, que los individuos no deberían ser invitados a “aceptar los límites establecidos”, ya que de todos modos ellos se ven *forzados* a hacerlo bajo el dominio del capital. Por el contrario, su necesidad vital es luchar con todas sus fuerzas contra los incorregibles límites destructivos del capital antes de que sea demasiado tarde. No hace falta decirlo, abordar la cuestión de los límites de esta manera contrastante no puede amoldarse al discurso de los defensores del sistema del capital.

5.2.2

La tendencia universalizadora del capital ha sido una fuerza irresistible –y de muchas maneras beneficiosa– por largo tiempo en la historia. Por eso algunos clásicos de la filosofía burguesa pudieron concebir –con alguna justificación– el “mal radical” como un instrumento para la creación del bien. Característicamente, sin embargo, al ver el mundo desde el punto de vista del capital tuvieron que omitir las necesarias salvedades *históricas*. Porque el capital, considerado en sí mismo, no es ni malo ni bueno, sino “indeterminado” con respecto a los valores humanos. No obstante, su “indeterminación” en abstracto, que lo hace compatible con el avance positivo bajo circunstancias históricas favorables, se convierte en la más devastadora destructividad cuando las condiciones objetivas, vinculadas a las aspiraciones humanas, comienzan a resistirse a su inexorable tendencia autoexpansionista.

La tendencia universalizadora del capital que nos había traído al punto donde nos encontramos hoy emanaba de su “tendencia sin fin y sin límites a ir más allá de su barrera limitante”, cualquiera que haya podido ser esta última, desde los obstáculos naturales a las fronteras culturales y nacionales. Más aún, la misma tendencia universalizadora era inseparable de la necesidad de desplazar los antagonismos internos del sistema mediante la constante ampliación de su escala de operaciones.

Está en la naturaleza del capital el no poder reconocer ninguna contención que pudiese restringirlo, sin importar el peso que lograsen ejercer los obstáculos que se le opongan, ni su posible urgencia –aun al punto

238 *The Limits to Growth*, p.149.

de la emergencia extrema— con respecto a su escala temporal. Porque la noción misma de “restricción” es sinónima de *crisis* en el marco conceptual del sistema del capital. Ni la degradación de la naturaleza ni la penuria de la devastación social significan algo para su sistema de control metabólico social cuando se ve ante el imperativo absoluto de la autorreproducción en una escala cada vez más ampliada. Por eso en el curso del desarrollo histórico no simplemente *sucedio* que el capital se extralimitó en todos los planos —incluida su relación con las condiciones básicas de la reproducción metabólica social— sino que estaba *destinado* a hacerlo tarde o temprano.

Los obstáculos externos nunca podrían ponerle un alto a la tendencia sin límites del capital, y tanto la naturaleza como los seres humanos sólo podrían ser considerados “factores de la producción” externos en los términos de la lógica autoexpansionista del capital. Para ejercer un impacto limitante, el poder restrictivo tendría que ser *interno* con respecto a la lógica del capital. Más allá de un cierto punto, la propia *tendencia universalizadora* y productivamente en progreso del capital tenía que convertirse en una *intrusión universal* ultimadamente indetenible, y en la invasión de todo territorio a su alcance con el fin de someterlo. Es así como, paradójicamente, “más” comenzó a significar *menos*, y el “control universal” (que asumió la forma de la “globalización” antagonística) comenzó a presagiar los peligros de una pérdida total del control. Esto se produjo porque el capital mismo creó a todo lo largo del mundo una situación completamente insostenible que le exige una coordinación comprehensiva (y, claro está, una planificación consensual que la haga posible) en tanto que el sistema del capital, por su naturaleza misma, está en oposición diametral a tales requerimientos. Por eso el desenlace negativo —gracias al cual “más” está empezando a significar menos, y el control del mundo entero bajo el dominio del capital trae consigo la profunda crisis del control— no sólo *ocurrió*, dejando abierta la posibilidad de revertir la situación, sino *tuvo que ocurrir*, con la irreversibilidad de una tragedia griega. Porque no era sino cuestión de tiempo que el capital —en su irreprimible tendencia a ir más allá de los límites que se le presentan— tuviese que extralimitarse contraviendo su lógica interna, y chocase así con los límites estructurales intraspasables de su propio modo de control metabólico social.

Es así como las gallinas que produjo el desplazamiento de las contradicciones del sistema a través del constante aumento de la escala —sobre el modelo del jugador de ruleta imaginario y su cartera inagotable antes mencionado— están comenzando a regresar a su corral. Porque hoy resulta imposible pensar en algo que tenga que ver con las condiciones de la reproducción metabólica social que no esté amenazado de muerte por el modo como el capital se relaciona con ellas: de la única manera

en la que él puede. Esto es válido no sólo en cuanto atañe a los requerimientos energéticos humanos, o al manejo de los recursos materiales del planeta y las potencialidades químicas, sino a toda faceta de la agricultura global, incluida la devastación causada por la deforestación a gran escala, e incluso al modo sumamente irresponsable de tratar al elemento sin el cual ningún ser humano puede sobrevivir: el agua misma. En la época victoriana, cuando algunas localidades fueron transformadas en sitios de salud de moda, algunos empresarios cínicos producían aire embotellado, con el nombre del centro de salud en los frascos, que eran dejados en las habitaciones de los crédulos sanados para que se los llevaran a su regreso a casa. Hoy, si el capital pudiera acaparar la atmósfera de la tierra y así privar a los individuos hasta del modo de respirar “no sofisticado” que se ha venido practicando espontáneamente, con toda certeza inventaría una planta embotelladora global y racionaría el producto a su criterio, con total autoritarismo, prolongando así su propia vida indefinidamente. Tal vez en algunos *bunkers* del pensamiento futurologista los apologistas del capital ya se encuentren trabajando afanosamente en un proyecto de ese género, tal y como están ocupados ahora, generosamente patrocinados, en la “investigación en armas no letales” que apunten hacia las nacionalidades más pequeñas. Sin embargo, resulta en verdad muy dudoso que sea posible alcanzar la “fase de producción a escala total” de la importantísima embotelladora de aire lo suficientemente rápido como para rescatar al sistema –y a la humanidad– de la explosión de sus devastadores antagonismos.

Ante la ausencia de soluciones milagrosas, la actitud del capital de hacerse valer arbitrariamente ante las determinaciones objetivas de la causalidad y el tiempo trae al final inevitablemente una amarga cosecha, a expensas de la humanidad. Porque todos aquellos que continúan postulando que “la ciencia y la tecnología” resolverán las graves deficiencias y las tendencias destructivas del orden reproductivo establecido que ya no es posible seguir negando, como “siempre lo hicieron en el pasado” se están engañando ellos mismos si realmente creen en lo que dicen. Ellos ignoran que tanto la *escala prohibitiva* a la cual los problemas continúan acumulándose y a la cual tendrán que ser resueltos, dentro de las restricciones de los recursos productivos realmente disponibles o realísticamente alcanzables (al contrario de las proyecciones ficticias de recursos caídos del cielo que se multiplican ilimitadamente, a fin de hipostatizar la viabilidad permanente del “crecimiento por sobre las restricciones”) y los *límites temporales* debidos a la gran urgencia del tiempo, que el carácter objetivo de los desarrollos en marcha les impone inescapablemente a todos. Porque una comparación desengañadora a este respecto es suficiente para contrastar las absurdas proyecciones basadas en el leve éxito de los lanzamientos

a la luna en los tiempos de la cruzada del presidente Kennedy –cuando se dio por descontada una infinidad de recursos a la disposición del “Mundo Libre”, de la que se podía deducir con igual precisión que “el límite es el cielo”– con la realidad del presente de la NASA reducida a un tamaño irreconocible al igual que los programas espaciales de otros países.

En el período de la ascensión histórica del capital la capacidad del sistema para dejar a un lado la causalidad y el ritmo espontáneos de la naturaleza –que circunscribían y “encerraban” las formas de gratificación humana establecidas– trajo consigo un tremendo incremento de los poderes productivos, gracias al desarrollo del saber social y la invención de las herramientas y prácticas requeridas para traducirlo a potencialidad emancipadora. Ya que, sin embargo, estos desarrollos tuvieron que darse en una forma alienada, bajo el dominio de una objetividad cosificada –el capital– determinando el curso que se seguiría y los límites que se transgredirían, el intercambio reproductivo de la humanidad con la naturaleza, potencialmente emancipador, tuvo que convertirse en su opuesto. Porque el alcance de la ciencia y la tecnología *practicables* tenía que verse estrictamente subordinado a los requerimientos absolutos de la expansión y acumulación del capital. Por eso siempre hubo que utilizarlas con extrema selectividad, de acuerdo con el único principio de selectividad con que cuenta el capital aun en las formas históricamente conocidas de los sistemas poscapitalistas. Así, hasta las formas ya existentes del conocimiento científico que pudieran hasta cierto punto contrarrestar la degradación del ambiente natural deben ser dejadas sin efecto porque interferirían con el imperativo de la expansión insensata del capital; para no mencionar la negativa a proseguir los necesarios proyectos científicos y tecnológicos que pudieran, si estuviesen fundamentados en la escala monumental requerida, corregir el estado de cosas en empeoramiento en este respecto. Sólo se pueden llevar adelante la ciencia y la tecnología al servicio del desarrollo productivo si ellas contribuyen directamente a la expansión del capital y ayudan a desplazar los antagonismos internos del sistema. Nadie debería sorprenderse, por lo tanto, de que bajo tales determinaciones el rol de la ciencia y la tecnología haya de ser degradado para mejorar “positivamente” la contaminación global y la acumulación de destructividad en la escala prescrita por la lógica adversa del capital, en lugar de actuar en la dirección opuesta, como en principio (pero hoy día sólo en principio) ellas podrían.

De la misma manera, en otro plano, el avance de los poderes de la producción agrícola no trajo consigo la erradicación del hambre y la malnutrición. Porque el hacerlo, de nuevo, hubiese contravenido el imperativo de la expansión “racional” del capital. No se puede permitir

que las consideraciones “sentimentales” respecto a la salud –y aun a la mera supervivencia– de los seres humanos estorben o interrumpan los tenaces “procesos de toma de decisiones orientados hacia el mercado” del sistema. El ritmo espontáneo y la recalcitrancia de la naturaleza ya no constituyen excusas creíbles para justificar las condiciones de vida de incontables millones de personas que tuvieron que morir en la miseria en las décadas recientes, y que hoy continúan pereciendo en ella.

Las prioridades que hay que seguir, en el interés de la expansión y acumulación del capital están irrevocablemente parcializadas en contra de quienes están condenados al hambre y la malnutrición, mayormente en los países del “Tercer Mundo”. Pero de ninguna manera se trata simplemente de que el resto de la población mundial no tenga nada que temer sobre el particular en el futuro. Las prácticas productivas y reproductivas del sistema del capital en el campo de la agricultura –desde el irresponsable pero altamente rentable uso de productos químicos que se acumulan como residuos venenosos en el suelo; la destrucción de las capas freáticas; y la interferencia en gran escala con los ciclos climáticos globales en regiones vitales del planeta mediante la explotación y destrucción de los recursos selváticos, etc.– no prometen nada bueno por venir para nadie. Gracias a la ciencia y a la tecnología en alienada servidumbre a las rentables estrategias de mercadeo globales, en nuestros tiempos se hace que las frutas exóticas estén a la mano durante todo el año –claro está, para quienes puedan darse el lujo de comprarlas, y no para quienes las producen bajo el dominio de un puñado de corporaciones transnacionales. Pero todo esto ocurre contra el trasfondo de las prácticas productivas altamente irresponsables que todos vemos con impotencia. Los costos involucrados no andan nada lejos de la puesta en peligro –en el único interés de la maximización de la ganancia– de las cosechas de papa de mañana y de los cultivos de arroz para todos. Además, ya hoy las “prácticas productivas avanzadas” que se siguen ponen en peligro la exigua alimentación básica de quienes se ven obligados a trabajar para los “cultivos de fácil exportación”, y tienen que pasar hambre en aras de mantener la salud de una lesiva economía “globalizada”.

Ahora la manipulación más irresponsable de la causalidad de la naturaleza es ya la regla, y la búsqueda de proyectos productivos genuinamente emancipadores la rara excepción. Los recursos les son asignados en una escala prodigiosa a proyectos militares totalmente malbarata-dores e inherentemente peligrosos, poniendo implacablemente a un lado exigencias rivales que provienen de las frustradas necesidades humanas. Nada se ha visto alterado en este respecto con el fin de la guerra fría y la proclamación del “Nuevo Orden Mundial”. Porque cada vez que

hay recursos renovables y no renovables a la disposición del sistema, se les continúa asignando generosamente a los proyectos militares carentes de sentido pero provechosamente malbaratadores. Esto es así aun bajo circunstancias de recesión, cuando hay que hacer drásticos recortes en los servicios básicos sociales, de salud y de educación. En verdad por lo general nada parece ser lo suficientemente grande como para saciar el apetito del complejo militar/industrial en este respecto. Así, para tomar un solo ejemplo de donde hay muchos, nos enteramos de que el costo del llamado “Eurofighter 2000” –el proyecto aeronáutico cuatrinacional de Inglaterra, Alemania, Italia y España– ha llegado a la cifra de 43 millardos de libras (esto es, 66 millardos de dólares al cambio actual). “Cuando el avión fue concebido a mediados de los 80, su costo total fue presupuestado en 21 millardos”.²³⁹ La cifra originalmente “planificada” –por cuyo intermedio el cálculo fraudulento perpetrado por las personificaciones del capital sería hecho pasar, con ayuda de las consabidas presiones para el voto aprobatorio expedito, en sus respectivos Parlamentos nacionales– experimentó una escalada, como de costumbre: los estimados de costos “científicos” jamás varían *hacia abajo*. Por añadidura, “La entrada en servicio del Eurofighter no era esperada sino para diciembre del 2000: dos años después de lo planificado”,²⁴⁰ Para ese momento, con un poquito de suerte, los costos previstos podrían haberse duplicado de nuevo. Así, la pretensión de “planificar” no equivale sino a la cínica y falaz manipulación de la opinión pública, supuestamente en el interés estrictamente cumplido de los “consumidores soberanos” y de los “contribuyentes” –en verdad los productores explotados e ignorados– quienes al final tienen que pagar la cuenta. Esto es lo que hoy le queda de significado al “cálculo racional” glorificado por Max Weber y otros apologistas de la “sociedad de mercado” capitalista supuestamente inalterable y sin peligro alguno eternizable, con su “jaula de hierro” convertida en totalmente aceptable para ellos por las “virtuosas habilidades” grotescamente postuladas de la “buena burocracia”, que en opinión suya le sirve con la debida dedicación al orden capitalista en el interés de todos.

En cuanto a la manera como el sistema del capital pasa por sobre el tiempo –acoplando a la perfección su desastroso intrusionismo con las determinaciones objetivas de la causalidad– en la vana creencia de que siempre puede salir airoso, no habría más que recordar el legado histórico. Porque incluso si se quiere acariciar la idea de que los desastres nucleares nunca van a ocurrir, a pesar de las decenas de miles de armas

239 Andrew Lorenz, “Britain vets U.S. Rivals to Eurofighter”, *The Sunday Times*, 10 de julio de 1994, Sección 3, p.1.

240 *Ibid.*

atómicas acumuladas (sin nada a la vista que las controle y en última instancia las elimine suprimiendo las causas de su existencia), ni siquiera la mayor de las credulidades puede minimizar el peso del legado atómico mismo. Porque ese legado significa que el capital les está imponiendo ciegamente a incontables generaciones –que en el tiempo se extienden a lo largo de *miles* de años– la carga de tener que vérselas tarde o temprano y con toda certeza con fuerzas y contradicciones totalmente impredecibles. Así, hasta el futuro remoto de la humanidad debe verse peligrosamente hipotecado porque el sistema del capital en sí sigue siempre su propio curso de acción dentro de la más reducida de las escalas temporales, ignorando las consecuencias aunque ellas presagien la destrucción de las condiciones elementales de la reproducción metabólica social.

5.2.3

La consumación de la ascensión histórica del capital intensifica, al punto de ruptura, una de las contradicciones básicas del sistema: la que se da entre la siempre creciente socialización de la producción (que tiende a la completa globalización) y sus controles jerárquicos restrictivos por los diferentes tipos de personificaciones del capital. La irrevocable extralimitación del capital en el plano de las condiciones elementales de la reproducción metabólica social es la inevitable consecuencia de esa contradicción.

De seguro, en el curso del desarrollo histórico la continuada expansión de la escala de operaciones ayuda a desplazar por largo tiempo a esta contradicción, liberando la presión de los “cuellos de botella” en la expansión del capital mediante la apertura de nuevas rutas de provisión de recursos materiales y humanos, al igual que gracias a la creación de las necesidades de consumo requeridas para mantener en capacidad de autosostenerse al sistema reproductivo siempre en crecimiento. Sin embargo, más allá de un cierto punto el aumento continuado de la escala, y la intrusión en la totalidad de los recursos renovables y no renovables que lo acompaña ya no sólo no sirve de ninguna ayuda sino, al contrario, profundiza los problemas subyacentes y en definitiva se vuelve contraproducente. Esto es lo que hay que entender como la activación de los límites absolutos del capital en relación con la manera como él trata a las condiciones elementales de la reproducción metabólica social.

Para entender la gravedad de este problema debemos tener en mente que lo que se echa a perder aquí es lo que solía constituir quizás el mayor logro del capital durante la fase de su ascensión histórica. Para citar a Marx:

Si hablamos del tiempo de trabajo necesario, entonces se ve la necesidad de que haya ramas del trabajo particulares por separado. Ya que la base es el valor de cambio, esta necesidad recíproca está mediada a través del intercambio... Esta necesidad está sujeta ella misma a cambios, porque las *necesidades son producidas*, al igual que los productos y las diferentes clases de destrezas laborales. Los aumentos y disminuciones se llevan a cabo dentro de los límites fijados por esas necesidades y los trabajos necesarios. Mientras más sean consideradas como necesarias las *necesidades históricas* –las necesidades creadas por la producción misma, *necesidades sociales*– necesidades que son ellas mismas *el fruto de la producción y el intercambio sociales, mayor será el nivel de desarrollo alcanzado por la riqueza real*. ...es por esta razón que lo que con anterioridad parecía ser *lujo* aparece *ahora como necesario*... Esta separación de la *base natural* y el fundamento de cada industria, y este *pase al exterior de sus condiciones de producción* hacia un contexto general –y de aquí la transformación de lo que previamente era *superfluo* en lo que ahora es *necesario*, como una necesidad creada históricamente– constituye la tendencia del capital. El fundamento natural de toda industria resulta ser el intercambio general mismo, el mercado mundial, y de aquí la totalidad de las actividades, el intercambio, las necesidades, etc., de que está constituido. El lujo es lo opuesto a lo naturalmente necesario. Las necesidades necesarias son las del individuo mismo reducido a sujeto natural. El desarrollo de la industria suspende esta necesidad natural al igual que a aquel anterior lujo –en la sociedad burguesa, en verdad, lo hace tan sólo *en forma antitética*, ya que en sí sólo postula como necesario otro patrón social específico, lo opuesto al lujo.²⁴¹

Obviamente, entonces, el sistema del capital hace grandes avances productivos gracias a la creación histórica de necesidades sociales y al paso al *exterior* de las condiciones de producción en cada una de las industrias hacia el contexto general, traspasando las restricciones originales –ya que la “necesidad natural es suspendida”– gracias al impacto productivo de un abanico inmensamente ampliado de necesidades y carencias recopiladas en el intercambio general a través del intermediario del mercado mundial. Pero resulta igualmente obvio que los logros se obtienen a un costo muy elevado, en verdad potencialmente casi prohibitivo, en más de un respecto.

- En primer lugar, el pase de las condiciones de producción *al exterior* de cada una de las industrias, hacia el contexto global, hace que el *control* de la producción (y la reproducción metabólica social abarcante) sobre la base de los principios operativos establecidos y factibles del capital, sea no solamente dificultoso sino en definitiva casi imposible de mantener. Dado que las condiciones subjetivas y objetivas de la producción se sitúan “en el exterior”, y requieren del intercambio de la totalidad de las actividades, necesidades, etc.,

241 Marx, *Grundrisse*, pp.527-8.

en el marco del intercambio global, quedan necesariamente *fuera del alcance* de cualquier empresa en particular, sin importar cuán gigantesca o transnacionalmente monopólica sea. Aun si multiplicamos por cien, en nuestra imaginación, a la General Motors o a la Ford, todavía seguirían siendo unas criaturitas en este respecto. Así, en la realidad el control queda ubicado aterradoramente en todas partes y en ninguna, incluso si los Alex Trotmans del mundo continúan fantaseando acerca de cómo resolver el problema asegurándose de que sus propias compañías se encuentren entre el previsto “puñado de jugadores globales”, gracias a su habilidad para imponerles a los demás el costo correspondiente a las ventajas que ellos mismos les sacan a las “economías de escala” ilimitadas insensatamente propugnadas.

La lógica inherente al sistema del capital hace empeorar progresivamente esa contradicción, en lugar de ayudar a resolverla. Porque la única manera de mejorar las oportunidades de control para las empresas en particular dentro de la lógica del capital –que hace de la expansión del capital en sí el requerimiento absoluto– es hacer crecer constantemente su propia escala de operación, sin que importe lo destructivas que podrían resultar en términos globales las consecuencias de la utilización depredadora de los recursos disponibles (por las cuales las firmas particulares no sienten ni una pizca de preocupación). Resulta tanto factible como activamente buscado el asegurar su ventaja relativa (hasta tanto los límites absolutos no sean activados completamente) sobre la base de incrementar la racionalidad y eficiencia parciales de sus operaciones específicas –por la producción en masa destinada a un mercado global, acaparando la mayor parte posible de ese mercado, etc.,– en conformidad con el imperativo absoluto de la expansión del capital, que se les aplica a *todas*. Esto es lo que impulsa hacia adelante no sólo a las firmas particulares, sino, igualmente, al sistema del capital en general, trayendo consigo al principio el desplazamiento de sus contradicciones, pero a su debido tiempo inevitablemente su amenazante intensificación. Porque la racionalidad *parcial* del capital –y debe enfatizarse que, debido a su principio estructurante antagonístico interno, el capital es capaz tan sólo de una racionalidad parcial, por las mismas razones que convierten al capital “para-sí” en un camuflaje mistificador para su intrascendible “en-sí”, en el

sentido analizado en la nota 232 –es decir, la obligada tendencia expansionista tanto de las firmas particulares como del sistema en su conjunto, independientemente de las devastadoras consecuencias, contradice directamente las elementales y literalmente vitales consideraciones de *restricción racional* y el correspondiente *control racional* de los recursos materiales y humanos globales.

Así, mientras *más exitosas* sean las formas particulares (como deben serlo a fin de sobrevivir y prosperar) en sus propios términos de preferencia –dictados por la lógica interna y la “racionalidad” del sistema en su conjunto, que les imponen las demandas fetichistas de la “eficiencia económica”– *peores* deberán ser para las expectativas de supervivencia de la humanidad bajo las condiciones prevalecientes. La falla no está en las empresas “ofensoras” particulares (que podrían ser, en principio, llamadas a botón por el estado que pretende velar por el “interés general” y defenderlo). Emanan de la naturaleza del sistema reproductivo establecido del cual las empresas particulares forman parte integral. De aquí la hipócrita irrealidad de las declaraciones de fe políticas que imaginan remediar las destructivas consecuencias de la contaminación, por ejemplo, “haciendo que los contaminadores paguen”.

La ciega tendencia expansionista del sistema del capital es incorregible porque no puede renunciar a su propia naturaleza y adopta prácticas productivas compatibles con la necesidad de restricción racional en una escala global. Que el capital pudiese en práctica una restricción racional abarcadora equivaldría, de hecho, a reprimir el aspecto más dinámico de su modo de funcionamiento, y por lo tanto a suicidarse como sistema de control metabólico social históricamente único. Esta es una de las principales razones de por qué la idea de un “Gobierno Mundial”, globalmente racional y consensualmente restringido, sobre la base del sistema del capital –que es por necesidad *parcial* hasta la médula en su única forma de racionalidad factible– constituye una flagrante incongruencia. Así, el pase de las condiciones de la producción y la reproducción social al exterior de las empresas e industrias particulares trae consigo que cuando este proceso se completa históricamente el capital como sistema de control se extralimita irreversiblemente. No puede ser revertido a una condición previa –menos globalmente integrada y expandida– ni puede marchar adelante en

la escala requerida en su incansable tendencia expansionista. El bloqueo de nuevos territorios sobre los cuales el capital pudiera extender su dominio y hacia los cuales pudiera “exportar” sus contradicciones activa los límites absolutos y la concomitante crisis estructural del sistema. Como resultado, la necesidad definitivamente inevitable de asegurar el manejo sostenible de las condiciones de producción y reproducción metabólica social en su apropiado contexto global se revela como irremediabilmente *fuera del alcance del capital*, sin importar cuán lejos ni cuán peligrosamente se extralimite el sistema. Es así como la inherente incontrolabilidad estructural del capital (desde el comienzo mismo) como modo de control completa su círculo: en forma de un círculo vicioso. El círculo es completado al convertir en *absolutamente necesario* al control racional del sistema global (a un nivel apropiadamente *global* al cual únicamente él podría ser controlado de manera sostenible) que él había creado históricamente, y en *imposible* a su control incluso en un contexto más limitado, en el plano de las firmas nacionales particulares y las empresas transnacionales obligadamente “díscolas” y “transgresoras”. Escapar de este círculo vicioso sin superar radicalmente las determinaciones fundamentales del sistema del capital mismo resulta inconcebible.

- El segundo aspecto central de estos desarrollos, al cual se le debe poner esmerada atención, concierne a la “separación de la base natural y el fundamento de cada industria” y la transformación del “lujo” en necesidad, tanto para los individuos como para sus sistema de reproducción metabólica social establecido. El lado positivo, potencialmente emancipador, de este proceso constituye el mayor logro histórico del sistema del capital. Sin embargo, es logrado al romper no sólo con las restricciones naturales originales sino también al zafarse de toda medición y patrón humanamente significativos y sustituirlos, como única medida, por el éxito o el fracaso en la expansión del capital. Así, ocurre que no sólo las necesidades genuinas son creadas históricamente. Porque el “*vale todo*” es adoptado como el principio orientador de la producción (y como el juicio de valor en general), condicionado tan sólo por la salvedad implícita de que todo cuanto se ponga en práctica debe contribuir a la expansión del capital. Con esto se abre la posibilidad –la necesidad, en verdad– de

buscarles “soluciones” por demás arbitrarias y manipulativas a los problemas recién surgidos. Las consecuencias negativas son visibles en relación tanto con los individuos consumidores como con el sistema productivo mismo. Con respecto a los individuos, domina la producción y manipulación de los “*apetitos artificiales*”, dado que el “manejo de la demanda” debe quedar subordinado a los imperativos del valor de cambio en expansión. Si las necesidades reales de los individuos se pueden acomodar dentro de los confines de este último de una manera ventajosa para el sistema –con su necesidad de bienes producidos en masa para ser difundidos con la máxima eficacia en el mercado global– tales necesidades reales pudieran ser satisfechas, o al menos consideradas como legítimas; si no, ellas deberán ser frustradas y anuladas por cualquier cosa que pueda ser producida en conformidad con el imperativo de la expansión del capital. La utilización predadora de los recursos renovables y no renovables y el correspondiente desperdicio en una escala monumental es el corolario obligado de esta manera alienada de relacionarse con la necesidad humana individual. En lo que atañe al impacto del mismo desarrollo en el propio sistema productivo encontramos que el abanico de necesidades creado históricamente (y los bienes que se adaptan a ellas, sin importar cuán artificiales sean) es incorporado dentro de un marco reproductivo *exageradamente ampliado* con dificultades crecientes para asegurar la requerida *continuidad* de la producción al igual que la necesaria “realización” y “valorización” del capital en una escala siempre en expansión.

A través del desarrollo de las fuerzas productivas en su subordinación al solo y único criterio de la expansión del capital, lo estrictamente racional retrocede progresivamente y un nuevo conjunto de determinaciones toma su lugar. Así, la eliminación de los “lujos” recientemente generados y estructuralmente incorporados (difundidos, generalizados) que provienen del marco de producción existente acarrearía el colapso del sistema de producción entero. Porque hasta tanto el proceso de producción establecido siga sus propias determinaciones en la multiplicación de la riqueza divorciada del designio humano consciente, los productos de ese proceso de producción alienado y cosificado les deberán ser impuestos a los individuos como “sus apetitos”, en el interés del

sistema reproductivo dominante, independientemente de las consecuencias a largo plazo. Como resultado, “la separación de la base natural y el fundamento de cada industria” trae consigo no una liberación de la necesidad sino la imposición implacable y la difusión universal de una nueva clase de necesidad que actúa en la escala más amplia posible, poniendo en peligro no nada más al sistema del capital exageradamente ampliado, sino a la supervivencia misma de la humanidad.

- El tercer aspecto vital concierne a la contradicción entre el carácter inherentemente social de las necesidades creadas históricamente –“el fruto de la producción y el intercambio social”– y el control jerárquico/discriminatorio de la producción y la distribución. Inevitablemente, esta contradicción resulta en una dañina distorsión de lo que podría ser un proceso emancipador y rico en realizaciones con la condición de que el principio estructurador del sistema reproductivo establecido no sea antagonístico.

La incorregible distorsión es manifiesta no sólo en la apropiación profundamente inicua de los frutos del adelanto productivo por parte de las personificaciones del capital. También, las necesidades sociales genuinas y los modos de gratificación sociales no pueden surgir espontáneamente, y menos aún ser creados conscientemente, porque la estrategia seguida de maximizar las oportunidades de la acumulación del capital obligadamente lo debe dominar todo. Por esta razón la gestión y acción humana del consumo debe ser fragmentada a la unidad más pequeña posible –el individuo aislado– ya que dichas unidades son las más fácilmente manipuladas y dominadas, al igual que las que con mayor probabilidad aportarán la máxima demanda de mercancías del capital. Las relaciones de la familia “nuclear” deben ser ajustadas en igual sentido, reducidas en última instancia a la unidad básica unigeneracional y la transformación de la descendencia en “consumidores soberanos” en la primera oportunidad que se presente, aunado a tasas de divorcio cada vez mayores que actúan en la misma dirección, especialmente en los países “capitalistas avanzados”. Porque ya no sigue siendo posible considerar simplemente a la familia monogámica como la unidad económica de la sociedad”,²⁴² con su “indisolubilidad

242 Engels, *The Origin of the Family, Private Property and the State. In the Light of the Researches by Lewis H. Morgan*, Lawrence & Wishart, Londres, 1972, p.138.

del matrimonio”²⁴³ (por largo tiempo en el pasado impuesta sobre ella de una manera u otra), como suficiente en su propia esfera para la continuada salud de la economía capitalista. La reproducción ampliada del capital debe ser asegurada por cualquier medio y a toda costa, “armonizando” en este sentido pervertido las metas de producción perseguidas con las unidades básicas de consumo.

Para tomar un solo (pero muy importante) ejemplo sobre el particular, podemos pensar que el automóvil representa el segundo gasto en tamaño para cualquiera que pueda permitirse comprar su casa o apartamento, y el mayor para los que no pueden hacerlo. Resulta por demás revelador aquí que el llamado “automóvil de la familia” pertenece a la estructura antediluviana de la demanda del “capitalismo avanzado” exageradamente ampliado. Porque para mantener la insensata multiplicación de los automóviles –y el correspondiente descuido o incluso destrucción intencional de los servicios de transporte público– el sistema tenía que diseñar la absurda estrategia de mercadeo de la “familia con dos (y hasta tres) automóviles”. La continuada “expansión saludable” del orden productivo del capital necesita de tales prácticas a pesar de las inmensas cantidades de recursos materiales y laborales derrochadoramente invertidos en cada automóvil individual, y a pesar del impacto devastador de esa forma de transporte grotescamente ineficiente (promovida por un sistema que se enorgullece de su pretendida “eficiencia”) tanto en el abuso de energía y recursos químicos no renovables como en el envenenamiento del medio ambiente a una escala que sobrecoge el ánimo. Produce escalofríos pensar en el potencial impacto de los descomunales congestionamientos del tránsito en una China o una India “totalmente automovilizadas” que el mito insensato de la “modernización” capitalista solía proyectar como el curso de desarrollo apropiado para esos países. Pero en la realidad se dan incrementos mucho menos masivos en la cantidad de automóviles que ofrecen perspectivas bastante amenazadoras. Así, en Inglaterra, se prevee que el ya vasto número de automóviles –más de 25 millones en un país con 55 millones de personas– se *duplicará* dentro de 20 años, aunque la velocidad media de los automóviles en el centro de las grandes ciudades ya alcanza apenas la del paso de un peatón, para no mencionar las emisiones venenosas concomitantes que

243 *Ibid.*, p.245.

se ha comprobado ampliamente causan daño a la salud pública, en especial la de los niños.

La solución gubernamental propuesta, típicamente, no es otra que atacar los efectos dejando intactas sus causas, que emanan de los intereses capitalistas dominantes. De acuerdo con esto, en todas las carreteras principales se instalarán medidores electrónicos y aparatos registradores para así poderles imponer fuertes multas a los que entren dentro del perímetro de las grandes ciudades, con el propósito de disuadir a los menos adinerados (esto es, a la gran mayoría de los automovilistas) de hacerlo. El “ideal” que hay que seguir, ya bastante ruidosamente pregonado por las autoridades, es este: “utilice su automóvil estrictamente en los viajes imprescindibles”. Tal sugerencia, y las medidas materiales disuasivas asociadas con ella, deben ser colocadas contra el trasfondo de la tasa de utilización absurdamente baja del automóvil privado tal y como están hoy las cosas, que alcanza a *menos del 1 por ciento* de su uso potencial. La lógica última de este tipo de solución –dictada por la forma en que el capital debe manipular las necesidades sociales generadas dentro de su marco– es persuadir u obligar al “consumidor soberano” simplemente a *comprar* a intervalos regulares los bienes en oferta y dejarlos totalmente sin usar hasta que se “autodestruyan”.

En cualquier caso, la contradicción entre producción social/necesidades sociales y el control jerárquico/discriminatorio de la producción y el consumo, no puede ser atenuada aun si la alocada lógica del “cálculo racional” del capital no es llevada a sus extremos. La expansión cuantitativa es el criterio por el que se mide la salud del sistema, y por lo tanto todas las consideraciones acerca de la *calidad* –en relación con cualquier necesidad social, incluyendo la salud de los niños cada vez más amenazada– deben ser implacablemente descartadas en subordinación a la necesidad de autorreproducción ampliada del capital. Si no hay otra forma de hacerlo –más digerible e ideológicamente menos riesgosa– las necesidades sociales deben ser no solamente manipuladas (sea con delicadeza o con abierta crudeza) sino incluso reprimidas con la ayuda de una legislación y unos impuestos autoritarios. No puede haber esperanza de que este estado de cosas cambie. Porque la satisfacción con sentido humano de las necesidades sociales y las condiciones de su realización no se podrían producir sin

cambiar radicalmente el principio estructuralmente antagónico del sistema y su modo de control inescapablemente jerárquico/discriminatorio.

Las palabras de Marx en nuestra última cita de los *Grundrisse* ponían el acento en la potencialidad positiva de los acontecimientos en marcha, indicando el lado negativo con la brevísima referencia a su “forma antitética”. Como hemos visto, en el curso del último siglo y medio el lado negativo conquistó el dominio aplastante, al punto de encarar a la humanidad con las perspectivas de verse precipitada en la barbarie si los procesos destructivos del capital –que ya están afectando directamente las condiciones elementales de la reproducción metabólica social– no son puestos bajo control consciente en un futuro no muy lejano.

El ilusorio postulado de que tarde o temprano seremos capaces de hallar medidas remediales adecuadas contra los procesos destructivos identificados dentro de los parámetros del sistema del capital mismo es en el mejor de los casos ingenuo, y con frecuencia algo mucho peor. Porque no es posible introducir las requeridas racionalidad comprensiva y asignación adecuadamente planificada de los recursos materiales y humanos en este sistema si se acogen sus principios operativos y sus obligadas premisas prácticas. El punto de partida y el punto de llegada en el orden metabólico social dominante lo constituyen las “personificaciones del capital”, que deben traducir en órdenes ejecutables los imperativos objetivos de la autorreproducción ampliada del capital con respecto al proyectado avance de sus empresas *limitadas*, sin importar cuán grandes sean. Este sigue siendo el caso, aun si en aras de la argumentación admitimos la viabilidad operacional de un mundo constituido por el “puñado de jugadores globales” de Trotman. De acuerdo con ello, la batalla por la racionalidad comprensiva y la genuina restricción economizadora está necesariamente perdida para la gente preocupada por el ambiente, aun antes de que haya comenzado, si su objetivo no implica el cambio radical de los parámetros del sistema del capital mismo. El hecho de que bajo la forma de la amenaza de destruir las condiciones fundamentales de la reproducción metabólica social se haya activado uno de los límites absolutos del capital, no resulta en modo alguno animador por sí mismo. Porque todo depende del éxito o el fracaso en complementar en el futuro previsible las condiciones de la reproducción global hoy gravemente distorsionadas pero inescapablemente sociales con un modo de producción y control inherentemente social –en otras palabras: abarcantemente cooperativo y verdaderamente comunal en su constitución interna– a todos los niveles y en todos los terrenos del proceso reproductivo social.

En este contexto hay que establecer un último punto, que tiene que ver con el legado del orden dominante. En el pasado se supuso con demasiada frecuencia –a pesar de todas las evidencias de lo contrario incluso en el pasado reciente– que las prácticas productivas altamente avanzadas del capital pueden aportar la base material para un orden reproductivo socialista, prometiéndonos a todos los frutos de la *abundancia* y la erradicación irreversible de la *escasez*.

En vida de Marx, antes de que la incorregible destructividad de los desarrollos en marcha se desplegara de un todo, podía haber alguna base para creer en un desenlace como ese. Pero incluso entonces constituía una creencia cuestionable que tenía que ser forzosamente revisada enfocando la atención en las fuerzas y tendencias contrarrestantes inherentes al modo de operación del capital. Lamentablemente, sin embargo, antes del final del siglo ello se volvió una parte muchas veces repetida pero completamente sin confirmar de la creencia socialdemócrata, que hipnotizó también a su ala izquierda, en que “la sociedad burguesa porta en todos los campos las semillas de la transformación socialista de la sociedad”.²⁴⁴ La única cosa criticable era que los frutos del proceso reproductivo establecido los proveía la sociedad burguesa sobre una base restringida, “sólo para sus elegidos”,²⁴⁵ anticipando por lo tanto el remedio en la forma de un gran incremento cuantitativo en la escala de la producción capitalista bajo las nuevas –manejadas socialdemocráticamente– circunstancias políticas. A partir de tales premisas falsas era posible postular optimistamente que

La transformación revolucionaria que cambia fundamentalmente todos los aspectos de la vida humana y especialmente la posición de la mujer está ocurriendo ante nuestros ojos. Es sólo cuestión de *tiempo* para que la sociedad asuma esa transformación en gran escala, para que el proceso se acelere y se extienda a todos los terrenos, de modo que todos sin excepción podamos disfrutar de sus innumerables y múltiples ventajas.²⁴⁶

Hoy, cien años después de que este pronóstico del curso futuro de los acontecimientos fuera presentado por uno de los socialdemócratas

244 August Bebel, *Society of the Future*, Progress Publishers, Moscú, 1971, p.114.

245 *Ibid.*, p.215.

246 *Ibid.*, p.116. (El subrayado de “tiempo” es de Bebel).

¡Lástima! Al igual que los viejos y nobles imperialistas fabianos, los socialdemócratas alemanes (incluso los de izquierda, como Bebel) tampoco podían ver nada de malo en todo el concepto de “colonización civilizadora”, proyectado sobre la base del determinismo tecnológico del sistema del capital abrazado con entera felicidad. Ellos solamente cuestionaban los métodos adoptados, argumentando que cuando la “nueva sociedad” esté establecida

la misión civilizadora será llevada a cabo sólo con medios amigables, que harán aparecer a los civilizadores ante los bárbaros y los salvajes no como enemigos, sino como *benefactores*. Los viajeros y científicos inteligentes saben desde hace mucho tiempo lo exitoso que es ese modo de abordarlos.

Ibid., p.127. (El subrayado de “benefactores” es de Bebel).

más radicales de Alemania, Augusto Bebel, a la luz del estado realmente prevaleciente, sería una ilusión peligrosa creer que el sistema del capital pudiera, aunque fuese en un solo campo, “portar las semillas de la transformación socialista de la sociedad”, preparando así el terreno para la eliminación de la escasez y la creación de la abundancia en beneficio de todos, para no hablar de hacerlo en todos los campos. Porque la manera en que el sistema reproductivo del capital ha sido articulado y llevado hasta su desvirtuada “perfección” en el curso del último siglo –con su desperdicio estructuralmente personalizado y salvaguardado y su lesivo distorsionamiento de hasta las necesidades humanas más básicas– hace que sus logros y su modo de operación ampliado hasta la exageración resulten extremadamente problemáticos, si no del todo contraproducentes en muchos aspectos.

Así, sin una radical reestructuración de cada dominio y dimensión en particular del orden reproductivo establecido (que debe ser heredado por todas las formas posibles de socialismo), las nuevas clases de necesidades desvirtuadas creadas por los requerimientos alienados de la autorreproducción ampliada del capital antes indicadas, no pueden ser superadas. Al contrario, como están hoy las cosas las perspectivas son mucho menos promisorias que en vida de Marx, dado que la tiranía de la necesidad artificialmente producida ha sido extendida por el capital a vastos territorios anteriormente intocados.

Al revés de como mucha gente en la izquierda imagina, la tecnología y la ciencia no pueden ser consideradas antídotos viables en ese respecto. Quienes creen que realmente lo son, tienden a proyectar cuadros idealizados de los medios técnicos pretendidamente disponibles y el conocimiento científico aún por realizar como el basamento material de un futuro de abundancia socialista. Esto puede sonar a buena retórica política –la condena comprensiblemente airada de los fracasos existentes– pero anda muy lejos de ser teoría bien fundamentada. Porque la verdad desengañadora es que la ciencia y la tecnología realmente existentes están ellas mismas profundamente incrustadas en las determinaciones productivas prevalecientes mediante las cuales el capital le impone a la sociedad las condiciones necesarias de su precaria existencia actual. En otras palabras, la ciencia y la tecnología no son jugadores de reserva bien entrenados y llenos de energía sentados en el banco, esperando ansiosamente la llamada de los manejadores del concientizado equipo socialista para que vengán a voltear la suerte del juego. Porque en su modo real de articulación y funcionamiento, ellas están involucradas a fondo en un tipo de desarrollo que es *simultáneamente* productivo y destructivo. Esta condición no puede ser remediada separando ilusamente el lado productivo del destructivo

con el fin de procurar solamente el primero. La ciencia y la tecnología no pueden ser erradicadas de su condición extremadamente problemática del presente gracias a ningún “experimento del pensamiento”, por bien intencionado que sea –según el cual ellas solamente participarían en planes productivos y se negarían a tener nada que ver con la dimensión destructiva de esos planes– sino tan sólo si se les restituye radicalmente como formas de la práctica social. Ni tampoco debería olvidarse el hecho de que los inmensos recursos materiales (y humanos) requeridos para convertir las proyecciones científicas y tecnológicas –en la escala prevista– en realidad no se puede dar simplemente por garantizada en forma de una abundancia sin límites, hipostatizada como si brotara directamente de las fuerzas creativas de la ciencia y la tecnología, como Palas Atenea emergió una vez con todas sus armas de la cabeza de Zeus. Hacerlo así no constituye más que una aceptación incondicional, suponiendo sin más lo que no se puede suponer sin violentar la lógica. Por el contrario, tales recursos –que en realidad hoy no se ven por ningún lado– sólo pudieran ser producidos sobre una base socioeconómica radicalmente diferente, más allá del incorregible desperdiciamiento del capital en el nivel de desarrollo a que ha llegado hasta el momento.

Más aún, la transformación de los medios pretendidamente técnicos de su escala hoy día quizás selectivamente factible (tan sólo en unos pocos países privilegiados) en la *escala global* requerida para la solución positiva optimistamente hipostatizada de nuestros problemas no es simplemente una cuestión de *cantidad*, como los socialdemócratas de la Segunda Internacional (incluso los del tipo de Bebel) y otros que siguieron sus pasos imaginaban cuando proyectaron los efectos universalmente beneficiosos de la producción capitalista, una vez que esta fuese practicada en “*gran escala*”. Bajo condiciones regidas por los principios orientadores del capital resulta muy tentador buscarle respuestas a la percibida ausencia de suficiencia material simplemente esperando mejoras cuantitativas en las cantidades producidas, o propugnar exactamente lo contrario cuando las consecuencias negativas de la expansión del capital perseguida a ciegas se hacen tan demasiado ostensibles que ya no es posible seguir las ignorando. Pero tales respuestas a menudo se agotan ellas mismas en falsas dicotomías, como “crecimiento versus no crecimiento” y “economía de escala versus deseconomía de escala”. La verdad del asunto es que el abuso real en el campo socioeconómico no es la *deseconomía de escala*. Lo que nos preocupa aquí es la *utilización desperdiciadora de los recursos humanos y materiales*, es decir, en otras palabras, la imperdonable *deseconomía de los recursos derrochados*, que es aplicable (y bajo el dominio del capital ciertamente que lo es) a *cualquier escala*,

desde la más reducida a la más amplia. Sin duda, dentro del marco del sistema del capital la escala siempre creciente constituye una condición sumamente agravante. Resulta inevitable, por lo tanto, la ciencia y la tecnología al servicio de la producción de masas bajo el dominio del capital sean ellas mismas productoras de un derroche inafrontable. Pero la gran escala no constituye en y por sí misma la *causa* de los problemas; ni en verdad podría su simple reversión (si estuviese a la mano, lo cual obviamente no es así) ofrecer una salida de ellos. Ignorar esta simple verdad sólo puede conducir a la persecución de quimeras como la de “lo pequeño es bello”, lo cual –si le se tomase en serio– sería bueno sólo para condenar a la humanidad a la miseria autoinducida que acompaña a la adopción de prácticas productivas quijotesas.

Como contraste, la realización globalmente difundida de los objetivos socialistas en la escala adecuada es inconcebible sin la *dialéctica de la cantidad y la calidad* en el complejo conjunto de relaciones reproductivas sociales al que están integradas la ciencia y la tecnología. Hasta en las ciencias físicas existe una barrera *cualitativa* que debe ser superada –con dificultades aparentemente casi prohibitivas– antes de que se pueda hacer el cambio de la tecnología de la fusión nuclear experimental, lograda en una escala muy pequeña, a la producción de energía por fusión a escala total. ¡Cuán mucho mayores deberán ser las dificultades cuando la ciencia y la tecnología no ofrecen espontáneamente la *solución* de los asuntos espinosos enfrentados sino ellas mismas forman parte del *problema que hay que superar*! Porque en su articulación del presente ellas se encuentran estructuralmente subordinadas a los imperativos reproductivos del sistema del capital que posiblemente no podría imponerle sus prácticas desperdiciadoras y destructivas a la humanidad sin un papel más activo por su parte en el proceso. Concebir de otra forma la ciencia y la tecnología hoy día es sustituir en la imaginación a la ciencia y la tecnología realmente existentes por una forma de ambas que ya existiese, cuando de hecho tendría primeramente que haber sido creada –y sólo podría haberlo sido– dentro del marco de un orden metabólico social socialista; y hacerlo así a fin de poder continuar argumentando, con toda falacia, que las fuerzas emancipadoras positivas de esa ciencia y esa tecnología están ya a nuestra disposición y podrían, aquí y ahora, oportunamente constituir las bases productivas de un orden reproductivo socialista.

Lejos de la proyectada abundancia asegurada tecnológicamente, el futuro no puede prometer ahora –en el caso de que no se llegue a *romper cualitativamente* con las prácticas reproductivas dominantes, y entre ellas con las prácticas de ciencia y tecnología prevalecientes más que la dominación permanente sobre la humanidad de una forma u otra de

escasez. Sin recordarnos constantemente a nosotros mismos esta verdad desconcertante no podemos ni siquiera iniciar la difícil tarea de elaborar una agenda socialista en sintonía con las necesidades de nuestra propia situación histórica.

El círculo vicioso de la escasez artificialmente creada e impuesta sólo puede ser roto mediante la reorientación *cualitativa* de las prácticas productivas hacia un mejoramiento significativo en la tasa de utilización, ahora desastrosamente baja, de los bienes, los servicios y la capacidad productiva (tanto material/instrumental como humana) hacia el cual se deben canalizar los recursos de la sociedad, y la redefinición práctica de la ciencia y la tecnología al servicio de esos objetivos emancipadores. En este respecto, también, es inconcebible lograr la reorientación y redefinición requeridas dentro de las restricciones estructurales del sistema del capital. Porque la tarea requiere tanto de una planificación comprensivamente racional de todos los recursos materiales y humanos –de lo cual el capital es por demás incapaz, por las razones antes mencionadas– como de una manera radicalmente diferente de regular el intercambio social entre los individuos, por los individuos mismos, sobre cuya base la planificación genuina se vuelva por fin posible del todo. Es esto lo que pone en su debida perspectiva a la ciencia y la tecnología como *partes aún por producirse* de una solución emancipadora factible, y nos hace la advertencia de no confundir una *potencialidad abstracta* –que puede quedarse para siempre como potencialidad totalmente irrealizada sin la exitosa reorientación cualitativa de las prácticas productivas y el modo de vida de la sociedad– con una *realidad* ya establecida, cuando están ausentes hasta las condiciones para convertir lo *abstracto* en potencialidad *concreta* en los campos pertinentes. Más aún, en este contexto debemos recordar también que no tenemos una escala temporal lo bastante holgada para la necesaria conversión de la potencialidad en realidad. Ello debe tener lugar bajo las agravantes condiciones de una gran urgencia en el tiempo.

Hubo una vez en que los defensores del sistema del capital podían elogiar con alguna justificación su poder de “*destrucción productiva*” como inseparable de la dinámica positiva del progreso. Esta forma de ver las cosas iba en perfecta conformidad con la constante extensión de la escala de operaciones del capital, verdaderamente en forma de “destrucción productiva”. La exitosa intrusión del capital en todo cuanto pudiese ser invadido –es decir, antes de que el sistema tuviera que extralimitarse de la manera como hemos visto ya– hacía sostenible la noción de “destrucción productiva”, si bien progresivamente más problemática a medida que la escala misma iba en aumento. Porque la destrucción involucrada podía

ser generosamente asentada en los libros como una parte necesaria de los “costos de producción” y la reproducción ampliada, en tanto que la constante extensión de la escala de operaciones del capital había traído consigo el desplazamiento de las contradicciones del sistema como un beneficio adicional. Sin embargo, las cosas han cambiado para mucho peor con la consumación de la ascensión histórica del capital y la activación de los límites absolutos del sistema. Porque ante la ausencia de ulteriores posibilidades de invasión en la escala requerida, el constituyente *destrutivo* del “costo de producción” general –que debe ser afrontado dentro de los límites progresivamente constreñidores– se hace cada vez más *desproporcionado* y en definitiva casi *prohibitivo*. Históricamente hemos pasado de las prácticas reproductivas de la “destrucción *productiva*” del capital a una etapa en la que el rasgo predominante es creciente e incurablemente la producción *destruktiva*.

No es difícil ver –aun cuando las personificaciones del capital encuentren imposible admitirlo– que ningún sistema de reproducción metabólica social puede sobrevivir indefinidamente sobre esa base.

5.3 La liberación de la mujer: el reto de la igualdad sustantiva

5.3.1

Como hemos visto en la Sección 4.5.3, la regulación económicamente sostenible de la reproducción biológica de la humanidad constituye una crucial función mediadora primaria del proceso metabólico social. De acuerdo con esto, la articulación históricamente cambiante de las relaciones humanas implicadas es de la mayor importancia.

Los procesos reguladores que nos preocupan aquí son inextricables de toda una red de relaciones dialécticas. Inevitablemente, sus expresiones en forma de intercambio humano históricamente específicas y reforzadas institucionalmente se ven profundamente afectadas por las características estructurales fundamentales del complejo social general. Pero, claro está, a su vez ellas mismas por igual afectan profundamente la articulación continuada del proceso metabólico social en su totalidad. Si, por lo tanto, los imperativos alienantes del sistema de reproducción económica establecido exigen un control social discriminatorio y jerárquico, en sintonía con el principio estructurante antagonístico de la sociedad y el correspondiente modo de dirigir el proceso del trabajo, el “macrocosmo” abarcante de este tipo debe encontrar su equivalente en todos los niveles del intercambio humano, incluso en las “microestructuras” o “microcosmos” reproductivos o consumidores más pequeños, a los que por lo común se les teoriza bajo

el nombre de la “familia”. Y a la inversa, hasta tanto la relación vital entre mujeres y hombres no sea regulada libre y espontáneamente por los propios individuos dentro de sus “microcosmos” *autónomos* (pero, claro está, en modo alguno *independientes* de la sociedad) del universo interpersonal históricamente establecido, sobre la base de la *igualdad sustantiva* entre las personas involucradas –es decir, sin imponerles los dictados socioeconómicos apriorísticos del orden metabólico social dominante– no puede caber la emancipación de la sociedad del lesivo impacto de la alienación, que impide la autorrealización de los individuos como seres humanos particulares. Como Marx lo expuso en uno de sus primeros escritos:

La relación de *persona a persona* directa, natural y necesaria es la relación de hombre y mujer. ... A partir de esa relación es posible juzgar, entonces, todo el nivel de desarrollo del hombre. ... En esa relación se revela, también, hasta qué grado la necesidad del hombre se ha convertido en necesidad *humana*, hasta qué grado, por consiguiente, la otra *persona* se ha convertido para él en necesidad –hasta qué grado el hombre en su *existencia individual* es al mismo tiempo un ser social.²⁴⁷

A juzgar por la manera como se podrían caracterizar las formas conocidas de relación interpersonal socialmente establecidas entre mujeres y hombres –utilizando el criterio de la libre determinación que llena humanamente sus vidas por parte de personas que interactúan sobre la base de una igualdad sustantiva –“todo el nivel de desarrollo” alcanzado en el curso de la historia no es mucho mayor hoy que el que solía darse hace miles de años, a pesar de todo el avance en la productividad. En cuanto a las ganancias obtenidas durante el largo período histórico de la ascensión del capital, ellas no van más allá del nivel de la igualdad *formal*. En verdad, como veremos en la Sección 5.3.2, hasta los éxitos relativos en el aumento de la cobertura de la igualdad formal –que las prácticas productivas de extracción de plus trabajo del “trabajo libre” por el sistema del capital, dentro del marco de la “igualdad contractual” hicieron necesario– estuvieron aunados en las teorías de los grandes filósofos como Kant y Hegel, y no sólo en las de los apologistas insensibles como Hayek y sus seguidores, a la enérgica polémica en torno a la demanda de igualdad sustantiva, y quienes a menudo descalificaban de manera perentoria a tales demandas sobre la base de que ellas pretendidamente cometían definitivo pecado de lógica y violentaban los requerimientos de la *racionalidad misma*.

Sería un milagro si se pudiese ordenar a los “microcosmos” del sistema del capital mismo de acuerdo con el principio de la igualdad sustantiva. Porque este sistema en su conjunto no puede mantenerse en existencia sin reproducir exitosamente sobre una base continuada las *re-*

247 Marx, *Economic and Philosophic Manuscripts of 1844*, pp.100-101.

laciones de poder históricamente específicas gracias a las cuales la función de control se encuentra radicalmente separada de, y le *es impuesta* de modo autoritario a, la fuerza laboral por las personificaciones del capital aun en las variedades poscapitalistas del sistema del capital. Los complejos sociales operan siempre sobre la base de las reciprocidades dialécticas. Sin embargo, todas esas reciprocidades poseen su “*übergreifendes Moment*” objetivamente predominante que no se puede simplemente desear que no exista o modificar de manera ficticia a fin de que se amolde a la conveniencia de la apologética social. En este importante sentido de un “*übergreifendes Moment*” dialécticamente predominante, la *estructura de mando* sustantivamente siempre jerárquica –si bien históricamente cambiante en su forma– del capital es la obligada *consecuencia* de la incorregible determinación del sistema del capital, como un sistema de *relaciones de poder antagonísticas*, en el cual el poder de control está totalmente divorciado de los productores a los que les es implacablemente impuesto. Las variedades realmente existentes de jerarquía discriminatoria no son la “causa original” del funcionamiento del sistema de capital como el ejercicio de relaciones de poder antagonísticas en forma de la subordinación autoritaria de la producción al control alienado (que constituye la determinación *transhistórica* de todas las metamorfosis concebibles del control metabólico social sobre la base material del capital, independientemente de todo cuanto se diga acerca de “democracia”). Porque si la estructura de mando inicua específica fuese la causa de los antagonismos estructurales, eso en principio se podría reformar mediante una consciente modificación de la estructura de mando establecida misma, mientras se permanece dentro del marco reproductivo general. Así, no podría existir un violentamiento más absurdo de la lógica que la inversión de las relaciones causales realmente existentes, a fin de poder imaginar que el sistema está en capacidad de introducir todas las mejoras deseables en su “macrocosmo”, sobre la inalterable premisa de mantener las relaciones de poder materiales de la *subordinación estructural* del trabajo al capital como necesariamente impuestas a través de la estructura de mando inevitablemente jerárquica (y por lo tanto absolutamente irreformable en todo sentido significativo) del sistema. Pero esto es precisamente lo que encontramos en todas las pretensiones de una igualdad ya bien establecida, o a punto de ser instituida –incluyendo la apelación ritualista a la noción de “igualdad de oportunidades”– postulada por los defensores del capital en sus idealizaciones de la “sociedad industrial moderna” y la “sociedad de mercado” socialmente preocupada.

Por igual motivo, concebir la articulación y el funcionamiento interno sostenible de los “microcosmos” del sistema del capital sobre

las bases de la igualdad sustantiva no resulta menos problemático. Porque hacerlo requeriría, o bien suponer la existencia de un “macrocosmo” abarcante totalmente diferente –armonioso– o bien postular la misteriosa transformación de las hipostatizadas “*microestructuras*” verdaderamente *igualitarias* en una *totalidad antagonística*. En verdad, esto último traería consigo la complicación adicional de tener que explicar cómo es posible asegurar la reproducción *simultánea* de la totalidad antagonística y sus partes constituyentes libres de antagonismo. Las parejas aisladas podrían estar (y sin duda lo están) en capacidad de ordenar sus relaciones personales sobre una base verdaderamente igualitaria. Existen incluso en la sociedad contemporánea enclaves utopistas de grupos de personas en interacción comunal que pueden pretender estar involucrados en relaciones interpersonales humanamente satisfactorias y no jerárquicas, y en una manera de criar a sus niños en formas muy distintas de las de la familia nuclear y sus variantes. Pero no hay ningún tipo de relaciones personales que pueda convertirse en históricamente dominante dentro del marco del control metabólico social del capital. Porque es bajo las circunstancias prevalecientes del “*übergreifendes Moment*” que los “microcosmos” reproductivos deben ser capaces de ensamblarse en una totalidad abarcante que no es concebible que opere sobre la base de una igualdad sustantiva. Los “microcosmos” reproductivos más pequeños deben rendir sin falta su parte en el ejercicio de las funciones metabólicas sociales generales que incluyen no sólo la reproducción biológica de la especie y la transmisión de la propiedad de una generación a la otra de manera ordenada. No es menos importante en ese respecto su papel clave en la reproducción del *sistema de valores* del orden social establecido que resulta ser –y no puede evitar serlo– *totalmente contrario* al principio de la igualdad sustantiva. Al concentrarse en el aspecto de la transmisión de la propiedad de la familia y el sistema legal ligado a él, el propio Engels tiende a pintar un cuadro de la familia proletaria altamente idealizado, y descubre en ella una igualdad inexistente. Escribe que

El amor sexual en la relación con una mujer se convierte, y no puede más que convertirse, en la verdadera norma entre las clases oprimidas, lo cual significa hoy entre el proletariado el que esa relación tenga sanción oficial o no. Pero aquí todos los fundamentos de la monogamia típica quedan anulados. Aquí no existe la propiedad, para cuya preservación y herencia fueron establecidas la monogamia y la supremacía masculina; en consecuencia, no hay aquí ningún incentivo para hacer efectiva esa supremacía masculina. Lo que es más, no hay manera de hacerlo. La ley burguesa, que protege esa supremacía, existe sólo para la clase poseedora y sus tratos con los proletarios. La ley cuesta dinero y, debido a la pobreza del trabajador, no tiene validez para su relación con su esposa. Aquí deciden otras condiciones muy personales y sociales. Y ahora que la industria a gran escala ha sacado a la mujer de la casa al mercado del

trabajo y a la fábrica y la ha convertido en el sostén de la familia, ya no queda base alguna para ningún tipo de supremacía masculina en la familia proletaria, excepto, tal vez, para algo de esa brutalidad para con la mujer que se ha propagado desde la introducción de la monogamia. La familia proletaria ya no sigue siendo, por lo tanto, monogámica en sentido estricto, incluso donde se da un amor apasionado y la más firme fidelidad por ambas partes, y quizás todas las bendiciones de la autoridad religiosa y civil. Aquí, por lo tanto, los eternos acompañantes de la monogamia, el concubinato y el adulterio, desempeñan tan sólo un papel casi inexistente. De hecho la esposa ha reconquistado el derecho a disolver el matrimonio, y si las dos personas no pueden llevárselas bien prefieren separarse. En resumen, el matrimonio proletario es monogámico en el sentido etimológico de la palabra, pero no lo es para nada en su sentido histórico.²⁴⁸

El problema está en que varias de las características que aquí le atribuye Engels a la familia proletaria podían hacerse extensivas a tipos de familia de otras clases sociales, como en efecto lo fueron en el transcurso del siglo XX, sin que por ello quedara eliminado el carácter extremadamente problemático de la propia familia nuclear constituida bajo el dominio del capital. Más aún, la familia proletaria se encuentra muy lejos de representar el ideal de las relaciones igualitarias, sea entre los padres o con respecto a la crianza y orientación de los valores de los niños. Después de la Segunda Guerra Mundial los intelectuales alemanes expatriados en los Estados Unidos trataron de mostrar su gratitud hacia el país huésped explicando “*La personalidad autoritaria*” (y el auge de Hitler) en términos de la actitud servil de la familia tradicional alemana para con la autoridad política. El problema real del autoritarismo era, en verdad, mucho más intrincado que eso, y en consecuencia mucho menos felizmente solucionable mediante la adopción de patrones familiares anglosajones más o menos explícitamente idealizados. Porque todo el asunto debería haber sido puesto en relación con la actitud incondicional de los individuos criados en los tipos de familia establecidos ante la autoridad del *capital*, y no nada más a una de las formas de control políticas específicas del capital.

El aspecto de la familia más importante para el mantenimiento del dominio del capital sobre la sociedad es la perpetuación –y *concienciación*– del *sistema de valores* profundamente inicuo que de ninguna manera permite que se desafíe la autoridad del capital en la determinación de cuál sería el curso de acción considerado aceptable por los individuos, si ellos quieren ser calificados como individuos *normales*, y no descalificados por su “comportamiento desviado”. Por eso encontramos por todos lados el síndrome del servilismo concienciado del “*yo conozco mi lugar en la sociedad*”, en los países anglosajones no menos que en Alemania o en

248 Engels, *The Origin of the Family*, p.135.

la antigua Unión Soviética, y por lo general en las familias proletarias no menos que en sus contrapartes burguesas y pequeñoburguesas. Tener una familia tipo que haga posible para la generación más joven pensar en su futuro papel en la vida en términos de un sistema de valores alternativo –genuinamente igualitario– y, por ende, cultivar el espíritu de rebeldía potencial hacia las formas de subordinación existentes, constituiría una absoluta atrocidad desde el punto de vista del capital.

Así, dadas las condiciones de jerarquía y dominación establecidas, la causa histórica de la emancipación de la mujer no puede ser defendida exitosamente sin sostener la demanda de la *igualdad sustantiva* en reto directo a la autoridad del capital, que prevalece no sólo en el omniabarcante “macrocosmo” de la sociedad sino igualmente en los “microcosmos” constitutivos de la familia nuclear. Porque esta última no puede evitar ser autoritaria hasta la médula, a causa de las funciones reproductivas sociales que les son asignadas dentro de un sistema de control metabólico social dominado por el capital, que determina la orientación de los individuos particulares a través de su sistema de valores que no admite excepciones. El autoritarismo en cuestión no es simplemente cuestión de relaciones personales más o menos jerárquicas entre los miembros de las familias particulares. Más que eso, atañe al imperativo absoluto de rendir lo que se espera de la familia tipo evolucionada históricamente, forzada por la obligada subordinación estructural de los “microcosmos” reproductivos específicos a los requerimientos tiránicos del proceso de reproducción general. La igualdad sustantiva dentro de la familia sería factible sólo si ella pudiese repercutir a todo lo largo de la totalidad del “macrocosmo” social existente, lo cual obviamente no puede. Esta es la razón fundamental por la que el tipo de familia dominante debe ser estructurado de manera que resulte ser convenientemente autoritaria y jerárquica. Si no logra amoldarse a los imperativos estructurales generales del modo de control establecido –afirmando exitosamente en los ubicuos “microcosmos” de la sociedad la validez y el poder autorrealizador de los intercambios humanos basados en la igualdad sustantiva– la familia contravendría directamente tanto el *ethos* como los requerimientos efectivos materiales/humanos de asegurar la estabilidad del sistema jerárquico de producción y reproducción social del capital, minando así sus condiciones de supervivencia.

Se pueden apreciar las implicaciones de largo alcance del desafío directo a la autoridad del capital por la causa de la emancipación de la mujer si se tiene en mente que no es concebible que el sistema de valores establecido pueda prevalecer bajo las condiciones del presente, y menos aún que pueda ser transmitido a –y concienciado por– las sucesivas ge-

neraciones de individuos, sin el involucramiento más activo de la familia nuclear que funciona de manera jerárquica, articulada en sintonía total con el principio estructurador antagonístico del sistema del capital. De hecho la familia está a la vez atrapada en, y ocupa una posición clave en relación con, las demás instituciones al servicio de la reproducción del sistema de valores dominante, incluidas las iglesias y las instituciones educacionales formales de la sociedad. Tanto así, de hecho, que cuando existen dificultades y perturbaciones de peso en el proceso productivo en su conjunto, manifestadas de manera dramática también al nivel del sistema de valores *general* –como, por ejemplo, la onda criminal en constante aumento en la sociedad contemporánea– los voceros del capital en la política y en los negocios tratan de descargar el peso de la responsabilidad por los crecientes fracasos y “disfunciones” en la familia, predicando desde todos los púlpitos disponibles la necesidad de regresar a los “valores familiares tradicionales” y a los “valores básicos”. A veces intentan incluso poner en un altar esa necesidad en forma legislativa –más bien quijotesca– tratando de hacer responsables a los padres (en forma de sanciones financieras) por la “conducta antisocial” de sus hijos. Otro ejemplo característico más de cómo tratar de resolver los problemas manipulando los efectos y las consecuencias, dada la incorregible incapacidad de abordar las causas subyacentes).

Todo esto es indicativo de una profunda crisis que afecta a la totalidad del proceso de reproducción del sistema de valores del capital y presagia conflictos y confrontaciones de los cuales la lucha por la liberación de la mujer –con su irreprimible demanda de igualdad significativa– es un constituyente de crucial importancia. Y puesto que el modo de operación del capital en todos los terrenos y a todos los niveles de la interrelación societal es totalmente incompatible con la necesaria afirmación práctica de la igualdad sustantiva, la causa de la emancipación de la mujer está destinada a permanecer como *no integrable* y definitivamente irresistible, no importa cuántas derrotas temporales tengan que sufrir todavía quienes luchan por ella.

5.3.2

El ingreso masivo de la mujer en la fuerza laboral en el curso del siglo XX, hasta el grado altamente significativo de constituir ya su mayoría en los países capitalistamente avanzados, no trajo consigo en modo alguno la emancipación de la mujer. En cambio, tendió a generalizar la imposición sobre la fuerza laboral en su conjunto de salarios más bajos que la mujer tendría siempre que soportar; al igual que la “concesión” legis-

lativa a la mujer ante la demanda de tratamiento igual con respecto a la edad de retiro tuvo como resultado que se elevara a la norma masculina de los 65 años, y no de que se redujera el tiempo de retiro de los hombres a 60, como se acostumbraba en el caso de las mujeres en el pasado. En relación con las recientes tendencias del desarrollo se ha argumentado enérgicamente que

En los países que integran la OCDE los trabajos de bajo salario los realizan las mujeres, las minorías y los inmigrantes. Objetiva e intencionalmente, esta situación está *rebajando el nivel de salario general* de todas esas economías. Y el crecimiento de la mujer en la fuerza de trabajo ha marchado paralelamente con el crecimiento del trabajo de servicio en la economía. Entre el 60-85 % de las mujeres empleadas en los estados de la OCEE están en los servicios. A medida que la inflación aumentaba y los salarios reales comenzaban a caer, se necesitaron dos fuentes de ingreso para mantener a la familia, y el crecimiento del crédito permitió que el consumo superara al ingreso en casi el 20 %. En los Estados Unidos el porcentaje de mujeres en la fuerza de trabajo saltó del 36,5 % en 1960 al 54 % en 1985, siendo el crecimiento mayor entre las mujeres casadas entre los 25 y 34 años, cuya participación se elevó del 28 % al 65 %. En más del 50 % de las familias con niños ambos padres trabajan, incluyendo casi la mitad de las mujeres con niños menores de 6 años. La diferencia entre los salarios de hombres y mujeres bajó después de 1978, pero el origen del cambio estuvo en la *caída de los salarios de los trabajadores varones*. Con todo y haber más de una fuente de ingreso, *el poder adquisitivo familiar cayó en los años 80*, y en 1986 estaba por debajo del de 1979, y continuó cayendo en 1987. Las nuevas fábricas de alta tecnología e industrias de servicio en Europa también pasaron a una mayor utilización de trabajadores a destajo, inmigrantes y mujeres. Esta tendencia pasó a ser su recurso para reestructurar la economía e incrementar el empleo.²⁴⁹

Así, hasta los logros relativos del pasado –que la expansión dinámica del sistema del capital en la época de su ascensión histórica hizo

249 Joyce Kolko, *Restructuring the World Economy*, Pantheon Books, Nueva York, 1988, p.315.

Otro estudio reciente señalaba “a lo largo de los últimos veinte años, muchas corporaciones estadounidenses trasladaron sus fábricas al extranjero. La creación de esta ‘línea de montaje global’ se convirtió en un componente crucial de la estrategia de reducción de costos corporativa. En sus nuevos emplazamientos, esas compañías contrataban trabajadoras a salarios mínimos, tanto en el Tercer Mundo como en países como Irlanda. Con todo y lo mal pagados que eran esos empleos, resultaban atractivos para los miles de mujeres que se estaban mudando desde las aldeas rurales empobrecidas a las ciudades en busca de una vida mejor para sus familias. Pero en los Estados Unidos, millones de trabajadores perdieron sus empleos como resultado de la fuga de capitales o por la reducción del tamaño de las corporaciones. Cuando los trabajadores pierden sus trabajos porque sus plantas o empresas cierran o se mudan, o sus colocaciones o sus turnos resultan eliminados, eso se llama *desplazamiento* de trabajadores. Más de 5 millones de trabajadores fueron desplazados entre 1979 y 1983, y otros 4 millones entre 1985 y 1989. En ambos períodos, las mujeres fueron un poco menos propensas a perder sus empleos que los hombres del mismo grupo racial-étnico. ... El resultado general fue que aunque las mujeres perdían empleos ante la fuga de capitales y la reducción de las corporaciones, lo hacían a una velocidad menor que la de los hombres. De hecho, la cuota de empleos fabriles para las mujeres aumentó entre 1979 y 1990. Las mujeres, en otras palabras, reclamaron una *porción cada vez mayor de una torta cada vez menor*”. (Teresa Amott, *Caught in the Crisis: Women and U.S. Economy Today*, Monthly Review Press, Nueva York, 1993, pp.58-60).

posible— deben ser echados atrás, en grado no menospreciable, cuando el proceso de acumulación se tropieza con dificultades de peso. Inevitablemente, entonces, también el mejoramiento de la condición de la mujer que se esperaba al principio se torna irrealizable dentro de los márgenes del orden establecido con la contracción del margen de maniobra del capital. Que la divisibilidad dentro del movimiento de la mujer mismo se haga más pronunciada bajo estas condiciones, comparada con las de los años 60 y 70 resulta bien comprensible. Porque debido a la contracción de los márgenes, mucho depende de si las propugnadas estrategias de cómo asegurar el avance de la emancipación de la mujer están dispuestas a cuestionar los *límites estructurales* fijados por los parámetros del sistema en sí. En otras palabras, se hace necesario afrontar la interrogante de *qué tipo de igualdad* es factible para los individuos en general y para la mujer en particular sobre la base material de un orden de reproducción metabólico social controlado por el capital, a diferencia de debatir cómo habría que redistribuir los recursos disponibles dentro de los márgenes en contracción del capital bajo las circunstancias presentes. Porque por lo general los límites estructurales de cualquier sistema reproductivo social determinan también sus principios y su modo de distribución.

Como Baran y Sweezy lo enfatizaron, “El igualitarismo de la ideología capitalista constituye uno de sus puntos fuertes, y no debe ser descartado a la ligera. A la gente se le enseña desde la primera infancia y por todos los medios concebibles que todo el mundo tiene *la misma oportunidad*, y que las desigualdades que les saltan a la vista son resultado no de instituciones injustas sino de sus dotes naturales superiores o inferiores”.²⁵⁰ De acuerdo con esto, resguardar la flagrante desigualdad y los privilegios en la educación, por ejemplo, “debe buscarse de manera indirecta, proveyendo con largueza a la parte del sistema educacional que sirve a la oligarquía, mientras financieramente se mata de hambre a la parte que le sirve a la clase media baja y a los trabajadores. Esto asegura la desigualdad de la educación tan vitalmente necesaria para apuntalar la desigualdad general que constituye el corazón y el alma de todo el sistema”.²⁵¹ De esta manera es posible mantener el mito de la igualdad —al menos en forma de la proclamada “igualdad de oportunidades”— y perpetuar en el orden realmente existente bajo el dominio del capital a su contrario absoluto.

Aunque ha habido un cambio significativo en la racionalización ideológica del orden establecido en el curso de su plena articulación y consolidación, que al final trajo consigo la cínica práctica de aparentar

250 Baran y Sweezy, *Monopoly Capital*, p.171.

251 *Ibid.*

estar de acuerdo pero sin hacer nada práctico con los ideales proclamados originalmente de “libertad e igualdad” –y al de “fraternidad” ni siquiera eso– a la actitud contradictoria para con el principio de igualdad se le puede seguir la pista hasta muy atrás en la historia. Como uno de los más grandes filósofos de la Ilustración burguesa, Kant, lo reconoció sin necesidad de ningún camuflaje cínico:

La *igualdad general* de los hombres como sujetos dentro de un estado coexiste sin mucha dificultad con *la mayor de las desigualdades* en cuanto a las posesiones de que ellos disponen... De aquí que la igualdad general de los hombres también coexiste con *la gran desigualdad de derechos específicos*, de los cuales puede haber muchos. Se desprende así que la riqueza de un hombre puede depender en gran medida de la voluntad de otro hombre, igual que el pobre depende del rico y que aquél que es *dependiente* debe *obedecer* al otro como un *niño* obedece a sus padres y la *esposa* al esposo, o, de nuevo, al igual que un hombre tiene mando sobre otro, como un hombre sirve y otro le paga, etc. Sin embargo, todos los sujetos son iguales entre sí antela ley que, como un pronunciamiento de la voluntad general, sólo puede ser una. Esa ley se refiere a la *forma* y no a la *materia* del objeto respecto al cual yo puedo poseer un derecho. Porque ningún hombre puede obligar a otro [bajo un gobierno constitucional] si no es a través de una ley hecha del conocimiento público y a través de su ejecutor, el jefe del estado, y por esa misma ley todo hombre puede negarse en igual medida a obedecer. ... En otras palabras, nadie puede hacer un acuerdo u otra transacción legal a efectos de no tener derechos sino solamente deberes. Mediante un contrato de esa índole se privaría a sí mismo del *derecho a hacer un contrato*, y por consiguiente el contrato se anularía a sí mismo.²⁵²

Estas palabras fueron escritas después de la Revolución Francesa, en 1793, y reflejan en el enfoque general de Kant el escabullimiento de la burguesía de las implicaciones revolucionarias de su credo original. Los derechos tenían que ser definidos en términos estrictamente *formales*, absolutizando el “derecho a hacer un contrato”, y convirtiendo en igualmente absoluta una consideración muy distante de ser puramente formal: la aceptación del orden estatal establecido, argumentando que “toda instigación a la rebelión es el peor y más castigable de los crímenes en una comunidad. La prohibición de la rebelión es absoluta”.²⁵³ De la misma manera, el inicuo orden de dominación y dependencia tenía que ser absolutizado en sustancia (o “materia”), a pesar de todo lo que se diga en cuanto a limitar el discurso a la “igualdad formal”. Los privilegios feudales tenían que ser rechazados en nombre de la misma “sociedad de libre contrato” de la burguesía –en una época anterior a que la inexorable tendencia hacia la concentración y centralización del capital se volviera innegable para los

252 Kant, “Theory and Practice Concerning the Common Saying: This May Be True in Theory But Does Not Apply to Practice”, in *The Philosophy of Kant: Immanuel Kant's Moral and Political Writings*, ed. por Carl J. Friedrich, The Modern Library, Random House, Nueva York, 1949, pp.417-18.

253 *Ibid.*, p.423.

entusiastas defensores del sistema— sobre la base de que los descendientes de los grandes propietarios de la tierra “seguirían siendo siempre grandes propietarios de la tierra bajo el feudalismo, sin que hubiese ninguna posibilidad de que las propiedades fuesen a ser *vendidas o divididas mediante herencia*, y convertidas así en útiles para mayor cantidad de personas”.²⁵⁴ Al mismo tiempo, los privilegios sustantivos de la dominación explotadora que acompañaban a la propiedad privada adquirida y aumentada “contratualmente” tenían que ser defendidos incondicionalmente, idealizándolos gracias al cambio del argumento, del campo de la *sustancia material* al de las *relaciones políticas formales*, justificando las más inicuas relaciones de poder reales mediante la postulación de que en el campo político “los artesanos y los pequeños propietarios son *todos iguales*” en virtud del hecho de que “cada quien tiene el derecho a un solo voto”.²⁵⁵

Dentro de tal marco de racionalización y legitimación ideológica del orden burgués —en el cual las *mujeres*, al igual que los *niños*, no podían calificar como ciudadanos y para el derecho al voto, sobre la base de que “no son sus propios señores”²⁵⁶ — todo tenía que quedar definido de manera tendenciosa. El hilo conductor de las definiciones era ajustarse a los requerimientos de un sistema operado sobre la base de la “igualdad” reducida al *derecho a vender* de cada quien (por medio de un “contrato libre”) su “*propiedad*, bajo la cual podemos incluir todo arte, destreza o ciencia”.²⁵⁷ Como Rousseau antes que él, Kant estaba

254 *Ibid.*, p.421.

255 *Ibid.*, p.420.

En el sistema del capital realmente existente el papel del voto parlamentario cambia de acuerdo con las circunstancias históricas cambiantes. A pesar de las ilusiones originales de la Ilustración puestas en el poder positivo irresistible de “una persona, un voto”, ha habido (y todavía hay) muchas maneras de privar de sus derechos a las masas del pueblo trabajador, sin quitarles el derecho al voto, que una vez se les concedió. En todo caso, es posible también manipular el sistema de votación cuando los apremios materiales del modo de reproducción metabólica social establecido así lo exijan. Característicamente, el “principio constitucional democrático” establecido desde hace mucho de “una persona, un voto” ya está siendo desafiado, de diferentes maneras en diferentes países, bajo la creciente presión que sube de la base material del capital. Así, por ejemplo:

Lee Kuan Yew, el decano de los estadistas de Singapur, está haciendo campaña para enmendar el principio de una persona, un voto, y darles más poder en las urnas a los progenitores. En el plan del antiguo Primer Ministro, las personas entre 35 y 60 años casadas y con hijos tendrían un voto adicional. Él dijo que la idea era darles más voz en las votaciones a quienes tienen mayores responsabilidades. ... En su opinión, el radical cambio podría ser necesario en 15 o 20 años porque la población de Singapur está envejeciendo, y podría dar origen a un enorme ejército de ancianos que podrían caer en la tentación de presionar al gobierno para obtener *protección social*. Para el 2030 una cuarta parte de la población estará por sobre los 60 años, comparado con el 10 % actual. Hoy cada ocho personas que trabajan mantienen a un anciano, y para ese entonces la relación sería de 2.2. a 1.

Kenneth Whitting, “Lee wants extra vote for parents”, *The Times*, 28 de julio de 1994, p.14.

256 Kant, *Ibid.*

257 *Ibid.*

convencido de que el orden socioeconómico justo era aquel en el cual “todos tienen algo y nadie tiene demasiado”;²⁵⁸ de allí su aprobación de la venta o la división mediante herencia de las grandes propiedades de la tierra. Pero puesto que el “algo” que vender para la inmensa mayoría de la gente era solamente su fuerza de trabajo, en contra del poder explotador y represivo derivado de las vastas cantidades de riqueza poseídas por unos pocos, a esta contradicción había que darle cara de alguna manera. Kant y sus almas gemelas ideológicas la “resolvieron” separando radicalmente “la *forma* de la ley” de su “*materia*”, a fin de poder mantener en nombre de la *racionalidad a priori* que la “igualdad general de los hombres” *de jure* (es decir, como cosa de incontestable derecho y justicia) puede “coexistir sin mucha dificultad con la mayor de las desigualdades en cuanto a las posesiones de que ellos disponen”. De acuerdo con esta óptica altamente tendenciosa, entonces, cualquiera (y peor si era mujer) que pudiera atreverse a plantear la cuestión de la igualdad con referencia a las diferencias existentes en riqueza material y el correspondiente poder se habría autoproscribió automáticamente del dominio del discurso racional. Y esto no era todo. Porque los intereses ideológicos hechos valer por Kant y quienes le seguían los pasos a través de la explícita separación dualista entre la forma de la ley y su materia se vieron reforzados ulteriormente por otro dualismo –proclamado, de nuevo, en nombre de una racionalidad *a priori*– al oponer abiertamente a la ley en sí contra las aspiraciones humanas a la felicidad, insistiendo en que todo esto es “deseado así por una *pura razón legislativa a priori* que no guarda ningún respeto por esos propósitos empíricos comprendidos bajo el nombre general de *felicidad*”.²⁵⁹

Así –bajo la amenaza de expulsión del dominio de la razón– la “igualdad” y la “justicia” tuvieron que ser divorciadas de la sustancia (“materia”) y la felicidad, en conformidad con los requerimientos de la legalidad burguesa al servicio de las relaciones de poder materiales del sistema del capital, eliminando así la posibilidad de pretender una justificación racional para las penurias de la gente ubicada en el lado de los débiles en la jerarquía estructural existente. Hegel, quien criticó a Kant en muchos aspectos, tampoco dudó en relegar a la esfera inferior

258 Rousseau, *The Social Contract*, Everyman Edition, p.19. Pero en la misma frase Rousseau también aseveraba –por supuesto, antes de la Revolución Francesa– con feroz radicalismo que bajo el orden existente “la igualdad sólo es aparente e ilusoria; tan sólo sirve para mantener al pobre en su pobreza, y al rico en la posición que ha usurpado”. Por el contrario, como hemos visto, Kant pone al pobre a “depender del rico”, sin preguntar como se dio esa dependencia y como podría ser abolida. Que en realidad sea el pobre el que produzca la riqueza del rico, y por consiguiente la dependencia en cuestión está retratada al revés, no puede contar para nada ni siquiera en las justificaciones filosóficas más concientizadas del universo burgués.

259 Kant, *Ibid.*, p.416.

del mero entendimiento (Verstand) a todos los que trataban de plantear la cuestión de la igualdad en términos sustantivos, excluyéndolos con desdén del dominio de la razón (Vernunft), como hemos visto antes. En general, la tradición filosófica burguesa sólo podía considerar aquellas reformas y mejoras que podían ser acomodadas dentro de los confines del formalismo legal prejuiciado a través del orden dominante.

Característicamente, las mismas consideraciones de vacua legalidad que regulaban la “igualdad contractual” del trabajo les fueron aplicadas también a las penurias de la mujer. Como lo destacó Engels:

Nuestros juristas, claro está, encuentran que el progreso en la legislación está dejando a la mujer sin mayor base para la reclamación. Los sistemas legales civilizados modernos reconocen cada vez más, primero, que para que un matrimonio sea legal debe constituir un contrato en el que ambos cónyuges participen libremente, y segundo, que ya en situación de casados también ambos partícipes deben estar asentados sobre una plataforma común de iguales deberes y derechos. Si estas dos demandas son cumplidas a cabalidad, dicen los juristas, las mujeres no tienen nada más que pedir. Este método típicamente legalista de argumentación es exactamente el mismo que emplea la burguesía republicana radical para poner al proletario en su sitio. El contrato laboral debe ser concertado libremente por ambos participantes. Pero se le ha de considerar de libre concertación luego de que la ley convierta a ambas partes en *iguales en el papel*. El poder conferido a una de las partes por la diferencia de posición de clase, la presión que con ello se hace recaer sobre la otra parte –la real posición económica de ambos– eso no le interesa a la ley. Luego, en cuanto a la duración del contrato laboral, ambas partes tendrán iguales derechos en tanto que uno de los dos no renuncie expresamente a ellos. Que las relaciones económicas obliguen al trabajador a renunciar hasta a la última apariencia de iguales derechos –aquí, de nuevo, eso no le incumbe a la ley.²⁶⁰

De esa manera, ante la determinación estipulativa de los términos en que era posible buscar remedios dentro de los confines del profundamente inicuo sistema establecido, la lucha por la emancipación en cualquier terreno tenía que frustrarse. En verdad, en los siglos XIX y XX se pudo efectuar realmente avances en la cuestión de la emancipación de la mujer, en comparación con los tiempos de Kant, en la medida en que pudieron ser acomodados dentro de los bien marcados límites de las concesiones puramente formales/legales, como la muy celebrada victoria de las Sufragistas, o la eliminación de alguna legislación discriminatoria contra la mujer. Sin embargo, tales cambios no afectaron significativamente las relaciones de poder de la desigualdad estructural, al igual que la elección de los gobiernos socialdemócratas y laboristas no emancipó en lo más mínimo al trabajo del dominio del capital.

260 Engels, *Ibid.*, pp.135-36.

5.3.3

En la solución de Kant del problema de cómo regular la posición de la mujer en la sociedad se daba de hecho no sólo la declaración abierta (y hasta honesta) del patriarcado autosuficiente, sino además una consistencia desvirtuada. Kant le negaba el status de igualdad a la mujer no a causa de una aversión personal malsana hacia la mujer. En el esquema de las cosas kantiano había que asignarles una posición subordinada porque no era posible concebir que las demandas de genuina emancipación de la mujer fuesen satisfechas a través de concesiones formales legalistas. Para tener algún significado, las concesiones adoptadas y los cambios consiguientes tenían que ser sustantivos. Sin embargo, la estructura de mando del capital siempre fue –y lo continúa siendo eternamente– del todo incompatible con la idea de concederle igualdad sustantiva en la toma de decisiones a nadie, incluso a las “personificaciones del capital”, que deben operar estrictamente bajo sus dictados materiales. En este sentido, tengan o no derecho a votar las mujeres, ellas deben ser excluidas del poder de tomar decisiones real debido a su papel crucial en la reproducción de la familia, que debe ser puesto a la orden de los imperativos absolutos y los dictados autoritarios del capital. Así deben ser las cosas, porque a su vez la familia ocupa una posición vitalmente importante en la reproducción del sistema del capital en sí y constituye su irremplazable “microcosmo” reproductivo y consumidor. De igual manera no era concebible que el trabajo pudiese adquirir la igualdad sustantiva, aun si los miembros laboristas o socialdemócratas del parlamento hubiesen aprendido a mantenerse parados de cabeza para siempre –hacia lo cual han logrado realizar grandes progresos; lástima que en ninguna otra cosa– por razón de la absoluta necesidad de mantener al trabajo en permanente subordinación estructural al capital como el “Señor” en el sentido kantiano) del orden metabólico social establecido. Porque, como lo plantea Kant con una consistencia interesada, mas no obstante desvirtuadamente sostenible:

el pueblo no posee criterio jurídico de cómo debería ser administrada la constitución. Porque si se supone que el pueblo posee ese poder de control y lo ha ejercido en contra del que detenta el *verdadero* jefe del estado, ¿a quién le toca decidir cuál de los dos tiene la razón? Ninguno de los dos puede hacerlo, siendo juez de su propia causa. Por lo tanto, tendría que ser una autoridad por sobre la del jefe del estado la que decida entre el pueblo y el jefe del estado, lo que resulta contradictorio.²⁶¹

Compartir una posición de igualdad con el capital, mientras se mantiene la necesaria subordinación del trabajo en los procesos reproductivos socioeconómicos constituye una obvia incongruencia de térmi-

261 Kant, *Ibid.*, pp.423-24.

nos. Para resolverla en la realidad, y no en una ficción legal/política, se necesitaría una manera radicalmente diferente de organizar y controlar el proceso metabólico social. Pero entonces, claro está, toda la cuestión de la “igualdad con el capital” –o “igualdad de participación entre gobierno, empresariado y trabajo” en las pretensiones mistificadoras de los gobiernos socialdemócratas y de sus dudosos asociados– se convertiría en una preocupación totalmente redundante.

Naturalmente, Kant no podía imaginar un orden socioeconómico alternativo, organizado y controlado sobre la base de tareas compartidas cooperativamente, en el espíritu de la igualdad sustantiva, aunque él fuese contemporáneo de François Babeuf: un revolucionario decapitado en 1797 precisamente por defender esa causa. Para Kant el axioma tenía que ser: “el Señor manda y los sujetos obedecen”, consistentemente en todas las formaciones que la “sociabilidad asocial”²⁶² de la humanidad hiciese posible, desde la familia hasta el estado político omniabarcante. En su visión de lo que podría ser considerado una toma de decisiones viable, todo tenía que ajustarse a un riguroso patrón jerárquico, con alguien claramente identificable en su cima. En economía –donde “un hombre tiene mando sobre otro”– el que tomaba las decisiones tenía que ser el dueño de una propiedad privada dada, grande o pequeña; en la familia, el Señor varón de la familia; y en el estado constitucional, el jefe del estado totalmente indesafiante. Sin importar lo cuestionable que pudiese ser sobre *bases* sustantivas, esta manera de tratar el problema era mucho más consistente que los posteriores esfuerzos de los “utilitaristas”, que se agotaban en pronunciamientos vacíos y a menudo cruelmente ofensivos para con las masas del pueblo –como el presuntuoso “principio” de la felicidad de John Stuart Mill según el cual “más vale un Sócrates insatisfecho que un cerdo satisfecho”, sobre cuya base trataba de justificar (contradiciendo directamente a Kant) la propuesta asignación del voto múltiple a la gente intelectualmente superior; o las “teorías” machistas y aristocráticas/racistas de Edgeworth acerca de la distribución de “bienes y felicidad” más inicua, pero en su opinión justa y apropiada, como ya vimos en la Sección 3.2.1.

Kant pensaba que el principio de “igualdad ante la ley” –con la cual él quería significar la abolición de los privilegios feudales fijados políticamente, que resultaba ser una proposición verdaderamente radical para su época– resolvería los problemas todavía en pie. Más aún, era lo suficientemente honesto como para admitir que la regulación burguesa de las relaciones de propiedad que él suscribía “podía causar una *des-*

262 Kant, “Idea for a Universal History with Cosmopolitan Intent”, en el volumen citado en la nota 252, p.120.

igualdad de riqueza considerable entre los miembros de la comunidad”.²⁶³ Encontró su vía de escape de esa dificultad, por una parte gracias a una creencia incondicional en el poder benevolente del mercado (que compartía a plenitud con Adam Smith, de quien ciertamente la tomó prestada); y por otra consignando las consideraciones de felicidad a un ámbito aparte, con el argumento de que “las cosas materiales no atañen a la *personalidad* y se pueden *adquirir* como propiedad y luego *salir de ellas* de igual modo”,²⁶⁴ a diferencia de la propiedad de la tierra inextricablemente atada a sus propietarios por los privilegios feudales declarados. De esta manera, al divorciar la forma de la ley de su contenido y, en la misma línea de enfoque, al consignar la preocupación por la felicidad a un ámbito aparte, en opinión suya justificablemente fuera del alcance de la razón legislativa, Kant aportó también el modelo de la fundamentación de la “igualdad” en una “justicia” formal/legal por demás imaginaria y anulable en lo material.

Las posteriores racionalizaciones del orden metabólico del capital –especialmente en el siglo XX– perdieron incluso las relativas justificaciones de las ilusiones kantianas, que en el siglo XVIII podían ser mantenidas en vista del carácter escasamente desarrollado del sistema del capital. Con el paso del tiempo, sin embargo, el mercado fracasó por completo en el cumplimiento de las esperanzas que pusieron en él Adam Smith y Kant, quienes lo visualizaron como el agente benevolente que actuaba en dirección a un orden social más justo y equitativo a largo plazo, a través de la tendencia potencialmente (pero a fin de cuentas no realmente) igualadora de la “vendibilidad universal”. Al mismo tiempo, hasta la postulada “igualdad ante la ley” resultó ser completamente hueca, gracias a la capacidad de la gran riqueza explotadora para comprar los servicios preferenciales (incluyendo los servicios de la ley) en la práctica social real. Porque las personificaciones del capital, acumulando riqueza, pudieron cogerse la “utilidad” y la “felicidad” de la manera más inicua que se pueda imaginar. Ciertamente, con bastante frecuencia podían literalmente cometer asesinato con impunidad, gracias a su posición privilegiada institucionalmente salvaguardada. (si bien no del tipo feudal anacrónico) demostrando así con creces que se puede divorciar la forma de la ley de su materia o contenido –al servicio de una “universalización” supuestamente equitativa– tan sólo en la pura ficción legal. Así, contra este trasfondo histórico dolorosamente concluyente, defender el orden establecido en nombre de la “Norma de la Ley” idealizada, utilizando las ilusiones de la Ilustración, alguna vez mantenidas con sinceridad, en

263 Kant, “Theory and Practice...”, p.469.

264 *Ibid.*

torno a la igualdad formal para justificar las más atroces desigualdades de la existente, como si en efecto nada hubiese contrariado a esas ilusiones en el curso de los últimos dos siglos, sólo lo podían hacer los apologistas del capital más descarados. Comprensiblemente, entonces, allí donde los asuntos humanos habían marcado la pauta en el siglo XVIII, aunque fuese combinados con las ilusiones de la época, hoy hallamos desnuda hipocresía rayana en el cinismo.

Un ejemplo particularmente ilustrativo en ese respecto es el Caballero de honor de Margaret Thatcher, Friedrich von Hayek. Su modo de argumentar está caracterizado por declaraciones y suposiciones arbitrarias –por ejemplo, en cuanto a la “imparcialidad del estado”,²⁶⁵– aunadas a tautologías ganadoras del Premio Nobel. Así, se nos dice en su *bestseller* *El camino a la servidumbre* que “Fue el sometimiento del hombre a las fuerzas impersonales del mercado lo que en el pasado había *hecho posible* el crecimiento de una civilización que *sin esto no se hubiese podido desarrollar*”.²⁶⁶ De igual modo, Hayek declara que la “Norma de la Ley, en el sentido de la norma de la ley formal” constituye la única salvaguarda contra el “gobierno arbitrario”. Habiendo así *supuesto* con arbitrariedad apologética clasista la obligada relación entre “la norma de la ley *formal*” y “el gobierno no arbitrario”, y excluido por lo tanto apriorísticamente la justicia sustantiva del campo de la razón legislativa, Hayek concluye pocas líneas más adelante con una declaración igualmente arbitraria –y enteramente tautológica– de acuerdo con la cual “un ideal sustantivo de justicia distributiva debe conducir a la destrucción de la Norma de la Ley”.²⁶⁷ De la misma manera, la preconcepción ideológica a priori de Hayek produce los axiomas carentes de sostén de que “la planificación conduce a la dictadura”²⁶⁸ y que “mientras más ‘planifica’ el estado más difícil se vuelve la planificación para el individuo”.²⁶⁹ Sin embargo, más adelante en el libro él contradice su propia lamentación en torno a las dificultades de la planificación individual abrazando alegremente la idea de que “Una civilización compleja como la nuestra está basada necesariamente en el ajuste del individuo a cambios cuya causa y naturaleza él no puede entender”.²⁷⁰ De esta manera nos quedamos no sólo con una flagrante contradicción entre la idealización de la “planificación individual” bajo el capitalismo y su negación efectiva por el mercado, sino también con una grotesca noción de lo que se da por supuesto que el

265 Hayek, *The Road to Serfdom*, p.57.

266 *Ibid.*, pp.151-52.

267 *Ibid.*, p.59.

268 *Ibid.*, p.52.

269 *Ibid.*, p.57.

270 *Ibid.*, p.151.

individuo sumiso acepta como la conquista definitiva de nuestra “compleja civilización”. En verdad, se nos dice –curiosamente en nombre de la libertad– que el sometimiento incondicional de todos los individuos a la tiranía del mercado es la virtud final. Porque

a menos que esta sociedad compleja deba ser destruida, la única alternativa a las fuerzas impersonales y aparentemente irracionales del mercado, es el sometimiento al poder igualmente incontrolable y por lo tanto arbitrario de los demás hombres.²⁷¹

Evidentemente, Hayek no puede admitir la posibilidad y legitimidad de idear una alternativa al dominio del capital, al cual en su opinión todo el mundo debe someterse; y menos aún si eso significa que los individuos asuman el control de su propia actividad de vida a través de formas conscientemente organizadas –es decir, genuinamente planificadas– manejadas con base en sus propias decisiones contrarias a los dictados materiales preexistentes (y en opinión de Hayek hasta incomprensibles en principio). Lo que sigue constituyendo un perfecto misterio en el enfoque de Hayek es: ¿por qué habría que preferir su tipo de *incontrolabilidad y sometimiento* a lo que él bastante demagógicamente proyecta como la *única* alternativa? ¿Sólo porque lo que él elogia es “impersonal” y “aparentemente irracional”? Después de todo, cuando caracteriza el sistema en tales términos, todo viene presentado patas arriba. Porque el sistema del capital no es “aparentemente irracional”, sino total e irremediablemente *irracional*; y no es “impersonal” en su naturaleza real, sino sólo *aparentemente* impersonal. Es decir, resulta ser impersonal sólo a causa del *fetichismo de la mercancía* históricamente prevaleciente, que hace que un tipo de relación entre los hombres –bajo el modo de control metabólico social del capital– asuma ante sus ojos “la forma fantástica de una relación entre las cosas”, por cuanto “su propia acción social asume la forma de la acción de los objetos que rigen a los productores en lugar de ser regidos por éstos”.²⁷² El punto es que la opresión de esta “forma fantástica” a la cual se supone nos tenemos que someter para siempre puede ser desafiada en la práctica poniendo al descubierto y combatiendo las relaciones de clase de dominación y sometimiento estructural establecidas, que están en la raíz de la impersonalidad mistificadora del fetichismo de la mercancía, que Hayek está ansioso por distorsionar en sus falaces escritos apologéticos del capital. Aquí, de nuevo, el contraste con Kant no podría ser mayor. Porque el gran filósofo alemán confesaba su simpatía por “el *utopismo filosófico*, que abraza la esperanza de un estado de perpetua paz basado en una liga de las naciones como una república mundial, y el *utopismo teológico* que espera la

271 *Ibid.*, p.152.

272 Marx, *Capital*, vol. 1, pp.72 y 75.

completa regeneración moral de la raza humana entera”.²⁷³ Y Kant hizo su propia contribución con ambos, en sus reflexiones sobre la “Paz Perpetua” y sobre “La Religión dentro de los Únicos Límites de la Razón”, para rescatarlas de ser “universalmente ridiculizadas como meras ilusiones”.²⁷⁴ En la óptica de Hayek, sin embargo, tales esfuerzos deben en verdad ser condenados como vanas ilusiones, si no algo mucho peor. Porque ya vivimos en el mejor de los mundos posibles. Así, la cuestión de mejorar el orden existente, cuya “naturaleza no podemos entender” no puede surgir legítimamente. El deber de los hombres y las mujeres por igual, según Hayek, es “someterse” alegremente a los dictados de nuestra “compleja civilización”, y luchar a brazo partido contra aquellos que se niegan a aceptar la necesidad del sometimiento como la “condición humana” permanente.

5.3.4

De esta manera somos testigos de la completa degradación de un enfoque que resultaba ser muy problemático –y de hecho ya muy cuestionado– aun en la época de las ilusiones en parte perdonables de la Ilustración. Fue cuestionado no sólo por Babeuf quien creía con tanta pasión en la idea radicalmente diferente de la igualdad y la justicia que estaba dispuesto a dar la vida por ella, sino también por Diderot antes de él, que insistía en que –como ya hemos visto en la Sección 4.2.2– “si el jornalero es miserable, la nación es miserable”. Pero con todo y lo problemático de las ideas de Kant acerca de las relaciones entre la igualdad, la felicidad y “la personalidad”, él nunca trató de alegar que los beneficiarios de la desigualdad material no deberían ser considerados como privilegiados, aunque eso sí, no como *moralmente* aventajados. La descarada negación de hasta el vínculo más palpablemente innegable entre el privilegio y la desigualdad material se hizo evidente sólo dentro de un marco conceptual en el cual las relaciones reales tenían que ser presentadas a la inversa, cambiando deliberadamente la base de la argumentación en el interés de la forma más burda de propaganda antisocialista disfrazada de teoría.

Para tomar un ejemplo típico, Hayek excluye categóricamente toda consideración acerca de la “igualdad sustantiva” y la “justicia sustantiva” del dominio de la discusión legítima, y ofrece como único tipo de ley apropiada la obligación general de “conducir por la izquierda o por la derecha de la vía, siempre que todos hagamos lo mismo” –aun si sentimos que eso es injusto”.²⁷⁵ Por qué diablos cualquiera de nosotros debería sentir que este tipo de ley administrativa formal pudiese ser injusta, cuando le

273 Kant, “Religion within the Limits of Reason Alone”, en el volumen citado en la nota 252, p.382.

274 *Ibid.*

275 Hayek, *The Road to Serfdom*, p.60.

es aplicada a todos sin excepción en un terreno racionalmente indiscutido (e indiscutible), permanece como un misterio. Sin embargo, el intento apologético detrás de ello está bastante claro. En verdad, el propósito de Hayek es camuflar la *ley sustantiva represiva* promulgada y aplicada a raja-tabla como la dimensión política del dominio tiránico del capital –como si ella perteneciera a la misma categoría que las normas administrativas formales que se imponen mediante coerción pero de hecho son racionalmente indeseñadas (aun cuando algunos individuos las violan en la práctica). Porque unas líneas más adelante en la misma página, el ejemplo que se da para ilustrar la acción coercitiva legítima del estado, en contraste con lo que en opinión de Hayek habría que considerar una “inactividad” enteramente reprehensible del estado, es la intervención en contra de los “*piquetes de huelguistas*”: una acción que ningún esfuerzo ni siquiera de la imaginación más interesada pudiese incluir dentro de la categoría de normas administrativas formales indeseñadas (y legítimamente indeseñables). Así que, revelando la intención ideológica apologética clasista por detrás de este tipo de teorización, en el caso que afecta directamente al trabajo organizado la salvedad que entra en juego, gracias al acto de prestidigitación del autor, es que la coerción del estado es justa y apropiada aunque la gente afectada “la sienta injusta”.

El principal argumento de Hayek en cuanto al privilegio y la desigualdad no es de ninguna manera menos problemático. Reza así:

El conflicto entre la *justicia formal* y la *igualdad formal ante la ley*, por un lado, y los intentos de realizar varios ideales de *justicia e igualdad sustantivas*, por el otro, también explica la confusión muy propagada acerca del concepto de “privilegio” y su consiguiente abuso. Para mencionar sólo el caso más importante de este abuso: la aplicación del término privilegio a la propiedad en sí. Sería en verdad privilegio si, por ejemplo, como ha ocurrido algunas veces en el pasado, la propiedad de la tierra estuviese reservada a los miembros de la nobleza. ...Pero llamar a la propiedad privada en sí, que todos *pueden* adquirir bajo las *mismas reglas*, un privilegio, porque solamente *algunos logran* adquirirla, es privar a la palabra privilegio de su significado.²⁷⁶

Así, en el mundo en que nos ha tocado vivir el *privilegio* no existe en absoluto, solamente el “privilegio” entre comillas. Quienes sostienen lo contrario participan en la “confusión muy propagada”, que violenta el concepto de privilegio (que pertenece al pasado feudal); y peor aún, son también *ultrajadores* de la razón, sobre todo porque se atreven a cuestionar el poder discriminatorio del privilegio sustantivo/material que emana de la dominación estructural de la propiedad privada capitalista. Y la razón estipulada de por qué las innumerables personas “confundidas” y “ultrajadoras” de la razón deberían ser excluidas del discurso racional es

276 *Ibid.*

que quienes –como cuestión de las relaciones materiales existentes– quedan excluidos de la propiedad privada *pueden* adquirirla “bajo las mismas reglas”, si bien no logran hacerlo.

Naturalmente, debajo de este “argumento racional” encontramos escondida, de nuevo, la acostumbrada tautología apologética clasista de Hayek. Porque primero afirma arbitrariamente que la formulación de la interrogante acerca de la igualdad y la justicia *sustantivas* debe ser condenada como la manifestación de una “confusión muy propagada”, porque las consideraciones de la igualdad y la justicia *deben ser* confinadas estrictamente a las normas *formales*, y entonces “concluye lógicamente” que, en virtud de *las mismas normas formales* bajo las cuales la propiedad *puede* ser adquirida por cualquiera, en principio, todo es justo y apropiado en este mundo nuestro en el que no hay cabida para el privilegio, gracias a la operación ideal de las normas formales del estado (lo cual, incidentalmente, constituye también una total ficción, si bien en el presente contexto resulta de importancia secundaria). La interrogante vital, de si el “pueden” invocado por Hayek es *efectivo o completamente vacuo*²⁷⁷ bajo el sistema del capital realmente existente, debe permanecer ante sus ojos como un completo tabú. Quienes pudiesen tener la temeridad de formularla se verían expulsados del reino del discurso racional por el autor de *El camino de la servidumbre*, con la perentoria finalidad de la misma tautología axiomática que él emplea aquí contra los supuestos “ultrajadores” de la razón, de quienes se dice son culpables de “privar a la palabra privilegio de su significado”.

277 Una medición de la total vacuidad del “puede” constantemente proclamado y jamás siquiera mínimamente realizado, es el ensanchamiento de la brecha entre ricos y pobres, que se hace valer a pesar de todas las promesas del liberalismo y la socialdemocracia tradicional. Para una breve historia y crítica de esos desarrollos, de Bernstein a las idealizaciones post-Segunda Guerra Mundial del “estado benefactor”, ver el Capítulo 8 de *The Power of Ideology*.

Los datos recientes sólo subrayan la absurdidad de esperar incluso soluciones gracias a “mejoras graduales” dentro del marco del sistema del capital, cuando de hecho todo apuntaba en dirección a la desigualdad cada vez más aguda. Ni siquiera la acostumbrada falsificación de las cifras que no son políticamente bien recibidas por los gobiernos puede ocultar esta desconcertante verdad.

La brecha entre ricos y pobres se ha ensanchado [en Inglaterra] bajo el régimen conservador, con un registro de 1 de cada 3 viviendo en lo que se define como pobreza, según nuevas cifras gubernamentales. El ingreso del 10 % más pobre de la población cayó en un 17 % entre 1979 y 1991, mientras que el ingreso del 10 % más rico se elevó en un 62 %. ... Las cifras, en el informe *Households Below Average Income* más reciente, muestran que el número de personas que vive por debajo del nivel de pobreza europeo, o sea con un ingreso menor de la mitad del promedio, subió de 5 millones en 1979 a 13.9 millones en 1991-92. Otras 400 mil personas han descendido al nivel de pobreza desde el último informe, 200 mil de ellas niños. En 1979, 1.4 millones de niños vivían bajo el nivel de pobreza, lo que ascendió a 3.9 millones en 1990-91 y 4.1 millones un año más tarde. ... En contante y sonante, el ingreso promedio del 10 % más pobre de la población bajó de 74 libras a 61 libras [es decir 91 dólares] a la semana. ... Las cifras están basadas en datos del Family Expenditure Survey gubernamental.

Jill Sherman, “Child poverty trebles in 12 years while rich get richer”, *The Times*, 15 de julio de 1994, p.4.

Lo que es típico de todas estas defensas del sistema del capital es la interesada evasión de la cuestión de las *relaciones de poder materiales*. A través de esta evasión hasta las formas de evasión y subordinación sustantivamente más inicuas y explotadoras pueden ser tergiversadas como si estuviesen completamente de acuerdo con los requerimientos de la “Norma de la Ley” y la ausencia de arbitrariedad. Se nos dice que “esta no es la fuente sino la limitación del poder que le impide ser arbitrario”.²⁷⁸ Pero en este postulado tanto la *fuentes* como la *limitación* del poder legislativo del estado están ficticiamente divorciadas de la base y los intereses materiales a los cuales sirven, como si el idealizado poder político “no arbitrario” pudiese sostenerse y limitarse a sí mismo. Sin duda el poder político de las formaciones de estado del capital no es arbitrario, sino estrictamente por mandato de las determinaciones estructurales materiales del sistema de control metabólico social establecido. La arbitrariedad concierne en parte a la irracionalidad del “proceso de la realización” definitivamente incontrolable, que afecta hasta a las más privilegiadas “personificaciones del capital”, y en parte al implacable sometimiento de las grandes masas del pueblo a los imperativos estructurales de un modo de producción socioeconómico fetichista y tiránico al cual “no puede haber alternativa”. En otras palabras, lo que es arbitrario en relación con los individuos es la exclusión categórica de alternativas a los dictados materiales absolutos del sistema del capital, y no la conversión de esos dictados en normas fijas de legislación del estado históricamente específica. Así, argumentar que la Norma de la Ley es “la encarnación legal de la *libertad*”,²⁷⁹ sobre la fundamentación ficticia de que la Norma de la Ley se limita adecuadamente a “la clase de normas *generales* conocidas como normas *formales*”,²⁸⁰ constituye una completa tergiversación, no sólo de la relación entre la legislación del estado y la fundamentación material del capital –la fuerza política no formal pero sí absolutamente real de las prácticas políticas legislativas y ejecutivas– sino también de la naturaleza de las leyes políticas y las normas mismas. Porque “las reglas del juego conocidas”²⁸¹ idealizadas apologeticamente (que se decía aseguraban la libertad del individuo) son no sólo “generales” y “formales”, aplicadas de acuerdo con el aprobado principio formal de igualdad para cada persona en particular (en el espíritu de los ejemplos ilustrativos favoritos de Hayek, tomados de la Ley de Tránsito de Carreteras y la adopción general de “pesos y medi-

278 Hayek, *Ibid.*, p.53.

279 *Ibid.*, p.61.

280 *Ibid.*, p.62.

281 *Ibid.*, p.64.

das”). Ellas son también tanto *sustantivas* como *discriminatorias*. En esta última condición están dirigidas no simplemente contra los intereses de un número limitado de individuos *particulares* (como las referencias rituales de Hayek a la idealidad del “credo liberal”,²⁸² en su vacuo contraste con la orientación sustantiva del “credo colectivista” lo hubiesen estado) sino contra *clases* de personas estructuralmente en desventaja, como lo ejemplifica la legislación antisindical enteramente sustantiva y represiva contra los piquetes de huelguistas, por ejemplo.

Este tipo de razonamiento –que es típico de la insensible defensa de la desigualdad material con el pretexto de hacerlo en nombre de la Norma de la Ley– opera con la afirmación arbitraria de toda una serie de falsas equiparaciones. Así, se dice que la Norma de la Ley equivale a la norma de la ley *formal*; de las dos juntas se dice que equivalen a la ausencia de *privilegios*; y las tres juntas se supone que equivalen y *salvaguardan* la “igualdad ante la ley que es lo contrario de la arbitrariedad del gobierno”.²⁸³ Como hemos visto, ningún elemento en esta serie de equiparaciones apologéticas se puede mantener por separado, y mucho menos se puede considerar que equivale a la única posición racionalmente justificable. De hecho el propósito de todo el ejercicio es hacer que la gente acepte dos proposiciones sustantivas totalmente injustificables. Primero, que todo lo que concierne a la igualdad debería estar estrictamente confinado a la cuestión de la “igualdad ante la ley”. Y segundo, que en vista del hecho de que no se puede hacer ningún avance hacia la igualdad sustantiva dentro del marco de las restricciones de la primera proposición defendidas a priori, se debe aceptar también que es justo y apropiado (es decir, racional y plenamente justificable) –y en verdad que debería permanecer así en nuestra opinión, a menos que estemos dispuestos a echarnos encima la ignominia de favorecer el “gobierno autoritario” y el fallecimiento de “la expresión legal de la libertad”– que absolutamente nadie (y menos aún una autoridad pública) debería actuar con el propósito de cambiar las relaciones de desigualdad sustantiva prevalecientes. Porque, de acuerdo con Hayek, “la igualdad formal ante la ley está en conflicto, y de hecho es *incompatible con cualquier actividad del gobierno deliberadamente orientada a la igualdad material o sustantiva de personas diferentes*”.²⁸⁴

En verdad la cuestión largamente disputada de la igualdad y la emancipación no puede ser abordada seriamente sin remitirnos a ambas de sus dimensiones sustantivas. La primera está vinculada a los problemas de la ley sustantiva y a los obstáculos legislativos directos e indirectos

282 *Ibid.*, p.52.

283 *Ibid.*, p.59.

284 *Ibid.*

tos erigidos en el curso de la historia contra la potencial realización de la igualdad sustantiva, y la segunda concierne a lo que debe ir mucho más allá de los poderes de la enmienda legal directa.

Las teorías formalistas de los apologistas del capital son formuladas con el propósito de negar lo innegable, específicamente que tales obstáculos legislativos sustantivos sí existen –o en verdad sí podrían concebiblemente hacerlo– dentro del marco del estado liberal. Pero de ningún modo es esa su función más importante. Porque su enfoque se ocupa primordialmente de la *descalificación apriorística* de todo lo que no puede ser acomodado dentro de los confines de su orden material y legal preferido. Así el punto principal de la defensa de la Norma de la Ley, y del pretendido confinamiento de la última a las “normas formales”, es circunscribir el campo de la acción legítima de tal modo que –aplicándoles los criterios formales estipulados tanto a la emancipación de la mujer como a la igualdad material y sustantiva del pueblo trabajador, en términos de sus potenciales poderes para la toma de decisiones– sea absolutamente irrealizable. En primer lugar, le restringen la posibilidad de avanzar al acto de votación, y después llegan hasta a anularlo descalificando convenientemente el potencial resultado emancipador del voto mismo. Porque incluso si la totalidad de la gente preocupada llevase al poder mediante el voto a un gobierno con el mandato de instituir la igualdad sustantiva y la emancipación real –y no la formal/legal materialmente impotente–, al gobierno en cuestión no le estaría permitido violar el tabú de la desigualdad sustantiva, como hemos visto en el penúltimo párrafo.

Sin embargo, los obstáculos a la igualdad y la emancipación no terminan allí. Lo que constituye mayor motivo de preocupación aún es precisamente lo que reside en el basamento legal de todas las prácticas legislativas en este respecto. Porque las fuerzas contrarias a la demanda de igualdad sustantiva se han hecho valer exitosamente –a pesar de todos los avances en el campo legal, en cuanto concierne a la emancipación de la mujer– bajo todas las formaciones de estado modernas conocidas por nosotros, incluidas las variedades poscapitalistas.

5.3.5

La demanda de igualdad sustantiva afloró en la historia con particular intensidad en los períodos de crisis estructural cuando, por un lado, el orden establecido se resquebrajaba bajo la presión de sus contradicciones internas, y ya no podía cumplir sus funciones metabólicas sociales vitales y, por el otro lado, el nuevo orden de dominación de clase destinado a tomar el lugar del viejo andaba todavía lejos de estar completamente articulado. Así, ni el viejo sistema ni la alternativa emergente tenían el poder de eliminar –con la

autoridad interiorizada del apriorismo opresivo— la posibilidad de realizar la vieja aspiración de los intercambios humanos libres de la tiranía de la jerarquía estructural omnipresente. Significativamente, bajo las condiciones de ese relativo vacío social “entre dos mundos” se originaron incontables sistemas de creencias igualitarias. Ciertamente, asumieron a menudo incluso la forma de confrontaciones organizadas, desde revueltas de esclavos hasta levantamientos campesinos, y desde los numerosos alzamientos esporádicos de los anabaptistas a la conspiración de la “Sociedad de los Iguales” de Babeuf, y así hasta llegar a la militancia radical y el sacrificio del incipiente movimiento de la clase trabajadora, con todas las posibilidades en su contra, en la primera mitad del siglo XIX. El hecho de que en el curso de la historia los movimientos igualitarios militantes fuesen por lo general reprimidos a sangre y fuego por las fuerzas de la explotación y la opresión en constante realineamiento no puede disminuir su importancia. Porque ellos dieron testimonio —una y otra vez— de la irradicabilidad de una idea, sin importar las fuerzas enfiladas en su contra, cuyo tiempo ha sido anunciado frecuentemente en la historia, aunque no haya llegado todavía.

La demanda de emancipación de la mujer le confirió una nueva dimensión a tales confrontaciones históricas de vieja data que presionan por una igualdad sustantiva. El hecho de que las mujeres tuvieran que compartir una posición subordinada en todas las clases sociales sin excepción, hizo innegable hasta para las fuerzas más extremistas del conservadurismo que su demanda de igualdad no se podía achacar a “envidia de clase particularista” y ser desechada como tal. Esa circunstancia hizo obvio también que el “darle poder a la mujer”, en cualquier sentido significativo del término, resultaba inconcebible si se conservaba el marco estructural de la jerarquía y la dominación clasistas como el principio organizador del orden metabólico social. Porque incluso si todas las posiciones de mando en los negocios y en la política capitalista fuesen preservadas legislativamente para las mujeres —cosa que por una multitud de razones, incluida en lugar prominente la estructura familiar establecida, obviamente no podría ser, y de aquí la operación de una admisión de las minorías hipócritamente inflada— ello todavía dejaría a un número incomparablemente mayor de hermanas en una posición de rastrera subordinación e impotencia. No podría haber un “espacio especial” fundado para la emancipación de la mujer dentro del marco del orden socioeconómico establecido. Es por eso que “darle poder a la mujer” tenía que significar darle poder a todos los seres humanos o nada, exigiendo así el establecimiento de un orden metabólico social de producción y reproducción alternativo —radicalmente diferente— que abarcara tanto el marco comprehensivo como las “microestructuras” constitutivas de la sociedad.

De esta manera la irrefrenable demanda de emancipación de la mujer inevitablemente centró también la atención en la antigua promesa y autodefinición, y el subsecuente trágico descarrilamiento del movimiento socialista. Porque el descarrilamiento tomó la forma de un viraje irrevocable –tanto por parte del reformismo socialdemócrata como por la dirección del estado poscapitalista en las sociedades de “socialismo realmente existente”– de la estrategia de instituir una *alternativa* al orden social a la aceptación de los efímeros mejoramientos parciales que pudiesen ser amoldados por el propio sistema del capital.

El contraste en este respecto con la visión marxiana se torna claro cuando recordamos que, refiriéndose al proletariado, Marx habló de “la formación de una clase con cadenas radicales, una clase *en* la sociedad civil que no es una clase *de* la sociedad civil, un estado que es la disolución de todos los estados, una esfera que tiene un carácter universal por sus sufrimientos universales y no reclama ningún derecho *particular* porque contra ella no se perpetran agravios en particular sino en general; que no se ubica en ninguna antítesis unilateral para las *consecuencias* sino para las *premisas* del estado; una esfera que no puede emanciparse sin emancipar a todas las otras esferas de la sociedad”.²⁸⁵ Así la clase del trabajo era vista por Marx no como una clase en el sentido tradicional. Porque las clases tradicionales, que apuntan a una forma u otra de dominación, eran en su opinión “clases *de* la sociedad civil”, ya que podían cumplir sus objetivos egoístas dentro de la sociedad civil jerárquica existente. La clase del trabajo, por el contrario, no podía realizar sus propósitos en forma de intereses *particularistas*, ni podía concebiblemente convertirse en una clase privilegiada contra la clase productora, es decir contra ella misma.

Sin embargo, no se podía excluir la posibilidad de que las organizaciones económicas y políticas del trabajo históricamente establecidas, enredadas en la persecución de intereses particulares, descarrilaran la emancipación del trabajo.

Primero, porque la clase del trabajo –a diferencia de la mujer, que forma parte integral de toda clase en particular– ocupa un determinado espacio en el espectro social, en oposición a su adversario de clase: el capital y sus cambiantes “personificaciones”. En este sentido, como “clase contra clase”, el trabajo tenía aspiraciones y agravios históricamente específicos que podían ser tratados en términos relativos, sobre el modelo de adquirir (a través del incremento de la productividad del trabajo) un *trozo* cuantitativamente mayor de torta, aunque de ninguna manera una *tajada* proporcionalmente mayor de la torta disponible, en comparación con la ración que se apropió el capital. Las ilusiones y mistificaciones

285 MECW, vol. 3, p.186. Traducción al inglés modificada.

del reformismo podían basarse exitosamente en esta ambigüedad fundamental –para la cual, de nuevo, no podía haber equivalente en el campo de la emancipación de la mujer, que por naturaleza propia exige un orden social *cualitativamente* diferente. Al adoptar esta ambigüedad como su marco estratégico, el reformismo socialdemócrata podía prometer falsamente la realización de los objetivos socialistas a través de la extensión gradual de los mejoramientos cuantitativos limitados en el nivel de vida de los trabajadores (por medio del autoengaño y nunca bajo un “sistema tributario progresista” intentado consistentemente bajo los gobiernos laboristas y socialdemócratas), cuando en realidad el capital permaneció siempre en completo control del proceso de reproducción y de la distribución de la “riqueza de la nación” producida por el trabajo.

Segundo, las circunstancias socioeconómicas fueron bastante desfavorables por un período histórico relativamente largo para la realización de las perspectivas propugnadas y previstas por Marx. Porque mientras la ascensión histórica del capital pudiese proseguir sin perturbaciones en el terreno global, en términos materiales efectivos tenía que haber espacio también para la procura de intereses particularistas en los movimientos laborales de los países relativamente privilegiados. Aunque los objetivos estratégicos originales de los socialistas tuvieron que ser archivados mientras se perseguían esos intereses limitados y, a la larga, hasta insostenibles en su escala limitada, mientras tanto se pudieron obtener algunas ganancias apreciables del margen de utilidad creciente del capital, por parte de los sectores dirigentes de las clases trabajadoras en los países capitalistas más dinámicos –no podía ser de otra manera: imperialistamente dominantes– modificando así la máxima anteriormente válida del *Manifiesto comunista* según la cual lo único que tendrían que perder los proletarios eran sus cadenas.

El momento histórico de la socialdemocracia reformista había nacido de tales desarrollos. Ya en los tiempos de la *Crítica del Programa de Gotha* de Marx, y mucho más para el final del siglo XIX bajo el eslogan de Bernstein del “*Socialismo Evolucionario*”, el movimiento socialdemócrata adoptó la estrategia de luchar por privilegios parciales dentro del marco reproductivo del capital. De esta manera contribuyó activamente a la revitalización del adversario capitalista, en lugar de hacer avanzar su propia causa por un orden social alternativo. Porque, inevitablemente, la aceptación de los mejoramientos parciales concedidos por el adversario a partir de sus márgenes de expansión rentable del capital le costó un precio muy elevado al trabajo. Tuvo que significar la dócil aceptación de la autoridad del capital acerca de cómo determinar lo que podía o no ser considerado como demanda legítima y la justa participación del trabajo

en la riqueza social disponible. Así que no resultó para nada sorprendente que en el discurso socialdemócrata la cuestión de la igualdad humana sustantiva se diluyese al punto de la insignificancia, ritualistamente reiterada en las conferencias partidistas bajo la forma del recurso retórico vacío y hasta contradictorio en sí mismo de la “equidad” (pidiéndole al capital, entre tantas cosas, incluso el *salario mínimo* en una “medida *sensible*” y a un “ritmo *sensible*” en la nueva jerga de los líderes laboristas) y la “igualdad de oportunidades”, obediente y servilmente contrapuestas a la “igualdad de resultados”.

Esta manera de tratar con la demanda de igualdad genuina que tercamente reaparecía era huera y contradictoria porque había dejado al edificio estructural de la sociedad clasista explotadora totalmente incólume incluso como proyecto, por no hablar de sus logros efectivos. Porque, una vez que se dio por garantizado que el sistema socioeconómico establecido constituía el necesario marco de las demandas y aspiraciones legítimas, todo tenía que ser valorado “realistamente” sobre las premisas de la continuada viabilidad del capital y la “reformabilidad” gratuitamente supuesta durante casi un siglo entero de fantasía socialdemócrata. Es así como se dio que hubo que subordinar estrictamente la idea de igualdad a consideraciones de “equidad” y “justicia”, adoptando como adecuada medición de esa “equidad” y esa “justicia” a cualquier cosa que el capital pudiera y quisiera conceder desde sus fluctuantes márgenes de ganancia.

La racionalidad de un discurso que postulaba la realización de la “igualdad” y la “equidad” (para no mencionar el socialismo) en las premisas prácticas absolutamente indeseables del orden social inalterablemente jerárquico y explotador del capital, sólo se podía caracterizar con la concluyente máxima de Kant: *ex pumice aquam*, es decir, “extraer agua de la piedra pómez”. El hecho de que en nuestros días, con la consumación global de la ascensión histórica del capital, el movimiento socialdemócrata tuviera que abandonar hasta sus limitados objetivos reformistas y abrazar la “dinámica economía de mercado” del capital sin reservas, transformándose con ello más o menos abiertamente en todos los lugares en una versión del liberalismo burgués, señala el final de un camino que constituyó un callejón sin salida para las aspiraciones emancipatorias desde el comienzo mismo.

En este respecto resulta gratificante, así como tranquilizador para el futuro, que la descarriladora retórica de la “equidad” –que en el pasado significaba invariablemente tocar puertas que no se podían abrir– no desempeñe un papel apreciable en el discurso acerca de la emancipación de la mujer. Como veremos más adelante, aquí la interrogante acerca de lo que hay que hacer en torno a las *relaciones de poder* existentes no puede ser

evadida cuando se plantea la cuestión de la igualdad, ni puede ser diluida hasta la vaga noción de “igualdad de oportunidades” contra la evidencia de su obvia negación práctica por el orden social establecido. Implorarle a un sistema de reproducción metabólica social profundamente inicuo –basado en la perniciosa división jerárquica del trabajo– que le conceda “igual oportunidad” a la mujer (o, en todo caso, al trabajo) cuando él es *estructuralmente incapaz* de hacerlo constituye una total burla de la idea de emancipación misma. Porque la precondition vital de la igualdad sustantiva es afrontar con una crítica radical la cuestión del obligado modo de funcionamiento del sistema establecido y su estructura de mando correspondiente, que excluye a priori cualquier esperanza de igualdad significativa. La igualdad sustantiva debe ser excluida categóricamente por la manera como la división social del trabajo está constituida en el orden existente, que se remonta muy atrás en el pasado. Esto es lo que debe ser revertido. Como lo puso Marx:

La división del trabajo, en la cual todas estas contradicciones están implícitas, y que a su vez está basada en la división natural del trabajo en la familia y la separación de la sociedad en familias individuales opuestas entre sí, implica simultáneamente la distribución, y ciertamente la distribución desigual tanto cuantitativa como cualitativa, del trabajo y sus productos; de allí la propiedad, su núcleo, cuya forma primera reside en la familia, donde la mujer y los hijos son esclavos del esposo. Esta esclavitud latente en la familia, aunque todavía muy incipiente, constituye la primera forma de propiedad, pero incluso en esta etapa se corresponde a la perfección con la definición de los economistas modernos, que llaman a esto el poder de disponer de la fuerza de trabajo de los demás.²⁸⁶

El problema aparentemente inmanejable aquí es que todas las transformaciones internas de la familia en el curso de la historia se llevaron a cabo dentro del amplio marco de la división del trabajo jerárquica/social obligadamente inicua, y tuvieron que incorporar sus requerimientos generales independientemente del nivel de civilización alcanzado. Así, las relaciones de poder prevalecientes tuvieron que ser reconstituidas constantemente en todas partes –incluyendo el “núcleo” de la forma siempre dada de “distribución cuantitativa y cualitativamente desigual” de las fuerzas productivas sociales establecidas históricamente y sus productos– de tal manera que las células constitutivas más pequeñas y sus vinculaciones más abarcales permaneciesen siempre estructuralmente entrampadas e inextricablemente entrelazadas entre sí como estructuras productivas y reproductivas recíprocamente condicionantes. Sólo de esta manera era posible mantener la dominación y continuidad del orden existente, asegurando la reproducción de no sólo

286 MECW, vol.5, p.46.

los miembros individuales de la sociedad sino del marco general mismo en el cual todas las funciones reproductivas se llevan a cabo, específicamente el sistema de división del trabajo establecido. Debemos recordar en este contexto el papel crucial asignado a la familia en la perpetuación de las relaciones de propiedad discriminatorias y el sistema de valores correspondiente –hipócritamente dominante a un lado de la divisoria social y convenientemente sumiso del otro– del orden social dominante. Ni las formas históricamente más recientes y “sofisticadas” de “núcleos” reproductivos y distributivos de la sociedad, localizados en la familia, podían escapar –sin importar cuán consciente e igualitaria en su intención fuese la actitud personal de sus miembros individuales para con los demás– a los imperativos deshumanizadores de ser, consciente o inconscientemente, sumisas a los valores que emanan, y asegurar el funcionamiento sin perturbaciones de la ubicua división estructural/jerárquica del trabajo. Por eso, si se quería llevar la causa histórica de la liberación de la mujer más allá de la frustrante irrealidad de la “igualdad de oportunidades”, que no conduce absolutamente a ninguna parte, había que afrontar directamente los principios constitutivos fundamentales y las relaciones materiales de poder efectivas de éstos.

5.3.6

La crítica de las relaciones materiales de poder establecidas no podía contentarse con la denuncia de las notorias iniquidades de la explotación y la dominación privada capitalista. Porque la historia de las sociedades poscapitalistas está lejos de ser promisoria en este respecto. Como lo destacó Margaret Randall en un importante libro:

Ni las sociedades capitalistas que tan falsamente prometen igualdad ni las sociedades socialistas que prometen igualdad y algunas otras cosas han asumido realmente el reto del feminismo. Sabemos cómo el capitalismo se apropia de todo concepto liberador, para trasformarlo en un eslogan que emplea para vendernos lo que no necesitamos, donde las ilusiones de libertad reemplazan a lo que es genuino. Me pregunto ahora si el fracaso del socialismo en darle cabida a una agenda feminista –en verdad, para abrazar esa agenda tal y como ella aflora de manera silvestre en cada historia y cada cultura es una de las razones por las que el socialismo como sistema no podía sobrevivir.²⁸⁷

Era la eterna cantinela en todo el mundo socialista: una vez lograda la igualdad económica, a continuación vendría el resto. Ese *resto* era rara vez nombrado, si acaso lo era. Si una demandaba espacio para una discusión sobre el feminismo, o propiciaba un análisis basado en la recuperación de la historia de la mujer, de la cultura de la mujer y de la

287 Margaret Randall, *Gathering Rage: The Failure of Twentieth Century Revolutions to Develop a Feminist Agenda*, Monthly Review Press, Nueva York, 1992, p.37.

experiencia de la mujer, lo más probable es que la tildaran de “feminista burguesa”: divisionista, o peor, contrarrevolucionaria.²⁸⁸

El fracaso de las sociedades poscapitalistas en relación con la emancipación de la mujer resulta por demás elocuente, puesto que ellas prometieron explícitamente en algún punto de la historia remediar las graves iniquidades reconocidas. Sin embargo, al final las relaciones de poder existentes que afectaban directamente a la mujer no fueron alteradas de manera significativa. En cambio, trataron en vano de tapar su fracaso con versiones poscapitalistas de admisión fingida de las minorías. Para citar a la misma autora:

El poder sigue siendo un problema de peso. Cuando, año tras año, tan sólo una pequeña muestra representativa femenina resulta electa para posiciones de poder político, el socialismo parece derrotar a su propio propósito: crear una sociedad más justa para todos. El proceso de adquisición de poder político por las mujeres de la Unión Soviética y la mayor parte de los países de la Europa del Este fue particularmente lento, tan lento como para continuar siendo risible; tuvo mayor éxito en Vietnam, Nicaragua y Cuba. Pero en ningún lugar del mundo socialista la representación de la mujer en los niveles más altos ha superado la admisión fingida y, peor aún, a las mujeres con una visión feminista les han sido negadas sistemáticamente las posiciones de poder.²⁸⁹

El historial de las sociedades poscapitalistas en la promoción de la mujer a posiciones claves en la toma de decisiones políticas es deplorable aun en comparación con los países capitalistas. Porque en estos últimos les fue permitido a un número no despreciable de mujeres ocupar el cargo político más elevado –Primer Ministro– desde Indira Gandhi y Margaret Thatcher a la señora Bandaranaike, para mencionar algunas. Por el contrario, en los países poscapitalistas no hubo ninguna, e incluso en el Politburó de los Partidos en el poder una mujer era algo tan raro como un cuervo blanco en la naturaleza, a pesar de la política de “completa igualdad” oficialmente proclamada. Pero, claro está, nada de esto significaba en modo alguno que en los países capitalistas la conquista del mayor cargo político equivaliese a algo más que una admisión fingida. Las diferencias en este respecto eran solamente la manifestación de distintos tipos y usos de esa admisión fingida. Además, si por algún milagro todas las posiciones clave en la toma de decisiones políticas pudiesen ser ocupadas por las mujeres en las sociedades poscapitalistas, ello no volvería más socialistas a esas sociedades, y el pueblo –incluidas las mujeres– tampoco se vería emancipado en ellas.

Las notorias diferencias en la ocupación de altos cargos políticos que hemos presenciado en el siglo XX pueden ser explicadas en términos

288 *Ibid.*, p.134.

289 *Ibid.*, pp.168-69.

de la manera significativamente diferente en que se extrae el plustrabajo en los dos sistemas. Bajo el capitalismo privado (sea “avanzado” o “subdesarrollado”), la extracción *económica* del plustrabajo que prevalece de manera exitosa (en forma de apropiación y acumulación capitalista de plusvalor), en la medida en que puede prevalecer con éxito les asigna a la política y a la toma directa de decisiones políticas funciones muy diferentes de las que les asignan las variedades poscapitalistas del sistema del capital. En estas últimas el control de la extracción del plustrabajo está –para mejor o para peor– en el campo de la política, y las “personificaciones del capital” del tipo soviético no pueden cumplir sus funciones sin estar directamente involucradas en formas altamente centralizadas de la toma de decisiones políticas, que implican todo el tiempo riesgos enormes y consecuencias de potencial largo alcance. En los sistemas privados capitalistas, por el contrario, el papel primordial de la política es ser la *facilitadora* (y a su debido tiempo también la certificadora legal) de cambios *que se desarrollan espontáneamente*, más que su *iniciadora*. Así, la gente al mando de los varios órganos políticos capitalistas oportunamente declina su responsabilidad, tanto de los cambios que ocurren como de los que son propugnados de manera adversa, empleando las frases tantas veces escuchadas de que “el papel no va más allá de crear un clima favorable para los negocios” y que “el gobierno no puede hacer esto o aquello”.

Así, dadas la extracción del plustrabajo asegurada económicamente y el correspondiente modo de toma de decisiones políticas bajo el orden capitalista privado de reproducción metabólica social, no puede haber absolutamente ningún espacio en él para la agenda feminista de la igualdad sustantiva, que requeriría de una reestructuración radical tanto de las células constituyentes como del marco estructural general del sistema establecido. Nadie en su sano juicio, sin importar cuán elevado sea su cargo, pudiera ni siquiera soñar con instituir tales cambios mediante la maquinaria política del orden capitalista sin exponerse al peligro de ser etiquetado como un Don Quijote del sexo femenino. No existe el menor peligro de que se introduzca la agenda feminista en los sistemas capitalistas, ni siquiera por sorpresa, puesto que no puede haber ningún espacio para ella dentro del marco estrictamente circunscrito de la toma de decisiones políticas, destinado al papel de facilitar la extracción económica del plustrabajo más eficiente. Así, nada tiene de accidental que las Indira Gandhi, las Margaret Thatcher y las señoras Bandaranaike de este mundo –y la última a pesar de sus credenciales originales de izquierda radical– no hicieran avanzar en lo más mínimo la causa de la emancipación de la mujer; si acaso no fue todo lo contrario.

La situación es muy diferente en los sistemas poscapitalistas de reproducción metabólica social y toma de decisiones políticas. Porque

en virtud de su posición clave en el aseguramiento de la requerida continuidad de la extracción de plustrabajo, ellos pueden iniciar cambios en totalidad en el proceso de reproducción en marcha a través de la intervención política directa. Así, la determinación del personal político resulta aquí de un orden muy diferente, ya que su orientación potencial es *en principio* mucho más abierta que bajo el capitalismo. Porque no obstante el mito de la “sociedad abierta” (propagandizado por sus enemigos autoritarios como Hayek y Popper), bajo el capitalismo los objetivos y mecanismos de la “sociedad de mercado” siguen siendo tabúes intocables, que delinean estrictamente el mandato y la orientación incondicional del personal político que no puede contemplar, ni contemplaría, interferir seriamente con la extracción económica del plustrabajo establecida, ni siquiera en su expresión socialdemócrata. Esta diferencia de la apertura potencial en los dos sistemas crea *en principio* un espacio para introducir también elementos de la agenda feminista, como en verdad lo atestiguan los efímeros intentos posrevolucionarios en Rusia.

Sin embargo, la apertura potencial no puede ser llevada a cabo sobre una base durable bajo el dominio del capital poscapitalista, dado que la extracción del plustrabajo manejada jerárquicamente se reafirma como la característica determinante crucial del metabolismo social también bajo las cambiadas circunstancias. Así, toda la cuestión del mandato político debe ser redefinida acomodaticiamente, anulando la posibilidad tanto de la “*representación*” (característica del montaje parlamentario capitalista, con su mandato totalmente incondicional de los representantes para con el modo económico de extracción del plustrabajo establecido y la acumulación de capital), como de la “*delegación*”, que solía caracterizar a mucha de la literatura socialista sobre el tema. Una autoridad política despersonalizada absolutamente incuestionable –el Partido del Partido-Estado– le debe ser impuesta al personal político individual bajo el dominio del capital poscapitalista, articulado en forma de la estructura de mando jerárquica más estricta, orientada hacia la máxima extracción de plustrabajo regulada políticamente.

Esto es lo que excluye a priori toda posibilidad de “darle cabida a la agenda feminista”. Dado el papel significativamente diferente de la política en los dos sistemas, bajo el capitalismo a las mujeres se les puede permitir confiadamente el ocupar a veces el cargo político más elevado, mientras que bajo las condiciones poscapitalistas ellas deben ser excluidas sin miramientos de esa posición. Bajo el sistema poscapitalista, por lo tanto, hasta los limitados intentos de la mujer de establecer un nuevo tipo de relación familiar en fomento de sus aspiraciones de vieja data, que florecieron de manera espontánea en los primeros años de la revolución, debían

ser liquidados. Porque mientras la extracción del plus trabajo asegurada y salvaguardada políticamente continúe siendo el principio orientador vital del metabolismo social, con su estructura de mando necesariamente jerárquica, la idea de la emancipación de la mujer, con su demanda de igualdad sustantiva –y por implicación: de una reestructuración radical del orden social establecido, desde sus células constitutivas más pequeñas a sus organismos de coordinación más englobadores– no puede ser acariciada ni por un momento. Cualquier intento de explicar críticamente las relaciones de poder establecidas desde el punto de vista de la emancipación de la mujer, a fin de remediar las iniquidades durante largo tiempo establecidas debe ser rechazado tajantemente. La cuestión de la igualdad debe ser confinada a lo que sea compatible con la división social jerárquica del trabajo prevaleciente, imponiendo y perpetuando con todos los medios políticos a la disposición del sistema la subordinación del trabajo.

En términos de tales criterios las mujeres pueden convertirse en miembros plenamente iguales de la fuerza laboral ampliada a conciencia, y penetrar así en territorios anteriormente prohibidos. Pero bajo ninguna circunstancia puede permitírseles cuestionar la división del trabajo establecida y su propio papel en la estructura familiar heredada. En las sociedades poscapitalistas las mujeres en general pueden ser genuinamente emancipadas hasta el grado de poder ingresar en cualquier profesión. En verdad, pueden hacerlo por lo general bajo las mismas condiciones de remuneración financiera que sus colegas masculinos. Más aún, sus condiciones como madres trabajadoras pueden incluso mejorar considerablemente con las facilidades de guarderías infantiles y kindergarten, de modo que puedan regresar más fácil y prontamente a la fuerza laboral a tiempo completo. Pero lo que ha sido acertadamente denominado la “segunda tanda” para las mujeres, que comienza después del regreso a casa de su lugar de trabajo, no puede sino recalcar el carácter problemático de tales logros, incluyendo la peculiar “admisión política fingida” practicada en esas sociedades, que nada podía hacer respecto a la alteración de la relación de fuerzas establecida y el papel subordinado de la mujer en la fuerza laboral estructuralmente subordinada. Lo único que cabía hacer era poner nítidamente en evidencia que no era posible hacer avanzar la causa histórica de la emancipación de la mujer sin retar el dominio del capital en todas sus formas.

5.3.7

Resulta sumamente revelador en este respecto que los intelectuales en los países capitalístamente avanzados que se consideraban socialdemócratas se pudieran encontrar cantando a coro con el estalinismo autoritario pre-

cisamente sobre la cuestión de la igualdad. Así, el socialista fabiano George Bernard Shaw hablaba con entusiasmo acerca de la denuncia pública del líder del partido soviético, de “los políticos con los que Stalin perdió la paciencia cuando los tildó de ‘*Mercaderes de la Igualdad*’”.²⁹⁰ Y Shaw no se detuvo aquí, sino que siguió adelante en su justificación de la ideología y las prácticas estalinistas de subordinar la fuerza laboral a una división jerárquica del trabajo implacablemente opresiva, conjurando la imagen de un “orden natural” ficticio en la producción y la distribución. Él quería verlo controlado por las llamadas “personas superiores pioneras”, quienes no podrían, ni deberían serlo de ninguna manera, ser retadas por las “personas promedio conservadoras” y las “personas inferiores relativamente atrasadas” de la sociedad. De esta manera Shaw proyectaba un orden social que se suponía estaba en sintonía con la “naturaleza humana” y los ideales del “socialismo democrático”. Estas fueron sus palabras:

En la URSS se hacía imposible incrementar la producción, o incluso mantenerla, hasta que se estableció el trabajo a destajo y la retribución según los resultados, a pesar de los Mercaderes de la Igualdad. Cuando el socialismo democrático haya logrado la suficiencia de medios, la igualdad de oportunidades y la intermatrimonialidad nacional para todos, con *la producción mantenida en su orden natural*, de las necesidades a los lujos, y las cortes de justicia no parcializadas ante los abogados mercenarios, el trabajo estará terminado; ... todavía será la *naturaleza humana* con todas sus empresas, ambiciones y emulaciones a pleno ímpetu, y con sus *personas superiores pioneras, sus personas promedio conservadoras y las inferiores relativamente atrasadas en sus puestos naturales*, todas bien alimentadas, educadas al máximo de su capacidad e intermatrimoniales. La igualdad no puede llegar más lejos.²⁹¹

Es difícil creer a primera vista que un hombre con la inteligencia de George Bernard Shaw pudiera hundirse hasta tal nivel de prejuicio insensato, vestido con el ropaje seudodemocrático del disparate eugenésico. Como si la jerarquía del sistema del capital estructuralmente reforzada tuviese algo que ver con el “atraso de las personas inferiores” de pretendida fundamentación biológica que se pudiese y debiese remediar –e incluso eso sólo hasta el punto de justificar y sistematizar la jerarquía “socialista democrática” y su “orden natural”, en nombre del postulado “conservadurismo” eterno y el inalterable “atraso relativo” de las masas del pueblo– mediante la adopción de la grotesca receta eugenésica fabiana de la “intermatrimonialidad nacional”. Y con todo, lo que hace bastante creíble, aunque triste, la formulación de semejantes opiniones por parte de intelectuales relativamente progresistas como Bernard Shaw, es que él comparte la aversión por la igualdad sustantiva con todos los que no pueden

290 George Bernard Shaw, *Everybody's Political What's What?*, Constable and Company, Londres, 1944, p.56.

291 *Ibid.*, p.57.

concebir ninguna alternativa al sistema del capital y su división social del trabajo incurablemente jerárquica y deshumanizante. Y dado que de esta manera se dan por descontadas las presuposiciones operacionales prácticas del orden existente, aunque se les declara “naturales” sobre la base de la equiparación falaz de los límites históricos específicos del capital con la eterna inalterabilidad absoluta, más allá del mundo fantástico de la llamada “igualdad de oportunidades”, ya no queda nada más que exprimirle milagrosamente a la jerarquía del sistema pretendidamente incambiable no sólo *de facto*, sino también *de jure*. Así, en lugar de la actividad autodemancipadora de un agente social real, Bernard Shaw puede ofrecer en su visión de “socialismo democrático” solamente las “empresas, ambiciones y emulaciones” de una “naturaleza humana” genérica absurdamente personificada, dividida de manera esquizofrénica en personalidades “superiores” e “inferiores”. La actitud servil que demostró ante Stalin mucho más allá de la mera agresión verbal contra los castigados “Mercaderes de la Igualdad” comprueba que las personificaciones del capital más diversas –no sólo en su variedad burguesa descaradamente interesada en sí misma, sino también en su tipo soviético y en las expresiones “socialistas democráticas” fabianas– encuentran su común denominador precisamente en el rechazo categórico de la igualdad sustantiva.

La laudatoria de la “igualdad de oportunidades”, en su vinculación con la “equidad” y la “justicia”, sirve a un propósito apologético. Porque, al eliminar a la igualdad sustantiva del abanico de las aspiraciones legítimas, las jerarquías estructurales del sistema del capital se ven fortalecidas como el obligado proveedor de las “oportunidades” vacuamente prometidas, y al mismo tiempo aclamadas por cuenta de las pretendidas “equidad” y “justicia” que harían posible la “igualdad de posibilidades”. Que el prodigioso avance de la productividad en los últimos dos o tres siglos, bajo el dominio del capital, no haya conseguido convertir en logro a ninguna de las promesas, no tiene por qué preocupar a los apologistas. Porque ellos siempre pueden replicar que la gente no tiene más que culparse a sí misma por no haber aprovechado las “oportunidades”. Así, las mujeres no tienen absolutamente nada por qué quejarse, dada la abundancia de “igualdad de oportunidades” a su disposición, en especial en este último siglo.

Distorsionar lo que está realmente en juego es un recurso favorito en el arsenal de los apologistas de la desigualdad. Una de las tretas preferidas es utilizar las diferencias en el talento artístico como la hipócrita justificación –y, con referencia a la naturaleza, también eternización– de la jerarquía social explotadora establecida históricamente. Como si no fuese posible imaginar el genio musical de Mozart sin las jerarquías sociales lesivas y humillantes a las que estuvo sometido, y bajo cuyas pe-

nurias hubo de perecer todavía joven y en la cumbre de su creatividad artística, *a pesar* de su genio. Otra treta apologética muy practicada es pretender que el objetivo socialista de la igualdad sustantiva significa “nivelar hacia abajo”, lo cual haría, en esa manera de ver las cosas, imposible la aparición y la libre actividad de los Mozarts. Como si la historia del triunfante sistema del capital haya podido en estos siglos recientes cumplir, remotamente siquiera, su propia pretensión de “nivelar hacia arriba”, por no mencionar la capacidad para demostrar un completo *non-sequitur*, es decir, la obligada relación causal entre el florecimiento de la excelencia artística y el sistema en el cual las personificaciones del capital deben imponer en todas partes los imperativos materiales de su orden metabólico social y dominar a ese fin, de una manera u otra, toda la actividad intelectual y artística.

Predicar las virtudes de una sociedad en la cual se pretendía que la “igualdad de oportunidades” era algo más que una laudatoria hipócrita resultaría deplorable incluso si el registro de los logros reales estuviese plantado y no dando pasos hacia la igualdad sustantiva –el único sentido posible de toda la empresa– por no decir tomando la dirección opuesta. Sin embargo, las estadísticas de incluso los países capitalistamente más avanzados revelan un cuadro muy deprimente. Así, un informe oficial del gobierno en Inglaterra –que aminora en gran medida la gravedad de la situación manipulando las cifras y excluyendo arbitrariamente de la muestra a ciertas categorías, al igual que se hizo con la manera de calcular las cifras del desempleo: 33 veces “refinadas” y “mejoradas” (es decir, tendenciosamente falsificadas)– tuvo que aceptar que

La brecha entre ricos y pobres se ha agrandado... El ingreso del 10 % de los más pobres de la población bajó en un 17 % entre 1979 y 1991, mientras el ingreso del 10 % de los más ricos aumentó en un 62 %. ... Las cifras, en el último informe de *Hogares con ingresos por debajo del promedio* muestran que el número de personas que vive por debajo del nivel de pobreza europea, esto es, con un ingreso menor que la mitad de la media, aumentó de 5 millones en 1979 a 13.9 millones en 1991-92. Otras 400.000 personas han caído por debajo del nivel de pobreza desde el último informe, 200.000 de ellos niños. En 1979, 1.4 millones de niños vivían por debajo del nivel de pobreza, que subió a 3.9 millones en 1990-91 y a 4.1 millones un año más tarde. En términos de dinero, el ingreso promedio del 10 % más pobre de la población bajó de 74 libras [\$ 110] a 61 [\$ 91] a la semana. Las cifras están basadas en datos de la muestra de los gastos por familia hecha por el gobierno.²⁹²

Al mismo tiempo, el Instituto Adam Smith –de la “Derecha Radical”– continúa publicando un folleto tras otro, cada uno en procura de la manera más rápida de remitir al pasado las medidas de seguridad social

292 Jill Sherman, “Child poverty trebles in 12 years while rich get richer”, *The Times*, 15 de julio de 1994.

del “Estado Benefactor” una vez ruidosamente publicitadas, incluidos no sólo los beneficios de desempleo e invalidez sino hasta las pensiones de vejez y el derecho universal a los servicios de la salud. Como era de esperar, los manipuladores de la opinión pública de la prensa burguesa (y en un lugar prominente entre ellos el *Times* de Londres) rápidamente se unieron a sus colegas de la “Derecha Radical” y comenzaron a sermonear –con editoriales de sonoros títulos, como “Racionamiento Racional”²⁹³– acerca de la recomendabilidad intelectual y moral de “racionar” (esto es, de retirarles discriminatoriamente a quienes no pueden costearse un seguro privado) los servicios de la salud, incluso en situaciones en las que está en peligro la vida. Naturalmente, esta racionalización y legitimación de las brutales restricciones que surgen de la crisis del capital son presentadas en un típico envoltorio de relamida hipocresía, adornado con expresiones como “excelencia”, “flexibilidad” y “libertad”, como lo ilustra la siguiente cita del mismo artículo editorial:

A las personas mayores se les podría negar discretamente la cirugía de urgencia vital y los tratamientos complicados, como la diálisis renal. Las reformas a los servicios de salud de los tres últimos años han hecho más transparente la cultura de la práctica clínica. No a todo paciente se le puede dar el tratamiento que él desea: este es un hecho al que debemos encarar ya... A partir de este difícil debate, es posible que surjan lineamientos internacionales y locales. Pero la esencia del racionamiento debe continuar siendo la excelencia profesional y la gradual devolución de la responsabilidad a los médicos individuales. Debería haber mayor propiedad de bonos; a aquellos médicos generales que ya son propietarios de bonos se les debería dar mayor flexibilidad aún. El racionamiento sensato no se alcanzará a través de la burocracia o de la regulación excesiva, sino dándoles a los médicos la libertad de tomar decisiones dolorosas sin temor o vergüenza.

Es el colmo de la hipocresía característica del sistema el que las escogencias reales que se deben hacer –y en verdad ya han sido hechas en el estilo más autoritario– queden ocultas a la inspección, cubriendo la miga amarga con el dulzor malsano de la “Generaltunken”²⁹⁴ de la inexistente “transparencia” democrática, la ficticia “devolución de la responsabilidad” (sin poder), por parte de los burócratas exageradamente remunerados del *Area Trust Authority Managers* y sus compinches designados vía corrupción en la “excelencia profesional” que el Servicio Nacional de Salud ignora insensiblemente; y para la pretendida “libertad individual” con propósitos de evidente apologética del capital. Porque la cuestión real no es la “devuelta responsabilidad y libertad” de los médicos individuales para condenar a muerte no sólo a los ancianos, sino también a las personas de mediana edad y a menudo hasta la gente joven al negarles el

293 “Rational Rationing”, *The Times*, 29 de julio de 1994.

294 La “salsa universal” de la cocina insípida.

tratamiento salvador médicamente existente. Es la decisión tomada por las personificaciones del capital en la política y los negocios –en el interés de la continuada expansión del capital– en torno a la asignación de los recursos materiales e intelectuales de la sociedad, negando la legitimidad de la necesidad literalmente vital, salvadora de vidas y mejoradora de la vida, a favor de los dominios desperdiciadores y destructivos de la autorreproducción del capital, claramente ejemplificados por las astronómicas sumas invertidas en armamentos. En otras palabras, la cuestión inabordable es la ausencia total de *contabilidad social* bajo el dominio del capital, que trae consigo la *incontrolabilidad* del sistema y la mistificadora desviación de la responsabilidad de donde le corresponde a los hombros de los individuos indefensos –en este caso los médicos, quienes en su inmensa mayoría protestan en vano y no pueden realmente asumir su peso. No se requiere de mayores destrezas matemáticas para calcular cuántos miles de vidas pudieran ser salvadas empleando para la adquisición de máquinas de diálisis renal los millardos de libras esterlinas asignados a un solo ítem totalmente superfluo del presupuesto militar, el proyecto del submarino nuclear Trident. Ejemplos de este tipo se pudieran multiplicar con facilidad. Sin embargo, la conseja editorial apologética del *Times* de Londres acerca del “Racionamiento Racional” es ideada con el único propósito de desviar la atención de las *escogencias reales* verdaderamente racionales pero sistemáticamente frustradas y anuladas. Esto se hace con la finalidad de poder exonerar a las personificaciones del capital de su obvia responsabilidad en estos asuntos y de haberles ordenado a los médicos que asumiesen “la libertad de realizar escogencias dolorosas”. Escogencias que ni siquiera deberían ser contempladas jamás, y menos aún impuestas por una sociedad “avanzada” a muchos de sus miembros individuales que mueren innecesariamente, cuya “igualdad de oportunidades” no llegó lo bastante lejos.

En verdad, todo cuanto se diga acerca de la “igual oportunidad” bajo las circunstancias prevalecientes constituye un pálido reflejo del estado de cosas real. Como hemos visto antes, el artículo editorial del *Times* estaba proyectando en el futuro un “difícil debate” del cual “probablemente surgirán lineamientos internacionales y locales”. De hecho los “futuros lineamientos” ya habían sido impuestos por el autoritario gobierno conservador inglés mucho antes de que se publicase el editorial del *Times*. El editorial citado era cómplice de una situación ya dada, a pesar de su pretendida sagacidad anticipatoria. Porque, como se ha revelado recientemente, por instrucciones del gobierno ya en el invierno pasado los médicos decidieron no vacunar contra la gripe a muchos pacientes ancianos en los asilos, y un número considerable de ellos murió cuando atacó el virus.

Las muertes encolerizaron a la Comisión de Salud de la comunidad de Southampton. Ken Woods, su presidente, dijo: “Cuando se legitima la idea de que se puede negar el tratamiento sobre la base de que la calidad de vida de alguien no vale una vacuna de 5 libras se está en un camino peligroso. Es el médico jugando a ser Dios.”²⁹⁵

En realidad la responsabilidad de “jugar a ser Dios” recae en el gobierno; los médicos sólo obedecen sus lineamientos. El día después de la revelación, “los críticos atacaron la política de ‘eutanasia’ que había sido introducida sin un debate público. Tessa Jowell, un miembro laborista del selecto Comité de Salud de la Cámara de los Comunes la llamó ‘un desarrollo siniestro’. Peggy Norris, una médico general jubilada y presidenta de Alert, el grupo contra la eutanasia, dijo que negar el tratamiento con la vacuna contra la gripe era una discriminación escandalosa. Mientras los especialistas en el cuidado de ancianos se preparaban para seleccionar los candidatos a recibir el puyazo esa semana, el Departamento de Salud trazaba el lineamiento de dejarles a los médicos la decisión de quiénes deberían recibirlo, y si había que consultarles a los familiares”.²⁹⁶ Es así como se debe ejercer la “libertad de tomar decisiones dolorosas” bajo los lineamientos políticos existentes desde ya hace tiempo. En cuanto al año venidero,

El programa de vacunación contra la gripe de 33.5 millones de libras provee dosis suficientes para 5.5 millones de adultos y niños pequeños vulnerables, cuando hay al menos 10 millones de ancianos en riesgo de un ataque fatal de la enfermedad. Esto crea una dificultad moral profundamente sentida por los psiquiatras y médicos al cuidado de los ancianos.²⁹⁷

Esto significa que ya en el presente año a bastante más de la mitad de los ancianos, la mayoría de ellos pobres, se les ha negado la vacuna contra la gripe, y por lo tanto muchos de ellos se encuentran expuestos a peligro mortal. Parece entonces que es sólo cuestión de tiempo (y no muy lejano) para que a los médicos, en el espíritu del propugnado “Racionamiento Racional” se les cargue el peso de la llamada “devolución de la responsabilidad” incrementada, junto con la “aún mayor flexibilidad” y una “libertad” convenientemente etiquetada para el propósito de administrarles la eutanasia obligada a los “pobres sin merecimientos”. En verdad, en el interés de una mayor eficiencia económica se les girará instrucciones de ni siquiera consultar a los familiares más cercanos, y se le presentarán estas políticas al público, con la hipocresía y el cinismo acostumbrados, como el reconocimiento democrático de la “excelencia profesional”. Es así como un lado de la ecuación de la “igualdad de

²⁹⁵ “Doctors let elderly die by denying flu vaccine”, *The Sunday Times*, 9 de octubre de 1994.

²⁹⁶ *Ibid.*

²⁹⁷ *Ibid.*

oportunidades” está configurando el futuro de la inmensa mayoría de las personas. Porque una vez que están viejas y dejan de ser miembros directamente explotables de la fuerza laboral sus vidas valen –como teme el presidente de la Comisión de Salud de Southampton– mucho menos que la vacuna de a 5 libras la dosis que habría que gastar en ellas.

El otro lado de la ecuación de la “igual oportunidad” es mostrado en un reportaje publicado en la misma página del diario del cual se citó el artículo “Los médicos dejan morir a los ancianos al negarles la vacuna de la gripe”. El reportaje se refiere a un hombre que según el periódico fracasó por tres veces en el examen para calificar como Contabilista, y sin embargo se ha convertido en multimillonario. El personaje en cuestión es Mark Thatcher, el hijo de la Dama de Honor de Hayek, la baronesa Margaret Thatcher. El reportaje lleva como título “Descubierto: las ganancias secretas de 20 millones de libras de Mark Thatcher en el comercio de armas”, algo muy incómodo de leer no solamente para la familia Thatcher, sino para todos los miembros del Partido Conservador en el gobierno. Porque les recuerda que existe una norma estricta según la cual “los ministros cuidarán de que no surja ni aparente surgir ningún conflicto entre sus intereses privados y sus deberes públicos. Ningún ministro o servidor público deberá aceptar regalos, hospitalidad o favores que lo coloquen, o pudieran aparentar colocarlo, en situación de agradecimiento. El mismo principio se aplica si los regalos le son ofrecidos a algún miembro de su familia”.²⁹⁸ Empero, a pesar de la llamada “advertencia de brujo” –emitida por Sir Clive Whitmore, entonces Secretario Permanente del Ministerio de la Defensa y antiguo secretario privado de Margaret Thatcher– acerca “de las consecuencias potencialmente desastrosas de la participación de su hijo” como beneficiario en el lucrativo negocio de las armas, advertencia a la que hizo caso omiso la Primer Ministro que se jactaba de “batirse por Inglaterra”, Mark Thatcher se hizo 12 millones de libras (\$ 18 millones) más rico como recompensa a sus dudosos servicios. Como continúa el reportaje:

Las transcripciones [de conversaciones grabadas] y la corroboradora evidencia de fuentes cercanas al negocio, resuelven el misterio de cómo Thatcher hizo fortuna primero. Nunca ha sido explicado satisfactoriamente cómo el Viejo Harroviano [educado en escuelas públicas], un contabilista que fracasó tres veces y aspirante a corredor de automóviles, rápidamente pasó, de sus modestos medios cuando su madre se convirtió en primer ministro en 1979, a un status de multimillonario pocos años después.

Para algunos funcionarios ingleses, la participación de Thatcher fue éticamente incorrecta. “Thatcher era un oportunista metido en un vagón cargado

298 Marie Colvil y Adrian Levy, “Revealed: Mark Thatcher’s secret profit from L 20 billion arms deal”, *The Sunday Times*, 9 de octubre de 1994.

de dinero, echándole mano a cuanto billete podía en esos negocios”, dijo un antiguo ejecutivo de la British Aerospace que jugó un papel central. “Él pregonaba su nombre y su posición en relación con Margaret Thatcher”.²⁹⁹

Esa es, entonces, la parte del depósito de “iguales oportunidades” a la disposición que le corresponde a un Mark Thatcher. A pesar de lo absurdo y, según la opinión recién citada “éticamente incorrecto” que pueda ser todo esto, quizás no deberíamos ser demasiado duros con el pobre multimillonario por tres veces fracasado como contador. Porque él comparte la suerte de obtener mucho por nada con todos aquellos que en virtud de su posición (o incluso simplemente de la posición de su padre o de su madre) en la estructura de mando del capital reciben en los países capitalistas un Boleto de Abono no sólo vitalicio sino además hereditario para viajar de gratis en el tren del dinero. El hecho de que Margaret Thatcher en su Lista de Honores del acto de dimisión le concediese un título de nobleza hereditario a su esposo y se reservara para sí misma uno apenas vitalicio, debe ser visto bajo la luz adecuada. Porque no permita Dios que tal gesto vaya a ser algo más que la desinteresada preocupación de una abuela común y corriente por asegurar tan sólo una “igual oportunidad” para el futuro de su nieto. Extrañamente, no obstante, de acuerdo con el resultado de una encuesta de opinión realizada en octubre de 1994, el 61 % del pueblo inglés, incluida una gran proporción

299 *Ibid.* El diario también les recuerda a sus lectores que “El 15 de enero de 1984, justo cuando los funcionarios le estaban dando los toques finales al contrato [un negocio de armamento saudita de 20 millones de libras], el periódico *The Observer* divulgó una historia que detallaba cómo tres años antes Mark Thatcher supuestamente había ganado un contrato para la Cementation International en Omán, a espaldas de una visita de su madre”. Se trataba de otra ocasión en la que la Dama de Honor de Hayek se estaba “batiendo por Inglaterra”.

The Economist se metió en la reciente controversia con sus propias revelaciones. Citemos: Las tácticas empleadas por el señor Thatcher para construir su fortuna han causado alarma en Whitehall por más de una década. Al menos en dos ocasiones en la década de los 80, funcionarios de alto rango reconviniéron a la señora Thatcher, haciéndole la advertencia de que las actividades de su hijo corrían el peligro de causarle grandes contrariedades a su gobierno. ... En 1984, funcionarios de alto rango le leyeron la cartilla directamente al propio señor Thatcher acerca de los peligros de hacer negocios a nombre de su madre. Poco después, el señor Thatcher se marchó a los Estados Unidos y estableció su negocio allí. A pesar de ese exilio, el estilo de vida extravagante del señor Thatcher, con casas en Dallas y en Londres y un ayuda de cámara itinerante, ha continuado llamando la atención. Los funcionarios del partido tienden a menear la cabeza con desespero ante lo que ellos ven como el punto débil de una madre. En 1991 el difunto Sir Y.K. Pao, un magnate naviero de Hong Kong, quedó de una pieza al recibir una llamada en recaudación de fondos del hijo de la antigua primer ministro, a nombre de la recién fundada Fundación Thatcher de su madre. “Es en pago por el tiempo de Mamá” es lo que escuchó, según se reporta, el atónito magnate naviero.

(“Mumsie’s boy”, *The Economist*, octubre 15-21 de 1994, p.32).

Recordarles a los magnates navieros hechos caballeros el valor en efectivo del padrino político dispensado por un miembro prominente de la familia Thatcher, cuando la señora Thatcher estaba en el poder, era obviamente la manera de “batirse por Inglaterra” de Mark Thatcher, demostrando una vez más la verdad preceptiva del viejo proverbio inglés de que “la caridad comienza por casa”.

de los votantes conservadores, está convencido de que el Partido Conservador en el gobierno se caracteriza por “la ruindad y la corrupción”.

Con todo, para nosotros el significado de los casos antes citados es bastante obvio. Aparecen en una misma página de un solo diario, el mismo día en que los otros diarios del país aportan muchos otros ejemplos. Para no mencionar el incontable número de casos reportables que no son reportados, o simplemente no son sino elegantemente “justificados”. En cualquier caso, nuestros ejemplos también muestran lo escasos que son los márgenes en los que hay que fabricar el espacio para la emancipación de la mujer, que constriñen los esfuerzos dirigidos a ella a una lucha cuesta arriba contra las ventajas –constantemente anuladas– de la “igualdad de oportunidades”. Como un informe reciente de las Naciones Unidas lo reveló el 17 de octubre de 1994: el día señalado para abrir el año “de la erradicación de la pobreza en el mundo” (¡una perspectiva de lo más probable, en verdad!), las mujeres representan hoy día no menos del 70 % de los pobres del mundo. Sería un milagro si pudiera ser de otra manera bajo las prácticas de la “igualdad de oportunidades” prevalecientes. Porque bajo el dominio del capital en cualquiera de sus variedades –y no sólo hoy, sino hasta tanto los imperativos de este sistema continúen determinando las formas y los límites de la reproducción metabólica social– la “igualdad de la mujer” no puede ir más allá de mera admisión fingida.

5.3.8

Dado que la promesa de “igualdad de oportunidades” es utilizada como una distracción mistificadora por la ideología dominante, que les sigue pareciendo a todos los que aspiran a ella tan elusiva como un sueño completamente irrealizable, para sectores más o menos limitados de la población en posición estructuralmente subordinada, sean ellos femeninos o masculinos, es grande la tentación de darle la espalda a toda esta cuestión de la igualdad y transarse por las ventajas relativas. Y esto es precisamente lo que la estratagema ideológica de la vacua “igualdad de oportunidades” intenta lograr con la promesa del avance hacia una condición deseada cuya realización ella simultáneamente niega al excluir a priori la posibilidad de un orden social equitativo.

Sin embargo, a pesar de las mistificaciones involucradas, no es en modo alguno cuestión de indiferencia, ni siquiera de importancia menor, el que el orden dominante no pueda hacer valer su dominación sobre las masas de la población sometidas jerárquicamente, sin recurrir de manera constante a la falsa promesa de la igualdad de las suertes, aunque sea en la forma bastardizada y prevaciada de la “igualdad de oportunidades”. La autolegitimación del sistema del capital –basada en la noción de los con-

tratos de libre participación entre partes iguales, sin la cual la idea misma del contrato asumido resultaría írrita y nula— no podría ser mantenida de manera concebible si las personificaciones del capital declarasen abiertamente que ellas deben negarles la igualdad a las masas de la población estructuralmente subordinadas, y ciertamente se la niegan, en todo sentido significativo del término.

Más aún, la autoexpansión del capital obliga a que sea necesario hacer entrar progresivamente en el proceso del trabajo a grupos anteriormente marginales o no participantes, y potencialmente a la población entera —incluyendo, por supuesto, virtualmente a todas las mujeres. Esta clase de cambio en el proceso del trabajo trae consigo, de una manera u otra, la significativa (si bien por una serie de razones necesariamente inicu) extensión del ciclo de consumo, alterando en el sentido correspondiente también a la estructura de la familia, al igual que el papel y la importancia relativa de las generaciones más jóvenes y las más viejas en el proceso general de la reproducción socioeconómica y la realización del capital. Así la ilusión de la “igualación hacia arriba” antes mencionada, estimulada políticamente por los partidos socialdemócratas y liberales —postulada sobre la base de “la torta que se agranda” (una ilusión que depende de que en verdad crezca la torta), a pesar de la clara evidencia en todo momento de que la “*tajada*” proporcional de torta que se le asigna al trabajo no se va agrandando, sino más bien se va encogiéndose— se ha visto grandemente complicada por cambios en el proceso del trabajo directamente vinculados con la extensión del ciclo del consumo. Porque aún si la relativa extensión del ciclo de consumo no hace avanzar ni un centímetro a la causa de la igualación estructural, e incluso si existen grandes desigualdades en cuanto a los beneficios puestos al alcance del trabajo en diferentes países de acuerdo con sus posiciones en el marco global y el orden jerárquico del capital (como veremos en los Capítulos 15 y 16), no obstante el proceso subyacente trae consigo para importantes sectores de la fuerza laboral el mejoramiento de su nivel de vida durante la fase expansionista del desarrollo histórico del capital.

Naturalmente, este es un proceso lleno de contradicciones, como en dondequiera que los imperativos del sistema del capital establecen las reglas. Las contradicciones son manifiestas no sólo en las enormes diferencias entre los grupos del trabajo en cualquier país en particular y globalmente; igual importancia tiene que el sistema del capital mismo se haga dependiente de un proceso —la extensión del ciclo de consumo— que no puede ser mantenido indefinidamente, y por lo tanto activa a su tiempo una contradicción potencialmente muy explosiva entre el capital y el trabajo. Porque aun si no puede ser cuestión de una “*igualación hacia arriba*”, que

modificaría la estructura del sistema del capital, existe muy decididamente una *igualación hacia abajo* que afecta directamente a la fuerza laboral de incluso los países capitalistamente más avanzados. Esta es la obligada concomitante de la aparición de las graves perturbaciones en el proceso de la expansión y acumulación del capital, de las que hemos sido testigos durante las últimas dos décadas, y que asumen la forma de una peligrosa *tendencia a la igualación de la tasa diferencial de la explotación* antes mencionada.

Otra dimensión vitalmente importante del problema que nos ocupa es el empeoramiento de la posición de la mujer como resultado de los cambios en la estructura de la familia ocasionados por los imperativos del capital, directamente relacionados con la necesaria extensión del ciclo de consumo. Las contradicciones son bastante claras también en este campo, ya que por una parte el proceso de reproducción imperturbado del capital necesita muchísimo de los cambios que han tenido lugar (y que parecen continuar sin disminución) en el campo del consumo, pero al mismo tiempo, por otra parte, el sistema está expuesto a los peligros y perturbaciones que surgen de la creciente inestabilidad de la “familia nuclear”. En otras palabras, el dominio del capital depende de la continuidad de esos cambios y está condenado a ser debilitado por ellos. Es significativo en este respecto que, de acuerdo con un informe publicado recientemente –titulado “Diversos ordenamientos de vida en los niños” –de la Oficina del Censo de los Estados Unidos– en 1991 tan sólo una fracción de algo más de la mitad de la totalidad de los niños vivía en “familias nucleares” en los Estados Unidos: el 50.8 %, para ser precisos. (Para estos momentos la cifra debe estar bien por debajo de la mitad, si la tendencia mencionada en el Informe se mantuvo entre 1991 y 1994). Así, en 1991 cerca de la mitad de los niños norteamericanos fuera de la “familia nuclear” vivía

en algún otro ordenamiento familiar: con uno de los padres, con el padrastro o la madrastra, con medio hermanos, y demás. Esto constituye un gran cambio. No hace mucho, un funcionario del Censo halló, en un estudio por separado, que el número de niños dentro de las familias “nucleares” era del 57% en 1980. En 1970 había sido del 66%.³⁰⁰

Naturalmente, la parte del león de los problemas y complicaciones por tales cambios debe ser puesta sobre las espaldas de las mujeres. En verdad, la carga que el sistema del capital le impone a la mujer para el mantenimiento de la familia nuclear se está poniendo más pesada, y la posición de ésta en el espectro de la pobreza empeora constantemente, en lugar de irse mitigando, como lo pondría la retórica de la “igualdad de oportunidades para la mujer” y la “eliminación de todas las discriminaciones de género” El hecho perturbador recalcado por las Naciones

300 “Nuclear fission”, *The Economist*, 3 de setiembre de 1994, p.42.

Unidas de que en 1994 las mujeres constituían el 70 % de los pobres del mundo no tiene por lo tanto nada de sorprendente. En verdad, dadas las determinaciones por detrás de esas cifras, la situación de las mujeres está destinada a empeorar en el futuro previsible. Sobre las bases actuales la pasmosa cifra puesta en relieve por las Naciones Unidas es probable que alcance el 75 % en una década, lo que significaría una espantosa *relación de 3 a 1* comparada con los hombres entre los pobres del mundo.

Todo esto recalca nítidamente lo que, aunque no debería, sí necesita ser recalcado, porque la estratagema de la ideología dominante y de las distorsiones ampliamente difundidas de la “igualdad de oportunidades”; a saber, la de que *sin cambios fundamentales* en el modo social de reproducción no es posible siquiera dar los primeros pasos hacia la genuina emancipación de la mujer, mucho más allá de la retórica de la ideología dominante y los gestos legales ocasionales que siguen careciendo del soporte de los procesos y remedios materiales adecuados. Porque sin el establecimiento y consolidación de un modo de reproducción metabólica social basado en la *igualdad sustantiva* hasta los más sinceros esfuerzos legales orientados hacia la “emancipación de la mujer” están condenados a estar desprovistos de garantías materiales elementales, y por consiguiente a constituir, en el mejor de los casos, apenas una declaración de fe. Lo que no hay que dejar de enfatizar es que tan sólo una forma comunal de producción e intercambio social puede liberar a la mujer de su posición estructuralmente subordinada y proveer las bases de la igualdad sustantiva.

La magnitud de las dificultades que hay que superar en este sentido se puede apreciar si nos ponemos a recordar la manera como el proceso de producción ha sido constituido desde hace un largo tiempo, mucho antes incluso de la emergencia y triunfo del capitalismo. De acuerdo con esto, la transformación radical requerida para hacer posible el funcionamiento exitoso de un proceso metabólico social basado en la igualdad sustantiva implica la superación de la fuerza negativa de las estructuras discriminatorias jerárquicas y las correspondientes relaciones interpersonales de la “economía individual” establecidas primero hace miles de años.

El sistema del capital se constituyó sobre el fundamento de las alienantes estructuras discriminatorias y las mediaciones de segundo orden de la “economía individual” establecidas desde mucho antes y, claro está, adaptadas por la fuerza a sus propios propósitos y requerimientos reproductivos. Paralelos a tales desarrollos, en parte antes de y en parte bajo el sistema del capital en progreso, la cuestión de cómo superar de manera radical la división del trabajo alienante y deshumanizante inseparable de los procesos reproductivos de la “economía individual” y la

propiedad privada ha sido también repetidamente planteada. En verdad, la formulación de visiones alternativas de la organización de los intercambios reproductivos de los individuos en la sociedad se remonta bien hacia atrás en el pasado, como lo testimonian una multiplicidad de proyectos utópicos. Sin embargo, los objetivos de estas negaciones críticas radicales de la economía individual de la propiedad privada no pudieron ser procurados exitosamente antes del completo desarrollo del sistema mismo, debido a las precarias condiciones materiales a las cuales ellas vincularon su crítica del orden establecido. Como lo expuso Marx:

En todos los períodos previos, la abolición [Aufhebung] de la economía individual, la cual es inseparable de la eliminación de la propiedad privada, era imposible por la sencilla razón de que las condiciones materiales requeridas no estaban presentes. El establecimiento de una economía doméstica comunal suponía el desarrollo de la maquinaria, el uso de las fuerzas naturales y de muchas otras fuerzas productivas: por ejemplo, el suministro de agua, el alumbrado a gas, la calefacción a vapor, etc. La supresión [Aufhebung] de la ciudad y el campo. Sin estas condiciones una economía comunal no formaría en sí misma una nueva fuerza productiva; ella carecería de base material y descansaría sobre una fundamentación puramente teórica, en otras palabras, constituiría una mera anomalía y no pasaría de ser una economía de tipo monástica. ... Que la sustitución de la economía individual sea inseparable de la familia es evidente por sí mismo.³⁰¹

La manera como estas cuestiones –concernientes a la “economía individual” y las unidades de consumo básicas de la sociedad: la “familia nuclear” contemporánea– están interconectadas en las actuales condiciones constituye un círculo vicioso. Como siempre, el sistema del capital se hace valer también en este respecto bajo la forma de contradicciones insolubles. Por una parte, los procesos económicos de la industrialización capitalista ponen *a la vista* (pero, debido a la naturaleza misma del capital, irremisiblemente *fuera del alcance*) las condiciones materiales de una economía comunal sostenible, y por lo tanto hacen avanzar, al menos en principio, un aspecto de la correlación economía/familia individual– a través del desarrollo de un modo de producción concentrado y altamente centralizado. Sin embargo, el capital no logra siquiera arañar la superficie de la otra precondition vital de un metabolismo social verdaderamente viable: el aspecto que atañe a la necesaria reestructuración de las unidades de consumo de la sociedad en una dirección comunal, que haría factible la eliminación progresiva del inmenso desperdicio característico del sistema actual. No es posible siquiera dar un pequeño

301 MECW, vol.5, pp.75-76.

paso tentativo con esa finalidad dentro de los confines del modo de producción y reproducción metabólica social establecido. Porque el capital tiene un interés creado en hacer exactamente lo opuesto de lo que se requeriría. Debe fragmentar al extremo las unidades de consumo y en correspondencia modificar la estructura de la familia, en el interés de mantener su propio proceso de “realización” aún más desperdiciador, a cualquier costo, incluso si está condenado a comprobar ser absolutamente prohibitivo a largo plazo. Así en el curso del desarrollo histórico del capital algunas potencialidades positivas se activan también para la emancipación de la mujer... pero sólo para ser anuladas de nuevo bajo el peso de las contradicciones del sistema.

Resulta de gran importancia que la relación del capital se caracterice por la extralimitación también en lo relativo a la mujer. Esto es similar a lo que hemos visto en las Secciones 5.1 y 5.2, en lo concerniente a la contradicción entre el capital transnacional en desarrollo global y los estados nacionales, por un lado, y los imperativos que emanan de la lógica objetiva del capital y conducen a la destrucción de las condiciones básicas de la reproducción metabólica social, por el otro.

Esta extralimitación del capital en relación con la mujer asume la forma de hacer ingresar a la fuerza laboral un número cada vez mayor de mujeres, bajo la inexorable tendencia expansionista del sistema: un cambio que no puede ser llevado a su culminación sin las barreras y los tabúes existentes en el proceso. Sin embargo, este movimiento –que surge de la obligada tendencia del capital a la expansión rentable y no de la más mínima inclinación a una preocupación emancipatoria consciente hacia la mujer– yerra el tiro en el momento oportuno. No sólo porque la mujer debe aceptar una participación desproporcionada de los trabajos más inseguros y peor pagados en el mercado de trabajo y la suerte de representar el 70 % de los pobres del mundo. El movimiento también yerra el tiro porque las demandas que se le hacen a la mujer –y que deben ser hechas en un grado creciente– en virtud de su papel crucial en la familia nuclear, son cada vez más difíciles de satisfacer en su escenario social más amplio, contribuyendo así a que cualquier “disfunción social” pueda vincularse a la creciente inestabilidad de la familia, desde las preocupaciones antes citadas de la Oficina del Censo de los Estados Unidos por la “fisión nuclear” societal, a la amplia difusión de una cultura de la droga aparentemente incontrolable y el constante aumento de la tasa de criminalidad juvenil, etc. Lo que es peor desde el punto de vista de la estabilidad social del sistema del capital es que estamos presenciando el funcionamiento de un círculo vicioso. Porque mientras mayores sean las “disfunciones sociales” condenadas mayores serán la demanda y la carga

impuesta sobre la mujer como pivote de la familia nuclear, y mientras mayores sean las cargas menos podrán con ellas, en adición a su papel de ganadora del pan, a su “segunda tanda” después del trabajo, y demás. Otro aspecto importante de la extralimitación del capital en su relación con la mujer es que la ya señalada fragmentación y reducción de familia a su núcleo más íntimo (cosa que la tasa de divorcio en aumento constante también corrobora), como el “microcosmo” y la unidad de consumo básica de la sociedad, tiende a contribuir no sólo a la mayor inestabilidad de la familia misma, bajo enormes tensiones en una época de crisis estructural que se profundiza, sino además a su vez acarrea graves repercusiones negativas para todo el sistema.

5.3.9

Todo el discurso acerca de la “equidad” y la “justicia” como los fundamentos de la “igualdad” pone la carreta delante de los bueyes aun cuando lleve intenciones genuinas y no sea un cínico camuflaje para la negación efectiva de hasta las condiciones de igualdad más elementales. Definir lo que está sobre el tapete en términos de “igualdad de oportunidades” le hace el juego a quienes están ansiosos de impedir cualquier cambio en las relaciones materiales de poder prevalecientes y en las correspondientes jerarquías impuestas estructuralmente, poniendo a colgar la irrealizable promesa de la “igualdad de oportunidades” ante los críticos de la desigualdad social como se hace colgar la zanahoria inalcanzable ante la vista del asno. Porque las promesas de “equidad” y “justicia” en un mundo dominado por el capital sólo pueden constituir *coartadas* mistificadoras para la permanencia de la *desigualdad sustantiva*.

De hecho la precondition para moverse en dirección a un orden social justificable es cambiar el orden invertido entre la justicia y la igualdad hoy prevaleciente. Porque la única manera posible de realmente fundar la justicia misma y sacarla así de la esfera de la mistificación ideológica y la manipulación cínica es haciendo de la igualdad sustantiva el principio regulador efectivo de todas las relaciones humanas. Ello no puede ser hecho a la inversa, ni que se les ponga roja la cara a los “legisladores ideales” –quienes tratarían de instituir la “equidad” de la “igualdad de oportunidades”– de tanta presión de las buenas intenciones acumuladas. En otras palabras, solamente la unidad sustantiva puede ser el fundamento de una justicia significativa, pero no existe dosis de justicia proclamada legalmente –si es que fuese practicable, cosa que obviamente no es– capaz de producir la igualdad genuina.

La relación capital/trabajo es por naturaleza propia la encarnación tangible de la jerarquía estructural y la desigualdad sustantiva insu-

perables. Así, el sistema del capital en sí, en su obligada constitución, no puede ser otra cosa que la perpetuación de la *injusticia fundamental*. Inevitablemente, entonces, todos los intentos de conciliar este sistema con los principios de la justicia y la igualdad demuestran ser absurdos. No pueden más que equivaler a lo que una expresión húngara llama “hacer ruedas de hierro de palo”. Los practicantes de este arte deben, a fin de conjurar la visión de sus ruedas de hierro puro, proceder por decreto, estipulando que los únicos criterios pertinentes son los puramente *formales*, excluyendo así a priori todas las consideraciones sustantivas (incluidas las diferencias materiales entre la madera y el hierro), de modo que al final estarían en capacidad de afirmar que la “*igualdad de los resultados*” (es decir, la igualdad significativa) no tiene la más mínima importancia. Ellos están deseosos de retener la *igualdad formal* por dos razones. Primero, porque es esencial para el arte misterioso (o mejor: convenientemente mistificador) de hacer ruedas de hierro de palo impedir al mismo tiempo por decreto la posibilidad de cuestionar –bajo pena de exponerse a las acusaciones de “irracionalidad” y “error categórico”– la incurable iniquidad de la relación capital/trabajo misma, la cual se admite que pertenece a la “categoría” de la “contingencia material”, si bien en forma prácticamente eternizada. Y segundo, porque la igualdad formal que se puede imponer legalmente tiene sus aplicaciones en la regulación de algunos aspectos de la relación entre las unidades particulares del capital, sin entrar en conflicto con los procesos sustantivos de la concentración y centralización del capital. La “igualdad de oportunidades” nunca realizable, colocada frente a la “igualdad de resultados” es en su eficacia ideológica argumentablemente el producto más importante del venerable arte de hacer ruedas de hierro de palo, reduciendo la sustancia a la “pura forma” y transformando la jerarquía discriminatoria impuesta estructuralmente, con todas sus obvias desigualdades, en “equidad” y “justicia”. El mismo arte de magia es usado por la “Comisión de Justicia” del Partido Laborista inglés con el propósito de producir con la madera capitalista infestada de gusanos las ruedas de hierro de la “equidad y la justicia socialistas modernizadas”, sobre cuya base los gastos en seguridad social puedan ser reducidos al mínimo por un futuro gobierno laborista, en nombre del “pensar con equidad y con realismo” en los “pobres que lo merecen”.

Sin embargo, los socialistas sabían desde hace mucho tiempo que en todas las relaciones en las que está implicada la cuestión de la desigualdad, incluida la de las mujeres, lo que realmente interesa se define siempre en términos de las necesidades y esencialidades realmente existentes. Tal y como Babeuf –justo en el tumulto que siguió a la Revolución Francesa– había formulado los criterios mediante los cuales había que valorar estos

asuntos, refutando con los términos de evaluación que él adoptó tanto al elitismo utilitarista como a la cuantificación mecanicista:

La igualdad debe ser medida por la *capacidad* del obrero y por la *necesidad* del consumidor, no por la intensidad del trabajo y la cantidad de cosas consumidas. Un hombre dotado de un cierto grado de fuerza, cuando levanta un peso de diez libras, trabaja tanto como otro hombre que tenga cinco veces esa fuerza cuando levanta cincuenta libras. Aquél que, para satisfacer una sed abrasadora, se toma una jarra de agua, no disfruta más que su camarada que, ligeramente sediento, se bebe a sorbos un vaso. El objetivo del comunismo en cuestión es la *igualdad de las penas y los placeres*, no de los *objetos consumibles* y las *tareas* de los obreros.³⁰²

Nadie que esté seriamente preocupado por la cuestión de la igualdad en las relaciones humanas sería capaz de objetar estos criterios que ponen también en su debida perspectiva a la conexión entre igualdad y equidad/justicia, al insistir en la redefinición y refundación de éstas últimas mediante el reconocimiento de la prioridad de la igualdad sustantiva, que surge directamente de la necesidad humana real. Es significativo en este respecto que con el reto de la liberación de la mujer centrado en la cuestión de la igualdad sustantiva se pone en movimiento una gran causa histórica que no puede encontrar canales para su realización dentro de los confines del sistema del capital. Porque la causa de la igualdad y la emancipación de la mujer implica los procesos sustantivos e instituciones más importantes de todo el orden metabólico social.

Es igualmente significativo que, desde la aparición misma de las formas más militantes del movimiento de presión por la igualdad de la mujer, la respuesta de incluso los intelectuales burgueses relativamente progresistas fue, muy en conformidad con la actitud general de los defensores del sistema, tratar de confinar sus demandas y evaluar los logros factibles en términos de criterios *formales*, en la vieja y noble tradición de hacer ruedas de hierro de palo. Es así como el socialista fabiano radical H.G. Wells –quien hasta se creía ser un adalid de la liberación de la mujer– argumenta el caso en un libro famoso:

En los días excitados de la emancipación femenina al final del último siglo se hablaba mucho acerca de los cambios y maravillas que ocurrirían cuando este mundo cesara de ser un mundo “hecho para el hombre”. Las mujeres iban a hacer valer sus méritos, y todas las cosas irían de lo mejor. De hecho, *el derecho al voto de las mujeres*, la apertura de cualquier profesión posible para ellas, una legislación como la del Acta (Remoción) de la Descalificación Sexual de 1919 en Inglaterra, significa que las mujeres no estaban haciendo valer sus derechos, que meramente estaban renunciando a ellos... o si se quiere, escapando de ellos.³⁰³

302 Ver Philippe Buonarroti, *Conspiration pur l'égalité dite de Babeuf*, Bruselas, 1828, p.297.

303 H.G. Wells, *The Work, Wealth and Happiness of Mankind*, Heinemann, Londres, 1932, p.557.

El nivel del logro femenino es a menudo alto, más alto que el de los hombres de segunda categoría, pero en ninguno de los campos abiertos, excepto en la ficción local, se puede declarar que alguna mujer haya exhibido cualidades e iniciativas que las coloquen al nivel de los mejores hombres. ... En la literatura, en el arte, en el laboratorio científico, ellas han tenido un campo equitativo y una estimación considerable. No padecen de ninguna desventaja. Pero hasta ahora ninguna ha mostrado la fuerza o el aliento estructural, la profundidad y la firmeza de concepción, como para compararse con el mejor trabajo de los hombres. Ellas no han producido ninguna generalización científica iluminadora.³⁰⁴

Y Wells no se contenta con minimizar los logros de la mujer contra todas las desventajas discriminatorias sustantivas, usando como base para su juicio el criterio formal de que a las mujeres les ha sido “concedido el derecho al voto”, y gracias a la eliminación de la “Descalificación Sexual” mediante un Acta del Parlamento en 1919 “se les ha abierto cualquier profesión posible”. Después de demostrar de esta ciega manera rebajante su total incomprensión de lo que se requiere para hacer posible la igualdad sustantiva, preservando presuntuosamente el eterno dominio de los “logros de primera categoría” para los hombres, y empleando el ardid del “mejor trabajo” restringido al arte y a la ciencia, como la base legitimadora para negarle la igualdad con el hombre a más de la mitad de la humanidad, Wells va más allá y le ofrece a la mujer la perspectiva de un status de eterna “auxiliaridad”, embellecido –según el modelo antiguo pero aparentemente insuperable de Menenius Agrippa antes las masas rebeldes reunidas en las colinas de Roma– con la retórica del “servicio” cumplido “honorablemente y con buena voluntad”. Así suena el sermón wellsiano:

Las mujeres han desempeñado el papel de una *argamasa social*. Ellas parecen capaces de aceptar con más facilidad y con más simplicidad, y mantienen una mayor lealtad. En la sociedad mundial del futuro, más sutilmente moralizada, elevadamente educada y científicamente regida, esa sociedad mundial que es la única alternativa al desastre humano, tal función matriz será aún más vitalmente necesaria. Ese, más que los *papeles estelares*, podría ser en el futuro *el destino general de la mujer*. Ella continuará sirviendo de madre, enfermera, asistente, protectora, consolación, recompensa, unificadora de la humanidad. Hasta ahora el papel de la mujer ha sido decorativo o auxiliar. Y hoy día parece ser aún más decorativo y auxiliar. Menos decorativo, tal vez, y más honorable y voluntariamente auxiliar. Sus recientes ganancias de libertad han ampliado su escogencia de qué es lo que va a adornar o a servir, pero no le han permitido nuevas iniciativas en las cuestiones humanas. Esto quizá no sea del agrado de la entusiasta feminista de la escuela del pasado *fin-de-siècle*, pero así son los hechos. En un mundo en el cual la causa del servicio parece destinada a convertirse en la causa social dominante, nada hay en lo que aquí hemos planteado que mujer alguna tenga que deplorar.³⁰⁵

304 *Ibid.*, p.558.

305 *Ibid.*, pp.561-62.

Lo que es curiosamente –y convenientemente– olvidado en la idealización de la “argamasa social” como “destino general de la mujer” es que, por su naturaleza misma y “su función auxiliar”, la argamasa está destinada a ser estrujada entre ladrillos y piedras. Permanece ignorada y olvidada todo el tiempo, a menos que la lluvia o alguna otra causa de erosión le permita asomar un poco. Entonces puede que la atención se vuelva a fijar en la argamasa, pero estrictamente mientras dura la emergencia, ya que los bloques de la construcción –que en la visión de H. G. Wells desempeñan con todo derecho los “papeles estelares”, aunque no sean ellos más brillantes que los ladrillos o las piedras– deben ser refaccionados de nuevo y apropiadamente vueltos a pintar por la brigada de reparaciones.

Existe una bella y conmovedora balada popular húngara de comienzos del siglo XVIII que nos dice qué hacer con la “argamasa social” como continuado “destino de la mujer”. Su título es *Kömíves Kelemenné*³⁰⁶ y narra la trágica historia de la señora Kelemen, la Señora del Maestro de albañilería Kelemen.

Su marido y otros once albañiles, tentados por la “rica remuneración de un montón de plata y oro” contratan para construir la elevada fortaleza de Déva, pero fracasan en sus esfuerzos porque

lo que construyen hasta el mediodía, se derrumba por la noche,
lo que construyen hasta la noche, se derrumba por la mañana.

Para remediar su fracaso, hacen un pacto al que todos aceptan solemnemente cumplir: que la primera esposa en llegar sería quemada, y sus cenizas mezcladas con la cal, a fin de hacer una argamasa indestructible con la que pudiesen erigir la elevada fortaleza.

Sucede que la señora Kelemen es la primera en dirigirse hacia Déva en su hermoso carruaje, tirado por cuatro hermosos caballos bayos. A mitad del camino su cochero le ruega que se devuelvan, y le dice que, en sueños, había tenido una oscura premonición: había visto al pequeño hijo de la señora Kelemen caer y matarse en el profundo pozo que había en el centro de su patio trasero. La Señora lo calla con palabras contra las que no podía haber apelación:

“¡no pare, cochero, ni el coche ni los caballos son suyos;
hágalos ir más de prisa!”

Cuando se van aproximando a Déva, el albañil Kelemen los reconoce a lo lejos, y le ruega a Dios haga caer un rayo sobre el camino, justo delante de ellos, de manera que con el susto los caballos dieran

306 “Kömíves Kelemenné”, en *Hét évszázad magyar versei*, Szépirodalmi Könyvkiadó, Budapest, 1954, pp.26-28.

marcha atrás o, de fallar eso, se les quebraran las patas a los cuatro, de manera que no llegaran nunca donde él y sus compañeros constructores, pero todo en vano. La señora Kelemen llega y los doce albañiles le dicen con palabras consoladoras el cruel destino que ella no puede evadir. Ella los llama “doce asesinos”, incluyendo a su esposo entre ellos, e insiste en que deben esperar a que ella vaya hasta su casa y regrese de nuevo, para poder “decirles adiós a mis amigas y a mi bello hijo pequeño”.

A su regreso ellos la queman y utilizan sus cenizas para hacer la potente argamasa, y así lograron erigir la elevada fortaleza de Déva, y recibir como era debido “la rica remuneración de un montón de plata y oro” por ello. Cuando la fortaleza está terminada y el Maestro de albañilería Kelemen regresa a casa, su hijo empieza a preguntarle por su madre ausente. Después de mentirosas evasivas, al final el padre tiene que decirle al hijo que su madre forma parte de la pétrea fortaleza de Déva. En su desesperación, el hijo va hasta la fortaleza en la cima de la montaña y grita tres veces:

“¡Madre, dulce madre, háblame de nuevo!”

Su madre responde, y es así como termina la balada:

“¡Yo no puedo hablarte! El muro de piedra me oprime.
Estoy emparedada y sepultada bajo estas pesadas piedras”.
Entonces se le partió el corazón, con ello se abrió la tierra,
el niño se hundió en sus profundidades y quedó enterrado allí.

Hay algunas lecciones que aprender de la conmovedora historia de esta balada popular, que habla de la “mujer argamasa” de una manera muy diferente pero infinitamente más realista que el rebajante cuento de hadas de Wells, escrito con un espíritu compartido por todos los que utilizan la excusa de la igualdad *formal* para negar efectivamente la *igualdad sustantiva*. Las lecciones están implícitas tanto en el padecimiento de la señora Kelemen, que le es impuesto cruelmente con la participación activa de su marido co-legislador como en el trágico destino de la madre y el hijo, que hablan no tanto del “destino general de la mujer”, sino del nada tranquilizador destino de la humanidad, si se continúa ignorando las lecciones. Sin embargo, sobre la evidencia del papel cumplido bajo el dominio del capital incluso por el Maestro de albañilería Kelemen, quien debió obedecer el fundamento de toda ley formal o explícita formulada bajo el sistema, es decir, la definitiva ley de ser arrastrado por la necesidad de “un montón de plata y oro”, a pesar del amor por su esposa, no puede haber esperanza de que las personificaciones del capital –masculinas o femeninas– vayan a sacarle el menor provecho a estas lecciones.

5.4 Desempleo crónico: el significado real de la “explosión demográfica”

5.4.1

La dudosa distinción de haber hecho sonar la alarma acerca de las perspectivas de una “explosión demográfica” le pertenece al Reverendo T.R. Malthus, aunque él no haya usado el término en sí. Sin embargo, en su *Ensayo sobre el principio de población, como él afecta al futuro mejoramiento de la sociedad, con observaciones acerca de las especulaciones de los señores Godwin y Condorcet y otros escritores*, cuya primera publicación, en anónimo, se remonta a 1798, y a partir de allí aparece en ediciones muy aumentadas, él sentó las bases de una manera extremadamente conservadora y alarmista de enfocar el problema del crecimiento de la población. En el interés de la apologética clasista sustrajo las tendencias del desarrollo en curso de sus determinantes sociales, intentando tratar las cuestiones inherentemente *históricas* de por qué y cómo cambian las poblaciones bajo una “ley natural” mecánica proclamadora del desastre. Así, el contraste con las valoraciones socialistas de las cuestiones implicadas no podía ser mayor. Marx caracterizó así al enfoque malthusiano:

[Malthus] considera que la sobrepoblación es del mismo tipo en todas las diferentes fases históricas del desarrollo económico; él no entiende su diferencia *específica*, y por lo tanto reduce estúpidamente las muy complicadas y variantes relaciones a una relación única, dos ecuaciones, en las cuales la reproducción *natural* de la humanidad aparece en uno de los lados, y la reproducción *natural* de las plantas comestibles (o de los medios de subsistencia) en el otro, como dos *series naturales*, la primera como una progresión geométrica y la segunda aritmética. De esta manera transforma la relación históricamente distinta en una relación *numérica abstracta*, la cual ha extraído directamente del aire, y que no se fundamenta ni en leyes naturales ni en leyes históricas. Existe una diferencia supuestamente natural entre la reproducción de la humanidad y la de, por ejemplo, los granos. Este mandril quiere dar a entender, por lo tanto, que el crecimiento de la humanidad es un proceso puramente natural, que requiere de restricciones externas, controles, que le impidan avanzar en una proporción geométrica. ... Él transforma los límites *inmanentes, históricamente cambiantes*, del proceso de la reproducción humana en *barreras exteriores*, y las barreras exteriores a la reproducción natural en límites inmanentes o *leyes naturales* de la reproducción.³⁰⁷

La transustanciación malthusiana de lo históricamente específico en una determinación seudonatural eterna terminó por *invertir* la relación entre los límites inmanentes y las barreras exteriores. Esto servía al propósito ideológico de exonerar al sistema socioeconómico establecido históricamente (y por lo tanto en principio cambiante históricamente) de toda culpa imaginable en el aspecto por el cual el propio Reverendo anónimo había hecho sonar la alarma. Al mismo tiempo anticipaba “so-

307 Marx, *Grundrisse*, pp.605-607.

luciones correctivas” en nombre de una pretendida “ley natural” –que no sólo se ajustarían a la conveniencia del orden de reproducción metabólica social existente, sino también reforzarían sus pretensiones de una permanencia absoluta plenamente justificable. Merecía la permanencia absoluta gracias a su habilidad para manejar la “ley natural”, sin alterarse como sistema social articulado mediante los parámetros estructurales de la propiedad privada distribuida de manera inicua y la dominación de clase correspondiente. Así, en sintonía con el subyacente intento ideológico conservador, la seudonatural ley malthusiana del crecimiento de la población –proyectada para afirmarse “en proporción geométrica”,³⁰⁸ y descrita por el autor del *Ensayo sobre el principio de población* también como “el efecto de una gran causa íntimamente unida a la naturaleza misma del hombre” cuya especificidad era vista curiosamente en su inescapable subsumisión bajo la genérica “tendencia constante en toda vida animada a aumentar más allá del sustento preparado para ella”³⁰⁹– podía ser adecuadamente complementada por Malthus con el orden seudonatural de la sociedad capitalista estructuralmente incambiable. En ese espíritu él podía pontificar que

La estructura de la sociedad, a grandes rasgos, probablemente permanecerá por siempre *sin cambiar*. Tenemos toda clase de razones para creer que ella siempre consistirá de una *clase de propietarios* y de una *clase de trabajadores*.³¹⁰

Como Malthus mismo lo reconocía, su *Ensayo* fue concebido como una réplica violenta contra la proyección libertaria y socialista utópica de William Godwin de un orden social alternativo, orientado hacia el establecimiento de una igualdad genuina y las correspondientes relaciones para regular los intercambios sociales. Se suponía que la “ley natural” por detrás del “principio de población” de Malthus proporcionaría una refutación a priori de todas esas ideas. El sistema de dominación estructural establecido, con sus inicuas relaciones de propiedad, representaba para Malthus el mejor de los mundos posibles. La meta apologética de su teoría era proveer la justificación racional –que en su opinión debería ser visible y convincente también para la clase de los trabajadores y para los indigentes– para la legitimación y validación del orden establecido. Todas las mejoras tenían que ser concebidas estrictamente *dentro* de los parámetros estructurales pretendidamente eternos de ese orden.

Contra el trasfondo histórico de la Revolución Francesa y el temor de graves estallidos que ella había despertado en las clases dominan-

308 T.R. Malthus, *An Essay on the Principle of Population*, Everyman's Library, J.M. Dent & Sons, Londres, n.d., vol. 1, p.8.

309 *Ibid.*, p.5.

310 *Ibid.*, vol. 2, p.262.

tes de toda Europa, Malthus pintó “un cuadro todavía más consternante a la imaginación” que “la eutanasia pronosticada por Hume”³¹¹ en estos términos:

Si el *descontento político* se mezclara con los gritos del *hambre*, y tuviera lugar una *revolución* instrumentada por una multitud que clama por comida, las consecuencias serían un cambio incesante y una incesante carnicería.³¹²

Malthus postulaba, entonces, que si la “estructura de la sociedad” que se correspondía con su visión del “orden natural” fuera apropiadamente entendida por todos los involucrados, ricos y pobres por igual, no habría ningún peligro de descontentos y revoluciones políticas. Rechazó tajantemente las ideas de Thomas Paine concernientes a los Derechos del Hombre como una “gran perversidad”: el resultado de que su proponente fuese un “total desconocedor de la estructura de la sociedad”.³¹³ Al mismo tiempo insistía en que el ser humano “ni posee ni puede poseer derecho a la subsistencia cuando su trabajo no es capaz de costársela” (por supuesto exceptuando de tales consideraciones a “los caballeros del campo y al hombre de propiedades”³¹⁴), añadiendo cínicamente que “quien deja de tener el *poder* deja de tener el *derecho*”.³¹⁵ Así, de acuerdo con el Reverendo Malthus, “la inferencia que el señor Paine y otros han extraído en contra de los gobiernos por la infelicidad del pueblo es palpablemente injusta”.³¹⁶ Porque lo que parecen ser injusticias sociales y políticas no son nada de eso, ya que realmente surgen del “principio de población”, es decir, del aumento catastrófico del número de personas que necesitan subsistir.

Para contrarrestar las “perversas” e “impropias” opiniones del “señor Paine y otros”, Malthus expuso su mensaje “racional” con la confianza parcialmente recobrada de quienes creían que lo peor del peligro revolucionario había pasado ya, aunque seguía siendo aconsejable la adopción de reformas graduales que se pudiesen amoldar dentro de los parámetros estructurales del orden establecido. Argumentando a su manera inimitable, que fusionaba los roles de conservador fanático y párroco de untuosos sermones, Malthus pretendía proporcionar las bases sobre las cuales –acoplándose a cabalidad con la “diaria expansión de las ciencias físicas”– también se pudiese asegurar el avance de la “ciencia de la moral y la filosofía política”.³¹⁷ Es así como el autor del *Ensayo sobre el principio de población* condensa los aspectos más importantes de sus propios logros “científicos”:

311 *Ibid.*, p.187.

312 *Ibid.*

313 *Ibid.*, p.190.

314 *Ibid.*, p.192.

315 *Ibid.*, p.191..

316 *Ibid.* p.193

317 *Ibid.*

Que la causa principal y permanente de la pobreza tiene poca o ninguna relación directa con las formas de gobierno, o la desigual división de la propiedad; y que, como los ricos en realidad no poseen el poder de hallarles empleo y manutención a los pobres, los pobres no pueden, en la naturaleza de las cosas, poseer el derecho a pedir que se los den; estas son importantes verdades que emanan del principio de población, el cual, cuando sea explicado de manera apropiada, en modo alguno quedará por encima del más común de los entendimientos. Y es evidente que todo aquél de las clases más bajas de la sociedad que sea enterado de estas verdades, estará dispuesto a soportar las congojas en las que podría verse envuelto con mayor paciencia; sentiría menor descontento e irritación hacia el gobierno y las clases más altas de la sociedad, a causa de su pobreza; estaría en todas las ocasiones menos dispuesto a la insubordinación y la turbulencia; y si llegase a recibir asistencia, bien sea de alguna institución pública o de manos de la caridad privada, la recibiría con mayor agradecimiento, y apreciando más justamente su valor.

Si estas verdades fuesen del conocimiento gradualmente general (lo cual en el transcurso del tiempo no parece ser improbable que se dé por los efectos naturales y el mutuo intercambio de opiniones), las clases más bajas del pueblo, como un cuerpo, se volverían pacíficas y ordenadas, estarían menos inclinadas a los procederes tumultuosos en épocas de escasez, y en todo momento resultarían menos influidas por las publicaciones incendiarias y sediciosas, al conocer lo poco que dependen el precio del trabajo y los medios para sostener una familia de una revolución. El mero conocimiento de estas verdades, aunque no opere lo suficiente como para producir algún cambio marcado en los hábitos de los pobres en relación con el matrimonio, tendría siquiera un efecto muy beneficioso sobre su conducta bajo una óptica política; e indudablemente uno de sus efectos más valorables sería el poder que resultaría para las clases altas y medias de la sociedad, de mejorar gradualmente sus gobiernos, sin la aprehensión de esos excesos revolucionarios, el temor a los cuales, en el presente, amenaza con privar a Europa hasta de ese grado de libertad que ella había experimentado antes como practicable y de cuyos efectos saludables ella había venido disfrutando desde hace mucho tiempo.³¹⁸

Así, los pretendidos logros científicos del *Ensayo sobre el principio de población* de hecho no eran otra cosa que una desnuda apologética y un ejercicio de levantamiento del ánimo por los cuales los voceros intelectuales y políticos de “el hombre de propiedades” jamás han dejado, desde entonces, de honrarlo y emularlo. Más aún, incluso la pretendida evidencia de Malthus de la corrección política de su propia teoría a cuenta de su aceptación incondicional por “todo aquél de las clases más bajas de la sociedad” era no menos “extraída directamente del aire” –el aire de la ilusoriedad conservadora– que su pilar de sostén “científico”: la postulada “ley natural” del crecimiento demográfico en progresión geométrica, en contraste con la irrevocablemente limitada “progresión aritmética” factible para producir los medios de subsistencia necesarios. Él pensaba que confrontando y atemorizando al pueblo con las implicaciones de su

318 *Ibid.*, pp.260-61.

fórmula mágica, no importa cuán absurda fuese ella, hasta “el más común de los entendimientos” se dejaría vencer y olvidaría todos sus problemas, o al menos dejaría de dirigir sus quejas contra los custodios del orden establecido. Prefería ignorar la diferencia realmente evidente entre las condiciones de vida reales y los intereses materiales y políticos de los “caballeros del campo” y “el hombre de propiedades” –que respondieron con comprensible vehemencia y entusiasmo a sus opiniones– y “las clases más bajas de la sociedad” a fin de poder declarar, como el principal mérito político de su empresa, que la aceptación universal de sus “patentes verdades”, tendedoras del puente entre las clases, era irresistible.

Lo absurdo de las fórmulas de Malthus debería haber quedado suficientemente claro incluso para el momento de la primera publicación de su *Ensayo*, puesto que él proyectaba que

para la conclusión del primer siglo, la población [de Inglaterra solamente] sería de 176 millones, y los medios de subsistencia sólo alcanzarían para 55 millones, dejando a una población de 121 millones totalmente desprovista.³¹⁹

En cuanto al aumento de la población mundial, Malthus preveía que a fines del siglo XX llegaría a no menos de 256.000 millones, y así “la población estaría en una relación con los medios de subsistencia de 256 a 9; y en tres siglos [esto es, al final del siglo XXI] 4096 a 13”.³²⁰ Característicamente, buscaba remedios –aportando así el modelo para sus imitadores de la “Derecha Radical” de hoy– en su constante defensa de los recortes, y en última instancia la eliminación completa, de la asistencia social a los necesitados, argumentando que

al crear una demanda artificial por parte de las suscripciones públicas o los adelantos del gobierno, estamos evidentemente impidiendo que la población del país se ajuste gradualmente a sus recursos en disminución.³²¹

En verdad, en la vieja y noble tradición de los escritores oscurantistas que no eran capaces de presentar evidencia real para sustentar sus teorías, con frecuencia Malthus empleaba en sus análisis de asuntos de gran importancia nada más que condicionales contrafactuales como el veredicto final que nadie podía cuestionar. Ni se esperaba, claro está, que la gente cuestionara tales veredictos. Porque precisamente su exoneración encubridora ante cualquier inspección minuciosa era el propósito apologético de la metodología contrafactual tan a gusto de Malthus, como por ejemplo en la afirmación interesada según la cual

si la legislación sobre la pobreza no hubiera existido nunca en este país, aunque quizá habría habido unos cuantos casos más de penurias muy graves, el

319 *Ibid.*, vol. 1, p.10.

320 *Ibid.*, p.11.

321 *Ibid.*, vol.2, p.242.

volumen conjunto de felicidad entre la gente común podría haber sido mucho mayor que en el presente.³²²

El autor del *Ensayo sobre el principio de población* despachaba de la misma manera a sus adversarios que señalaban las mejoras sociales implementadas luego de la Revolución Francesa. Les respondió afirmando de modo perentorio que si las masas trabajadoras en Francia no se hubiesen mantenido fieles a los desiderata que se desprendían de su “principio” –con “una proporción de nacimientos altamente disminuida” (la cual sólo existía en la imaginación del conservador párroco)– “la revolución no hubiese hecho nada por ellos”.³²³

Al igual que sus imitadores del presente, los opositores a garantizarles el “salario mínimo” a los trabajadores pésimamente pagados, Malthus condenaba todos los esfuerzos dirigidos a mejorar directamente los niveles salariales como “irracionales e inefectivos”, porque ello deberá producir el efecto de lanzar al desempleo a tantos”.³²⁴ Gran hipócrita como lo era, exactamente como sus seguidores de hoy, Malthus presentaba su condena a la legislación social benéfica como si su postura negativa fuese debida a que se le había roto el corazón por la gente trabajadora. Trataba de hacer creer a sus críticos que él tan sólo “anhelaba la felicidad de la gran masa de la comunidad”,³²⁵ porque las leyes promulgadas a favor de la asistencia social

han disminuido muy decisivamente los salarios de las clases trabajadoras, y hecho que su condición general sea esencialmente peor de la que hubiese sido si esas leyes nunca hubiesen existido.³²⁶

De la misma manera, Malthus tronaba constantemente contra lo que en nuestros días es llamado la “*dependencia cultural*”, y propugnaba como la única solución racional y humana a la condena más estricta de todos aquellos que aceptaran la “pobreza dependiente”, aunque, de nuevo, lo hizo asumiendo la pose del corazón roto:

Por duro que pueda parecer en los casos individuales, la *pobreza dependiente* debería ser considerada *desgraciada*. Un estímulo así haría falta para promover la felicidad de la gran masa de la humanidad; y todo intento general para debilitar este estímulo, aún cuando fuese benevolente en su intención, terminaría siempre por derrotar a su propio propósito. Si a los hombres se les induce al matrimonio con la única esperanza de recibir la ayuda pública, no sólo están siendo tentados injustamente a traer la infelicidad y la dependencia hacia sí mismos y sus niños, sino que están siendo tentados, sin saberlo, a lesionar a todos los que comparten una misma clase social con ellos. ... las instituciones

322 *Ibid.*, p.51.

323 *Ibid.*, pp.68-69.

324 *Ibid.*, p.65.

325 *Ibid.*, p.66.

326 *Ibid.*, p.64.

positivas [de asistencia social], que hacen tan general a la pobreza dependiente, atenúan esa desgracia que, por las mejores y más humanas razones, estaría siempre unida a ella.³²⁷

Apelar al “estímulo” de etiquetar a la gente como “desgraciada” a cuenta de que tolera la condición deshumanizante de la “pobreza dependiente”, que le es impuesta por el sistema del capital, era una típica manera de presentarlo todo patas arriba del modo más insensible, muy acorde con la actual propugnación de un “regreso a los valores básicos” y a los “apropiados valores victorianos”. Malthus complementó ese enfoque con su propia versión del “bienestar orientado”, condenando severamente “el alivio sistemático y seguro del cual los pobres pueden depender confiadamente” y propugnando que el alivio general debería ser reemplazado por la “asistencia discriminada y ocasional”.³²⁸

En el mismo espíritu (que debería encontrar profunda resonancia en todos aquellos políticos que hoy hablan con gran indignación acerca de las “madres solteras que quedan embarazadas con el propósito de saltarse la cola de los que aguardan por una vivienda”), Malthus expresaba su aprobación a la precaria disponibilidad de viviendas en la Inglaterra de su tiempo, agregando –sin ninguna duda sólo porque él “anhelaba la felicidad de la gran masa de la comunidad”– que “uno de los controles más saludables y menos perniciosos a la frecuencia de los matrimonios precoces en este país es la dificultad para procurarse una vivienda”.³²⁹ Y llegó al colmo de exigir una forma de educación en la que “un hombre adquiera esa *clase de orgullo decente y esos hábitos de pensamiento más razonables* que lo hagan desistir de cargar a la sociedad con una familia de hijos que él no puede mantener”.³³⁰

Según el “Principio de Población”, los niños apropiadamente educados de las clases trabajadoras “deben diferir el matrimonio hasta tanto ellos tengan una buena perspectiva de poder mantener una familia”.³³¹ Ellos tendrían también que reconocer que –de acuerdo con los “hábitos de la prudencia y la previsión” y la necesaria “cooperación con las lecciones de la Naturaleza y la Providencia”³³²– deben adquirir el “hábito del ahorro” y poner su dinero en “bancos de ahorro” establecidos, los cuales “les permitirían a los pobres tomar previsiones contra las contingencias mismas”.³³³ Los pobres que trabajan deben aprender a po-

327 *Ibid.*, pp.49-50.

328 Ambas citas de *Ibid.*, p.249.

329 *Ibid.*

330 *Ibid.*,

331 *Ibid.*, p.252.

332 *Ibid.*, p.242.

333 *Ibid.*, p.50.

nerles “freno a sus inclinaciones”; debe enseñárseles a “cultivar los hábitos de la economía, y a hacer uso de los medios que les proporcionan los bancos de ahorro, a ahorrar de sus ingresos cuando están solteros, con la finalidad de montar casa al contraer matrimonio, y capacitarlos para tener una vida con decencia y bienestar”.³³⁴ Más aún, Malthus esperaba que los miembros de las clases trabajadoras pudieran ahorrar suficiente dinero, para ellos mismos y sus familias, no sólo para los períodos de enfermedad y vejez, sino aun después de la muerte para sus viudas e hijos³³⁵ —sólo Dios sabe cómo, puesto que en otro contexto él admitía que los salarios de los obreros eran demasiado bajos, cuando atacaba las leyes de asistencia social existentes sobre la base de que ellas habían deprimido grandemente los niveles de salario. Aquellos que hoy propugnan la eliminación progresiva de las pensiones del estado y su reemplazo por una suerte de plan de pensión universal privado, a fin de aliviar la creciente crisis fiscal del estado capitalista, no tienen mayores probabilidades de encontrar una salida al laberinto de las autocontradicciones malthusianas que su ancestro repleto de ideas ilusas.

La totalidad de la elaboración teórica malthusiana estaba centrada alrededor de una única proposición. Cualquier problema que el Reverendo Malthus planteara o respondiera, era resuelto de inmediato mediante la apelación directa a la pretendida “ley natural de población”. Si tan sólo las personas atendieran a las enseñanzas explicadas en el *Ensayo sobre el principio de población*, todos los peligros desaparecerían, sin ninguna necesidad de alterar el orden social existente: “una sociedad dividida en una clase de propietarios y una clase de trabajadores, y con el orgullo como el principal resorte de la gran máquina”, en completo acuerdo con las “inevitables leyes de la naturaleza”.³³⁶ Todo lo que se requería contra las múltiples tendencias negativas era hacer los ajustes correctivos de acuerdo con el simple pero milagrosamente omniabarcante “Principio” del señor Malthus. Puesto que el autor quería mantener que el orden social establecido había surgido de “las inevitables leyes de la naturaleza” y como tal debía ser preservado, el correctivo adecuado y efectivo para los problemas reconocidos no podía ser otro que la “inevitable ley de la naturaleza”. Curiosamente, sin embargo, se suponía que esta última fuese una “ley de la naturaleza” tan sólo para el propósito flagrantemente apologético de atemorizar a la gente hasta perder el juicio, de modo que se amoldase permanentemente a las restricciones estructurales establecidas del orden capitalista. Esta manera de ocuparse de los problemas era

334 *Ibid.*, p.66.

335 *Ibid.*, p.50.

336 Ambas citas de *Ibid.*, p.21.

fundamentalmente la misma que nos ofrecen hoy en los sermones que predicán “los límites del crecimiento” (cuya emisión no es en modo alguno exclusiva del “Club de Roma”) para amenazarnos con las fatales consecuencias de la cercana “explosión demográfica”, precisamente con la intención de obligarnos a “aprender a vivir con los límites existentes”.

En realidad, no obstante, los dos conjuntos de las llamadas “leyes inevitables de la naturaleza” –la constitución y transformaciones de la sociedad y el crecimiento de la población– son inherentemente sociales, a pesar del hecho de que los apologistas como Malthus no puedan reconocer su carácter social aunque éste les salte a la cara; y ni siquiera en sus propios términos de referencia.³³⁷ Al final lo que hace defendible la esperanza de contrarrestar exitosamente las tendencias destructivas del

337 Encontramos un llamativo ejemplo de esa ceguera en la p.60 del volumen 2. En un capítulo añadido al *Ensayo* Malthus, en confiada espera del impacto correctivo de su “ley natural” durante los años de la recesión, escribió que

se verá probablemente, cuando se hayan hecho los próximos censos de la población, que los matrimonios y los nacimientos han disminuido y los decesos aumentado a un grado aún mayor que el de 1800 y 1801; y la continuación de ese efecto a cierto grado durante unos pocos años retardará el aumento de la población, y combinado con las crecientes necesidades de Europa y América producto de su creciente riqueza, y la adaptación de la provisión local de mercancías a la nueva distribución de la riqueza ocasionada por la alteración del medio circulante, le volverá a dar vida y energía a todas nuestras transacciones mercantiles y agrícolas, y regresará a las clases trabajadoras al pleno empleo y los buenos salarios.

Sin embargo, en una nota a pie de página agregada en 1825 a esta predicción Malthus tuvo que admitir que el efecto que él estaba anticipando por cuenta de su “principio de población” no se materializó:

Apareció, según los censos de 1821, que los años de escasez de 1817 y 1818 no habían tenido más que un leve efecto en la disminución del número de matrimonios y nacimientos, comparado con el efecto en su incremento de la gran proporción de los años de abundancia; de modo que la población avanzó con gran rapidez durante los diez años que terminaron en 1820. Pero este gran aumento de la población ha impedido que las clases trabajadoras tengan todo el pleno empleo que cabría esperar de la prosperidad del comercio y la agricultura durante los últimos dos o tres años.

Así que, aun a través de este recuento chapucero y confuso se trasluce que el valor predictivo de la “ley natural” de Malthus demostró ser nulo. Pero, por supuesto, el autor de una teoría de “una variable” no podía abordar los varios factores sociales, implícitos incluso en su recuento, que subrayaban la necesidad de darle un tipo de explicación muy diferente a lo que estaba ocurriendo y la respuesta a por qué habían fallado los cálculos de Malthus, y en verdad tenían que fallar. Lo único que podía hacer, de nuevo, era reiterar la validez de su “principio”, aunado a la arbitraria proposición condicional contrafactual según la cual de haberse realizado su expectación (que no fue así), entonces las clases trabajadoras hubiesen tenido pleno empleo y mejor remuneración (que no tuvieron). La falla de Malthus no fue simplemente asunto de haber interpretado mal una contingencia histórica dada. Tenía que ver con la totalidad de su marco teórico. Porque la idea (que es central en el sistema malthusiano) –de que un menor crecimiento de la población inevitablemente resolverá los problemas percibidos, y les traerá también “pleno empleo y buenos salarios” a las clases trabajadoras (y si no lo hace es sólo porque hay “un aumento de la población mayor de lo esperado”), bajo las condiciones del sistema del capital (que debe maximizar la ganancia en su procura de expansión y acumulación)– no es solamente falsa en relación con algunas circunstancias históricas pasajeras. Es completamente grotesca como cuestión de la obligada determinación estructural del orden establecido (cosa que en ocasiones el propio Malthus reconoce sin querer, como acabamos de ver), no obstante las desvirtuadas proposiciones condicionales contrafactuales de sus apologistas del pasado y el presente.

sistema de reproducción metabólica social establecido es precisamente la circunstancia de lo que la humanidad debe encarar y no son las “leyes inevitables de la naturaleza”, sino las corregibles tendencias sociales del desarrollo. De hecho la idea propuesta por Malthus y adaptada a sus circunstancias e instrumentos de “demostración” por sus seguidores conservadores del siglo XX –es decir, la proyección de que el devastador impacto de las “leyes inevitables de la naturaleza” puede ser contrarrestado positivamente por la fuerza de la prédica untuosa³³⁸– no resulta menos absurda que la propia proposición original malthusiana de acuerdo con la cual el crecimiento de la población humana es dictado por una ley de la naturaleza que se corresponde con una “progresión geométrica”.

5.4.2

Como todos sabemos, la población mundial no llegó en los dos últimos siglos a la cifra de 256.000 millones. De hecho se quedó corta nada más

³³⁸ Para citar a Malthus:

Estas consideraciones muestran que la virtud de la *castidad* no es, como algunos han supuesto, un producto forzado de la sociedad artificial; sino que tiene el más real y sólido de los fundamentos en la naturaleza y la razón; siendo aparentemente el único medio virtuoso de evitar el vicio y la miseria que tan a menudo resultan del principio de población. (*Ibid.*, p.161).

A esta doctrina se le objetará quizás la dificultad de la *restricción moral*. A quien no reconozca la autoridad de la religión cristiana, lo único que tengo que decirle es que, luego de la investigación más cuidadosa, esta virtud aparece como *absolutamente necesaria*, a fin de evitar ciertos males que de no ser por ella provendrían de las leyes generales de la naturaleza. De acuerdo con su propio principio, es su deber procurar el mayor de los bienes compatible con esas leyes (*Ibid.*, pp.163-64).

Se ve, entonces, que está en poder de cada individuo el evitar todas las malas consecuencias para él y para la sociedad que resultan del principio de población mediante la *práctica de una virtud* que le es claramente dictada por la luz de la naturaleza, y expresamente respaldada en la religión revelada. (*Ibid.*, p.166).

Esperar la solución de los explosivos antagonismos del sistema del capital a través de la “restricción moral” y la “práctica de la virtud” –y en particular de la “castidad”, por motivo de su vínculo directo mecánico con el “principio de población”– revela la total vaciedad de la apolo-gética malthusiana. Al igual que en los escritos de los descendientes de Malthus del presente, el carácter inherentemente *social* de los problemas negativos identificados, en su *especificidad histórica*, es ignorado y reemplazado por determinaciones seudonaturales complementadas ficticiamente por la buena obra de la virtud “absolutamente necesaria”. Hasta la sanción definitiva del capital –la guerra si fracasan las demás formas de hacer valer antagonísticamente los intereses dominantes– le es atribuida directamente en este primitivo discurso mecánico a la causa “natural” del crecimiento de la población. Se dice que este último es directamente responsable de “una insuficiencia de alojamiento y comida” (*Ibid.*, p.165), igual que las lamentaciones de Hitler acerca de la insuficiencia de “Lebensraum”, que hay que contrarrestar aceptando la “verdad” y la “virtud absolutamente necesaria” de Malthus para imponerle restricciones externas al incremento de la población en conformidad con “la verdad”, después de lo cual “Sería perfectamente dable esperar que la guerra, esa gran peste de la raza humana, deje pronto, bajo tales circunstancias, de extender su devastación” (*Ibid.*, p.164). Es un modo de razonar sumamente peculiar que puede tomar en serio la idea de que, tan sólo porque las guerras podrían, y de hecho lo hacen, destruir a muchas personas, la gente así destruida debería ser caracterizada como “*población superflua*” (*Ibid.*, p.165) y decretada como la *causa* de las guerras, que debe ser contrarrestada mediante la virtud de la castidad.

que por 250.000 millones, y ciertamente no debido al buen trabajo de los correctivos malthusianos propugnados.

Naturalmente, esto no significa que los problemas que acompañan al aumento de la población puedan ser tranquilamente ignorados bajo el sistema de reproducción metabólica social prevaleciente o bajo cualquier sistema alternativo. Sólo significa que en lugar de proyectar determinaciones causales seudonaturales y los correspondientes remedios ficticios en aras de preservar al insostenible sistema socioeconómico como “natural” y racionalmente inobjetable— las causas sociales históricamente específicas deben ser identificadas y contrarrestadas con políticas y prácticas metabólicas sociales viables. Poner a las necesidades humanas en concordancia con los recursos materiales y humanos conscientemente administrados constituye el requerimiento necesario de cualquier alternativa metabólica al orden establecido viable. Esto implica la adopción de medidas apropiadas también en el plano del crecimiento demográfico hechas posibles a través de la transformación radical tanto del marco englobador como de las microestructuras de la reproducción metabólica social. Sin tales cambios estructurales fundamentales, todo cuanto se diga acerca de lograr “un equilibrio global en el cual la población y el capital sean esencialmente estables” no es otra cosa que prometer castillos en el aire.

La falsa definición de los problemas y la ilusoria proyección de las soluciones artificialmente sobrepuestas a ellos —bien en la forma de la castidad malthusiana o en sus equivalentes más recientes pero igualmente grotescos, para ser impuestas a costillas de los pobres, y todas las recomendaciones después de amenazar a la humanidad en su conjunto con una forma u otra de colapso directamente *determinado por la naturaleza*— se deben al hecho de que la dañada *dinámica interna del sistema* no puede ser cuestionada. Así, las “soluciones” deben seguir siempre la línea de la cuadratura del círculo. Se reconoce que los problemas amenazadores son *omniabarcantes*, pero ese reconocimiento queda anulado por la incorregible restricción de que el sistema del capital es estructuralmente incompatible con una planificación *englobadora*. Como resultado, el círculo debe ser cuadrado en contradicción consigo mismo estipulando que toda “solución omniabarcante” de la amenaza omniabarcante puesta en evidencia consiste en el *amoldamiento* incondicional de la humanidad, no temporalmente sino para siempre, dentro de los límites en los cuales ha surgido esa amenaza, reteniendo su marco socioeconómico de determinaciones *causales* mientras se anhela que dejen de existir las obligadas *consecuencias* de las causas subyacentes proyectando el logro del “equilibrio global”. La “complicación menor” de que el capital es absolutamente reacio al “equilibrio” —el cual existe sólo en las teorías del capital más

apologéticas, al igual que la “competencia perfecta”– obviamente no puede ser considerada en los enfoques estratégicos en los que la obligada incapacidad del sistema para vérselas con los requerimientos de una planificación *englobadora* pueda ser camuflada como si estuviese resuelta bajo la proyección totalmente gratuita del “equilibrio global”.

Amenazar a la humanidad con que va a alcanzar los límites *naturales absolutos* resulta tan absurdo como esperar que el avance de la productividad definida directamente en términos absolutos vaya a eliminar la *escasez*. Ambos conjuntos de problemas sólo pueden ser tratados significativamente dentro de su respectivo marco socioeconómico y cultural. En Haití el ingreso promedio de las personas (en 1994) alcanza la increíble suma de *70 dólares al año*; en los Estados Unidos la paga de los trabajadores de la industria automotriz, incluyendo beneficios, llega a *50 dólares la hora*. ¿Pero quién podría argumentar seriamente sobre la base de esas cifras tan marcadamente contrastantes que el capitalismo norteamericano ha resuelto los problemas de la escasez, o incluso que los trabajadores del sector automotriz en los Estados Unidos nunca experimentan problemas económicos? Dado el modo de control de la reproducción metabólica social del capital, se crean constantemente nuevas formas de derroche y escasez (al igual que se recrean muchas otras viejas), aun en los países económicamente más privilegiados, a fin de hacer avanzar al sistema más allá de todo “equilibrio” factible, si bien en términos de la comparación con Haití se podría considerar que con una sola semana de esfuerzos productivos de los Estados Unidos quedarían resueltos los problemas de escasez haitianos. Así, la carrera real es contra la escasez creada y reproducida socialmente; y –debido a las reglas bajo las cuales ella debe ser conducida– esa carrera estaría perdida mucho antes de poder comenzar.

Cabría pensar que operar con cifras absolutas proyectadas de manera fetichista carece de todo sentido, si no fuese por su función ideológica apologética. Porque es, de nuevo, precisamente la pretendida fuerza natural de magnitudes absolutas lo que ayuda a legitimar al orden existente, limitado apenas por sus fronteras *naturales*, y por tanto justificablemente exonerado de todas las censuras y correctivos *sociales* posibles. Por lo general la proyectada colisión con los límites naturales se ve aunada a la mítica amenaza del despotismo absoluto en el caso de que la receta del amoldamiento total a los límites establecidos –es decir, la regla inalterable de un despotismo ya existente– no sea aceptada voluntariamente. Malthus, por ejemplo, hacía la advertencia diciendo que, a menos que sus soluciones fueran seguidas, el resultado sería “el cambio incesante y la incesante carnicería, la carrera sangrienta que tan sólo el

establecimiento de algún *completo absolutismo* podría detener”.³³⁹ Y no dudaba en presentar la sustancia autoritaria de su mensaje disfrazada, con la habitual hipocresía, de amor por la libertad, diciendo que

Como amigo de la libertad, y naturalmente enemigo de los grandes ejércitos permanentes, es con extrema renuencia que me veo forzado a reconocer que, de no haber sido por la gran fuerza armada organizada en el país, las penurias de la gente durante los últimos períodos de escasez [en 1800 y 1801], aupada por la extrema imbecilidad de muchos en las clases altas, podrían haber conducido al populacho a cometer las más terribles atrocidades, y en definitiva a involucrar al país en todos los horrores de la hambruna.³⁴⁰

La amenaza de un colapso debido a leyes y causas pretendida y estrictamente naturales es así adoptada como la racionalización del autoritarismo extremo a través del cual el orden social establecido puede preservarse a sí mismo, gracias a los buenos oficios de los “grandes ejércitos permanentes” y de la “gran fuerza armada organizada”, todo en perfecta armonía con los valores proclamados de la libertad y la vida individual en el mejor de todos los mundos posibles. Los referentes y el tono cataclísmicos de ese discurso, en todas sus variantes antiguas y recientes, eran necesarios precisamente porque *ninguno* de sus principios y pretensiones podía ser substanciado. No podía evitar ser un discurso simultáneamente “vuelto de revés” y “patas arriba”. Era “vuelto de revés” porque su tema central real era la defensa del orden establecido cuyos defectos habían de ser transubstanciados en los pretendidos límites naturales y sus causas puramente naturales. Y era un discurso “patas arriba” porque el remedio de la prédica idealista era presentado en él como una fuerza capaz de contrarrestar el poder de las leyes naturales. Cuando las proyecciones y las predicciones cayeron en problemas, la sustancia ideológica del discurso cataclísmico había de, y podía, ser preservada como si nada hubiera ocurrido, simplemente “*moviendo los palos del arco*”. Así, puesto que las proyecciones cataclísmicas hechas en los años sesenta y setenta para el final del siglo XX es obvio que no se van a cumplir, los nuevos palos del arco de la catástrofe determinada por la naturaleza, en forma de la “explosión demográfica”, son colocados ahora en los alrededores del año 2020. Y sin duda en el momento debido se ofrecerán fechas más distantes, si las condiciones sociales nos permiten acercarnos al año 2020, lo cual no se puede dar por garantizado.

El problema es que al mismo tiempo que se proyectan (y posponen) de manera gratuita las pseudoemergencias y las catástrofes determinadas por la naturaleza, la “explosión demográfica” realmente

339 *Ibid.*, p.187.

340 *Ibid.*

amenazante –la tendencia en irresistible desenvolvimiento al desempleo crónico en todos los países– es ignorada o completamente tergiversada. Es tergiversada como si se debiera a desarrollos puramente tecnológicos y los descubrimientos científicos subyacentes, y por lo tanto, de nuevo, a la aparición de ciertas “leyes de la naturaleza”. Así, puesto que los parámetros y limitaciones estructurales establecidos del sistema, bajo los cuales deben operar las fuerzas productivas materiales y humanas de la sociedad (incluyendo, por supuesto, las fuerzas productivas científicas y tecnológicas) son ignorados, los únicos correctivos admisibles –en la medida en que sean reconocidos, o al menos admitidos, los crecientes peligros de inestabilidad– son, de nuevo, aquellos que puedan ser considerados *externos* a la dinámica social real, tratando de cerrar más herméticamente la tapadera de la olla mientras se aviva a la vez la candela que origina el aumento de la presión. Los correctivos externos toman la forma o bien de la usual prédica vacía –por ejemplo, “los trabajadores deben entender que la época del pleno empleo terminó” y “nadie puede tener un trabajo de por vida”, etc.– o más realista e implacablemente de la imposición de medidas autoritarias en nombre de “facultar a los individuos” (para que se den por satisfechos con trabajos a destajo) y el “amor a la libertad individual” (para ser dirigido contra los órganos colectivos tradicionales de defensa de los intereses del pueblo trabajador). En otras palabras, los dos pilares de la sabiduría de los realistas son: (1) *ocasionalizar la fuerza laboral*, y (2) *incriminar a quienes protesten contra ello*. Porque si el sistema del capital no puede manejar las contradicciones que se intensifican, nadie debería soñar siquiera con tratar de pelear por una alternativa. Puesto que el capital es estructuralmente incapaz de una planificación englobadora como vía de salida al laberinto de las irracionalidades destructivas, nadie debería buscar respuestas en el sentido de coordinar racionalmente los poderes de la producción en las necesidades humanas. La planificación a través de los productores como agentes democráticos, en contraste con los dictados que las personificaciones del capital les imponen a la sociedad desde arriba, es absolutamente inadmisibles y debe ser descalificada como “completo absolutismo” y “despotismo”. Lo que parecen ser violaciones reales de la libertad individual y del una vez aceptado derecho a una autodefensa colectiva limitada del pueblo trabajador, de hecho las cometen los “verdaderos amigos de la libertad”, en el interés de salvaguardar al único orden social económico natural y racionalmente justificable. La alternativa es una catástrofe determinada por la naturaleza que hay que evitar a toda costa, incluida la represión –si es necesario por “grandes ejércitos permanentes” y por una “gran fuerza armada organizada”– de los oponentes del sistema.

5.4.3

La “población excedente” o “población innecesaria”, en los libros de quienes sermonizaban acerca de los peligros de la “explosión demográfica”, se trataba simplemente de la calificación numérica de “demasiada gente”, fijada en relación con los medios de subsistencia disponibles, cuantificados primordialmente en términos de comida. La realidad claramente identificable en nuestros días resultó ser, con entera claridad, diferente. Primero, no es caracterizable sobre la base de una pretendida incapacidad de la sociedad para aportar la producción agrícola necesaria para alimentar a la población bajo condiciones en las que, de hecho, se desperdician inmensas cantidades de comida –y su desperdicio inclusive es denunciado en algunos de los círculos capitalistas en competencia– en el interés de maximizar la ganancia, dentro del marco de la “política agrícola común” europea, por ejemplo. Y segundo, la “población en explosión” no es la categoría genérica de “demasiada gente”, sino resulta estar definida por determinaciones sociales muy precisas, y altamente peligrosas en sus implicaciones. Porque la llamada “población excedente” significa hoy, en grado cada vez mayor, “mano de obra superflua”. Peor que eso, tal “población excedente” no puede ser deducida simplemente de un número abstracto total, con implicaciones positivas por la cantidad de comida que va a ser consumida por el resto de la población, como lo preveían los tradicionales cuentos de hadas del aumento de la población y su contención malthusiana o neomalthusiana. La hoy creciente “población innecesaria” o “excedente” constituye un “excedente de requerimientos” sólo en un sentido muy limitado. Como dondequiera bajo el dominio del capital, aquí presenciamos también el impacto de un proceso contradictorio. Porque las grandes masas de gente –en prácticamente cualquier campo de actividad– que continúan siendo implacablemente despedidas del proceso del trabajo y desechadas como “innecesarias” por los imperativos de la expansión rentable del capital están muy lejos, en verdad, de ser superfluas como *consumidores* requeridos para asegurar la continuidad de la autovalorización del capital y la reproducción aumentada.

Naturalmente, los apologistas del sistema se negaron por muchos años a darse por enterados de la intensificación de las contradicciones y continuaron fantaseando acerca del “pleno empleo en una sociedad libre”, aseverando a ciegas que no podíamos hablar sino de “reducidos bolsones de desempleo”, y aun así no por mucho tiempo, gracias a la “sensibilidad política” de la “sociedad democrática” consciente.³⁴¹ Cier-

341 En este espíritu Walt Rostow decretó que “Hay toda la razón del mundo para creer, viendo la sensibilidad del proceso político hasta para con los pequeños bolsones de desempleo en las

tamente, algunos de los más destacados teóricos de la economía concluyeron, a partir de sus contrafactuales premisas ilusorias que

La noción de desempleo, en su acepción tradicional, ha venido perdiendo significado año tras año. Cada vez más las cifras del desempleo enumeran a aquellos que no son empleables en términos de los requerimientos modernos del sistema industrial. Esa incapacidad puede coexistir con agudas escaseces de talento de más alta calificación.³⁴²

Esta manera de mirar las tendencias sociales emergentes, a través del extremo equivocado del telescopio, resultaba desconcertante, en vista de los tiempos tormentosos que contemplaron la publicación del libro que acabamos de citar. De hecho las devastadoras consecuencias de la contradictoria tendencia de echar a enormes cantidades de trabajadores fuera del proceso del trabajo incluso en los países capitalistamente más avanzados habían estado visibles desde hacía bastante tiempo. Yo había argumentado veinte años atrás que

el problema no es ya nada más la situación apremiante de los trabajadores no calificados, sino también la de un gran número de trabajadores *altamente calificados* que ahora están a la caza, junto al anterior grupo de desempleados, de los deprimentemente escasos empleos disponibles. También, la tendencia a “racionalizar” la amputación ya no está confinada a las “ramas periféricas de la industria que se va haciendo vieja”, sino que abarca algunos de los sectores *más desarrollados* y modernizados de la producción –desde la construcción naval a la aviación y la electrónica, y desde la ingeniería a la tecnología espacial. Así, ya no nos preocupan los subproductos “normales” y de buen grado aceptados del “crecimiento y el desarrollo”, sino el que se vean interrumpidos; ni en verdad los problemas periféricos de los “bolsones de subdesarrollo”, sino una contradicción fundamental del modo de producción capitalista en su conjunto que convierte incluso a los últimos logros del “desarrollo”, la “racionalización” y la “modernización” en cargas paralizantes de subdesarrollo crónico. Y, lo más importante de todo, el agente humano que se encuentra ubicada en el lado de los que padecen las consecuencias ya no sigue siendo la multitud de personas “subprivilegiadas” impotente, apática y fragmentada, sino *todas* las categorías del trabajo calificado y no calificado: es decir, objetivamente, la *fuerza laboral total* de la sociedad.³⁴³

Característicamente, cuando los defensores del sistema comenzaron a admitir que la escala del desempleo era algo mayor de lo que podía caber en “reducidos bolsones” –y tenían que admitirlo porque querían

sociedades democráticas modernas, que las políticas indolentes y tímidas de las décadas del 20 y el 30 con respecto al nivel de desempleo ya no serán toleradas en las sociedades occidentales. Y ahora los trucos técnicos del oficio –debido a la revolución keynesiana– son ampliamente comprendidos. No habría que olvidar que se fijó la tarea de derrotar al pronóstico de Marx acerca del curso del desempleo bajo el capitalismo; y en gran medida lo logró”. W.W. Rostow, *The Stages of Economic Growth: A Non-Communist Manifesto*, Cambridge University Press, 1960, p.155.

342 Galbraith, *The New Industrial State*, p.233.

343 Mészáros, *The Necessity of Social Control*, pp.54-55. Ver Parte 4, Capítulo I, Sección 6 en el presente volumen.

cortar el déficit financiero del estado erróneamente atribuido al “drenaje de los beneficios del desempleo” y no a su causa subyacente— continuaron postulando que la nueva fase del “desarrollo industrial” y la “revolución tecnológica” pondría todo en orden en su debida oportunidad, cuando las nuevas políticas de la “Derecha Radical” estuvieran “en su debido lugar”, y el “medio ambiente político”, al igual que el “clima económico”, se tornaran en verdaderamente favorables a la dinámica de la expansión empresarial privada. Tomó algún tiempo para que la optimista predicción de relegar al pasado las tendencias negativas del desarrollo pudiese ser complementada por su nada alentador corolario según el cual aunque surgiese la “nueva prosperidad” no sería cuestión de regresar a las condiciones de “tiempos fáciles para el trabajo”, en el “colchón del pleno empleo”.

Pero ahora hasta el optimismo más bien condicionado de la “Derecha Radical”, hasta no hace mucho tiempo de una arrogancia sin límites, subestima en gran medida las dificultades y los problemas en el camino. Porque

En toda la Europa Occidental probablemente nos movemos hacia una confrontación política, con el problema del empleo, o más bien del desempleo, como el núcleo del conflicto. Y es comprensible. Dentro de la Comunidad Económica Europea la cuota de desempleo promedia cerca de un 12 %, y casi dobla esa cifra, digamos, en España. Y se trata de informes oficiales que subestiman la situación real, que llegó para quedarse. Porque ya hace un largo período que los años de *boom* del ciclo no llevan a una clara recuperación del empleo, sino apenas interrumpen por un momento las colas de los desempleados que se van alargando inexorablemente. El fenómeno ya no está limitado a los jóvenes, a las mujeres, a los trabajadores manuales. Afecta a la población entera, incluida la clase media. Esto podría explicar por qué constituye hoy un tema favorito en los artículos de fondo de los periódicos europeos.³⁴⁴

Los problemas afloran ahora con creciente frecuencia, no ya en las regiones más pobres del mundo, sino en las partes más privilegiadas del “capitalismo avanzado” De acuerdo con el *The Sunday Times*, “en los círculos gubernamentales aumenta la ansiedad de que el inexorable avance del desempleo masivo esté creando lo que un reporte policial describió como un ‘espíritu insurreccional’”.³⁴⁵ La ansiedad es ahora un

344 Daniel Singer, “Europe’s Crises”, *Monthly Review*, vol. 46, N° 3, julio-agosto de 1994, p.93.

345 Tony Allen-Mills, “French jobs chaos provokes spirit of revolt”, *The Sunday Times*, 6 de marzo de 1994. El mismo artículo reportaba que “Un comisionado de la policía antimotines observó: ‘Nos están haciendo frente manifestantes que se sienten perdidos. A diferencia de los de 1968 (el año de la revuelta estudiantil parisina) no tienen esperanza, trátense de granjeros, obreros o pescadores’. ... Los sindicatos de la policía habían advertido que no se podía esperar que sus hombres controlasen explosiones motivadas políticamente. El desaliento aumentó con otro nuevo reporte, del Centre for Study of Revenues and Costs (CERC), que halló que 11.7 millones de la fuerza laboral de 25 millones estaba en situación de ‘fragilidad social y económica’. De éstos, concluía la CERC, 7 millones de personas tenían empleo pero o bien estaban teniendo dificultades para vivir con sus ingresos o estaban integrados a duras penas en la sociedad francesa. En viaje a Lyon el viernes,

lugar común incluso en los órganos de prensa de Alemania, que en el pasado no se cansaban de elogiar el “milagro alemán”. ¿Pero qué está ocurriendo ahora con el “milagro alemán”? La situación presente y las perspectivas para el futuro cercano son descritas de esta manera:

Con la ola de despidos se ha sembrado en lo más hondo de la mente de la mayoría de los empleados el terror de la inseguridad. Bajo el titular “¿A quién le toca ahora? –Temor por el empleo”, la portada de la semana pasada de *Der Spiegel* mostraba trabajadores cayendo de una cinta transportadora. El futuro luce ciertamente sombrío. Todas las grandes compañías se están desprendiendo de personal: 13.000 en la Siemens, 20.000 en la Thyssen, 43.000 en la Mercedes. Hasta en los ferrocarriles y en el correo quieren licenciar a 100.000 trabajadores. En una medición del Instituto Alemán de la Economía, 35 de 41 compañías dijeron que estaban planificando reducir personal en 1994. Al principio de la año la tasa oficial de desempleo en Alemania llegaba a 3.7 millones, aun cuando la cifra real se dice era considerablemente mayor. “¿Qué le sucederá a la sociedad con un número mayor de personas sumándose a la cola de desempleados?”, se preguntaba *Der Spiegel*. “¿Cambiará la verdadera estructura de la sociedad si demasiada gente vive a costa de la limosna? ¿Cambiará la gente?”. Ciertamente no los hombres de la Ford-Zehlendorf. Aun cuando se han perdido 600.000 puestos de operadores mecánicos desde 1991 y más de la mitad de todas las industrias claves están perdiendo dinero, el trabajador automotriz alemán todavía ve color de rosa su valor en el mercado.³⁴⁶

Así, la mayor preocupación es que la fuerza laboral no parece estar dispuesta a recibir los golpes en la quijada y, por el contrario, desafía la “racionalidad” superior de unirse a la interminable cola de los desempleados, como su “valor de mercado en crecimiento” le aconsejaría hacer.

Desde cada país se revela ahora que las cifras oficiales sobre el desempleo son falsas. La sistemática falsificación o “maquillaje” de las estadísticas es la vía preferida para minimizar los problemas: una forma de “silbar en la oscuridad” como fuente de confianza en uno mismo. Se practica no sólo en relación con las estadísticas del desempleo, sino además para minimizar las graves consecuencias que se derivan de un desempleo en aumento catastrófico. En setiembre de 1994 el gobierno inglés proclamó que la tasa de criminalidad había bajado en un 5.5 %: “el mayor descenso en 40 años”. Se trataba de una cínica mentira, ya que todo el mundo sabía –y un número cada vez mayor se va enterando por amarga experiencia personal– que la tasa de criminalidad realmente ha estado subiendo, y continúa haciéndolo, cada año. El secreto del impactante éxito en la lucha contra el crimen fue revelado posteriormente, para sorpresa de nadie, a través de reportajes de prensa, según los cuales

Belladur insistía en que Francia tenía que ‘inventar algo diferente al modelo económico, social, político y administrativo al que se había atenido durante el último medio siglo’.”

346 Michael Kallenback, “Streik rule rises in jobless Germany”, *The Sunday Times*, 6 de febrero de 1994.

“La caída en los índices de criminalidad tan pregonada por el gobierno es un mito. Cientos de miles de crímenes graves han sido borrados a las calladas de los archivos policiales cuando los funcionarios de alto rango maquillan sus estadísticas para satisfacer las metas de eficiencia de la Oficina de Asuntos Internos. ... sólo el 57 % de cerca de 8 millones de crímenes reportados en Inglaterra y Gales fueron registrados {es decir, 3.440.000 no lo fueron} en las estadísticas oficiales. Un vocero dijo que el gobierno no podía explicar por qué la proporción del crimen registrado estaba bajando. Los jefes de la policía y los expertos, sin embargo, dijeron que la práctica es el inevitable resultado de las recientes *presiones para que la policía mejore sus estadísticas de criminalidad* por parte de la Whitehall {es decir, el gobierno}”.³⁴⁷ El “mejoramiento de las estadísticas”, en el desempleo y los campos afines, es algo por lo que los gobiernos de las “sociedades democráticas” están siempre preocupados, admitiendo así su fracaso en abordar las causas subyacentes. Lo único que uno encuentra difícil de entender es a quién creen que pueden engañar con los frutos del método preferido antes de ellos por el jefe de propaganda de Hitler.

Los ideólogos del sistema proponen desvergonzadamente el regreso al capitalismo salvaje mientras hablan con untuosa hipocresía acerca de la “tasa de desempleo vergonzosamente elevada”. Así, leemos en un Editorial de *The Economist* que

La larga historia de la tasa de desempleo vergonzosamente elevada de Europa muestra que sus *mercados de trabajo están rotos y necesitan ser reparados*. Una causa principal —especialmente del creciente número de víctimas del desempleo a largo plazo— es la de los *beneficios del paro forzoso, que son demasiado generosos por demasiado tiempo*, y que hacen que los beneficiarios pongan poco entusiasmo en encontrar un empleo nuevo. ...No cabe mucha duda de que, por ejemplo, la tasa de desempleo anómalamente elevada entre los jóvenes de Francia se debe en parte a un *salario mínimo nacional* que llega casi al 50 % del ingreso promedio (que cubre aproximadamente el 12 % de los asalariados), que es alto para los patrones internacionales, y debe poner fuera del mercado a muchos jóvenes trabajadores. También de otras maneras los gobiernos deben evitar añadirle al costo de la contratación de trabajo. En el presente desestiman el reclutamiento al ofrecerles *demasiada “protección laboral” a los trabajadores que son contratados*.³⁴⁸

Los remedios para el problema del desempleo en empeoramiento que propugna este Editorial son absurdos aun en sus propios términos de referencia. Porque ni siquiera se presenta la menor traza de evidencia a fin de sustanciar sus *non-sequiturs*. El único sostén de las preten-

347 Ian Burrell y David Leppard, “Fall in crime a myth as police chiefs massage the figures”, *The Sunday Times*, 16 de octubre de 1994. Acerca de la manipulación de las cifras de desempleo ver también Phil Murphy, “Real unemployment: 10 %, 25 % or 60 %?”, in *Living Marxism*, agosto de 1994, pp. 16-18.

348 “Jobless Europe”, *The Economist*, 26 de junio de 1993, p. 19.

siones del Editorial es la ilusoria idea de que el regreso a las prácticas industriales en plena sintonía con los “valores victorianos” represivos, y la liquidación de los “beneficios del paro forzoso demasiado generosos” pueden proporcionar las respuestas a los problemas que se agravan. La generalización del desempleo en aumento –en todos los países y en todos los campos y categorías del trabajo– no parece inducir a los autores del Editorial a comprobar sus ilusos remedios siquiera contra sus propios datos, que revelan lo grotesca que es la noción de inventar empleos, para todos los que salen despedidos del proceso del trabajo en la presente etapa del desarrollo del “capital avanzado”, mediante la disminución de los niveles de salario inclusive por debajo del miserable salario mínimo. Los datos contenidos en otro artículo del *Economist* –según los cuales “en 1973 la Chrysler empleó 152.560 trabajadores por horas; aun si la firma automotriz continúa prosperando, no parece probable que emplee a más de 85.000 para 1995. La mano de obra de la Ford se hundió, de cerca de 200.000 al final de los años 70 a 99.000 a comienzos de este año. Es improbable que vaya a aumentar mucho, si sobre todo... muchos de los nuevos trabajadores ya están llenando las vacantes dejadas por los que se retiran”³⁴⁹–no ejercen ningún efecto refrenador en el vuelo fantasioso de las ideas ilusas antilaborales. Los editores del *The Economist* pretenden, en el mismo artículo en el que se reseñan las pérdidas de empleos que acabamos de citar, que “los trabajadores de la industria automotriz están entre los mejores pagados de Norteamérica (\$ 50 la hora, incluyendo los beneficios) y los trabajadores manuales más seguros”. Justamente lo “seguros” que están lo indican las cifras de los que la Chrysler y la Ford han convertido en realmente innecesarios en los Estados Unidos, cerca-namente a la mitad de la mano de obra en el caso de la Chrysler y más de la mitad en el caso de la Ford, y que aparecen citadas en la misma página de *The Economist*. En cuanto a cómo se podría remediar el destructivo impacto de tales reducciones salvajes eliminando los beneficios del paro forzoso y obligando a la mitad de los trabajadores manuales mejor pagados de la industria automotriz a “facultarse” como individuos para unirse a las colas cada vez más largas de los comedores de beneficiencia, ante la ausencia de los beneficios del paro forzoso juzgados “demasiado generosos”, permanece como un completo misterio.

La situación es de hecho particularmente seria porque la “explosión demográfica” de la fuerza laboral convertida en innecesaria está creando graves problemas económicos y sociales en los países capitalistas más poderosos, como los Estados Unidos: a ello se refieren los apologistas del capital como el brillante ejemplo de cómo resolver las dificultades enfrentadas. En

349 “Virtual jobs in Motown”, *The Economist*, 26 de marzo de 1994, p.102.

verdad no hay nada que elogiarle a los Estados Unidos como modelo de soluciones viables. Lejos de ello. El fracaso total en el manejo de los desempleados en los Estados Unidos lo resume muy bien Staughton Lynd:

Acabo de imponerme de la hipocresía de la retórica sobre los empleos en la administración Clinton. Creo que estamos en un período parecido al de comienzos de los años 60. Hay un presidente demócrata que mete bulla idealista y compasiva. Al tipo lo eligieron para que creara empleos. Pero en realidad su programa es ayudar a las corporaciones a eliminar empleos. Las compañías maximizadoras de la ganancia están hoy día disminuyendo de tamaño. Y la administración Clinton está promoviendo el “entrenamiento” –lo cual significa que yo me aprendo tu trabajo y tú te aprendes el mío, de modo que el próximo año uno de los dos se irá. El “mancomunamiento” que está propulsando el Secretario del Trabajo, Robert Reich, significa que el jefe dice: “Nosotros vamos a salir del 30 % de ustedes, y el sindicato decide de quiénes”... El capitalismo norteamericano ya no tiene cómo utilizar, pongamos, al 40 % de la población. Son los descendientes de gente que fue traída hasta acá durante el período de la acumulación de capital. Ahora son seres humanos sobrantes. No son más que un problema para quienes dirigen a la sociedad. ... Los políticos pueden hacer campañas electorales prometiendo pleno empleo, pero ellos no quieren pleno empleo. Nunca han querido pleno empleo –ni siquiera en el período de la acumulación primitiva en Inglaterra, cuando Marx escribía, o en el mismo período en los Estados Unidos setenta y cinco años más tarde. *Hoy, en el período del capitalismo imperialista en decadencia, es como si el ejército de reserva del trabajo fuese el mundo entero.*³⁵⁰

Hace algún tiempo los apologistas prominentes del capital se asoleaban a los rayos de una gloria reflejada, declarando que “Keynes asumió para sí la tarea de derrotar el pronóstico que hizo Marx acerca del curso del desempleo bajo el capitalismo; y lo logró ampliamente”.³⁵¹ Al igual que en muchos otros respectos, el entierro de Marx a cuenta de su pronóstico del desempleo bajo el sistema del capital resultó ser un tanto prematuro. Sucedió que no fue Marx, sino la fuente de la luz de la reflejada gloria lo que resultó ser bastante efímero. Porque los entusiastas seguidores de ayer y de hoy de Keynes escriben Editoriales con el título de: “¿Hora de enterrar a Keynes?”, y responden a su propia pregunta con un enfático sí.³⁵²

5.4.4

No hace mucho tiempo se nos prometía que los empleos manufactureros en extinción serían ampliamente compensados por la gran expansión de la “industria de servicios” y el impacto económico positivo de toda clase de “trabajos de valor agregado” con los cuales los receptores

350 Staughton Lind, “Our kind of Marxist: From an interview with Staughton Lynd”, *Monthly Review*, vol.45, N° 11, abril de 1994, pp. 47-49.

351 W.W. Rostow citado en la nota 241.

352 “Time to bury Keynes?”, *The Economist*, 3 de julio de 1993, pp.21-22.

“tercermundistas” de nuestras “industrias de chimeneas” –los afortunados beneficiarios de nuestra “transferencia de tecnología”– no estarían en capacidad de competir. Resultó que nada podía estar más lejos de la realidad. Porque en los últimos dos años los titulares de los periódicos tuvieron que hacer sonar la alarma acerca del hecho de que “El personal sobrante está concentrado en las oficinas”³⁵³ y que “El hacha cae sobre 50.000 empleos de la administración pública”.³⁵⁴

Curiosamente, no obstante, cuando se ofrecen las nuevas “soluciones”, en lugar de algo tangible se nos ponen por delante vacuas banalidades como ésta: “Se necesita también un mercado laboral que funcione, un mercado que traslade a los trabajadores desplazados de las industrias en contracción hacia nuevos trabajos en las que están en expansión”.³⁵⁵ Hubo una vez que un filósofo llamado Stirling escribió una inmensa obra en dos volúmenes sobre *“El secreto de Hegel”*, que fue acertadamente caracterizada por un comentarista que dijo que el autor, luego de toda esa cantidad de páginas, había logrado guardar el secreto. Se podría decir lo mismo acerca de los autores de nuestro Editorial. Porque en sus incontables declaraciones y recomendaciones solemnes ellos tuvieron rotundo éxito en guardar el secreto: cuáles son, con exactitud, las industrias felizmente en expansión que ofrecen hoy los requeridos cuarenta millones de “nuevos empleos para los trabajadores ya desplazados de las industrias en contracción” en los países capitalistamente más avanzados, para no mencionar a los muchos millones más que están condenados a seguirlos.

El patrón de expansión realmente visible parece ser de hecho bastante claro y nada prometedor. Como fuera reportado por el propio *The Economist* –pero ignorado por los editores y escritores de artículos de fondo cuando ponen sobre el papel sus sermones editoriales– es precisamente en las compañías más dinámicas y ricas en recursos donde “muchos de los trabajadores nuevos están realmente llenando las vacantes dejadas por los que se retiran”.³⁵⁶ Lo mismo parece ser verdad en todos los países capitalistamente avanzados, no importa cuán grandes o pequeños sean. Así, para tomar un ejemplo escandinavo, *“Dagens Nyheter”*, el más importante de los periódicos suecos, reportó que los presidentes de las cincuenta compañías más grandes de Suecia no preveían ningún crecimiento significativo en el reclutamiento de personal, aunque esperaban

353 Matthew Lynn, “Redundancies focus on the white-collar worker”, *The Sunday Times*, 20 de marzo de 1994.

354 Andrew Grice y Liz Lightfoot, “Axe falls on 50,000 civil service jobs”, *The Sunday Times*, 10 de julio de 1994.

355 “Jobless Europe”, *The Economist*, 26 de junio de 1993, p.19.

356 “Virtual jobs in Motown”, *The Economist*, 26 de marzo de 1994, p.102.

sustanciales y crecientes ganancias durante toda la década de los 90”.³⁵⁷ Así que cada nueva solución que se prevee para el problema del desempleo resulta ser más quijotesca que la anterior.

Las soluciones comprenden desde el trabajo compartido con salarios reducidos hasta nebulosos y disparatados programas de inversión en compañías pequeñas y programas educacionales. Nadie ha explicado con exactitud cómo se supone que las compañías pequeñas van a generar los millones de empleos que las corporaciones transnacionales están eliminando, pero el SAP sueco [el *Arbetarpartiet Socialdemokratiska*, es decir, el Partido Socialdemócrata de los Trabajadores] está repitiendo el nuevo mantra sobre las compañías pequeñas y la educación tres veces a la semana.³⁵⁸

Como lo destacó atinadamente Staughton Lynd, el eslogan tan propagandizado de la “educación” y el “reentrenamiento” –sin una correspondiente base industrial dinámicamente en expansión, y ciertamente bajo las circunstancias de la “racionalización” capitalista en contracción– “significa que yo me aprendo tu trabajo y tú te aprendes el mío, de modo que el próximo año uno de los dos se irá”.

Naturalmente, el Partido Socialdemócrata sueco no se encuentra solo en la promesa de soluciones conjuradas a partir de tales quimeras, sobre la “premisa básica de que el bienestar de la clase trabajadora depende de las ganancias corporativas”.³⁵⁹ Habiendo abandonado hasta sus pretensiones gradualistas una vez profesadas de orientarse hacia una transformación socialista de la sociedad, ningún partido socialdemócrata tiene ahora nada mejor que ofrecer que el sostenimiento del negocio capitalista con generosos aportes y a través del “apropiado” marco legislativo –es decir, una efectiva legislación antilaboral– que proteja a los empleadores de la acción de la clase trabajadora. Un buen ejemplo de esta doble servidumbre de la socialdemocracia al negocio capitalista lo proporciona nada menos que *The Economist*, que difícilmente podría ser acusado de parcialización anticapitalista. Leemos en un importante artículo dedicado a los problemas de la industria automotriz que

A principios de marzo la Nissan le solicitó al gobierno español y a la autoridad regional en Madrid, y Castilla y León, 6.4 millardos de pesetas en subsidios para ayudarla a mantener abiertas dos de sus cinco plantas españolas. [Al mismo tiempo] la Suzuki... está exigiendo 38 millardos de pesetas del gobierno español en retribución por mantener abierta su fábrica Santana en Linares, Andalucía. Aun si consigue ese dinero, la Suzuki se desprenderá de la mitad de los 2.400 trabajadores de la Santana. [La amenaza que estas compañías japonesas pueden emplear en sus discusiones con el gobierno es que] En la República Checa el trabajo cuesta la mitad de lo que cuesta en España.

357 Peter Cohen, “Sweden: the model that never was”, *Monthly Review*, vol. 46, N° 3, julio-agosto de 1994, p.56.

358 *Ibid.*, p.57.

359 *Ibid.*, p.56.

Ahora que el mercado del automóvil se encuentra en recesión en Europa, el principal problema de los propietarios extranjeros ha pasado a ser la rigidez de las leyes laborales. “No se puede despedir a la gente lo suficientemente rápido como para el derrame de tinta roja”, dice Daniel Jones, un analista de la industria automotriz de la Escuela de Comercio de Cardiff, en Inglaterra. En diciembre el gabinete español introdujo reformas que incrementarían la contratación por horas y les facilitarían a las empresas la contratación y el despido de los trabajadores. Aunque los empleadores saludaron las medidas, muchos dicen que llegaron demasiado tarde.³⁶⁰

El hecho es que Felipe González, el Primer Ministro “socialista” de España está, muy complacido, en plena sintonía con todos los partidos socialdemócratas en, o en las proximidades del, gobierno. El Partido Laborista inglés se ajusta perfectamente al modelo, como se demostró en un discurso programático de su líder, prominentemente reportado en la prensa burguesa. El discurso, pronunciado ante un auditorio de especuladores financieros y hombres de negocios de la City londinense— fue saludado con aprobación total. Y no es de extrañar. Porque

El laborismo cortejó la otra noche al sector de negocios inglés con la promesa de mantener el marco de *leyes sindicales del Partido Conservador* y de moverse con cautela en la introducción de un *salario mínimo*. Tony Blair le dio seguridades a la City de que el laborismo había roto con sus tradiciones de “gran gobierno” de la década de los 70, y de que no echaría atrás las leyes sindicales y de relaciones laborales conservadoras de los 80. “Hay una aceptación de que los elementos básicos de esa legislación —votaciones antes de las huelgas y para las elecciones de los sindicatos, *restricciones de los piquetes huelgueros*— se quedarán como están”, les dijo a los miembros del Per Cent Club. “El *salario mínimo* deberá ser fijado cuidadosamente e introducido precisamente para evitar cualquier impacto negativo en los empleos. Hay que lograr un equilibrio razonable entre la protección al empleado contra los abusos y la *asignación de una carga exageradamente pesada sobre los empleadores*”. Descartó un regreso a los elevados impuestos marginales del último gobierno laborista. Dijo también: “Ya es hora de avanzar más allá de la situación en que las relaciones del laborismo con los hombres de negocios son nada más que para dar seguridades”... los hombres de negocios están ahora estimulados a ver al laborismo como *su habitat natural*. Ellos podrían *fraguar un nuevo orden industrial*, dijo.³⁶¹

En verdad, los editores de *The Economist* no hubieran podido escribir mejor el discurso del líder laborista. Dada la aceptación de las premisas prácticas del sistema del capital en crisis estructural, todo cuanto se diga acerca de la solución de los graves problemas sociales del desempleo no puede sino equivaler a retórica vacía en las estrategias socialdemócratas. Hasta los una vez radicales sindicatos italianos, conducidos por el antiguo Partido Comunista y hoy completamente socialdemocratizado y rebautizado como “Partido de la Izquierda Democrática”, “reconocen

360 “Virtual jobs in Motown”, *The Economist*, 26 de marzo de 1994, p.107.

361 Alice Thompson, “Blair will keep union laws intact”, *The Times*, 9 de noviembre de 1994.

que algunos de los privilegios que habían adquirido a lo largo de los años deberán desaparecer. Fue significativo que los trabajadores de la construcción rompiesen con su tradición de confrontaciones y accedieran a renovar su contratación nacional en julio sin siquiera una huelga de protesta simbólica. ...Desde 1992, los salarios han declinado en términos reales [y] la declinación en los ingresos reales continuará”.³⁶² Pero, de seguro, ninguna concesión que le saquen al trabajo sus propios partidos, líderes sindicales y gobiernos puede ser considerada lo bastante grande o lo bastante pronta como para calmar el apetito del capital –como el siempre complaciente Felipe González tuvo que descubrir en España. De la misma manera, en Italia, las concesiones hechas por el movimiento laboral son aceptadas solamente como un primer paso, que deberá ser seguido por muchos más. En este respecto, también hay que mover, y los mueven constantemente, los palos del arco, según lo vaya dictando la profundización de la crisis.

El gobierno de Berlusconi dio los primeros, aunque tímidos, pasos para *liberalizar el mercado del trabajo* en julio. Las medidas introducen el principio del *empleo temporal*.. Eso no llega a ser una *política de fácil contratación y despido*, y no ataca muchas de las quejas de los empleadores *acerca del alto costo no salarial del empleo*. No obstante, se está creando un ambiente en el que se le pueden aplicar *normas más flexibles* al proceso del empleo.³⁶³

“Normas flexibles” significa en Italia también la *casualización* de la fuerza laboral al grado más alto practicable, con la esperanza de mejorar las perspectivas de acumulación de capital rentable mientras se aparenta estar preocupado por salvaguardar empleos y reducir el desempleo.

Como veremos en los Capítulos 17 y 18, estos desarrollos, que afectan profundamente al movimiento laboral y demuestran el fracaso histórico de la izquierda tradicional, eran el corolario obligado del margen de maniobra grandemente reducido del sistema del capital cuando entró en su crisis estructural de los años 70. Las formas organizativas y las correspondientes estrategias para obtener *ganancias defensivas* para el trabajo demostraron ser estrictamente temporales y a la larga totalmente inviables. Nunca hubo ninguna posibilidad de instituir el socialismo a través de reformas graduales dentro del marco del modo de reproducción metabólica social establecido. Lo que creó la ilusión de moverse en esa dirección fue precisamente la factibilidad –y por algunas décadas también la practicabilidad– de lograr ganancias defensivas, hechas posibles por la fase expansionista del capital relativamente libre de problemas. Bajo las circunstancias de la crisis estructural del sistema, sin embargo, hasta los

362 Robert Graham, “Pragmatism may prevail”, *Financial Times*, 25 de octubre de 1994.

363 *Ibid.*

elementos alguna vez parcialmente favorables del equilibrio histórico entre el capital y el trabajo tuvieron que voltearse a favor del capital. Así, no solamente no puede haber espacio para garantizarle ganancias sustantivas al trabajo –y menos todavía para una ampliación progresiva de un margen de avance estratégico, una vez idiota pero eufóricamente proyectada como la adopción general del “modelo sueco”, o como la “conquista de los puestos de mando de la economía mixta”, etc.– sino también muchas de las concesiones del pasado deben ser recapturadas, tanto en términos económicos como en el campo de la legislación. Es por eso que el “Estado Benefactor” está hoy no sólo en grave problema, sino muerto para cualquier intento y para cualquier propósito.

Los límites de este movimiento regresivo, con graves implicaciones para la permanencia del desempleo crónico, no los fija la “sensibilidad política de las sociedades democráticas”, como lo postulaban en el pasado los apologistas del sistema, que predecían confiadamente la completa eliminación de hasta los “reducidos bolsones de desempleo”. Antes bien, ellos están circunscritos por el nivel de inestabilidad tolerable que acompaña a las presiones económicas y políticas creadas por el proceso de inevitables ajustes estructurales que se despliegan peligrosamente ante nuestros ojos –que incluyen en un lugar prominente la recaptura de muchas de las ganancias del trabajo en el pasado y el crecimiento inexorable del desempleo– que amenaza con un derrumbamiento del sistema, no en la “periferia” sino en su región más avanzada.

5.4.5

Uno de los titulares más escalofriantes acerca del desempleo en los años recientes provino de China: “En una década 268 millones de chinos se encontrarán sin trabajo”. Esto atañe a los desarrollos económicos y sociales sobre los cuales el propio gobierno chino se encuentra altamente preocupado:

El informe del Ministerio del Trabajo chino de la semana pasada fue poco menos que pavoroso. Para el año 2000, dice, habrá 268 millones de personas desempleadas en China: un aparente aumento de 60 veces la situación actual. ... [El informe] también traía una advertencia sobre los riesgos de disturbios a medida que se multiplique el desempleo en los pueblos y ciudades en los próximos años. ... Muchos trabajadores han sido efectivamente despedidos, aunque todavía no figuran en las cuentas oficiales sobre el desempleo. Un informe confidencial del gobierno chino citaba más de 1.000 casos de disturbios laborales el año pasado, muchos de los cuales fueron provocados por los despidos y el desempleo.³⁶⁴

364 Anthony Kuhn, “268 million Chinese will be out of jobs in a decade”, *The Sunday Times*, 21 de agosto de 1994.

Este artículo también mencionaba que el gobierno chino está tratando de amortiguar el impacto de sus propias políticas económicas manteniendo por los momentos a muchos trabajadores en nómina, proporcionándoles beneficios de desempleo o un llamado “paracaídas colectivo” a otros, y permitiéndoles a la mayoría de los trabajadores despedidos conservar el alojamiento concedido por el empleador y el acceso a la atención médica.

“Echarlos a la calle sería demasiado capitalista para un país como el nuestro”, dijo Shen [un médico asalariado pero despedido al que entrevistan en el artículo], recalcando la ironía de un régimen comunista que está poniendo sistemáticamente fuera de acción a sus constituyentes medulares. ¿Pero por cuánto tiempo logrará el gobierno permitir esos beneficios si los desempleados continúan su inexorable aumento?

La pregunta del cierre es sin duda pertinente. Sin embargo, su corolario, que preocupa al gobierno chino –por ejemplo, por cuánto tiempo van los cientos de millones de trabajadores desplazados y marginados a soportar su situación cada vez más precaria si la actual tendencia al “inexorable crecimiento de los desempleados” no se ve detenida y, ciertamente, revertida– resulta más pertinente aún.

Debemos recordar aquí que dos o tres años antes de que el masivo aumento en el desempleo chino se volviese demasiado amenazador como para ser ignorado, los periódicos liberales occidentales estaban repletos de artículos delirantes acerca del “milagro chino”, en la vieja y noble tradición de elogiar aquellos otros “milagros” –desde el alemán y el italiano al japonés y el brasileño– que a su debido tiempo se desinflaron en su totalidad. Al mismo tiempo debemos también recordar que desarrollos similarmente milagrosos para la Europa del Este en su conjunto, cuando los “democráticos” expertos económicos de Occidente y asesores de Rusia, por ejemplo, propugnaban con toda seriedad (por increíble que pueda sonar hoy), que el gobierno debía salir de no menos de 40 millones de “trabajadores innecesarios”. El gobierno ruso fue urgido a imponer tal estrategia con “férrea determinación”, sin pensar para nada en las potenciales explosiones, a fin de asegurar la prometida “nueva prosperidad”. El remedio mágico para todos los problemas en las sociedades poscapitalistas que querían regresar al redil era la “*terapia de shock*”, sin importar cuántas decenas de millones –y en el caso de China hasta cientos de millones– de trabajadores tenían que ser declarados “innecesarios para los requerimientos”. Que la “terapia de shock” resulta tener mucho de shock y muy poco de terapia, y favorecía solamente a un mínimo (y por lo general el más implacable y corrompido) sector de la población mientras se exponía insensiblemente a la inmensa mayoría a una penuria

extrema, muestra que los problemas del sistema del capital del presente, en todas sus variedades, son tan difíciles, que la propugnación de remediarlos a través de la “racionalidad económica” del desempleo masivo no puede ni siquiera arañar su superficie.

La amenaza del desempleo crónico era apenas latente en el modo en que el capital reguló la reproducción metabólica social durante muchos siglos del desarrollo histórico. El “ejército de reserva” del trabajo no sólo no representó una amenaza fundamental para el sistema hasta tanto se pudo mantener la dinámica de la expansión y la acumulación rentable del capital, sino que fue, por el contrario, un elemento necesario y bienvenido para su salud perdurable. Mientras las contradicciones y antagonismos internos del sistema pudieron ser manejados mediante el *desplazamiento expansionista*, los niveles del desempleo que empeoraban periódicamente podían ser considerados como algo estructuralmente temporal, que podía ser dejado atrás en su debida oportunidad con la misma seguridad con que el día sucedía a la noche, generando la ilusión de que el sistema “natural” de la reproducción socioeconómica no tenía nada que temer como sistema, porque tarde o temprano las “leyes naturales” le hacían sus ajustes siempre exitosamente. Después de todo, ¿no había aseverado uno de los más grandes economistas teóricos de todos los tiempos, Adam Smith, en un convulsionado período de la historia que la “propensión al intercambio y el trueque le es implantada al hombre por la naturaleza”? ¿Y no había, en el mismo espíritu, uno de los más grandes filósofos de todos los tiempos, Immanuel Kant, aseverado con absoluta convicción –y ciertamente en medio del torbellino antes casi inimaginable de la revolución francesa y las guerras napoleónicas– que el “Espíritu Comercial” lo va a llevar absolutamente todo a su feliz término, haciendo entrar a la humanidad en general nada menos que en la bendición absoluta de la “paz perpetua”? Si estas proposiciones podían ser consideradas verdaderas, cualesquiera dificultades que pudiesen surgir, bajo las condiciones actuales o en el futuro, sólo persistirían temporalmente y por un tiempo limitado. Porque hasta las masas del pueblo, muy perjudicadas y descontentas, tarde o temprano reconocerían –una vez que las nuevas avenidas del desplazamiento expansionista de los antagonismos socioeconómicos hubiesen sido abiertas, como debían serlo– sus intereses reales sólo podían hallarse en el mercado definido por la relación entre el capital y el trabajo: el único marco apropiado en el que las masas del pueblo trabajador pueden vivir de acuerdo con su “natural propensión al cambio y al trueque”.

Sin embargo, la situación cambia radicalmente una vez que la dinámica del desplazamiento expansionista y la acumulación de capital

libre de problemas sufre una perturbación considerable, que con el tiempo acarrió una crisis estructural potencialmente devastadora. La violenta realineación de la relación de fuerzas a través de dos guerras mundiales entre las potencias capitalistas dominantes en el curso del siglo XX demostró a las claras la magnitud de los riesgos en ese respecto. Así, cuando las contradicciones del sistema que se iban acumulando ya no pudieron seguir siendo exportadas mediante una confrontación militar masiva, como la experimentada en dos guerras mundiales, ni tampoco pudieron ser disipadas internamente gracias a la movilización de los recursos materiales y humanos de la sociedad, en preparación de una próxima guerra –como hemos visto hacer, no solamente en la década de los 30, sino también en el período post-Segunda Guerra Mundial de “crecimiento y desarrollo pacíficos”– hasta que la carga cada vez mayor de los continuados armamentos (racionalizados por la “guerra fría”) empezó a volverse prohibitiva aun para los países más poderosos económicamente, entonces el desempleo en masa comienza a arrojar una sombra verdaderamente amenazadora no sólo sobre la vida socioeconómica de un país u otro, sino del sistema del capital en su conjunto. Porque una cosa es considerar la posibilidad de eliminar o aliviar el impacto negativo del desempleo en masa de un país particular, o incluso de varios –transfiriendo su carga a alguna otra parte del mundo gracias al “mejoramiento de la posición competitiva” del país o países en cuestión: un remedio de libro de texto tradicional acerca del cual tanto escuchamos incluso hoy. Sin embargo, otra cosa bien distinta es soñar con esa solución cuando la enfermedad afecta a la totalidad del sistema, y fija un obvio límite sobre cuanto puede “mendigarle a su vecino”, o aun al resto del mundo, exitosamente si ese vecino resulta ser el país hegemónico más poderoso, como los Estados Unidos en el período de la post-Segunda Guerra Mundial. Bajo esas circunstancias la “explosión demográfica” en forma de *desempleo crónico* es activada como un límite absoluto del capital.

La guerra –o la solución violenta de los conflictos mediante el choque de los intereses antagónicos– era en el pasado no sólo un constituyente necesario sino también una válvula de escape del sistema del capital. Porque ayudaba a realinear la relación de fuerzas y a crear las condiciones bajo las cuales la dinámica expansionista del sistema podía ser renovada por un período determinado, si bien limitado. Sin embargo, la cuestión de los *límites* no podía ser ignorada intencionalmente. Así, no debería olvidarse que las devastadoras guerras del siglo XX fueron también responsables de la “ruptura del eslabón más débil de la cadena”, primero en Rusia en 1917, y más tarde en China, al final de la Segunda Guerra Mundial, al crear las condiciones bajo las cuales las fuerzas con-

ducidas por Mao pudieron eventualmente triunfar sobre el Kuomintang y sus patrocinantes capitalistas occidentales en 1949.

Lo que le acarrea graves implicaciones en este respecto a la viabilidad del sistema del capital no es sólo la total insostenibilidad de seguir empleando la válvula de escape de las colisiones militares extremas, en vista de la amenaza que ellas representan para la supervivencia de la humanidad. Es igualmente importante tener en mente el hecho desengañador de que las dos guerras globales del siglo XX, a pesar de su inmenso impacto destructivo, fueron incapaces de proveer un respiro proporcional para la expansión económica sin perturbaciones, sobre la base de los desarrollos pacíficos. La amenaza del revanchismo en Europa, junto con las perspectivas de una colisión militar que afectase al mundo entero, aparecieron en el horizonte histórico casi inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial; y los Estados Unidos, a pesar de sus grandes ventajas económicas al final de la guerra, no se pudieron asegurar una base sólida para la expansión en los años 20 y 30. Muy lejos de ello, como lo demostró su papel en la “gran crisis económica mundial”. En cuanto a la secuela de la Segunda Guerra Mundial, el período de la expansión capitalista de Occidente era inseparable del destino del complejo militar industrial, con su dinamismo temporalmente irresistible pero en sustancia destructivo y en definitiva autodestructivo. En verdad, los primeros intentos de hacer aceptables las perspectivas de una nueva guerra, para ser librada contra el régimen soviético, fueron hechos ya durante el último año de la guerra misma; y los esfuerzos para tal efecto se convirtieron en orientación de política cuasioficial en 1946, con el discurso de Fulton de Sir Winston Churchill sobre la “cortina de hierro”.

Así, la proposición malthusiana de que las guerras se hacen porque no hay “suficiente espacio” para el “excedente de población” dado —exactamente como la réplica de Hitler de que no había suficiente “Lebensraum” para la superior población alemana— demostró su completa absurdidad también a través del impacto de las guerras del siglo XX. De hecho el “milagro alemán” se desplegó en un “Lebensraum” mucho menor que el de la Alemania de Hitler, como resultado del cambio de fronteras luego de la Segunda Guerra Mundial. En lo que respecta a la proposición malthusiana general, a pesar de las guerras del siglo XX —y no sólo las dos guerras mundiales, sino también las otras innumerables— destruyeron a muchos millones de personas, la población mundial no disminuyó sino, por el contrario, se incrementó en varias veces la cantidad de personas destruidas por todas las guerras del siglo juntas. Las guerras eran libradas —y, a falta de las globales, las otras lo siguen siendo— no porque “no hay suficiente espacio y comida” para la gente. Las guerras son endémicas en el sistema del capital

porque él está *estructurado antagonísticamente*, desde sus células constitutivas más pequeñas hasta sus estructuras más englobadoras.

El auge y caída del keynesianismo resulta altamente relevante en este contexto. Los principios centrales de la teoría de Keynes fueron concebidos en los años 20 y 30 bajo las condiciones de una persistente crisis económica y financiera. Otros factores de peso en la orientación keynesiana fueron la existencia y expansión económica del sistema soviético en esa época: la única parte del mundo que parecía inmune –gracias a la intervención y el financiamiento masivos por parte del estado– al tipo de problemas de recesión experimentados en el Occidente capitalista. Aun cuando Keynes fue siempre extremadamente crítico para con los desarrollos soviéticos, no obstante adoptó el principio de la intervención del estado como el correctivo necesario para las tendencias negativas del capital. Y más aún dado que el New Deal de Roosevelt apuntaba en esa misma dirección.

Y no obstante, las recomendaciones keynesianas fueron ignoradas por completo hasta el último año de la guerra, es decir, luego de que la propia de guerra había hecho de la intervención estatal en la economía un acto de la vida común y corriente. En verdad, la influencia de Keynes se hizo marcada recién en los años de la expansión y acumulación de capital de la posguerra. Estuvo directamente relacionada con el papel que tenía que asumir el estado capitalista en relación de la suerte del complejo militar industrial, que durante una cantidad de años le había abierto espacio también a significativas políticas estatales de bienestar y a la propugnación liberal y socialdemócrata del “pleno empleo”. Por las mismas razones, sin embargo, una vez que la dinámica expansionista construida en gran medida sobre la base de la industria de armamentos dio un brusco frenazo, e hizo necesario que los partidos políticos de los parlamentos de Occidente comenzaran a buscar nuevas respuestas para la creciente crisis fiscal del estado, Keynes se convirtió en una obligación engorrosa en lugar de una ventaja. El cambio en la perspectiva de los partidos socialdemócratas tuvo mucho que ver con ello, al igual que la crisis en desarrollo fue responsable del viraje hacia las soluciones de la “Derecha Radical” en los partidos liberales y conservadores, señalando el fin del “butskellismo” (esto es, el consenso entre el político intelectual conservador Rab Butler y el líder laborista Hugh Gatskell) y la llegada de Margaret Thatcher a la escena política en Inglaterra. A su tiempo la misma crisis hubo de traer consigo la eliminación sistemática de todos los compromisos programáticos anteriores para realizar el socialismo a través de reformas graduales en todos los partidos socialdemócratas europeos, desde Alemania a Italia, y desde Francia a Inglaterra. Porque una vez que hasta los modestos compromisos de bienestar compatibles con las ideas keynesianas tuvieron que ser reemplazados por recortes completamente

salvajes en todos los servicios sociales, desde la salud y las provisiones de seguridad social a la educación, la idea de una redistribución radical de la riqueza a favor del trabajo había perdido toda credibilidad.

Así, la historia del éxito de las líneas keynesianas cubrió un intervalo muy breve en la historia del siglo XX del sistema del capital. La conexión entre el “pleno empleo” y la producción militarista es por lo general ignorada o tergiversada, no sólo en relación con Europa sino también con respecto a los Estados Unidos. Así, como lo destacaron Baran y Sweezy:

El New Deal se las arregló para elevar el gasto gubernamental en más del 70 %, pero eso andaba muy lejos de ser suficiente como para llevar la economía a un nivel en el cual los recursos humanos y materiales fuesen empleados a plenitud. La resistencia de la oligarquía a una mayor expansión del gasto civil se endureció, y mantuvo al desempleo todavía muy por encima del 15 % de la fuerza laboral. Para 1939 se iba haciendo cada vez más claro que la reforma liberal había fallado tristemente en su rescate del capitalismo monopolista de los Estados Unidos de sus propias tendencias autodestructivas. A medida que se acercaba el final del segundo período de Roosevelt una profunda sensación de frustración y de inquietud cundió en el país. Vino entonces la guerra y con ella la salvación. El gasto gubernamental se disparó a lo alto y el desempleo cayó a plomo. Al final de la guerra, sin duda, el gasto en armamentos se redujo abruptamente; pero debido a la reserva de la demanda civil que se fue construyendo durante la guerra (compuesta de insuficiencia de armamento y una masiva acumulación de ahorros líquidos), la depresión asociada con esa reducción fue relativamente benigna y breve, y pronto le dio paso a un boom de reconversión inflacionaria. Y el boom todavía mantenía su fuerza cuando la Guerra Fría arrancó en firme. El gasto militar alcanzó su nivel más bajo de la posguerra en 1947, subió en 1948, recibió un tremendo impulso por la Guerra de Corea (1950-1953), declinó moderadamente durante los años siguientes, y luego en 1956 comenzó la lenta escalada que continuó, con una ligera interrupción en 1960, hasta la década de los 60. Como un porcentaje del PBI, las variaciones del gasto militar han seguido un patrón similar, excepto que entre 1955 y 1961 hubo muy poco cambio. ... la diferencia entre el profundo estancamiento de los años 30 y la relativa prosperidad de los 50 se explica perfectamente por los vastos gastos militares de los 50. En 1939, por ejemplo, el 17.2 % de la fuerza laboral estaba desempleada y cabía suponer que alrededor del 1.4 % del resto había obtenido empleo en la producción de bienes y servicios para el sector militar. Un buen 18 % de la fuerza laboral, en otras palabras, o estaba desempleada o dependía de empleos dentro del gasto militar. En 1961 (como en 1939, un año de recuperación de la recesión cíclica, las cifras comparables eran del 6.7 % de desempleados y 9.4 % dependientes del gasto militar, un total de cerca del 16 %. Sería posible elaborar y refinar estos cálculos, pero no hay razón para pensar que hacerlo afecte la conclusión general: el porcentaje de la fuerza laboral o desempleada o dependiente del gasto militar era más o menos el mismo en 1961 y en 1939. De lo que se deduce que si el presupuesto militar fuese reducido a las proporciones de 1939, el desempleo también revertiría a las proporciones de 1939.³⁶⁵

365 Baran y Sweezy, *Monopoly Capital*, pp. 175-76.

Naturalmente, había que pagar un precio por conducir la economía bajo tales bases definitivamente precarias detrás de la falsa apariencia de solidez de roca e insuperable salud, presentada como modelo a ser seguido por todos los pretendidos “modernizadores”. En verdad, la hoja de balance negativa –que alcanza no a millardos sino a unos cuantos *miles de millardos* de dólares– no le ha sido presentada aún a quienes tendrán eventualmente que pagarla. Aún hoy, a pesar de todos los problemas que se acumulan, la fábrica generadora de un estado de ánimo de falso optimismo y “confianza” está trabajando a toda máquina, tratando de hipnotizar a la gente para que crea que lo que está realmente experimentado no está sucediendo en lo absoluto. En contraste con ello, sería inteligente escuchar la voz de la disensión: “estamos hartos y cansados de oír lo estupendo que le va a la economía en estos días. Uno ya ni puede abrir su periódico o encender su televisor sin que lo atiborren con una sarta de historias de éxitos económicos. Olvídenlo. Nos encontramos en la más débil de las recuperaciones cíclicas de una recesión que viene de la Segunda Guerra Mundial. ...Los salarios reales continúan el deslizamiento de las últimas dos décadas, y la calidad de los trabajos que están siendo creados en esta recuperación nunca ha estado peor. En su edición del 10 de octubre, el redactor laboral del *Business Week* hacía un comentario extrañamente franco bajo el encabezado ‘Los Estados Unidos siguen sacando de la máquina trabajos despreciables’. En cuanto al futuro, es posible que en el próximo año siga su curso la presente alza, para luego ser seguida por la próxima baja. Nos hace recordar tanto la situación que se extendió a comienzos de 1937, cuando se abrió el optimismo y pocos meses más tarde vino el derrumbe del verano de ese mismo año. La historia no necesariamente se repite, pero ciertamente que podría”.³⁶⁶

La pregunta de cuándo y en qué forma se nos pasará exactamente la factura de los miles de millardos no es nuestra preocupación en este contexto. Lo que importa aquí es la tendencia subyacente al aumento inexorable del desempleo durante siete décadas, al menos, del siglo XX, y la inviabilidad de todos los esfuerzos dirigidos a resolver de manera sostenible las contradicciones que la generan. Los “trucos del oficio” una vez celebrados como el gran logro de la “revolución keynesiana” resultaron tan pertinentes para abordar los problemas de la sociedad realmente existente como los trucos del prestidigitador del circo. Y lo que empeora las cosas es que en el caso de los Estados Unidos y un puñado de otros países de Occidente estamos hablando no de las dificultades pretendidamente muy entendibles y estrictamente personales del “subdesarrollo” y el movimiento hacia el irrefutable modelo occidental, sino sobre las

366 Magdoff y Sweezy, “Notes from the Editors”, *Monthly Review*, vol. 46, N° 6, noviembre de 1994.

partes más privilegiadas del “capitalismo avanzado” que se suponía habían dejado estos problemas muy atrás en el pasado, para no permitirles regresar nunca.

El creciente desempleo en los países de la Europa del Este, la antigua Unión Soviética y China es significativo y sumamente desconcertante para los apologistas del capital precisamente en este respecto. Porque la adopción de los ideales de la “sociedad de mercado” no le llevó a la población de esos países la prometida “nueva prosperidad”. En su lugar, los expuso a los peligros del capitalismo salvaje y el desempleo masivo, generalizando así a todo lo ancho del mundo la condición del desempleo crónico como la tendencia más explosiva del sistema del capital.

Sin embargo, resultaría completamente erróneo ver estas sociedades a través de espejuelos rosados, a cuenta de la ausencia de un desempleo abiertamente reconocido desde su manera de manejar las ingobernables contradicciones y antagonismos del sistema del capital poscapitalista. Indudablemente hubo un tiempo en la historia en que la “ruptura de los eslabones más débiles de la cadena” –después de las revoluciones rusa y china– abrió posibilidades para un tipo de desarrollo muy diferente, con una perspectiva factible de ir librando progresivamente a las sociedades poscapitalistas implicadas –a través de un sostenido proceso de reestructuración radical– de las contradicciones del sistema del capital heredado. La potencial movilización de la fuerza laboral para este fin se vio favorecida también por su confrontación con las fuerzas intervencionistas imperialistas y por la inmensa tarea de la reconstrucción una vez que lograron vencer a las fuerzas de la intervención capitalista extranjera. La vasta expansión de las oportunidades de empleo fue un corolario obvio de estos desarrollos. Sin embargo, a medida que el tiempo pasó y los constituyentes autoritarios del sistema del capital heredado volvieron a hacerse valer bajo una nueva forma, la fuerza laboral se fue volviendo cada vez más alienada del orden socioeconómico y político establecido, en lugar de ser exitosamente movilizada para la realización de un modo de reproducción metabólica social muy diferente. Así, las perspectivas de un desempleo masivo reentraron en el horizonte social en cuanto las tareas más básicas de la reconstrucción (es decir, los objetivos de un proceso del trabajo de tipo “extensivo”, que podía ser controlado mediante los métodos más autoritarios, incluidos los campos de trabajo masivos) fueron dejadas atrás. La constantemente elogiada garantía constitucional del pleno empleo –promulgada por Stalin e imitada en todas partes– era una forma de pacificar la fuerza laboral dirigida implacablemente, pero no había manera de que aportara garantías para un futuro económicamente viable. Así, el *desempleo oculto o latente* se convirtió en un rasgo prominente de estas sociedades, con graves implicaciones para

las perspectivas de desarrollo. Y, no obstante, este fracaso aparecía como un ideal, como si las sociedades implicadas hubiesen logrado verdadera y permanentemente resolver el problema del desempleo crónico. En verdad, hubo un tiempo en la historia de la posguerra –los años 60, para ser precisos– en que el “modelo chino” fue aclamado por algunos teóricos del desarrollo de la izquierda como el ideal que deberían seguir todas las sociedades poscoloniales, incluyendo en un lugar prominente a la India. Esto es lo que ayuda a poner en su debida perspectiva a la escalofriante cifra de “286 millones de chinos sin trabajo para el año 2000”, aunque tal perspectiva nada tenga de tranquilizadora. Esto significa que en nuestra “economía globalizada” el círculo vicioso del desempleo crónico ya se cerró del todo, relegando a todos los celebrados “modelos” de desarrollo del siglo XX –desde el “modelo sueco” de socialdemocracia al “capitalista avanzado”, así como los modelos rivales chino y soviético de asegurar la “modernización” y resolver las contradicciones del subdesarrollo crónico y del desempleo igualmente crónico– al pasado totalmente en descrédito. Sólo el modelo compendiado por los “cinco tigritos” del Lejano Oriente permanece ahora, para quienes sean suficientemente crédulos como para creer en emularlos como la panacea universal finalmente descubierta.

5.4.6

Las implacables políticas de la “Derecha Radical” que cobraron prominencia al final de los 70, como respuesta a la emergente crisis estructural del capital y al fracaso de las soluciones keynesianas de la posguerra, no cumplieron las expectativas de sus partidarios. Comprensiblemente, entonces, algunos de los creyentes y propagandistas de las soluciones de la “Derecha Radical” ayer más entusiastas manifiestan hoy una amarga decepción y hasta desaliento. Formulan ellos la pregunta de qué es lo que ha originado lo que se considera un estado de cosas deprimente, y responden por este estilo:

En parte estamos viendo los efectos más profundos de las reformas del mercado de los años 80 operar de maneras inesperadas. Las reformas thatcheristas que, como muchas otras, yo apoyé como una jugada necesaria para contrarrestar al gobierno todopoderoso y la economía estancada de los años 70, les prometían a muchos la oportunidad y escogencia que nunca habían poseído. Pero el resultado a largo plazo de esas reformas, más profundizadas aún por el ataque del gobierno de Major contra los profesionales, ha sido acelerar la *desintegración de la vida de clase media* a la cual aspiraba la mayoría de los partidarios más fervientes de la Thatcher. Las reformas también hicieron más difíciles de soportar las nuevas incertidumbres de la vida, porque los amortiguadores del estado benefactor también han sido hecho pedazos. *La clase media se está asomando al abismo.*³⁶⁷

367 John Gray, “Into the abyss?”, *The Sunday Times*, 30 de octubre de 1994.

Que todas estas preocupaciones llenen hoy los titulares de los periódicos europeos tiene en verdad mucho que ver, como lo sugería Singer, con el hecho de que el creciente desempleo y el decreciente nivel de vida afectan profundamente también a las clases medias. Como el artículo recién citado argumenta,

Para un gran número de personas en Inglaterra, el modo de vida de la clase media ha dejado de existir. Hace una década se suponía que la *clase trabajadora desaparecería lentamente* a medida que iba logrando sus aspiraciones y era *absorbida dentro de una clase media expandida*. En cambio, *ha sucedido lo contrario*, con la incertidumbre y la preocupación crónicas que siempre han acompañado la vida de la clase trabajadora posesionándose ahora de la clase media.³⁶⁸

Lo que aquí se afirma que “se suponía hace una década” –es decir, la feliz absorción de la clase trabajadora por la clase media– fue en efecto postulado por Max Scheler, como un axioma de la propaganda antimarxista, antes de la Primera Guerra Mundial, y popularizado por Karl Mannheim en su *Ideología y utopía* hace setenta años. Así, el que esa perspectiva no se haya realizado, y el movimiento en dirección opuesta ahora admitido (esto es, la inexorable tendencia a una “igualación hacia abajo” ya mencionada), tan sólo les puede caer de sorpresa a quienes profesan las mismas ideas ilusorias de sus predecesores ha largo tiempo ya desaparecidos.

Lo que hace particularmente amarga esta píldora es que algunos de los viejos axiomas y principios legitimadores del orden burgués han de ser criticados ahora diciendo que las políticas seguidas sobre su base conducen a la “desintegración de la clase media”. Se argumenta entonces que:

Sólo ahora queda en claro que la *ideología del libre comercio* oscurece las *nuevas realidades* en las que vivimos. Lo que se está revelando ahora es que convertir al mundo en un vasto mercado único *rebajará los salarios de los países occidentales a niveles del Tercer Mundo* ... No es sólo que los salarios de los trabajadores industriales de Occidente serán devaluados a niveles desconocidos durante generaciones. Lo que está asomando ahora es que aquellos que trabajan en las industrias de servicio pueden esperar que sus empleos sean exportados a países de bajos salarios. [La alternativa es un nuevo proteccionismo] Todas las circunstancias en las que se encuentra la gente común y corriente de Occidente indican que este nuevo proteccionismo es una idea cuyo momento ha llegado. ... Por sí mismo el nuevo proteccionismo no eliminará la amenaza al modo de vida de la clase media que las nuevas tecnologías y el legado de la liberación de los mercados en los años 80 han creado. Sin él, sin embargo, las clases medias en Inglaterra y en todo Occidente verán desmoronarse ante sus ojos su modo de vida, mientras van siendo arrastrados hacia la inseguridad crónica de una nueva y permanente pobreza.³⁶⁹

368 *Ibid.*

369 *Ibid.* Ver también el libro de John Gray, *Beyond the New Right*, Routledge, Londres, 1994.

Las “nuevas realidades” no son, claro está, nada por el estilo, así como el alabado remedio quijotesco del “nuevo proteccionismo” es tan nuevo y tan acertado como lo eran sus hermanastros de ciento cincuenta y hasta doscientos años atrás. Y cuando ese rico manantial de sabiduría proteccionista de la “Derecha Radical”, el multimillonario Sir James Goldsmith –quien fue nombrado caballero, como era de esperar, por un gobierno “socialista” laborista en Inglaterra– hizo sonar la alarma de que “el libre comercio global *enriquece masivamente* a los países con *trabajo barato*, y crea *divisiones en la sociedad mucho mayores de lo que previó Marx*”,³⁷⁰ demuestra no sólo la ignorancia de la “erudición” antimarxista, sino también la total incompreensión de las tendencias contemporáneas del desarrollo del orden socioeconómico, de las cuales él y sus aliados ideológicos, todos emitiendo ruidos populistas en el espíritu del acostumbrado “corazón roto” malthusiano, resultan ser obvios beneficiarios.

La diferencia ahora, comparada con la época del malthus, es que el “mandril clerical” –apropiadamente rechazado como tal por Marx– ha perdido su atuendo clerical. (Y no es que Malthus se haya tomado jamás el suyo con demasiada seriedad; toda su vida prefirió el trabajo de adoctrinador colonial al servicio de la East India Company y al servicio de cuya iglesia fue párroco dedicado). Sin embargo, con o sin el signo exterior del collarín eclesiástico, la sustancia de la mandrilada teórica sigue siendo la misma. Porque exactamente como en los días del celebrado ancestro intelectual, se espera que las ahora deploradas tendencias del desarrollo –que son *intrínsecas* al sistema del capital realmente existente sean contrarrestadas exitosamente erigiendo algunas barreras *exteriores* artificiales contra ellas.

El culpar a un “libre comercio global” en gran medida inexistente del desempleo creciente y del nivel de vida decreciente en los centros occidentales del poder industrial del sistema del capital, cuando la “Derecha Radical”, económica y políticamente bien atrincherada, se opone con todos los hierros hasta al modesto acuerdo del GATT, todavía muy lejos de estar completamente implementado, resulta bastante grotesco. Equivale a la flagrante reversión del orden cronológico, con el fin de inventar una conexión causal directa entre el “trabajo barato del Tercer Mundo” (descubriendo de pronto, para los propósitos de cínica propaganda, que es barato) y los problemas de las sociedades capitalistas de Occidente. De hecho, el inexorable aumento del desempleo y el concomitante discurso del nivel de vida de la fuerza laboral *precedieron en un cuarto de siglo* las actuales jeremiadas. Estas últimas son empleadas a menudo nada más para

370 Citado en “The New protectionists: In defence of voter’s jobs”, *The Sunday Times*, 30 de octubre de 1994.

racionalizar y justificar los recortes salvajes que ahora le son impuestos como cosa de rutina a la población trabajadora por las personificaciones del capital, incluso en el puñado de países privilegiados. Más aún, también se mantiene convenientemente bajo silencio que los principales beneficiarios del trabajo barato no son los países del “Tercer Mundo” – que en el mito del “nuevo proteccionismo” se supone que estén “masivamente enriquecidos” hoy día– sino las grandes corporaciones transnacionales de Occidente que dominan sus economías. Las superganancias que generan a través de la explotación del trabajo local obscenamente barato constituyen un ingrediente esencial de la salud general de las corporaciones transnacionales dominantes, con sus cuarteles generales en los países claves del capital occidental, y no vale querer suprimirlas sin consecuencias catastróficas no sólo para las compañías involucradas sino también para sus países mediante la quijotesca propugnación del “*proteccionismo regional*”.

Las “nuevas realidades de las que habla la lóbrega historia han estado de hecho entre nosotros desde hace ya mucho tiempo. Dadas las características definitorias fundamentales del modo de reproducción metabólica social existente, con su obligada inclinación expansionista, la tendencia a la *igualación de la tasa diferencial de explotación* está condenada a afectar cada una de las ramas de la industria en todos los países en particular, incluidos los que están en la cima del orden jerárquico internacional del capital. La dominación económica neocolonial de la mayor parte del mundo por unos pocos países podría retardar por un tiempo el total desenvolvimiento de esa tendencia objetiva del sistema en los países privilegiados (y aun en ese caso de una manera sumamente desigual), pero no puede suavizar indefinidamente, ni menos aún anular por completo, su impacto. Cuando la Ford de las Filipinas pudo pagarle impunemente apenas 30 centavos por hora a la fuerza laboral local, y alcanzar así un rendimiento anual del capital a la asombrosa tasa del 121.32 %, en contraste con su promedio mundial de sólo un 11.8 % (que incluía, claro está, las ganancias inmensas tipo Filipinas en varias plantas del “Tercer Mundo”) obviamente eso ayudaba a la Ford a pagarle la tarifa horaria de \$ 7.50 por el mismo tipo de trabajo a su fuerza laboral en el mismo año (1971) en Detroit, esto es, 25 veces más que en Filipinas. Sin embargo, imaginar que tales prácticas se pueden mantener por siempre va en contra de todas las evidencias, como los serios problemas de todas las compañías automotrices transnacionales de los Estados Unidos en los años más recientes –que han resultado en inmensas pérdidas totales y en las masivas cantidades de mano de obra sobrante en los propios Estados Unidos antes citadas– lo demostraron claramente. Así, sugerir que estas contradicciones, con todas sus ramificaciones “metropolitanas” y globa-

les, podían ser felizmente resueltas o siquiera apenas aliviadas mediante alguna forma de “proteccionismo regional” desafía toda racionalidad.

El problema es que las contradicciones –que se manifiestan en forma tan destructiva aun en los países capitalistas más privilegiados que los conservadores extremistas defensores del orden establecido están comenzando a hacer sonar la alarma acerca de la “inseguridad crónica”– son inseparables de la *dinámica interna* del capital. Así, no puede haber esperanza real de mantenerlas dentro de los *límites exteriores* artificialmente trazados, tan sólo porque hacerlo así le vendría bien a algunos intereses sectoriales, sin importar lo poderosos que sean. Todo cuanto se diga acerca de “la cohesión y la armonía regional” está destinado a mantenerse en el nivel de las falsas ilusiones, aun si las partes interesadas se las ingenian para parapetear por un tiempo alguna suerte de marco institucional que le haga juego. Como un límite absoluto del sistema del capital, la contradicción entre el capital transnacional y los estados nacionales –y aun entre el capital transnacional en expansión global y las mescolanzas artificialmente “regionalizadas” de esos estados– no se puede dar por inexistente, no importa con cuanta fuerza se desee simultáneamente “la armoniosa cooperación de las regiones interesadas” (una noción más totalmente ficticia todavía) aun por parte de los grupos de capitalistas financieramente más poderosos. Y mucho menos dado que cuando se activan los límites absolutos las contradicciones del sistema se combinan. Porque en conjunción con los inmanejables problemas que surgen de los conflictos de intereses entre el capital transnacional y los estados nacionales, la tendencia en desarrollo al desempleo crónico bajo los imperativos estructurales objetivos y el control obligadamente implacable del capital en el mundo entero –es decir, la afirmación del antagonismo fundamental que pone en juego otros límites absolutos del sistema del capital– no puede al final más que intensificar las tensiones disociadoras internas del modo prevaleciente de reproducción metabólica social en *todos* los planos y en *todos los países*. Este tiene que ser el caso, incluso si en el presente el padecimiento generalizado del desempleo creciente en los países capitalistamente avanzados es explotado para poner a un trabajador en contra de otro, e inventar una comunidad de intereses ficticia entre el capital (del que se dice está “amenazado regionalmente” por los “países del Tercer Mundo que se están enriqueciendo enormemente”) y el trabajo.

Así, la “explosión demográfica” actualmente en marcha en forma de un creciente desempleo crónico en los países capitalistamente más avanzados representa un grave peligro para el sistema en su totalidad. Porque en el pasado se suponía que el desempleo masivo afectaba sola-

mente a las áreas “atrasadas” y “subdesarrolladas” del planeta. En verdad, la ideología aunada a tal estado de cosas podía ser utilizada –y con un giro cínico lo sigue siendo evidentemente– para convencer al trabajo en los países avanzados de su superioridad que se presume de origen divino. Sin embargo, como gran ironía de la historia, la dinámica interna antagonística del sistema del capital ahora se hace valer –en su inclinación inexorable a reducir globalmente el “*tiempo de trabajo necesario*” a un mínimo óptimamente rentable– como una tendencia humanamente devastadora a transformar a la población trabajadora en cualquier lugar en una *fuerza laboral cada vez más superflua*.

En la “periferia del Tercer Mundo” este proceso se suponía era natural y deseable, y había que hacerlo cumplir en el interés de los pretendidos beneficios futuros que sobrevendrían a su debido tiempo, con la certeza con que el día sucede a la noche, desde el “desarrollo” y la “modernización” capitalistas también hacia la “periferia”. Sin embargo, cuando la devastación misma comienza a prevalecer en las partes idealmente “avanzadas” del universo social, ya nadie puede seguir aparentando que todo anda bien en este mejor de todos los mundos posibles. A este punto la gente se encuentra sometida a una experiencia totalmente desconcertante, como si tuviese que vivir la realidad de una película proyectada hacia atrás, del tiempo histórico fluyendo en sentido inverso. Porque lo que se está dando, en sus condiciones de existencia del presente es lo que se suponía que había sido dejado atrás en un pasado de pesadilla. Bajo estas condiciones hasta a los apologistas a ciegas del sistema, como Hayek, se les haría arduo cantar –aun ante el más agradecido y anhelante de confianza de los públicos– su vieja canción. Porque la experiencia difícil de creer no es ni cinematográfica ni imaginaria, sino dolorosamente real. En verdad, viendo la manera como las tendencias intrínsecas de la concentración y centralización del capital –bajo el imperativo de su autorreproducción expandida– se han desplazado, no resulta demasiado difícil darse cuenta de que la incontrolable multiplicación de la “fuerza laboral superflua” representa no sólo un enorme drenaje de los recursos del sistema, sino potencialmente también una carga explosiva sumamente inestable.

Lo que estamos presenciando hoy es un ataque a dos puntas contra la clase del trabajo, no sólo en las partes “subdesarrolladas” del mundo sino, con peligrosas implicaciones para la continuada viabilidad del modo establecido de reproducción metabólica social, también en los países capitalistamente avanzados. Presenciamos: (1) en todos los campos de actividad un crecimiento crónico del desempleo, si bien se ve a menudo camuflado como “prácticas laborales flexibles” –un cínico eufemismo para la deliberada política de fragmentación y casualización de la fuerza

laboral y para la máxima explotación manejable del trabajo a destajo; y (2) una reducción significativa del nivel de vida aun en esa parte de la población trabajadora que los requerimientos operacionales del sistema productivo necesitan en ocupaciones a tiempo completo.

Al mismo tiempo, como corolario, en todos los países capitalista-mente avanzados nos vemos confrontados por numerosos casos de legislación autoritaria, a pesar de las tradiciones del pasado –y las pretensiones constantemente reiteradas del presente– respecto a la “democracia”. Las medidas autoritarias se hacen necesarias por las crecientes dificultades en el manejo de las condiciones socioeconómicas de vida en deterioro sin la intervención legislativa directa del estado. Están diseñadas para apuntalar con la amenaza de la ley y, cada vez que sea necesario, el empleo de la fuerza, las posturas más agresivas del capital hacia su fuerza laboral. En verdad, como lo muestra la crónica de las disputas laborales en las últimas dos décadas –desde la autoritaria supresión de la organización de los Controladores Aéreos en los Estados Unidos a la masiva intervención del estado bajo la Primer Ministro Margaret Thatcher en la huelga de un año de los mineros ingleses– estas medidas no son sólo legalmente ejecutadas como “poderes de reserva” del estado para ser empleadas en situaciones de seria emergencia política. Son implacable y casi rutinariamente puestas en práctica en contra de los órganos defensivos del movimiento laboral en las disputas económicas, a veces con el pretexto de luchar contra la “subversión del estado”, como lo escuchamos en la denuncia que hizo Margaret Thatcher de los mineros como “el enemigo de adentro”.

Sin embargo, a pesar de todos los esfuerzos de la manipulación económica y política los problemas están empeorando perceptiblemente, sin solución alguna a la vista por ninguna parte del horizonte. Dado el carácter altamente expandido del proceso de reproducción bajo las condiciones del “capitalismo avanzado”, y la exposición correspondientemente mayor del trabajo vivo al requerimiento estructural de asegurar un proceso de reproducción y realización relativamente sin perturbaciones, la vulnerabilidad objetiva del sistema a una declinación significativa del poder adquisitivo, debido a un dramático colapso del pleno empleo, es incomparablemente mayor que en las sociedades “subdesarrolladas”, donde los niveles de empleo elevados representan la “norma” que será mejorada gracias a la “modernización”. Esta vulnerabilidad significa también que a la fuerza laboral le resultaría casi intolerable seguir soportando indefinidamente el estar a merced de las circunstancias; no por el fracaso en satisfacer algunas “aspiraciones de clase media” ficticias, sino en términos de los mínimos compromisos y obligaciones existentes, sin los cuales la gente simplemente no podría llevar adelante su vida cotidiana,

colocándole así la mecha a los explosivos acumulados. Y dada la posición dominante del “capitalismo avanzado” en el sistema en su conjunto, sería casi imposible prever su funcionamiento sostenible en la eventualidad de un colapso, por cualquier razón, de su centro nuclear.

Resulta pertinente hacer notar aquí el carácter de doble filo de la contradicción del desempleo crónico. Porque tiende a producir *dinamita social* dentro del marco del sistema del capital, independientemente de los remedios que se podrían buscar. En este sentido, el desempleo en aumento constante, considerado en sí mismo, está destinado a minar la estabilidad social, trayendo consigo lo que hasta en los círculos oficiales se admite ahora serán sus “indeseables consecuencias”, después de muchos años de negar que las denunciadas tendencias negativas del desarrollo tuviesen algo que ver con el carácter social del desempleo crónico. Van desde una tasa de criminalidad en constante aumento (especialmente entre los jóvenes) a quejas por causas económicas y formas de acción directa (por ejemplo, la revuelta masiva contra el “Impuesto al Jefe de Familia” que provocó la caída de la Primer Ministro Margaret Thatcher en Inglaterra) trayendo consigo el peligro de graves levantamientos sociales. Por otra parte, lo que pudiese ser una alternativa bastante obvia al empeoramiento del desempleo —que a veces resulta ser abiertamente propugnada por los pretendidos reformadores bienintencionados— termina por ser un caballo que no llega ni a participar en la carrera.

Sin duda, si las demás cosas fuesen iguales la alternativa racional al inevitable impacto desestabilizador del desempleo lo sería una gran reducción en las horas que se pasan en el lugar de trabajo, digamos a la mitad, y así calibrar la dimensión del problema y dar la talla ante él, brindándoles oportunidad de empleo a muchos millones. Pero, claro está, las demás cosas no son iguales. Porque adoptar esta solución bajo las condiciones de producción prevalecientes generaría ipso facto “ocio” (esto es, tiempo libre a disposición de los individuos), y la inestabilidad que lo acompaña, en una escala casi inimaginable. Así, aun si una solución como esa pudiera ser del todo económicamente factible dentro del marco de un sistema orientado hacia la acumulación maximizadora de la ganancia —cosa que, de seguro, no es, como lo demuestra el consistente rechazo de incluso las demandas más modestas por los sindicatos de una reducción de las horas de trabajo requeridas semanalmente— seguir ese curso de acción todavía produciría dinamita social en el orden social establecido, aunque el único objetivo practicable que pudiese aspirar a que se le concediese legitimidad social está obligatoria y estrechamente determinado por el capital como la fuerza controladora y el principio orientador absoluto de la reproducción metabólica social.

Así que la sombra de la incontrolabilidad, por las razones que acabamos de analizar en relación con los cuatro conjuntos de problemas concernientes a los límites absolutos del sistema del capital, se va poniendo más oscura. Bajo las condiciones de su ascensión histórica el capital podía manejar los antagonismos internos de su modo de control a través de la dinámica del *desplazamiento expansionista*. Ahora tenemos que encarar no sólo los antagonismos de vieja data del sistema, sino también las condiciones cada vez más graves que la dinámica expansionista del desplazamiento tradicional mismo ha transformado en problemáticas y definitivamente insostenibles.

Ello es así no sólo en lo que atañe a la contradicción entre el capital transnacional y los estados nacionales, y la intrusión, más peligrosa todavía, de los imperativos reproductivos autoexpansionistas del capital en el ambiente natural, sino también en relación con los límites estructurales absolutos con los que se tropieza al transformar el tradicional “ejército de reserva del trabajo” en una explosiva “fuerza laboral superflua” –no obstante al mismo tiempo más necesaria que nunca para hacer posible la reproducción ampliada del capital– con complicaciones particularmente amenazadoras para el sistema en su totalidad, que emanan de la desestabilización de su centro nuclear. En cuanto a la demanda de igualdad sustantiva, a la cual el capital es absolutamente adverso, representa un problema distinto pero no menos grave. Porque la demanda se ha hecho valer en las décadas recientes de una forma irrefrenable, lo que trae consigo complicaciones insuperables para la “familia nuclear” –el microcosmo del orden establecido– y por ende algunas dificultades para asegurar la reproducción continuada del sistema de valores del capital.

Como un intento por adquirir el control sobre la incontrolabilidad del sistema, nos vemos sometidos a una tendencia de determinaciones *crecientemente políticas* en los desarrollos económicos del siglo XX. Esto significa una reversión del largo período de la ascensión histórica del capital en la que las determinaciones primordialmente *económicas* dominaban el proceso de la reproducción metabólica social. Las transformaciones poscapitalistas del sistema del capital que conocemos constituyen una parte integral de esa reversión de la tendencia inicial. Pero bajo ningún respecto fueron las únicas formas de intervención estatal en fracasar, o en mostrar un éxito muy limitado. El New Deal rooseveltiano quedó muy lejos de resolver el problema del desempleo en los Estados Unidos, como hemos visto antes, y todas las estrategias keynesianas de intervención estatal a gran escala en la economía del mundo de la posguerra tuvieron un triste final. Más aún, el intento contradictorio en sí mismo de la Derecha Radical de “reducir los límites del estado” por medio de una mayor actividad

del estado en la regulación del desarrollo económico (aunque no del tipo keynesiano) –todavía recomendada en las publicaciones financieras–³⁷¹ no produjeron mejores resultados. No obstante, aunque las perspectivas de éxito sean bastante precarias sobre la base de toda la evidencia histórica a la mano, lo más probable es que la tendencia a un mayor involucramiento del estado en el control de los procesos socioeconómicos se mantenga, e incluso se intensifique –tal vez hasta por la imposición temporal de las estrategias del “proteccionismo regional” propugnadas. En verdad, lo que convierte en particularmente reveladora a esa tendencia a la participación política directa es que tiene que ser continuada y extendida a pesar de sus logros nada tranquilizadores.

Así, la necesidad de una transición a un orden social controlable y conscientemente controlado por los individuos, como lo propugna el proyecto socialista, sigue siendo punto de la agenda histórica, a pesar de todos los fracasos y decepciones. Naturalmente, esa transición requiere de un viraje *trascendental* –un esfuerzo sostenido para ir más allá de todas las formas de dominación estructuralmente atrincheradas– que no se puede concebir sin una radical reestructuración de las formas e instrumentos de reproducción metabólica social existentes, en contraste con el amoldamiento de los objetivos socialistas originales a las paralizantes restricciones materiales de las condiciones heredadas, como sucedió en el pasado. Porque la *raison d'être* de la empresa socialista es la consciencia de los objetivos estratégicos de transformación trascendentales, aun bajo las condiciones más adversas, cuando el poder de la inercia tira en la dirección opuesta: la de la “línea de menor resistencia” que conduce a la revitalización de la incontrolable fuerza de control del capital.

371 Ver por ejemplo David Lane, “Rolling back the boundaries of the state”, *Financial Times*, 25 de octubre de 1994.